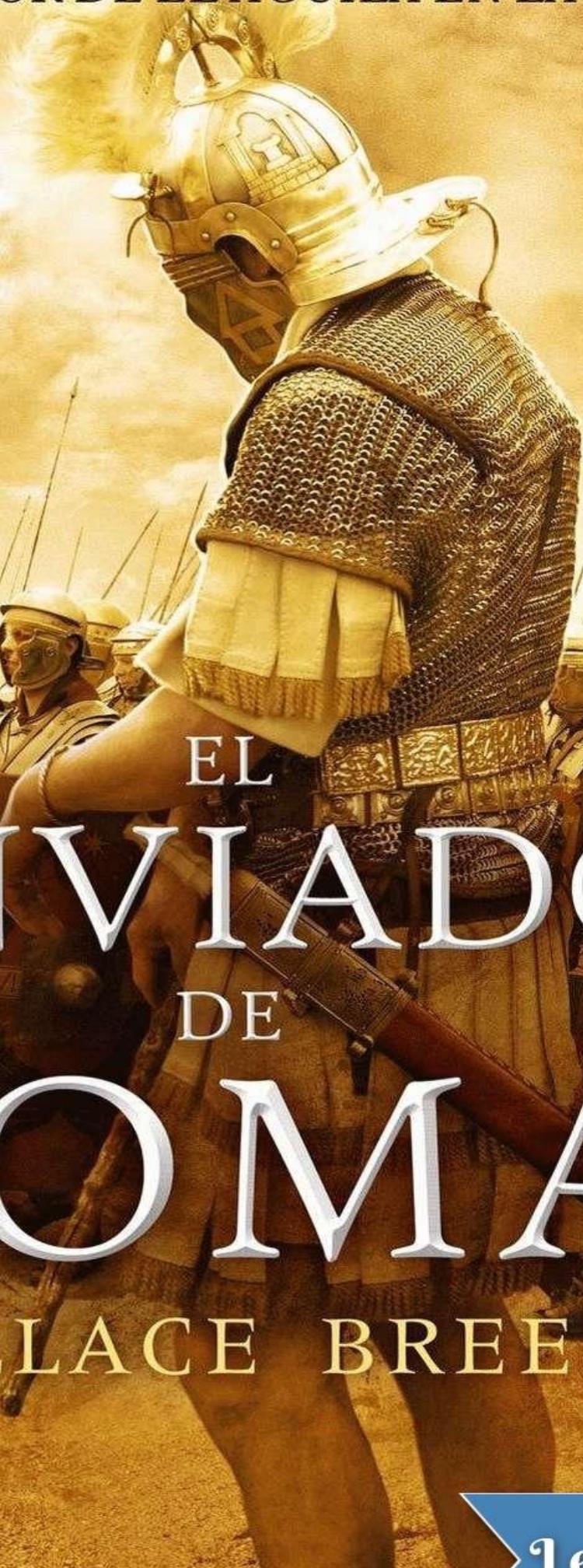


POR EL AUTOR DE *EL ÁGUILA EN LA NIEVE*

A Roman legionary in full chainmail armor and a helmet with a plume, standing in a line of soldiers. The scene is set in a dusty, outdoor environment with other soldiers and spears visible in the background.

EL  
ENVIADO  
DE  
ROMA

WALLACE BREEM

Lectulandia

Corre el año 24 antes de Cristo y Augusto, amo y señor de Roma, se encuentra a las puertas de la muerte. Al carecer de un heredero claramente designado, las especulaciones sobre su sucesión proliferan sin control, y la agitación en las fronteras se incrementa a cada momento.

En medio de este mar de intrigas, un legado imperial aparece asesinado en la costa de la provincia de África, mientras que su hija ha sido raptada y permanece cautiva de los piratas en lo más profundo del desierto. Marco Agripa, el fiel lugarteniente de Augusto, decide llegar al fondo del asunto y le encarga la misión a su nuevo descubrimiento: Curcio Rufo. Curcio es un antiguo centurión caído en desgracia al que es más probable encontrar durmiendo la borrachera abrazado a una esclava que resolviendo conspiraciones palaciegas. Agripa, no obstante, está decidido, y la expedición parte hacia África con un objetivo claro: liberar a la hija del legado. Pero en la Roma imperial no todo es lo que parece...

Lectulandia

Wallace Breem

# El enviado de Roma

ePUB v1.0

tagus 24.06.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *The Legate's Daughter*

Wallace Breem, 1974.

Traducción: Carlos Gardini

Ilustración de cubierta: Alejandro Colucci

Diseño/retoque portada: Alejandro Terán/Redna Azaug

Editor original: tagus v1.0

ePub base v2.0

Para Rikki, que trazó el mapa y guió  
a Curcio por las calles de Roma

# **PRIMERA PARTE**

## **ROMA**

# Capítulo 1

Era propenso a las jaquecas desde aquella gresca en la cantina de Tomi. Un vendedor de caballos sármata le había arrojado el pichel de cerveza que le dejó una cicatriz sobre la oreja derecha. Ahora, mientras el tráfico lo despertaba como de costumbre en el silencio del alba, el dolor regresó; consecuencia, sin duda, del exceso de vino de la noche anterior. El vacilante viento de octubre sacudía las gruesas persianas del inquilinato en que vivía desde hacía un año.

Preso de la crispación, permaneció acostado bajo la manta raída, tratando de no escuchar el estruendo de los carros que se dirigían al puente Emilio tras haber dejado su carga en los almacenes que estaban al sur del monte Aventino. Pero se había desvelado, y al cabo se acercó a la ventana para despejarse y mirar las trémulas teas de la ronda nocturna, que ya terminaba su guardia.

Las antorchas y el ajeteo ganaban la calle. El asistente del panadero de enfrente comenzó a apilar hogazas frescas en una carretilla bajo la mirada de dos niños descalzos. Cuando la carga se volcara, recogerían el pan arruinado de la alcantarilla sin que nadie pudiera acusarlos de robo. Oyó las voces murmurantes de los hombres que iban a trabajar, los martillazos de los hojalateros que iniciaban su día en la calle vecina.

El suelo desnudo le enfrió los pies. Entrecerró las persianas, cogió una jarra del rincón, se salpicó la cara con agua tibia. Luego tragó un sorbo para eliminar el regusto del vino. Se sentó en la punta de la cama, evitando el lugar donde el tejido estaba deshilachado, y se calentó los pies en la estera manchada. Un bebé rompió a llorar, una mujer rió, los dos hombres que compartían la habitación del final del pasillo pasaron parlotando. Eran rematadores, gente sin relevancia, y él rara vez les hablaba, aunque conocía muy bien sus nombres. Las paredes eran delgadas, y cualquiera podía oírles cuando hacían el amor por la noche. De la habitación de enfrente llegaban toses ocasionales. La ocupaba un joven marinero de Puteoli, ahora enfermo y sin trabajo; la hija del albañil que vivía en el segundo piso le llevaba comida. El médico griego del tercer piso lo podría haber curado, pero no hacía nada si no le pagaban. Ganaba más dedicándose a los abortos.

Curcio Rufo sacó una túnica del baúl que contenía todas sus pertenencias y la revisó para comprobar si estaba limpia. En la escalera sonaron pasos que llegaron hasta su piso. Debía de ser Critón, el macedonio, quien escribía poemas inanes que nadie compraba. Se ganaba un magro sustento como «cliente» de un abogado que ejercía en el Tribunal de los Centunviro y era dado a la generosidad cuando disponía de fondos. Quizá tuviera presente una vieja deuda. Los dos hombres se habían prestado dinero en ocasiones.

Se apresuró a ponerse la túnica, y se estaba atando las correas de las sandalias cuando Critón llamó a la puerta.

—Adelante.

El macedonio entró, con aire ansioso.

—Tengo los billetes que prometí para el Circo Máximo. ¡Mira! Incluso me acordé de conseguir uno para tu muchacha.

—Gracias. Yo esperaba que...

—De nada. Sabes que siempre puedo conseguírtelos.

—Muy generoso de tu parte.

—A él no le cuesta nada. Por eso. —El macedonio sonrió nerviosamente—. Espero que tu muchacha también sea generosa y piense igual.

Curcio Rufo se echó a reír.

—Esa chica, Pero, es una diablilla.

Critón miró con el ceño fruncido la lúgubre habitación.

—Estimado Curcio, sé que no está de moda dormir cómodamente, pero debes comprar algunos muebles. Ese baúl parece hecho por un gallo con diez pulgares. Y este taburete... ¿es estable?

—Pruébalo y verás.

—Llegarás tarde al trabajo.

Curcio Rufo sonrió.

—Así parece, si piensas quedarte mucho tiempo.

—Quizá llueva y me moje —dijo el macedonio con abatimiento.

—Todos nos mojaremos —replicó Curcio Rufo de buen humor.

El macedonio bajó los ojos.

—Tengo que acompañar a mi patrono —balbuceó—. Él tiene muchos clientes. Mi toga —alzó un pliegue— tiene un agujero.

—Es verdad —concedió Curcio Rufo—. Necesitas una nueva.

—El problema es que este verano ya gasté una.

—También yo. Hasta las togas de calidad se gastan, y las nuestras no son las más costosas.

El macedonio asintió con impaciencia.

—Es la lana. La tela ya no es como antes. —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: Él es muy quisquilloso, y su nuevo camarero es... difícil. Se da muchas ínfulas. Prefiere las caras nuevas.

—¿Quieres pedir prestada mi túnica?

El macedonio asintió.

—Por favor.

—¿Tan importante es? Sí, desde luego. La encontrarás en el baúl. Pero ten cuidado, la mía también está gastada.

—¿Puedo conservarla un tiempo, hasta que...?

—¿Por qué no, querido amigo? Sabes que rara vez asisto a funciones oficiales. Ven, déjame ayudarte. Así está mejor. Has recobrado tu buen aspecto.

—¿Estás seguro?

—Desde luego. Yo tengo mi vieja capa. Están acostumbrados a mi modo de vestir. A nadie le importará.

El macedonio miró el pelo aceitado, excesivamente largo, la túnica azafrán, la gorra ceñida haciendo juego, el aro de plata en la oreja izquierda.

—Te gusta enfadar a la gente —le reprochó—. Eres un tonto, amigo.

—Sólo me enfado a mí mismo. Sigo siendo lo que soy.

—¿Y qué eres, si puede saberse?

—Un hombre libre. Nadie me contrata para aplaudir malos discursos ni para darse ínfulas con un segundón a sueldo, servil como un esclavo.

El macedonio se sonrojó.

—Tu capa está bastante gastada.

—Pero aún no está deshilachada. —Curcio Rufo hizo una pausa y dijo amablemente—: ¿Hoy lo acompañas al tribunal?

—No, hoy vamos a los baños. —El macedonio se mordió el labio y añadió con extraño orgullo—: Me ha invitado a cenar.

—Pero no es la primera vez. Siempre te invita. Te deprimes cuando tienes que comer en casa.

—Ésta es una ocasión especial. Vendrá Fanio Cepio.

—El republicano.

—Y eso no es todo. Quizá también vaya Murena. El año entrante será cónsul.

Curcio Rufo rió.

—Andas en buena compañía. Tu patrono tiene amigos poderosos. El gobernador de Macedonia es uno de ellos.

—Sí, siempre he querido conocer a Primo. Sería estupendo que me lo presentaran. —Critón se ruborizó—. Quizá cuando regrese a Roma...

—Ciertamente, Critón. Después me contarás lo que pasó.

—Lo haré, lo haré. —El macedonio no podía ocultar su emoción y su deleite—. Te ríes de mí.

—No, sólo me río contigo.

Critón fue hacia la puerta.

—Ahora debo darme prisa o llegaré tarde. No te preocupes. Saldaré mi deuda en las Saturnales, si no antes. Para entonces espero recibir un obsequio. Mi patrono puede ser generoso cuando quiere.

—Desde luego. Compartiré tus esperanzas contigo, aunque no la cena.

La puerta se cerró y los pasos se alejaron. Curcio Rufo se pasó un peine por el

pelo y esperó no toparse con el dueño del edificio al salir. Había cometido la tontería de apostar mucho dinero en las carreras. Los Rojos habían obtenido una victoria, contra todas las expectativas, y él nunca tenía suerte en el Flaminio. Debía el alquiler de la habitación y no tenía medios para pagarlo a menos que se matara de hambre. Aun así, había valido la pena. De lo contrario, no habría conocido a Pero. Fue a cerrar las persianas. Gruesos nubarrones surcaban el cielo, y gotas de lluvia le salpicaron la cara. Al norte se veían los tejados rojos de las casas de los ricos, entre los bosques que cubrían el Aventino.

Entonces recordó que era su cumpleaños. Ya tenía treinta.

En su camino al trabajo se sumó a la muchedumbre que se dirigía a la puerta de la ciudad por las orillas del Tíber, y se detuvo para comer pan con aceitunas en una cantina que estaba junto a las Murallas Servianas. Estaba cerca del Circo Máximo; siempre comía allí después de las carreras, y el dueño le conocía bien y le daba crédito en los meses malos. Esa mañana marcó la tablilla como de costumbre.

—Deberías regresar al mar —dijo jovialmente—. Para ganar dinero hay que dedicarse al comercio, no a trabajar para el gobierno. —Se palmeó afectuosamente la barriga y rió entre dientes.

—Se necesita capital para comprar un barco —dijo Curcio Rufo.

—Conozco a un liberto que podría aportar el dinero. Pero exigiría que la inversión le diera buenas ganancias.

Curcio asintió.

—Entonces trabajaría para él, no para mí.

—¿Por qué no lo piensas?

—Necesitas algo más que un barco. Necesitas que confíen en ti. Tendría al gremio en mi contra.

El cantinero soltó una carcajada.

—Sólo las hijas de esa gente confían en ti. Mantente apartado de ellas y todo volverá a andar bien.

Curcio Rufo sonrió.

—No te preocupes. Tengo una chica.

—Tienes demasiadas. Procura que ésta no sea más lista que tú.

Las calles estaban atestadas y Curcio Rufo avanzó lentamente en medio del gentío que llenaba los mercados del Velabro. En el cruce de Vicus Tuscus y la Vía Nueva se detuvo para dejar pasar una litera llevada por esclavos galateos; dobló a la izquierda junto a la Basílica Julia y atravesó el extremo occidental del Foro detrás de los nuevos *rostra*. Saludó con un cabeceo al soldado que montaba guardia en el Tullianum.

—Tienes un trabajo fácil —bromeó, pues el Tullianum era una cárcel de dos celdas ocupada sólo por los condenados a muerte.

Un amigo le había mostrado el interior una vez, y el recuerdo le dio escalofríos.

—Ahora no. Estamos completos.

—¿Completos?

—Dos hombres. —El guardia bajó la voz—. Dicen que uno fue esclavo del nuevo cónsul. No conozco al otro. Los trajeron arrestados desde Macedonia.

—¿De qué los acusan?

—Es una cuestión de estado.

—¿Hace mucho que están aquí?

—Cuatro días. Los han interrogado.

—¿Cuándo se hará? —preguntó Curcio Rufo.

—Mañana los llevarán abajo. —El hombre titubeó y luego susurró—: Oí una conversación de mi centurión con el tribuno. Dicen que ordenarán a Primo que regrese de Macedonia antes de que haya concluido su periodo de gobernador. Eso es raro. —Alzó la voz súbitamente cuando se les acercó un senador escoltado por sus secretarios—. No, no quiero billetes, gracias. Ya tengo dos. Te veré en el circo. Gracias por el dato.

Curcio Rufo sonrió y siguió su camino. A sus espaldas, detrás de la cárcel, se veía el tejado del Tabularium, el archivo oficial del gobierno central. Subió la empinada escalera que conducía al templo de Juno y así llegó al pequeño edificio rectangular donde trabajaba, la sede provisional del Departamento de Suministro de Aguas de la ciudad. El portero sonrió adustamente y extendió la mano, estirando el pulgar y el índice. Torció la muñeca con el movimiento de un hombre que vuelca un vaso de agua y luego se pasó un dedo por la garganta.

—Siempre llego tarde —murmuró Curcio Rufo—. Están acostumbrados.

Y así era. Ninguno de los seis encorvados escribas se dignó alzar la vista, aunque uno de ellos le advirtió en voz baja:

—Hoy está de mal humor.

Atravesó una segunda sala y un escriba apartó los ojos del ábaco.

—Te está esperando —le espetó—. Ha estado deliberando con el prefecto, pues llegó un mensaje del comisario de suministro de aguas del palacio.

Curcio Rufo atravesó la sala, vaciló, llamó a la puerta, entró, arrojó la capa sobre la barandilla.

—Bien, hoy no escaseará el agua —dijo jovialmente.

—Podrías evaluar mejor la situación si hubieras llegado puntualmente para leer los informes que tienes sobre la mesa —dijo agriamente el inspector de acueductos—. Hay uno del Departamento de Agrimensura que debería preocuparnos, ya que habrá una cena de gala en el Palatino dentro de dos días, para celebrar el comienzo de los juegos.

—Lo leeré.

—Si no es demasiada molestia.

Curcio Rufo abrió un fajo de rollos que tenía en el escritorio.

—De nuevo se han equivocado de papiro. Hasta una cabra se tropezaría con las fibras de esta inmundicia egipcia.

Cogió mecánicamente un rollo y se puso a alisar la primera página con un utensilio de marfil. Luego recogió los informes y les echó una ojeada. Se solicitaba la investigación de un accidente que había ocurrido en tiempos de la cosecha cuando un arco debilitado del acueducto Juliano se había desmoronado, lesionando a la cuadrilla de reparaciones y dañando una carreta perteneciente a un influyente mercader de pescado. El conductor había muerto y en el Senado se habían hecho incisivas preguntas acerca de la responsabilidad y la compensación. La propuesta de prolongar un acueducto existente hasta el monte Capitolino era objetada por el propietario de un valioso edificio de apartamentos, y lo respaldaban los comerciantes del mercado adyacente, que alegaban que arruinaría toda la zona. El prefecto de la Cuarta Región tenía quejas sobre el drenaje, y el prefecto de la Segunda solicitaba más fuentes callejeras, dado el aumento de la población. Nada de ello le concernía directamente, pero debía consultar la documentación oficial para asegurarse de que los datos básicos fueran correctos, añadiendo toda información que ayudara a sus superiores a llegar a decisiones satisfactorias. Al fin leyó el informe de Agrimensura, frunció el ceño, escribió una nota debajo de la firma, añadió sus iniciales, y se lo pasó al inspector.

—Esto es urgente.

—Se lo entregaré al prefecto para que la Junta de Aguas lo examine.

—Éste es su tercer informe en tres meses —dijo Curcio Rufo—. Se relaciona con el acueducto Marciano. Sostiene que el tramo aludido fue instalado en el lugar incorrecto y que los pilares están mal asentados. Las fisuras y filtraciones resultantes han empeorado en la última semana. Recomienda reparaciones de inmediato, incluyendo la reconstrucción de tres arcos.

Él no había visto antes ese informe, aunque estaba fechado tres días atrás, y se preguntó por qué no se lo habían mostrado al prefecto en la reunión de la mañana. Pero el inspector no dijo nada.

Habían dado la vuelta a la clepsidra seis veces cuando Curcio Rufo bostezó y dejó la pluma. El inspector alzó la vista.

—¿Has concluido?

—No, pero es hora de un trago.

—Sugiero que antes termines tu trabajo.

—He anotado los informes —dijo pacientemente Curcio Rufo—. Los datos de la investigación están claros. Ahora sólo se requiere la aprobación de nuestros superiores para pedir la opinión del departamento legal. Ellos deben decidir lo que

vendrá a continuación. La queja del dueño de los apartamentos es válida, pero menos que la de los comerciantes. Insisto, este asunto es para los abogados, y si gana el dueño de los apartamentos (lo cual es seguro, pues tiene contactos en el Senado) la región quedará peor que nunca. Las quejas se repetirán. La falla de drenaje es importante, y la solicitud es razonable. Nuestro inspector lo confirmó en el verano. Las fuentes callejeras, en cambio, son otra cuestión. La queja del prefecto tiene cierta justificación, pero sus estadísticas son erróneas. Las estoy revisando. En todo caso, si satisfacemos tan sólo la mitad de sus exigencias, nuestro presupuesto del año próximo se irá a pique.

—Muy bien, pero no tardes mucho.

—El mes próximo iré a las carreras. ¿Quieres que haga una apuesta en tu nombre?

—Sabes que no apuesto. No puedo darme ese lujo. Soy padre de familia. Tengo cuatro hijos.

—Yo tampoco puedo darme ese lujo —dijo Curcio Rufo—. Pero claro... tú prefieres los combates. Siempre es preferible ver derramamiento de sangre cuando no es la tuya.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Siempre tengo cuidado. Venga, no riñamos. Conozco un buen equipo y las probabilidades son razonables.

—Entonces derrocha tu dinero, no el mío.

Curcio Rufo sacudió la cabeza, sonrió y salió. En la escalera, entre las columnas, se detuvo y parpadeó. La lluvia había cesado, las nubes se habían despejado y el sol arrojaba sombras suaves en el suelo húmedo. A pesar de todo, sería un día agradable.

Detrás de las columnatas de la Lautumia había un puesto muy frecuentado por funcionarios menores de las reparticiones oficiales. El vino era barato, pero a Curcio Rufo le agradaba el lugar porque podía oír todos los rumores, algunos fundamentados, pero en general habladurías maliciosas. Allí estaba Pisón, un empleado de la Oficina del Censor, sentado en su rincón de costumbre. En la mesa tenía un ejemplar de *Acta Diurnia*, la gaceta que contenía información oficial.

Curcio Rufo se sentó, tocó la superficie del líquido de su copa con el dedo extendido y luego trazó un semicírculo en la mesa. Lo miró hasta que se secó.

—¿Hoy no es tu día de suerte? —preguntó Pisón. Era un hombre gordo y al hablar hacía temblar su papada.

—Nunca es mi día de suerte, pero hoy menos que nunca.

—¿Otro altercado?

—Todavía no, pero pronto habrá uno.

—Pide un traslado.

Curcio Rufo sonrió.

—Me gusta ese empleo... O no, pero los traslados no son fáciles.

—En un tiempo trabajé con él. Ese hombre es un cerdo.

—Eres injusto con los cerdos, que son animales simpáticos.

—¿Qué sucedió esta vez? —preguntó Pisón.

—Un problema con el acueducto Marciano. Teme que el palacio se quede sin suministro de agua en un momento delicado y que le echen la culpa a él.

—¡Ah! He oído mencionar ese asunto.

Curcio Rufo lo miró inquisitivamente, pero Pisón señaló con los ojos a un pretoriano que estaba junto al mostrador, hablando con una buscona del distrito de Subura.

—Ahora no. ¿Quieres ver esto? —Pisón recogió la gaceta.

—Tengo la vista cansada. Léelo tú.

—Bien, hay un resumen del informe del Senado ante los magistrados sobre procedimientos tribunalicios. Cosas de leguleyos. Muy aburrido.

—Continúa —dijo Curcio Rufo, mirando a la muchacha.

—Ah, dos edictos magistrales: uno sobre el impuesto a la sal y otro modificando las regulaciones portuarias de Ostia.

—¿El barco de pasajeros que se hundió durante el viaje nocturno desde Puteoli?

—Sí. Una lista de designaciones, pero ninguna muy interesante. Chismorreos sobre la familia imperial. Marcelo y Julia han regresado de la Campania...

—Eso complacerá a Augusto y su esposa Livia.

—Lo dudo. A Augusto quizá, pero no a su mujer. Todos saben que Marco Agripa quería desposar a Julia, y Livia está preocupada por sus hijos, sobre todo Tiberio.

—Cada vez que pienso en casarme, me acuerdo de Livia —dijo Curcio Rufo.

Pisón rió.

—Elio Galo se dirige a Roma.

—Para dar explicaciones sobre el fracaso de su expedición en Arabia, sin duda.

—Desde luego. Y ayer el Senado celebró una reunión especial en el templo de Juno para oír un informe sobre la guerra en Hispania. La asistencia fue muy escasa.

El soldado tocó la mejilla de la muchacha. Ella tenía una hermosa tez.

—Siempre es escasa en esta época del año —dijo distraídamente Curcio Rufo—. Todavía están en sus villas.

—Es verdad, pero Augusto se disgustó. He oído que hizo algunos comentarios mordaces.

—Me imagino. Si nosotros, que hemos pasado tres años en tiendas de campaña por el bien del estado y sin vacaciones...

—Exacto.

—¿Cómo se lo ve? ¿Todavía está enfermo?

—Yo no lo vi, pero quienes lo vieron dicen que caminó hasta el Senado apoyando

el brazo en el hombro de Mecenas. Parecía débil.

—¿Hay noticias de mi vieja legión de Hispania? —preguntó Curcio Rufo con displicencia.

Pisón bajó la copa.

—Veré qué puedo averiguar. Un navío de aviso atracó ayer en Ostia. A bordo había un tribuno con mensajes. Está en la casa de Agripa.

—¿En el Palatino?

—Sí, pero su escolta está acuartelada con la Tercera Cohorte. Conozco a uno de los centuriones. Averiguaré lo que pueda. —Pisón se enjugó la boca—. Dime, ¿cómo anda ese gran amorío?

—¿Te refieres a Pero?

—Claro.

—Ella sonríe, y yo pago. Es muy derrochona.

—Así son las esclavas de las grandes damas. Tratan de imitar a sus dueñas.

—Ella me divierte.

—Pero no se entrega —dijo maliciosamente Pisón.

Curcio Rufo se encogió de hombros.

—Ya lo hará.

—¿Has oído algún rumor sobre Terencia y su esposo?

—Ninguno que te interese. La dueña de Pero y Mecenas van cada cual por su lado.

—¿Es verdad que ella y Augusto...?

—Es muy probable. No obstante, Pero sólo transmite chismes de mujeres.

Cuando cerró la oficina, Curcio Rufo se quedó a solas para terminar su trabajo. Luego caminó por el Esquilino hasta la casa de Mecenas y habló con el portero. El hombre lo conocía un poco, y sonrió.

—Ni pensarlo. Ha llegado un visitante importante. El avispero está muy agitado. Hoy no verás a tu muchacha. Terencia los tiene a todos al trote. —Una moneda cambió de manos—. Le daré tu mensaje. Mañana, en el lugar de costumbre y a la hora de costumbre. Cuenta conmigo.

Curcio Rufo se lo agradeció con un cabeceo. Defraudado, regresó al inquilinato y juntó sus enseres de baño. Critón le había recomendado un nuevo establecimiento, recién inaugurado por un sirio entrado en años. Estaba a unos pasos de la calle Larga, a poca distancia de una sórdida zona de escombros, casas viejas y edificios desocupados y derruidos. Había planes para reconstruir toda la zona, y el macedonio, cuyos chismes eran de fiar, decía que Augusto se proponía construir allí un nuevo foro pero tenía que lidiar con varios propietarios que se negaban a vender. El sirio, apostando a lo más probable, había edificado en un terreno barato y sólo esperaba la construcción del foro para encontrarse cerca de una zona próspera en la que nunca

habría podido operar en otras circunstancias. Cuando llegara ese momento, obtendría pingües ganancias. Si optaba por vender, el terreno valdría una pequeña fortuna.

Curcio Rufo quedó satisfecho con los baños y encantado con la cortesía del sirio. Tras dormirse en la sala caldeada, se despertó con hambre. Comió en la cantina contigua y luego, limpio y satisfecho, pidió una muchacha. En este asunto el sirio también fue eficiente, y anocheceó cuando Curcio Rufo regresó a casa. En el camino se detuvo en una taberna donde nadie lo conocía. Allí, a cambio de un trago, le enseñó a jugar a los dados a un soldado de permiso. Cuando la taberna se llenó y vio que contaba con una multitud, pidió tres copas, sacó tres piezas chatas de la túnica (idénticas, salvo que una tenía una mancha negra en un lado), e inició a los aldeanos visitantes en los misterios del juego del molino. Era tarde cuando llegó a su habitación, y la dolorosa inquietud que esa mañana le había revuelto el estómago se había aplacado. Había evitado un altercado en el trabajo, había tenido suerte con la muchacha que había elegido, nadie lo había atracado en la calle ni le había birlado el talego mientras dormía; había bebido mucho vino gratis, amén de ganar dinero. Estaba conforme. En general había sido un buen día.

## Capítulo 2

A la mañana siguiente volvió a tener jaqueca, y cada ruido era una tortura: el repiqueteo de la lluvia contra el vidrio coloreado; el susurro de la sandalia de un escriba en la sala contigua, el chillido de la pluma del inspector en la mesa del rincón. Trabajó lentamente, concentrándose con esfuerzo en los documentos. Parecía que era la mañana de las quejas. La más importante era de un senador que cuestionaba la calidad del agua procedente del acueducto que cruzaba su finca y que él estaba autorizado a extraer para uso personal. Escribió su comentario, lo firmó, carraspeó.

El inspector alzó la vista.

—¿De qué se trata?

—Esta denuncia tampoco tiene fundamento. Todos saben que el senador se queja dos veces al año por costumbre, pues no tiene nada que hacer. —Señaló un armario cerrado—. Hay un archivo sobre ellas. Hemos probado ese tramo del acueducto tres veces en los seis últimos meses. Los resultados han sido negativos.

—Tendremos que hacer algo.

—Ciertamente. He anexado una nota en la que sugiero cortésmente que limpie sus tuberías, comenzando por el punto en que salen del acueducto. Es un tacaño, y usó demasiado plomo cuando las hizo construir. Tendría que haber usado cobre. Aún puede hacerlo, pero no hay motivos para que lo pague el estado.

El inspector sonrió.

—Pero no podemos expresarlo así. Un senador merece respeto.

—Yo me limito a describir la situación, inspector. Exprésala como tú quieras.

—Es tu informe. Debes hacer lo que consideres correcto. Tú conoces tus asuntos mejor que nadie.

—Creí que eran nuestros asuntos —dijo Curcio Rufo, sorprendido.

El inspector sonrió, ojos saltones en una cabeza calva. Dejó su pluma roma y recogió otra. No dijo nada.

Al regresar de la cantina, Curcio Rufo descubrió que habían llegado los informes diarios. Había una pila de rollos amontonados en su mesa.

—Creo que algunos de éstos son tuyos —dijo cortésmente.

—Como verás, estoy ocupado con las cuentas de mediados de año —dijo el inspector.

—Pensaba que ya se las habían pasado a la Junta.

—No. El subcomisario descubrió un error de un copista. Dos nombres figuraban dos veces en las nóminas. Un grosero descuido.

—¿Ese copista nuevo?

—Sí. Lo despedí de inmediato.

Curcio Rufo miró al inspector pero no dijo nada.

El inspector se puso a ordenar su mesa, alineando las plumas en hileras meticulosas, a la derecha las afiladas, a la izquierda las gastadas, como hacía siempre al final del día.

—Veo que te marchas.

—Sí —dijo el inspector—. Recibí un mensaje mientras no estabas. Mi esposa está enferma. Está encinta, y no puedo abandonarla...

—Con cuatro esclavas en la casa. ¿O eran cinco? No, claro que no.

Se miraron de hito en hito.

—Bien —dijo Curcio Rufo—, haré lo que pueda antes del cierre.

—Verás que he añadido el informe del Departamento de Agrimensura.

—¿Otro?

—Sí. Necesitaremos dos copias para la reunión de mañana.

—No soy un jornalero que debe trajinar hasta la caída del sol —protestó Curcio Rufo—. Debo encontrarme con un amigo en los establos. Es importante para mí.

—Lo lamento. Como ves, estamos en aprietos. El trabajo para el departamento debe tener prioridad, como siempre.

—Como dije, haré lo que pueda.

—¿No tienes lealtad? ¿Ni sentido de la vocación?

—Ninguna. Trabajo por dinero, como todos los que trabajan en Roma.

El inspector cogió su capa de la barandilla y se la puso sobre los hombros; la cabeza le brillaba de sudor.

—Llegas tarde todos los días. Perdiste tu último empleo a causa de un escándalo. Pero ni siquiera eso te sirvió de escarmiento.

—Bien, no fue culpa mía que la esposa del centurión tuviera ojos verdes.

—¿Ves? Haces bromas. Crees que porque tú eres ciudadano y yo soy liberto puedes actuar a tu antojo. Eres mi subalterno. ¿Te enteras?

—Ambos somos subalternos, como el pobre diablo que despediste. Era un trabajo nuevo. Estaba nervioso. Todos cometen errores.

Curcio Rufo hizo una enfática pausa.

—Ten cuidado con lo que dices —dijo el inspector, mientras palidecía.

—Yo siempre tengo cuidado. No es tu caso, porque siempre hay alguien que encubre tus errores.

El inspector le clavó los ojos.

—Suficiente, ¿me oyes?

Curcio Rufo se puso de pie. Su jaqueca se había agudizado.

—Me recuerdas a Vedio Polio —dijo.

—¡Ja! ¿Quién es?

—Uno de esos ricachones vulgares. Dicen que alimenta a los peces de sus estanques con sus esclavos.

—Recomendaré a la Junta que te despida —rezongó el inspector—. Ya me tienes hartos.

Salió dando un portazo.

Curcio Rufo volvió a sentarse y desenrolló el primer informe. Los tanques de sedimentación del acueducto Juliano, construido sólo nueve años atrás, volvían a causar problemas. Suspiró, sacó el último rollo de papiro de calidad y comenzó su trabajo. En las tres horas siguientes se interrumpió sólo una vez, para moler tinta nueva, pero al fin concluyó. Con las muñecas doloridas, los dedos entumecidos de tanto sostener la pluma, esparció aceite de cedro sobre las hojas para protegerlas de la humedad, las dejó secar, guardó los documentos en un armario y le echó llave. Si se apresuraba, llegaría a tiempo para ver a Lucio en los establos y echar un buen vistazo al nuevo equipo del que se ufanaba su amigo.

Se estaba poniendo la capa, preparándose para irse, cuando se abrió la puerta.

—¿Alguien trabaja en este lugar? —preguntó una voz agria—. Debo ver al inspector de inmediato... alguien con autoridad.

Sacudió la capa exasperadamente y se enjugó la cara.

—Estamos cerrando —explicó Curcio Rufo—. ¿En qué puedo servirte?

—Mi nombre es Crispo. Soy el agrimensor que está a cargo de la sección rural del acueducto Marciano. Escribí un informe sobre el estado de los arcos.

—Lo tengo aquí —dijo Curcio Rufo.

—Lo escribí hace tres días.

—Lo sé. Pero acabo de verlo. Lo he marcado como urgente.

—Pero todavía está en tu mesa —protestó Crispo, y añadió fríamente—: El arco se está agrietando. Si no me equivoco, se derrumbará al anochecer.

—Entiendo.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Aquí no hay ninguna persona con autoridad. Todos se han marchado.

—¿El prefecto?

—Se debe de haber ido a su villa de Subura, o quizá esté en los tribunales. Hay una causa que afecta al departamento y quizá se le pida testimonio. Yo soy un mero subinspector.

—¿Entonces?

Curcio Rufo titubeó, luego sonrió.

—Pensaba ir a la barbería para afeitarme, pero puede esperar. Dime cuál es el problema exacto.

—En este paraje el río tiene forma de S. El acueducto cruza la curva inferior en un ángulo de treinta grados respecto de la línea del flujo principal. La crecida del río ha ensanchado la ribera donde se yergue la columna de la derecha. La columna está mal construida y la base se está deteriorando. Han aparecido grietas a mayor altura, y

en el arco.

—¿Se puede apuntalar?

—Supongo que sí. Pero para eso se requiere un ingeniero.

—No hay ninguno disponible. En este momento escasea el personal.

—Debemos hacer algo... ya —rezongó Crispo.

—Conseguiré una autoridad —dijo Curcio Rufo—. Entiendo un poco de estos asuntos. Pero debes ayudarme. Necesitaremos una cuadrilla, carros, comida y vino, sogas, andamios, troncos, herramientas de carpintero y muchas cosas más.

Echó a andar mientras hablaba.

Crispo lo siguió al pórtico, ahora bañado por el sol de la tarde. La plaza estaba vacía y al cruzar la calle arremolinaron el polvo con las sandalias. El blanco templo de Juno se perfilaba contra el cielo azul, y el centinela que se balanceaba sobre los talones frente al puesto pretoriano los miró con vago interés.

El centurión de guardia estaba irritado porque le habían interrumpido la siesta.

—¿Qué queréis, en nombre del Hades? —vociferó, frotándose los ojos.

—Soy el funcionario de turno en el Suministro de Aguas —explicó Curcio Rufo—. Necesito tu ayuda en un asunto de suma urgencia.

—No me digas.

—Sí.

El centurión parpadeó.

—Te pondrás bajo mis órdenes.

—No me digas —repitió con incredulidad el centurión. Manoteó su bastón de mando mientras los soldados rasos que estaban en la sala sonreían con expectativa. El agrimensor palideció y le empezaron a temblar las manos.

—Soy ciudadano —dijo Curcio Rufo.

—¿Y a quién respondes, si no es molestia preguntar? —dijo fríamente el centurión.

—Hablo en nombre de Marco Agripa —dijo Curcio Rufo—. ¿Es suficiente para empezar?

Era plena tarde cuando Curcio Rufo y media centuria de la cohorte municipal llegaron a destino, a cinco millas de la ciudad. El agua amarillenta había carcomido el terraplén inferior y anegado el campo, así que sólo se podía llegar a la columna dañada a través del lodo, el pastizal y los escombros que rodeaban los cimientos de piedra tallada del pilar.

—¿Cuánto mide? —preguntó Curcio Rufo.

—Los pilares tienen trece pies de anchura y quince de grosor. La extensión del arco es de quince. La supraestructura del pilar está construida en secciones, como sabes. Aquí tienen tres pies y nueve pulgadas de altura. Puedes ver la grieta en la curva del arco, allá donde está el tramo de piedra tallada.

—¿Qué más puedes decirme?

—Hay una fisura inmensa en la base del pilar, bajo la línea del agua. Sospecho que estaba allí cuando se construyó la sección. Hay muchos indicios de negligencia. En diversas ocasiones, la fuerza de la corriente ha ensanchado la fisura y ha carcomido los cimientos.

Curcio Rufo asintió.

—Podemos hacer una reparación provisional. Esperemos que resista hasta que baje el agua. Pongamos manos a la obra. ¿Cuál es la altura del acueducto? Hasta el tope, quiero decir.

—Veintinueve o treinta pies. ¿Qué sugieres?

—Cruza a los soldados en una balsa y ordénales que construyan un muro protector en el terreno anegado, frente al pilar, para que atenúe la fuerza de la corriente. Necesitarán troncos para insertar los puntales. Yo les enseñaré. Cuando hayan terminado, revestiremos la superficie del pilar con troncos. Con eso debería aguantar.

—¿Cómo cruzaremos los troncos? —objetó el centurión—. ¿Nadaremos con ellos?

—Ordena a la cuadrilla del viaducto que construya una cabria de este lado y luego la desplace por el acueducto. —El capataz asintió—. Debe de tener tres pies de anchura, así que podrán hacerlo.

—Organizaré a los hombres —dijo el capataz.

—Eso es. Empecemos de una vez.

Al caer el sol habían instalado el andamiaje para la cabria y habían subido los primeros troncos al tope del acueducto. En la otra orilla, el trabajo había avanzado con mayor lentitud. Habían erigido una plataforma sobre el terreno anegado y habían transportado los puntales en la balsa, pero nada más. La luz del sol se extinguía, y los hombres, empapados y exhaustos, pararon para comer. Curcio Rufo, acucillado junto a una de las fogatas que habían encendido, bostezó.

—¿Podemos esperar hasta el alba para terminar el trabajo —preguntó con voz soñolienta—, o crees que hay demasiado riesgo?

—Me temo que la fuerza del viento ha debilitado mucho los arcos —dijo Crispo—. Los últimos tres inviernos fueron muy crudos. —Tiritó al recordarlos.

—Ha habido mucha erosión en la otra orilla —dijo el centurión.

—Muéstrame ese dibujo que hiciste —dijo Crispo. Miró el bosquejo con atención—. Es más serio de lo que pensaba.

—¿Qué sugieres? —preguntó Curcio Rufo.

Crispo se encogió de hombros.

—Soy un mero agrimensor. No tengo experiencia en obras de construcción.

—Pero yo sí —dijo Curcio Rufo—. Creo que necesitamos reforzar los pilares de

ambas orillas, y debemos apuntalar los arcos.

Lo miraron.

—¿Los hombres podrán continuar si descansan una hora? —preguntó.

—¿Cuánto tiempo?

—Toda la noche, si es necesario.

—Mis hombres harán lo que les ordenen —dijo el capataz.

—Ciertamente trabajan duro.

—Los judíos y los íberos son los mejores. Los mauris y los griegos son los más haraganes.

—Puedes contar con mis hombres —dijo envaradamente el centurión—, aunque son nuevos en este tipo de labor.

Curcio Rufo sonrió.

—Necesitaremos antorchas. Centurión, ordena a tus soldados que despierten a la gente de aquella granja. Deben de tener aceite en abundancia.

—Lo que necesitamos es brea.

Curcio Rufo se puso de pie.

—Tenía una cita con una chica. —Pensó fugazmente en Pero esperando bajo el sol del atardecer junto al templo de Portuno, donde se reunían habitualmente, taconeando con impaciencia y marchándose con furia al comprender que él no iría—. Me había olvidado por completo.

—No te preocupes —dijo el capataz—. Aprenderá a enjugarse las lágrimas. Piensa en el dinero que ahorraste.

El centurión miraba el cielo y la luz tenue de la luna, que entraba en su último cuarto.

—Dentro de dos días despuntarán las Pléyades y tendremos frío y helada, y después mal tiempo.

Trabajaron toda la noche a la luz de las antorchas. A la hora tercia el viento arreció, el cielo se ennegreció y se puso a llover. Los hombres maldecían mientras trajinaban para sujetar los troncos flotantes con sogas mojadas. Un tramo del andamiaje se desmoronó cuando las cuerdas empapadas se tensaron hasta cortarse, pero los soldados, trabajando con el agua hasta la cintura, sosteniendo los puntales mientras las mazas los clavaban en el barro, estaban demasiado concentrados para reparar en los gritos del otro lado de la corriente. Las antorchas chisporroteaban y se apagaban bajo la lluvia, y se perdía un tiempo precioso en encenderlas para que los hombres de la parte de arriba, acuclillados precariamente sobre piedra y madera, pudieran reanudar su labor. Un hombre patinó en la parte superior del acueducto y sólo se salvó a expensas del poste cepillado que llevaba. Éste cayó en la corriente con un chapoteo, y la corriente lo arrastró a través del arco hasta que encalló orilla abajo. Al avanzar la noche, los hombres se cansaban y los ánimos se caldeaban. Estallaron

dos grescas entre facciones de la cuadrilla del viaducto, y hubo que interrumpirlas a latigazos. Los accidentes se hacían más frecuentes. Una sierra resbaló en una mano cansada y el operario se abrió un tajo en el pie. Un puntal se deslizó en el lodo y apresó a un hombre que no se apartó a tiempo, mientras que un soldado acalambrado casi se ahogó en la corriente, aunque estaba amarrado a dos camaradas.

Poco después de medianoche la pared externa del dique quedó terminada e iniciaron la tarea más fácil de fortalecerla del lado de la orilla. Una hora después cesó la lluvia y el cielo empezó a despejarse. Esto infundió nuevos ánimos y los hombres renovaron sus esfuerzos, pues el final ya estaba a la vista. Con la aurora el apuntalamiento de ambos lados entró en su etapa final e iniciaron la tarea de reforzar el arco. Llegó la luz del día y apagaron las antorchas. Los hombres que habían concluido su labor se acurrucaron en grupos extenuados que se sentaban al pie de los pilares, demasiado cansados para dormir. De pronto se hizo el silencio. El ruido incesante de los martillos, los murmullos, las órdenes, las pisadas en el fango, el choque de la madera contra la piedra, todo se acalló, y sólo se oía el viento batiendo contra las paredes del viaducto y el rugiente caudal de la corriente.

Curcio Rufo se enjugó las manos en la túnica.

—¿Hemos terminado? —preguntó.

—Sí —dijo Crispo con voz ronca—, si al fin te das por satisfecho. —Estornudó.

—Estás resfriado.

—¿Te sorprende?

—No, claro que no.

Los dos hombres se miraron y el agrimensor se echó a reír. Estaban de pie junto a los carros, y el centurión y el capataz se les acercaron.

—Tengo seis heridos —dijo el capataz—, pero sólo dos de gravedad. Uno tiene una pierna quebrada.

—Yo tengo dos heridos —declaró el centurión.

—Pudo haber sido peor.

—Pero es peor. Un tercer hombre murió. Fue golpeado por el poste que cayó del acueducto. Acabamos de encontrar el cuerpo. —Hizo una pausa y añadió resueltamente—: Tendré que presentar un informe.

Curcio Rufo asintió.

—Entiendo. Yo también presentaré un informe completo cuando regrese. Lamento esa muerte. Tus soldados trabajaron bien.

Crispo lo miró con curiosidad.

—¿Estás preocupado? No es necesario. Todos compartimos la responsabilidad. Hemos hecho un buen trabajo. Quizá obtengamos una bonificación. —Curcio Rufo guardó silencio—. Además, tenías la autoridad. Nadie cuestionará eso.

—Espero que no —dijo el capataz—. Marco Agripa valora demasiado a sus

esclavos para dejar que los desperdicien. Por el modo en que manejaste las cosas, se nota que sabes mucho de ingeniería.

—Creo que estoy enfermo —musitó Curcio Rufo.

Ahora que habían terminado, la euforia se disipó. Recordó la emoción que sentía cuando trabajaban toda la noche para cargar uno de los barcos de su padre para que pillara el viento de la mañana, y la sensación de abatimiento que lo agobiaba una vez que el barco había zarpado y él se quedaba solo en el muelle desierto, sin nada que hacer salvo volver al almacén y el largo día que lo aguardaba, contando fardos de mercancías y anotando cifras en un libro contable, una tarea tediosa, odiosa y necesaria que él aborrecía porque no lo ponía en contacto con gente sino con cosas. Ahora tenía la misma sensación, y también una aprensión que sin duda se le notaba en la cara.

Cuando regresaron a la ciudad, se despidió de los demás en la puerta Viminal y atravesó apresuradamente la calle patricia, consciente de las miradas curiosas que debía atraer su apariencia. Era el primer día de los juegos, los *Ludi Victoriae Sullae*, y la ciudad estaba abarrotada; la gente venía de los suburbios y las granjas circundantes para ganar dinero o perderlo, pero siempre dispuesta a divertirse. Se abrió paso entre las multitudes de las angostas calles del distrito de Subura, dejando atrás burdeles, tabernas y tiendas. Los buhoneros le metían sus productos en la cara; dos niños tropezaron con él cuando el gato que perseguían se le metió entre las piernas para perderse tras una pila de cajas, mientras que un chulo perfumado, apoyado en la pared de la tienda donde vendían los látigos de los verdugos, olisqueó burlonamente cuando él pasó. Una muchacha con quien había estado una vez lo llamó desde una puerta, pero él negó con la cabeza y pasó de largo.

La muchedumbre raleó cuando las casas quedaron atrás. Bordeando el lago estanco al pie del Esquilmo, por una zona donde pocos se atrevían a caminar después del anochecer, miró las villas que empezaban a poblar la ladera meridional, y se preguntó cómo se sentirían los ricos, cómo se sentiría un Mecenas, que tenía poder, seguridad y todo lo que quisiera. Era probable que Augusto estuviera allí y no en su casa del Palatino. Decían que se quedaba con Mecenas cuando estaba enfermo. Los despechados solían hacer bromas más incisivas. Al pasar por el extremo occidental del Circo Máximo, oyó el estruendo de las ruedas de las cuadrigas y supuso que algunos equipos se estaban entrenando. Se le aceleró el pulso al pensarlo. Las carreras hacían más soportable la vida. Quizá esta vez tuviera suerte. Tenía buen ojo para los caballos. Lo llevaba en la sangre, supuso, recordando a su padre con afecto.

Al llegar al inquilinato donde vivía se detuvo para mirar a una bonita muchacha que ofrecía una plegaria en el altar de la esquina. Entró por una puerta lateral y subió sigilosamente la escalera, y en el camino la hija del albañil le entregó la llave. Siempre se la dejaba a ella cuando se quedaba sin blanca. Se cambió la ropa

apresuradamente, se lavó en una fuente cercana y fue directamente a su lugar de trabajo.

El inspector escuchó la historia en silencio.

—Bien, debes redactar un informe sobre el asunto —dijo—. Cuando hayas terminado, vuelve a casa. Pareces agotado.

Pero cuando concluyó el informe, no tenía ánimo para regresar al inquilinato y arriesgarse a un encontronazo con el propietario. Le habría gustado hablar con el macedonio, pero debería esperar. Bien, siempre estaban los baños. Esa idea lo reanimó, y ensayó una sonrisa con una dama muy enojada que lo miraba especulativamente por las cortinas de gasa de una litera. Caminó deprisa hacia el Campo de Marte.

En la cámara los hombres saludaban bulliciosamente a sus amigos. Curcio Rufo dejó su copa y sonrió cuando Pisón se sentó junto a él. En un banco cercano estaba sentado un mancebo con un hombre mayor. Reparó en la mirada de Curcio Rufo y curvó los labios. Tenía tez clara, ojos azules y cabello castaño, y del cuello le colgaba una cadena de oro con un medallón.

—¿Vienes de Mauretania? —le preguntó en bereber.

El niño sonrió sorprendido, mostrando hermosos dientes.

—Sí —respondió—. ¿Conoces mi país?

—Conozco un poco Tingitana. Mi padre hacía negocios allá.

El niño volvió a sonreír.

—Roma es muy hermosa. También su gente.

—Algunos son más hermosos que otros.

—Cuando hayas terminado... —interrumpió Pisón.

—He terminado.

—Me alegra. Su amigo pensaba que intentabas robárselo. Por cierto, han ordenado el regreso del gobernador de Macedonia. Llegó a Roma esta mañana y de inmediato fue a ver a Murena. Se avecina un gran jaleo. Dicen que Murena está furioso.

—¿Alguna vez conociste a dos cónsules que se dirigieran la palabra? —rió Curcio Rufo—. ¿Comemos aquí o en otra parte?

—¿No opinabas que este lugar era respetable? —dijo Pisón—. ¿O estás cambiando tus hábitos?

—Ni una cosa ni la otra —dijo desconsoladamente Curcio Rufo—. Me informaron mal.

—En efecto. Debo irme a casa. Unos vecinos vienen a comer. Te dejaré soñando con tu fortuna.

Curcio Rufo pensó en las descascarilladas habitaciones del inquilinato, el ruido, la mugre, la sordidez. Pensó en el tedio de realizar una tarea que detestaba, de la tensión

de trabajar para un hombre que despreciaba y que lo odiaba. Pensó en Pero y en su exigua paga.

—Sí, mi fortuna. Iré a caminar entre las costosas tiendas del Campo de Marte y elegiré costosos regalos que nunca compraré.

En el vestuario volvió a ver al muchacho con su compañero. El hombre mayor tenía semblante enérgico y modales indolentes. Dos esclavos de librea le acomodaban la toga mientras él los reprendía por no acomodar bien los pliegues. La toga le daba una dignidad que no parecía poseer en la sala de baño y mostraba, para sorpresa de Curcio Rufo, una angosta franja púrpura que lo identificaba como integrante de la baja nobleza.

—Te has olvidado la toga, querido muchacho —le reprochó a Curcio Rufo—. Deberías venir vestido como corresponde. Podemos pensar que algunas de nuestras leyes son absurdas, pero de nosotros depende hacer lo posible por respetarlas.

Hablaba con leve acento etrusco, y aunque la voz era amable el tono de autoridad era inconfundible.

—Lo lamento, amigo —dijo Curcio Rufo—. Estoy de acuerdo. Lamentablemente... —Extendió las manos y sonrió.

—Entiendo. Bien, al menos tienes el donaire de pedir disculpas. Muy cortés de tu parte.

Curcio Rufo retuvo su sonrisa. El hombre dilató los ojos.

—Confieso que tu atuendo te sienta bien... como sin duda sabes. ¿Eres del oriente? ¿Partia, quizá?

—No, eminencia, pero mi padre era de allá. Yo soy ciudadano, y sólo conozco Roma.

—Supongo que no estás ligado a nadie.

—No estoy casado. —Curcio Rufo hizo una pausa y añadió con cautela—: He notado que el atuendo de mi raza atrae a las damas.

Hubo un breve silencio mientras el joven mauri miraba a Curcio Rufo con ojos esquivos.

—¿Te bañas aquí con frecuencia? —El desconocido, ya vestido, estaba de pie, apoyando una mano en el hombro del joven. Los dedos de su mano mostraban que lo apretaba con fuerza.

—Cuando puedo pagarlo, eminencia.

—Pero el coste del ingreso es una menudencia.

—Los óleos son muy caros, eminencia. Es el impuesto aduanero.

—Sí. Debemos tratar de hacer algo al respecto, un día de éstos. —Tiró afectuosamente de la oreja del joven—. Algunos olvidamos que los baños cuestan más de lo que pensamos, si uno quiere disfrutarlos como corresponde. —Sonreía maliciosamente al hablar.

—Entonces es igual para todos —dijo secamente Curcio Rufo. Se inclinó cortésmente y siguió al desconocido y su amigo hasta salir del edificio. El portero, al ver que se acercaban, batió las palmas.

—Traed el palanquín de Cayo Mecenas. ¡Deprisa!

Curcio Rufo se abrió paso entre los esclavos acucillados que aguardaban pacientemente con los palanquines de sus amos, y se detuvo para enjugarse el sudor de la cara. Los baños, pensó, estaban más caldeados de lo que esperaba.

Era un día seco y en la calle se veían muchas parejas que disfrutaban de la calidez del sol vespertino. Una larga fila de barcas que iban desde Ostia hasta los almacenes de la isla surcaba el Tíber; un grupo de remolones jugaba al *backgammon* en la puerta de una tienda cerrada; un vendedor de pasteles con una bandeja vacía regresaba a casa, contando sus ganancias, mientras un grupo de mocosos miraba fascinado a un hombre que reparaba un techo bajo la mirada fulminante de su esposa. El mercado de hacienda estaba desierto, salvo por los bueyes que se habían vendido y comprado esa mañana. Lo miraron, meneando la cola mientras él rechazaba los ofrecimientos de un vendedor de agua fresca. Hizo una mueca al ver una caravana de esclavos enfermos que eran llevados en litera hacia el templo de la isla, en busca de una cura, y recordó fugazmente a su madre. Pasó frente al Teatro de Pompeya y oyó el rugido del público. Ese día actuaba Pilades, y el lugar estaba repleto. Las calles se ensancharon levemente. Ahora estaba en la zona elegante, donde los ricos compraban bagatelas refinadas para sus esposas y amantes, donde las tiendas fabricaban muebles de marfil y cidro a un precio que habría alimentado por un mes a todos los pobres de Roma, y un juego de pendientes con collar habría pagado el sueldo de una legión por medio año. Aquí, los jóvenes se citaban con muchachas bonitas. Herederos de la aristocracia que había destruido la república, chismorreaban en voz clara y estridente sobre un mundo mimado cuyos habitantes no carecían de nada salvo la distinción personal. Subsidiados y a resguardo, vivían una vida fácil. Era lo único que sabían hacer. Se sentía incómodo caminando entre ellos, aunque procuraba no demostrarlo. Su atuendo, tan fino en los baños y el inquilinato, parecía gárrulo y barato en comparación con las costosas telas de aquéllos que podían darse el lujo de comprar la misma ropa diez veces, sin preocuparse por el alquiler.

Un palanquín se detuvo frente a él. La pasajera se apeó y entró en una perfumería, seguida por su criada. Él se detuvo a esperar. Al rato la muchacha salió. Estaba vestida a la moda y llevaba el pelo oscuro apilado en rizos intrincados. Casada, decidió él, observando atentamente la expresión remota de ese rostro pintado y exquisito. La criada susurró y ella sonrió, mirando a través de él. Se acercó un joven a quien ella evidentemente conocía. Hablaron, la criada se rezagó, la muchacha le mostró su compra al joven. Él rió, y Curcio Rufo le oyó decir con toda claridad:

—Vámonos. Hoy las calles están plagadas de campesinos. Es por el festival. Te

arruinan hasta las compras.

La muchacha frunció la nariz.

—Sí, envidia a Valeria, que está visitando a su padre en Tarraco.

—Yo también espero noticias de Tarraco —dijo él.

—Pobre Lucio. Sabes que tu padre nunca lo consentirá. No importa. Quizá haya una carta en camino.

Pasaron de largo. Él podría haber estirado la mano para tocarla, como había tocado a tantas mujeres, pero ella estaba tan lejos de este mundo como una princesa de leyenda. Curcio Rufo trabajaba en la ciudad, pero ellos eran los dueños. Sonrió amargamente, sintió dolor de estómago, y decidió que se sentiría más cómodo en su propio territorio. Además, se hacía tarde y los jóvenes ya regresaban después de ejercitarse en los campos. Empezó la vuelta hacia el mercado de hacienda, donde habitualmente se reunía con Pero. Era malo pensar con el estómago vacío. Provocaba tristeza.

Ella estaba acucillada al pie de la escalinata del templo de Portuno, la falda turquesa extendida alrededor, mirando con deleite a un gatito que se tambaleaba a la luz del sol, tratando de atrapar la cinta que ella arrastraba por el polvo.

Curcio Rufo la vio y dejó de correr. Llegaba con retraso y quizá ella hubiera vuelto a enfurecerse, pero no convenía hacerle pensar que él tenía demasiado interés. Ella oyó sus pasos y alzó la vista. Su cabello castaño brillaba como si lo hubieran bruñido.

—Mira ese gatito, Curcio. Es muy pequeño. ¿Crees que habrá perdido a su madre?

—Es muy probable. Esta zona está llena de gatos callejeros. Los fuertes viven y los débiles mueren, tal como nos pasa a nosotros.

—No digas eso. Le traerás mala suerte. —Miró al gato—. Es muy fuerte. ¿Ves? —Extendió la mano para mostrarle las marcas rojas que tenía en la muñeca.

—Todos tienen zarpas afiladas como agujas. Tuve uno cuando era niño. Creo que este subsistirá, ya que te arañó a ti y sobrevivió.

Ella rió, acarició el gato un instante, se levantó y lo encaró. Era casi tan alta como él.

—¿Y bien? —dijo.

Él sonrió.

—Lamento lo de ayer. No fue culpa mía.

Dentro de la túnica tenía el frasco de perfume que había comprado con sus ganancias de los dados, y que era una prenda de paz, pero no se lo entregó.

—Esperé una hora. Una hora entera. ¿La otra era más bonita que yo? Ahora que has venido, puedes contármelo.

—Me largaré si hablas de ese modo. —Él se dio media vuelta.

—Curcio.

—Dime, Pero.

—No te vayas. Explícame qué sucedió.

Ella sonrió y extendió la mano. Él la asió y sonrió a su vez.

—Bien, sucedió lo siguiente...

Se lo contó. Cuando concluyó su relato, estaban a orillas del Tíber, bajo el puente Agripa, y a la derecha se extendían las dehesas del Campo de Marte.

—Te ascenderán por ser tan listo —dijo Pero, batiendo las palmas.

—Lo dudo.

—Pobre Curcio. Debías de estar agotado. De todos modos, ahora me debes un regalo.

—¿Por qué?

—Por hacerme esperar.

—Te compraré uno cuando tenga dinero. Me gusta ese vestido. Queda bien con tu cabello.

—Gracias. ¿Te gusta mi perfume?

Él la olfateó, reparando con placer en las miradas que los peatones dirigían a Pero.

—Aún no he tenido la oportunidad de acercarme lo suficiente. Pero creo que es el mismo que usabas en el Circo.

Ella asintió aprobadoramente y lo miró de soslayo.

—¿Por qué me hablaste ese día?

—Porque te reíste de mí cuando rompí los billetes.

—¿Perdiste mucho dinero?

—Demasiado.

—¿Te traje mala suerte?

—Aún no lo sé. Sentémonos y podrás contarme en qué diabluras estás metida. Traté de verte el otro día.

—Lo sé. Tuvimos una visita importante. No, no puedo contártelo. Me azotarán si lo hago.

—Puedo adivinarlo.

—Adivina entonces —protestó Pero. Cogió una brizna de hierba y la mordió pensativamente—. Hubo una cena. Vino el gran Murena, y Marco Agripa. Es muy atractivo. Pero no me gustaría enfadarlo.

—No creo que tengas la oportunidad.

Ella escupió la brizna. Suspiró teatralmente.

—No. Soy sólo una esclava. Hay un joven, un año mayor que yo, que gusta de mí. Quizá me vaya a vivir con él, ya que no podemos casarnos. Mis hijos también serán esclavos, y me los arrebatarán. Eso es todo lo que puede ocurrir.

—Ahórrate las lágrimas. Y ahorra las propinas... para comprar tu libertad.

—Terencia da pocas propinas. Hice los cálculos una vez que estaba aburrida. Sería demasiado vieja para casarme si esperase hasta entonces. Su esposo es más amable, pero ni se fija en nosotras. —Rió entre dientes—. Sólo en Batilo.

—¡El mimo! No lo sabía.

—Será actor, pero es mejor en otras cosas —rió Pero—. Quizá, si arruino el cabello de mi ama antes de una cena importante, ella me venda y termine en una casa donde haya un hijo joven.

—Quizá no se enamore de ti.

—Éste sí. Yo lo convencería. El hijo de Fanio Cepio es muy guapo. Lo vi en la cena que ofreció su padre. Yo fui con la familia.

—¿Y te miró?

—Todos me miran —repuso ella—. Estoy acostumbrada a eso. Pero creo que sólo estaba practicando. Está enamorado de la hija de un legado que está fuera de Roma. Había un resquemor entre padre e hijo. Supongo que él tiene otros planes para el joven.

Él le asió la mano y la sostuvo con fuerza. A lo lejos varios jóvenes arrojaban lanzas contra un blanco de paja, observados por dos hombres a caballo. La muchacha le sonrió, y él le devolvió la sonrisa.

—Quizá yo tenga planes para ti —murmuró.

Ella miró el sol de reojo.

—Es hora de volver —dijo—. No debo regresar tarde porque volveré a tener problemas.

Se pusieron de pie, muy juntos y cara a cara.

—¿Tienes problemas con frecuencia, Pero?

—Siempre. Pero le sonrió al mayordomo y escapó del castigo.

—¿Cómo sonríes?

—Así. —Ella irguió la cabeza, lo miró inquisitivamente—. Debes revelarme esos planes, Curcio.

Él se inclinó y la besó.

—Por supuesto.

Dieron la vuelta y regresaron hacia el puente tomados de la mano.

## Capítulo 3

—¿Debemos comer aquí? —protestó el macedonio—. Y justo después de anoche.

—¿Por qué no? Es barato —dijo Curcio Rufo—. A menos que tú invites.

Comieron, y el macedonio apartó el plato. Vacío la jarra en su copa.

—Disculpa —dijo—. Fui yo quien tuvo el gusto, no tú. Repíteme, ¿de veras crees que tendrás problemas por lo que hiciste?

—Ese hombre es capaz de cualquier cosa, y más me valdría saltar a la pista en medio de una carrera de yuntas mixtas que olvidarme de eso.

Critón puso cara de preocupación.

—No sé qué hará, pero no hay muchas opciones. No importa. Háblame de la cena. ¿Asistieron todos?

—Sí. —De pronto Critón recobró la compostura y su aire normal de ansiedad constante—. Fue una cena maravillosa. No estábamos cerca de los personajes importantes, desde luego, pero podíamos observarlos.

—¿Había mujeres?

—Sí, varias fueron con sus maridos. Fanio Cepio llevó a su amante. Una mujer fea, me pareció, pero llevaba en el pelo una maravillosa redecilla recamada con perlas. —Y añadió ávidamente—: Y también fue Mecenas. Una situación embarazosa, porque Terencia estaba allí con su hermano. No se dirigían la palabra, o sólo por intermedio de Murena. Fue muy incómodo para los que estaban alrededor.

Curcio Rufo sonrió pícaramente.

—Bien, ya conoces la historia. Una tarde Terencia se estaba vistiendo y Mecenas entró en la habitación ataviado con ropa de mujer, con la cara maquillada y joyas en las orejas. «Querido Cayo», dijo Terencia, «no me importa lo que hagas cuando agasajas a tus amigos, ¿pero tienes que usar mi túnica?». Y Mecenas respondió: «Desde luego. ¿De qué otro modo puedo atraer a Augusto?».

—No me lo creo —dijo Critón con severidad—. Parece uno de esos chismes que cuenta Pero.

—Esperaba que te rieras. ¿La cena estuvo bien?

Critón suspiró y apartó más el plato.

—Sí, excelente cocción, pero nada vulgar. En cuanto al vino, era... —Cogió la copa, suspiró, volvió a bajarla—. Era excelente.

—Una vez bebí una botella de mamertino —dijo Curcio Rufo—, pero venía de un naufragio cuyos restos ayudamos a rescatar.

Critón alzó las manos.

—Eso está bien para los banquetes públicos. Pero nosotros bebimos albano, el dulce y el seco.

—Conque lo pasaste bien. Bebe otro trago.

—Sí, lo pasé bien. Sin recitaciones aburridas ni danzas ramplonas. Un compatriota mío tocó la lira entre un plato y otro. Era bastante talentoso, para ser tebano. No se puede tener todo. —Titubeó—. Hay momentos... otras ocasiones... otras casas. —Critón hizo una pausa, sonrojándose al recordar situaciones embarazosas.

—Lo sé. Recibes comida de segunda, los sirvientes son torpes, el vino es inferior. Lo soporté una vez. Nunca más. No tengo talento para ser cliente.

—Esto era distinto —dijo el macedonio—. Qué va, al final nos invitaron a llevarnos las sobras. Y nadie se burló cuando lo hicimos.

—Tendrías que haberme invitado. ¿Y la conversación? Siempre siento curiosidad por saber de qué hablan los ricos cuando no están charlando sobre la riqueza. —Curcio Rufo se reclinó en el taburete y echó un vistazo a la sala. Dos soldados se embriagaban silenciosamente en un rincón; cuatro hombres que parecían mercaderes ilirios se contaban anécdotas procaces, y una camarera que llevaba un cinturón plateado apartaba diestramente las manos de los parroquianos mientras caminaba a lo largo de los bancos sirviendo vino—. ¿Se relajan como hacemos aquí, o hablan con guijarros en la boca, como Demóstenes?

—Bien —replicó ácidamente Critón—, no nos pasamos la velada hablando del futuro del alma.

—Espero que no. Una vez tuve que hacer eso cuando trabajaba como preceptor con una familia del sur.

—Nunca me lo contaste. No te creo.

—He hecho de todo —dijo Curcio Rufo—. Empiezo bien, con buenas intenciones, luego me aburro.

—¿A quién sedujiste aquella vez?

—A la esposa, naturalmente. Yo era joven y ella no. Incluso me pagó... aunque no me esperaba eso.

—¿De veras?

—Sí. ¿Así que no hubo chismorreos ni escándalos? —Curcio Rufo sonrió—. He malgastado el precio de una cena.

—No, no —dijo Critón, meneando la cabeza—. Hubo chismorreos...

—Pero no se habló de política.

—No. Ya no estamos en la república. —Critón hizo una pausa y añadió lentamente—: Se habló del matrimonio de Marcelo y Julia. Parece que Livia está furiosa.

—Eso me han contado. ¿Pero por qué? Es un matrimonio adecuado: la hija de Augusto casándose con el hijo de su hermana. La muchacha tiene quince años y el joven es un poco mayor. ¿Qué tiene de malo?

—Dicen que Livia tenía otras... ¿Sabías que el muchacho fue designado edil para el año próximo? Todos creen que está destinado a ser el sucesor.

—No lo sabía, pero nadie ignora que Augusto siente antipatía por sus hijastros.

—Sólo por Tiberio. Druso no cuenta porque es demasiado joven.

—Tiene edad suficiente para admirar las piernas de una muchacha bonita cuando las ve.

—Quizá, pero Tiberio es taciturno. No tiene alegría. Cuando lo ven en público, ni siquiera se digna sonreír. Deberías darle unas clases.

Curcio Rufo sonrió.

—Yo muestro mi cara y Tiberio muestra la suya. Pero no creo que la mujer de Augusto pueda estar furiosa ni nada por el estilo. Dudo que tenga sentimientos. Esas mujeres patricias se pasan el tiempo tratando de no tropezarse con su propia nariz. Cuando mira a una multitud, siempre me da la impresión de que contiene el aliento para no aspirar el hedor.

—Pero es cierto —insistió Critón—. El matrimonio se concertó en secreto y luego Augusto temía regresar de Hispania y enfrentarse a ella.

—Pamplinas. Estaba enfermo. Ningún hombre faltaría a la boda de su única hija.

—Le preguntaron a Murena si sabía si el matrimonio complacía a Julia. Y él respondió: «Bien, cuando le dieron la noticia ella batió las palmas y juró por Diana que jamás volvería a tocar una rueca».

Curcio Rufo rió.

—Quién sabe qué piensa el gran Agripa de todo esto —murmuró—. ¿Qué pensarías si fueras el segundo hombre del estado y...?

—¡Chitón!

—Bien, ¿de qué más te enteraste?

Critón guardó silencio.

—¿Alguna noticia de Hispania? No creo que la lucha haya terminado por allá. Son un pueblo tenaz y aguerrido. Me pregunto cómo estarán mis viejos camaradas.

Critón estaba quieto, mirando la jarra vacía y los anillos de humedad de la mesa.

—¿Qué pasa, Critón?

El macedonio alzo la vista.

—Oí algo raro. —Arrugó la nariz—. Los ricos son tan crueles.

—Cuéntame.

—Fue hacia el final, cuando muchos estaban ebrios. Todos estábamos de pie y las mujeres habían ido a buscar sus capas. Yo estaba detrás de mi anfitrión, tratando de pillar su mirada para despedirme. Y de pronto él dijo: «He oído que hay malas noticias de Hispania. Los piratas han secuestrado a una muchacha». Hablaba en voz baja y burlona, y le guiñó el ojo a Fanio Cepio, que parecía incómodo. Luego mi anfitrión dijo: «Pobre desgraciada, pensar que durante años le enseñaron a sentarse

juntando las rodillas y ahora tiene que aprender a acostarse con las piernas abiertas. Espero que disfrute la lección». Otro hombre comentó: «No te preocupes. Las hijas de los legados aprenden a obedecer órdenes». Y un tercero añadió: «Quizá Augusto pague el rescate». Y Fanio Cepio dijo: «Espero que sí, espero que sí». Parecía preocupado. Otro hombre que no atiné a reconocer sonrió e hizo un comentario obsceno. Entonces Varrón Murena los vio y se les acercó. Oyó la conversación. Él sabía de qué se trataba, estoy seguro. Los miró y dijo con esa voz tan especial: «Siempre debéis caminar con tiento en presencia de los dioses». Fue como si les arrojara una jarra de agua fría. Ellos callaron, y él añadió: «Aquí hay un invitado que viene a despedirse». Y ellos se giraron y yo dije todo lo que debe decir un invitado.

—Lo lamento por la muchacha, si es verdad —dijo Curcio Rufo—. Sin duda causará revuelo en Roma. Secuestrar a una aristócrata no es lo mismo que secuestrar a una esclava. Los piratas solían asolar aquellas costas cuando yo estaba allá. Venían de Mauretania.

—Fueron muy despiadados.

—¿Los piratas? No le causarán daño. En general les interesa el rescate.

—No, me refiero a esos ricachones. Su indiferencia es obscena.

—Sólo eran hombres que habían bebido demasiado.

—Los romanos no tenéis imaginación —replicó Critón altivamente.

—Y los griegos sois los padres de todos los vicios —bromeó Curcio Rufo.

Critón rió suavemente.

—Ojalá yo tuviera ganas de reírme —dijo Curcio Rufo.

Critón le apoyó la mano en el brazo.

—No temas. Tu puesto está a salvo. Actuaste como debías.

—Quién sabe.

—He leído el informe —dijo el subcomisario—. Es admirablemente conciso. También recibí informes de los demás participantes. —Hizo una pausa y miró a Curcio Rufo—. ¿Tienes algo que añadir?

Curcio Rufo tragó saliva.

—No, señor.

—Muy bien. Desde luego, esperaré las conclusiones del centurión ingeniero que envié a inspeccionar las reparaciones. —Hizo otra pausa. Curcio Rufo no dijo nada—. Al parecer obraste con mucha inteligencia, o bien con mucha irresponsabilidad. Ocho hombres resultaron heridos y otro murió, un soldado. Será preciso investigar esa cuestión.

Curcio Rufo entrelazó las manos en la espalda. Tenía las palmas pegajosas de transpiración.

—También está el asunto de tu conducta general —continuó el subcomisario—. Hay graves quejas del inspector, y no puedo pasarlas por alto.

Curcio Rufo se relamió los labios.

—¿Cuánto tardará el ingeniero en presentar su informe, señor? —preguntó.

—Un par de días. Por último, está el detalle de que ejerciste una autoridad que no poseías. Engañaste al centurión y al capataz de la cuadrilla. —Se interrumpió y miró a Curcio Rufo con frialdad—. Les mentiste. Dos de los esclavos están gravemente enfermos. No cometeré la indiscreción de averiguar cuánto tiempo lograste embaucarlos. Menos tiempo del que ellos declaran, sospecho. —Se inclinó sobre la mesa, cogió su pluma y firmó la hoja que tenía delante—. Por el momento quedas suspendido en tus funciones. Preséntate aquí dentro de tres días y sabrás la fecha de la indagatoria.

—Perdón, señor —dijo Curcio Rufo—, pero... ¿podría recibir un anticipo de mi salario?

El subcomisario lo miró sorprendido.

—Entiendo que te pagan por trimestres.

—Así es.

—Imposible. Debes aprender a administrar tus asuntos con mayor tino. Si te reincorporan, te pagarán en las Saturnales. De lo contrario, se te pagará hasta la fecha de tu suspensión, es decir, hoy.

—Pero debo el alquiler de mi alojamiento, señor.

—Entonces sugiero que vayas a casa de un amigo.

—Pero, señor...

—Eso es todo.

Curcio Rufo se dio la vuelta y salió. Los escribas de la antesala lo miraron con curiosidad. Él les sonrió y cabeceó jovialmente. Nunca te enfades con la multitud, decía su padre. Pierdes la carrera cuando tendrías que haber ganado; una vara se rompe en el momento inoportuno, te estrellas y no es culpa tuya, y todos te insultan y te acusan de decepcionarlos. No hagas caso; sonríe como si nada hubiera pasado. No pienses en el dolor de tu muñeca rota. Aguántate y sigue sonriendo. Odian a los malos perdedores. No te justifiques. Sigue como si nada hubiera pasado, porque no ha pasado nada que no se pueda enmendar mañana o pasado mañana. Recordó que estaba en los establos de la facción Blanca, tratando de ver por encima de la rueda de una cuadriga mientras su padre regresaba de una derrota inesperada, cubierto de sangre y sudor, sonriendo mientras hablaba, acariciándose un brazo roto. Sólo al crecer comprendió lo que había significado el desastre de aquella tarde: la pérdida de una temporada de carreras; la postergación por un año más de la oportunidad de comprar la libertad con el ansiado dinero del premio; la dilación de todos los planes; la pérdida de la oportunidad de ser socio en un proyecto muy querido para su padre; la perspectiva de otro año en el circo, arriesgando el pellejo cada vez que recorría la pista para complacer a un público que rugía de admiración en un momento y escupía

al siguiente. Esos consejos eran fáciles de dar, pero difíciles de seguir. Su padre había asimilado esa lección de un modo que él nunca podría imitar, por mucho que lo intentara.

Atravesó el pórtico, salió a la luz otoñal, se detuvo con incertidumbre. Había llegado a odiar ese empleo, con su horario fijo, la presión constante del exceso de trabajo sobre un personal escaso, y los objetivos conflictivos de un servicio que, tal como lo había diseñado el comisario, estaba destinado a todos, pero estaba sometido a exigencias insensatas por parte de un puñado de personas que, sabiendo que eran políticamente impotentes, procuraban salvar su orgullo mediante el ejercicio de la influencia social. A menudo, en los días cálidos, había ansiado estar en libertad. Para recorrer las calles, oír los chismes, beber en las cantinas, fingir por un instante que era un hombre rico y ocioso que podía vivir a la sombra. Ahora estaba libre, y era un día cálido. Podía remolonear en el Foro con gente distinguida, y mirar mientras toda Roma desfilaba por allí. La sola idea le daba náuseas.

Giró a la izquierda y se encaminó al río, deteniéndose para beber un trago en la cantina que había detrás del mercado de hacienda, donde los traficantes se reunían para acordar los precios antes de que empezaran los remates. Luego, frente a la isla del Tíber, compró un pan fresco a un vendedor ambulante y miró el agua amarilla y arremolinada. Una pequeña barcaza navegaba corriente abajo, deslizándose cautamente hacia el muelle construido por el recién creado Gremio de Aceiteros en la confluencia del Petronia con el Tíber. El capitán gritó instrucciones, empujaron una grúa desde la sombra de un almacén, y dos hombres bajaron por la escalerilla del muelle y abordaron un esquife para salir al encuentro de la barcaza. Al acercarse, arrojaron un cabo desde el esquife y lo amarraron a la popa de la otra embarcación. Los hombres de cubierta plegaron la vela y el esquife se internó en la corriente e hizo girar la barcaza de flanco. Desde el muelle arrojaron un segundo cabo, lo sujetaron al único palo y la barcaza se aproximó lentamente al muelle. Era una operación engorrosa, sólo facilitada por la práctica constante, y Curcio Rufo sintió envidia de la gente que podía vivir por sus manos en vez de valerse de su inventiva.

Impulsivamente bajó la rampa que conducía al muelle y le habló al capitán, que supervisaba la descarga de las mercancías.

—¿Necesitas personal? —preguntó.

El capitán lo miró de arriba abajo.

—¿Y qué sabes tú de embarcaciones?

Curcio Rufo sonrió.

—Lo suficiente para hacer lo que acabas de hacer. He navegado en un buque más grande que éste, hasta Bizancio. Aunque una vez hundí un esquife en el puerto de Rodas. —Evocó el recuerdo con una sonrisa—. En aquella época era un niño.

El capitán sacudió la cabeza.

—No quiero otro marinero que se pase el tiempo tratando de enseñarme mi trabajo, y tengo todo el personal que necesito.

Curcio Rufo se alejó. Le habló a un empleado del almacén, pero tampoco había ningún puesto disponible. Regresó a la orilla y enfiló hacia el granero donde atracaban las barcas, se reunían los mercaderes extranjeros y los capitanes regateaban por el alquiler de sus barcos. En todas partes se encontró con la misma respuesta. Tenía demasiados años y hablaba demasiado bien como para que lo tomaran en serio cuando se presentaba para un puesto de marinero, y era demasiado inexperto para que le confiaran un puesto de oficial. Algunos sospechaban que era un esclavo fugitivo, o un deudor que trataba de escaparse de Roma, y apresuraban a cortar la conversación. Siempre había excusas, evasivas, a veces mentiras. Un judío se negó a contratarlo porque no practicaba su fe; un egipcio que adoraba a Isis lo rechazó con un pretexto similar. Las gentes del río formaban una comunidad que se ganaba la vida con el mar y, fueran mercaderes o marinos, miraban con malos ojos a los intrusos. Vendían sus mercancías a todo el mundo, pero conservaban el trabajo para los suyos.

Al cabo regresó por la calle donde los agentes comerciales tenían sus oficinas. Éstos eran los intermediarios que contrataban barcos y organizaban flotas para los ricos que deseaban invertir en empresas mercantiles sin dedicación personal ni esfuerzo. El gordo que se rascaba bajo la túnica representaba a una factoría de Capua que producía vasijas de bronce para exportación; el griego de enfrente se especializaba en comprar los mejores productos de los viñedos del valle del Padus, y no era coincidencia que su hermano fuera agente de una gran finca del norte. El hombre flaco de Rodas, sentado a la mesa del vestíbulo, había perdido una fortuna veinticinco años atrás, cuando la conquista de la Galia había arruinado la exportación de productos de alfarería, pero les iba bien con la venta de caballos nómadas para el ejército. El desenfadado sujeto de Tuscania que tenía cicatrices en la cara estaba en contacto constante con Memfis y conocía la demanda estacional de lino al detalle. Estos hombres habían conocido a su padre y en consecuencia él había eludido esa calle durante años. Sólo había regresado por desesperación.

El canoso Aquila, que en los viejos tiempos lo manejaba todo y cuyos agentes de Partia organizaban caravanas de especias desde el oriente, lo reconoció y soltó un silbido de sorpresa.

—¿Qué te trae por aquí, muchacho?

Curcio Rufo sonrió.

—La curiosidad —dijo—. Ha pasado mucho tiempo. Pensé que nada perdía con ver cómo estabais todos. Siempre las mismas caras. ¿Los negocios siguen bien?

El hombre escupió.

—No para mí. Si pudieran zanjar las diferencias con Partia, las cosas mejorarían

un poco. Pero el conflicto por esas malditas águilas perdidas todavía es una herida abierta. Hoy en día no puedo hacer llegar una caravana hasta Antioquía.

—Envíala por mar.

—Demasiado caro y demasiado lento. Hemos tenido problemas con piratas de la costa cuando lo hemos intentado.

—¿Y el cobre y el estaño? El mercado es propicio y se pueden conseguir buenos precios, siempre que tengas capitanes que conozcan la costa escita.

—Sí, pero pierdes las ganancias al pagar los impuestos en Bizancio.

—No si conoces Bizancio.

Aquila lo miró con interés.

—Recuerdo que una vez navegaste hasta allá.

—Más de una vez.

Hubo una pausa mientras ambos se estudiaban.

—¿Compras o vendes, muchacho?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Entonces qué estás buscando?

—Nada, en verdad —dijo Curcio Rufo con displicencia—. Tengo un buen trabajo. Me pagan bien y estoy satisfecho.

—Conque Escitia, ¿eh? Bien, no es mala idea si uno consigue al hombre indicado. Siempre has tenido buena cabeza, muchacho, debo admitirlo. Lástima que no pudieras controlar los ojos.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Es verdad. —El viejo se frotó la barbilla—. ¿Quieres volver a navegar?

—Me agradaría pensar en ello.

—¿Cuánto?

—Un salario justo por mi trabajo, y un dos por ciento de las ganancias por el cargamento si lo llevo a buen puerto.

—Debes de estar desesperado para cotizarte tan poco —dijo lentamente Aquila. Miró con dureza a Curcio Rufo—. Tienes problemas de dinero, ¿verdad?

—En absoluto. Sólo ando un poco ajustado.

—Ya, ajustado. No me mientas. Nunca conociste esa palabra. Conque Escitia, ¿eh? Quién sabe. Hace mucho que no arrojo mis redes por allá. Necesitamos un inversor, por supuesto. Pero yo podría encontrar alguno. Hay mucha gente en el Quirinal, y todos son codiciosos. Bebe un trago conmigo y hablemos.

—¡No! —graznó una voz.

Curcio Rufo dio media vuelta.

—¿Cómo dices? —preguntó.

El viejo calló de repente.

Un hombre corpulento de cabello oscuro y rasgos gruesos se había acercado, con

mirada glacial y expresión colérica.

—Tendrías que haber suplicado años atrás. Ahora es demasiado tarde.

—Ni siquiera te conozco. Lo lamento. —Curcio Rufo extendió las manos—. Debe tratarse de un error.

—Pero yo te conozco a ti. Y no navegarás en ningún barco por el Tíber hasta Ostia y más allá mientras yo pertenezca al Gremio.

Curcio Rufo lo miró sorprendido.

—Venga, Labieno —dijo el viejo—. Seamos razonables con este asunto, muchacho.

—No, Aquila —protestó Labieno—, éste es mi negocio.

Aquila apoyó la mano en el hombro del joven.

—Entra, muchacho. Aquí te espera Virinia. Hablemos. Una buena oferta. —Miró de soslayo a Curcio Rufo—. Nunca riñas en la calle. Es malo para los negocios.

Labieno titubeó.

—Virinia no sufrirá ningún daño si le habla ahora. —Curcio Rufo se quedó muy tieso—. Ella es la madre de tu hijo, recuerda. Tu hijo, no el de él.

—No —dijo secamente Labieno.

—No la violaré en la calle, si eso es lo que temes —dijo fríamente Curcio Rufo.

Labieno se volvió y le abofeteó la cara. Curcio Rufo se tambaleó, perdió el equilibrio y se desplomó en la alcantarilla. Se puso de pie lentamente. Sacudió la cabeza como un perro empapado y se secó la sangre que le goteaba de la comisura de la boca. Se le manchó el dorso de la mano. Tenía un diente flojo. Se exploró la boca con la lengua. Tenía los labios cortados.

—No te preocupes —le murmuró al viejo—. Hay otros hombres que pueden navegar a Bizancio. Era sólo una idea.

—Lárgate de esta calle y no te acerques a Virinia —dijo Labieno.

Curcio Rufo escupió sangre.

—¡Aguarda! —Labieno hurgó en su túnica y arrojó dos monedas a la alcantarilla—. Cógelas. Mi gremio es caritativo con los pobres.

Curcio Rufo vaciló. El sentido común se imponía sobre el orgullo. Estaba desesperado y el otro lo sabía. ¿Por qué otro motivo había regresado? Se agachó para recoger las monedas.

—Las conservaré en memoria de ambos —dijo coléricamente—. Las monedas representan el valor de este recuerdo.

Se volvió y echó a andar calle abajo. La vara de un palanquín lo golpeó de lado mientras bajaba de la acera para evitar a un peón que cargaba un tonel de vino; un hombre con un tablón en el hombro le pegó en la espalda mientras él se detenía para ceder el paso a un grupo de mujeres que regresaba de la fuente pública; se tambaleó y tumbó una jarra, que se hizo trizas. Siguió andando aturdidamente mientras las

mujeres lo insultaban. No les prestó atención. Buscaba un callejón donde pudiera detenerse y vomitar en *paz*.

Al cabo llegó a una taberna frecuentada por marineros. Entró, buscó un rincón solitario y compró un trago. Le dolía la cabeza, tenía la cara hinchada y la ropa sucia. Pidió un segundo trago, y luego un tercero, ansiando aplacar el pánico que crecía en su interior. Aquila, que había sido amigo de su padre, había sido su última esperanza. Ahora no sabía qué hacer. Era la hora del almuerzo y las tiendas y oficinas habían cerrado y habían cesado las actividades. Le esperaba un día largo, interminable e insufrible. Tenía todo el tiempo del mundo y no sabía qué hacer con él.

—Está en su habitación —explicó la hija del albañil—. Estuvo ausente tres noches. Le di la llave esta tarde. Quizá esté durmiendo.

—Me tiene preocupado —dijo Critón.

—A mí también —dijo la muchacha—. Pero ya ha tenido malas rachas y siempre las supera. Vive de su inventiva, supongo.

—Todos lo hacemos, de un modo u otro —replicó Critón.

—Ya sabes a qué me refiero.

Él asintió y subió la escalera. La puerta estaba cerrada pero no trabada, y Curcio Rufo estaba tendido en la cama con un brazo sobre la cara.

—Me tenías preocupado, amigo mío —dijo Critón—. ¿Te encuentras bien?

Curcio Rufo movió el brazo y abrió los ojos.

—Perdona la voz —graznó—. He perdido un diente.

—Parece que hubieras perdido una pelea —le recriminó Critón.

—Tendrías que haberme visto tres días atrás. Entonces estaba peor.

—Te busqué por toda la ciudad.

—Yo busqué trabajo por toda la ciudad.

—Ah. —Critón se sentó en el taburete—. Entonces no has tenido suerte.

—No. Me ofrecí para un puesto de preceptor, pero el tío del chico apareció justo cuando me lo iban a otorgar. Parece que conocía al hermano del senador para quien trabajé hace años. Recordaban mi nombre. Eso me llama la atención. No les importa que sus esposas tengan como amante a un esclavo favorito, pero un maestro que no es esclavo les hiere el orgullo.

—¿Hubo una escena?

—Me marché cuando empezaba.

—Tuviste mala suerte —dijo Critón discretamente.

—Me ofrecieron otro puesto, esta vez como ayudante de un traficante de caballos que conocí en el mercado de hacienda. Pero vendía caballos robados y me pareció demasiado arriesgado. Luego fui a ver al patrono de mi padre. Estaba desesperado, de lo contrario no habría ido a la casa. Pero él no estaba en Roma. Allí había una muchacha, una especie de pariente, y una anciana que me tenía inquina. La muchacha

era encantadora. Muy comprensiva.

—Pero la anciana no.

—Tenía cara de Medusa. Comprendí de inmediato que perdía el tiempo. Así que me marché. Fui a una taberna de la puerta Capena y jugué a juegos de azar durante tres noches. Gané mucho dinero.

—¿Qué sucedió?

—Allí había un joven. Demasiado tarde descubrí que usaba el anillo de oro de la clase ecuestre. Al parecer, le divertía codearse con la gente de baja ralea. ~¿Y?

—Me acusó de hacer trampa. —Al recordar la voz del muchacho, Curcio Rufo se incorporó—. Como si yo necesitara hacer trampa.

—Sólo cuando la suerte no te favorece —dijo el macedonio con una sonrisa maliciosa.

—Desde luego. Hubo una discusión, estalló una gresca y llamaron a los soldados. Escapé por una ventana del fondo. La hija del propietario es una vieja amiga mía.

—Fue una suerte. —Critón se movió en el taburete—. Bien, ¿y ahora qué, amigo mío?

Los dos hombres se miraron. Curcio Rufo se levantó y fue hacia la ventana. La luz empezaba a desvanecerse y las calles estaban desiertas. Una risotada llegó desde una taberna.

—Pronto llegarán los carros —dijo. Critón no respondió, y él continuó en voz baja—: Es una gran ciudad, llena de personas, algunas ricas, otras pobres. ¿Por qué es tan difícil que un hombre se gane la vida, consiga un empleo, obtenga un poco de dinero?

—¿No tienes sangre latina? —preguntó suavemente Critón.

—Mi abuelo era hijo de un mercader de caballos parto, capturado por salteadores cuando su caravana fue atacada camino a Bizancio. Fue comprado y vendido, y terminó en una granja de Sicilia. Mi padre nació allí, se casó con una muchacha de tu raza. Lo manumitieron; y yo soy ciudadano, tal como el albañil de la planta baja es ciudadano. No tendría que haber ninguna diferencia, pero la hay.

—¿A qué viene esta queja? —objetó Critón—. Sabes tan bien como yo cuál es la diferencia. Son un pueblo tenaz, industrial y inteligente.

—También lo son otros.

—Es verdad, pero Roma prevalece dondequiera que va, y todos le obedecen.

—Cualquiera puede prevalecer, si tiene la fuerza necesaria.

—Cualquiera, en efecto, venga de Atenas o de Partia. Lo mismo da. ¿Pero dónde salvo en Roma puede un esclavo obtener la libertad legalmente, y su hijo ser el igual del conquistador de su padre? Esta gente no se limita a conquistar: sabe gobernar.

—¿Y nosotros? —murmuró Curcio Rufo.

—Seguimos siendo lo que éramos. La sangre no cambia en una generación.

—En el ínterin buscaré trabajo, y tú un patrono para tus poemas.

Critón sonrió.

—Perdóname. Hablo demasiado.

—Ya lo creo. —Curcio Rufo guardó silencio. Luego miró al macedonio, que había sacado un trozo de lino de su talego y trataba de leer lo que estaba escrito allí —. Enciende la lámpara. Te cansarás la vista.

El macedonio obedeció con gratitud.

—Hoy tuve un poco de suerte —dijo al cabo—. Me presentaron a Pilades. Es un gran artista, y fue muy amable.

—¿Le mostraste tus versos?

Critón titubeó.

—Sí —dijo al fin, tímidamente—, se los mostré.

—¿Y qué dijo?

—Dijo... —Critón hizo una pausa para armarse de coraje—. Dijo que servirían para una recitación a la mesa de un ricachón, pero nada más. Aun así, concedió que yo tenía talento y me ofreció trabajo. Quiere que rescriba algunas escenas de viejas obras para él. —El macedonio hizo una pausa y añadió con voz plañidera—: No sé si debería estar agradecido o furioso.

Curcio Rufo se echó a reír y le palmeó el hombro.

—Procura estar agradecido. Es una buena noticia y debemos celebrarla. Bien hecho. Si Pilades utiliza tu trabajo, estás salvado.

—¿Eso crees? Yo tenía la esperanza...

—Entonces te pareces demasiado a mí. Sueñas con el oro y desdeñas la plata que está a tus pies. Es mejor escribir por dinero y saber que tu trabajo es utilizado que escribir por placer mientras tus amigos ocultan su bostezo con las manos.

—Pero no es literatura.

Curcio Rufo vació la copa.

—Lo que cuenta es lo que haces con ella, no lo que crean los demás. —Guardó silencio, mirando el centelleo de las luces por la ventana mientras la ronda nocturna cruzaba el final de la calle. Dijo soñadoramente—: Una vez construí un puente en Hispania. Era un puente hermoso. Me sentí orgulloso de él. —Se volvió y Critón vio felicidad en su semblante—. Quizá un día lo vea de nuevo, y entonces me parecerá muy pequeño. Pero entonces era para mí el puente más grande del mundo. Y el mejor.

## Capítulo 4

Curcio Rufo se sumergió en el agua y cerró los ojos. Había estado en pie todo el día, y le dolía el cuerpo. Ahora que podía relajarse, sentía una súbita fatiga y le palpitaba la cabeza, como pasaba siempre que estaba cansado.

—Creíamos que habías dejado de venir a los baños —dijo una voz.

Abrió los ojos y vio que Pisón le sonreía a través del vapor. El sudor relucía sobre la tez excesivamente blanca. Curcio Rufo forzó una sonrisa.

—Estaba fuera de la ciudad, por negocios.

—Sin duda. Me alegra saberlo. Oí rumores, y estaba preocupado.

—Fui a Ostia.

—Pareces cansado. Debes de haber estado trabajando muy duro.

—Así es. —Curcio Rufo ladeó la sonrisa para ocultar la ausencia del diente. Agachó la cabeza y se pasó los dedos por el cabello mojado—. Era un asunto importante.

—¿Sí? Supongo que ese asunto concernía al subcomisario.

—En efecto.

—Entonces los rumores... —Pisón parecía intrigado.

—¿Qué rumores?

Los dos hombres se miraron con cautela. Pisón hinchó los carrillos.

—Mi esposa quiere otra esclava. —Se encogió de hombros y se echó agua en los brazos—. ¡Las mujeres! Aún me reprocha no haber conseguido un ascenso. Una nueva esclava la mantendría callada.

Curcio Rufo sonrió.

—No demasiado callada, espero.

Pisón rió roncamente.

—No en mi casa. Les dejo eso a los ricos y ociosos. Nosotros somos respetables. —Emergió del agua y se sentó, meciendo las piernas gordas—. ¿Y cómo anda tu amistad con la pequeña Pero?

—Bastante bien. ¿Por qué?

—Ayer la vi en la arcada de Octavia. Estaba con el hijo de Fanio Cepio. Demostraban un gran interés mutuo.

—Sí, yo también la vi. Era un recado para Terencia. —Curcio Rufo sonrió—. Eché de menos tus chismes.

—Bah —respondió Pisón de mala gana—, no tengo ninguna noticia que no esté tan fría como el agua de la cámara contigua. —Hizo una pausa y rezongó—: Es una muchacha bonita. Ten cuidado de que no te lleve de la trailla.

—Gracias por tu preocupación. —Curcio Rufo se enjugó el agua de los ojos—. Ella es esclava de Terencia, pero de nadie más.

—Me lo imaginaba.

—Ya te contaré cuando sea mía. ¿Me acompañas? Iré al gimnasio para reunirme con un amigo.

Pisón se echó a reír.

—No me atrevo. Debo darme un masaje. Mi esposa piensa que estoy demasiado gordo.

—Entonces te veré después. Trata de conseguir al muchacho sirio. Tiene buenas manos y conoce su oficio.

Como esperaba, Critón estaba en la sala de ejercicios, midiéndose con uno de los luchadores profesionales de la casa de baños. Se había congregado una pequeña multitud, y los dos hombres, con el cuerpo untado de aceite, giraban cautamente en las maniobras iniciales del primer asalto. Critón encaraba la gimnasia con tan poco humor como cualquier griego, pero era un luchador excelente. No iba allí con frecuencia, y el profesional era nuevo en el personal. Curcio Rufo sonrió con alegría. No podía desaprovechar augurios tan favorables.

—¿Quién quiere apostar? —exclamó.

—¿Cuánto? —preguntó un joven con el pelo cortado a la cretense.

—Veinte a uno contra el macedonio —dijo Curcio Rufo—. No puede ganarle a Macro.

Dos clepsidras después sus riquezas habían aumentado en varios miles de monedas y tuvo que llevar sus ganancias al vestuario en una toalla alquilada.

—Faltó poco —le dijo jovialmente a Critón—. Cuando patinaste en ese último asalto, pensé que el otro ganaría.

—Me pusiste nervioso —protestó el macedonio—. Ya te he dicho que no me gusta luchar mientras mis amigos hacen apuestas. Ése no es el propósito del ejercicio. Impide que la mente se concentre.

—Espero que no te impida concentrarte en la comida a la que pienso convidarte.

Critón le clavó los ojos.

—¿Dónde conseguiste esa ropa? ¿Y qué hace ese chico? ¿Te has vuelto loco? —Señaló a un esclavo que desplegaba cuidadosamente una túnica bordada.

—¡Silencio! Aquí viene Pisón.

Curcio Rufo se ciñó un brazalete de plata mientras Pisón lo miraba, respirando entrecortadamente.

—¿Disfrutaste del masaje?

—¿Masaje? —dijo distraídamente Pisón—. Sí, claro que sí.

—Te prestaré a mi nuevo esclavo la próxima vez que nos reunamos aquí —dijo Curcio Rufo—. Tiene manos aún mejores. ¿Estás preparado, Critón? No debemos hacer esperar a nuestros invitados.

—¿Ofreces una cena? —preguntó Pisón con manifiesta incredulidad.

—¿Por qué no? He reservado una sala en el Mercurio Alado. —Pisón respiró aún más entrecortadamente—. Te habría invitado, pero sé que siempre cenas en casa.

—Mi esposa... —musitó Pisón.

—Entiendo. Ven, Critón. Muchacho, llévate la toalla y pliégala con cuidado.

En la calle esperaban dos palanquines. Curcio Rufo abordó el primero y Critón el segundo. Dos calles después los palanquines se detuvieron y Curcio Rufo se apeó y les pagó a los esclavos.

—Ahora caminaremos —dijo—. ¿Adónde te gustaría ir?

—¿No podríamos haber seguido en palanquín? —se quejó Critón—. No es habitual que...

—¿Querías verme? —preguntó Curcio Rufo. Critón asintió—. Bien, he dicho que te invitaría a cenar, pero todavía es temprano.

—Creo que me lo he ganado —dijo Critón altivamente—. ¿Pero por qué...?

—Me había quedado sin crédito. Alguien de la oficina habló y Pisón oyó. Era el único modo de recobrar mi buen nombre. Gasté el resto de mi paga, pero valió la pena.

—Deberías rezar para que tu suerte cambie.

—Es lo que hago. Busqué trabajo en Ostia. No sirvió de nada.

—¿Adónde vamos?

—La nueva calle que hay junto a los baños de Agripa es buen sitio. Es tranquila, y en este momento no va mucha gente, salvo poetas y filósofos. Si alguien nos ve, hemos ido a mirar ese león tallado del que habla todo el mundo.

Se sentaron en un banco de piedra bajo un ciprés. El agua lamía la orilla mientras fuertes ráfagas de viento arrastraban las hojas muertas de un arbusto cercano.

—¿Recuerdas que te hablé de esa muchacha que habían secuestrado? —dijo Critón.

—Lo recuerdo.

—Luego me presenté en casa de mi patrono. Me llevó a un rincón, aparte de los otros clientes, y me pidió que aguardara hasta que todos se hubieran ido. Aguardé, y cuando estuvimos a solas me preguntó si podía confiar en mí. Le respondí que esperaba ser digno de su mayor confianza. Me cogió la mano y me dijo que la lealtad merecía una recompensa, y me entregó un zurrón. «El vino impulsa a la necedad», me dijo. Me fui a casa, y al llegar a mi habitación abrí el zurrón. Contenía una enorme suma. Más de lo que he tenido nunca.

—Vaya, estás de suerte. Me vendría bien un patrono como ése.

Critón retorció las manos con nerviosismo; el aspecto saludable que sus rasgos cetrinos adquirirían después del ejercicio se había disipado. Se humedeció los labios, se los tocó con un dedo, se llevó el dedo a la oreja.

Curcio Rufo reparó en ese gesto.

—¿Qué te preocupa?

—Fue un soborno. Estoy seguro de ello.

—Para que guardes silencio. ¿Sobre qué? ¿El secuestro?

—Sí.

—¿Qué hay con ello? Quizá oíste una noticia que no debías oír, algo que no quieren ver publicado en la gaceta oficial. —Le sonrió a Critón—. En esta república restaurada se habla poco de cosas serias, y mucho de frivolidades. Ya lo sabemos.

—Esta mañana llegó a Ostia un navío de aviso con despachos de Tarraco.

—¿Y bien?

—Ellos lo sabían. —Critón hizo una pausa para mirar a Curcio Rufo con labios trémulos—. El navío llegó con gran prisa. El mensajero fue primero a la casa de Augusto en el Palatino y luego a la casa del Collis donde vive Valerio Mesala. Al cabo de una hora la noticia ya circulaba por el Foro. Era la sobrina de Mesala. Sus padres fueron asesinados.

—Lo lamento. Es un buen hombre. También lo era el legado. Ahora estallará una tormenta... Un senador asesinado y su hija secuestrada. ¡Vaya!

—Ellos lo supieron antes que nadie —dijo Critón—. Se les notaba en la cara. Lo sabían y estaban contentos.

—Estás inventándotelo. ¿Cómo podían saberlo?

—Hablaron de ello diez días antes de que la noticia llegara a Roma —dijo Critón—. Casi como si...

—No seas ridículo. En ese momento estaban ebrios. Por razones de estado, alguien impidió que se difundiera la noticia oficial. Ocurre con frecuencia. Vaya, en mi oficina...

—Pero él me dio oro. ¿Por qué otro motivo me daría oro?

—¿Qué?

—Sí, oro. Tengo mucho miedo. Ojalá no hubiera ido a esa cena.

Curcio Rufo se inclinó hacia delante.

—¿Cuánto te dio?

Critón se lo dijo. Curcio Rufo abrió los labios y los cerró.

—Eres como una comadre bizantina —le dijo—. Ves un doble sentido en cada frase. Cena conmigo y olvidemos el asunto. Dime, ¿cómo lograste aplicar esa última llave? Yo pensé que te tenía en sus manos. Te moviste con tal celeridad que no pude seguir tu ataque.

Critón murmuró una respuesta.

—Por cierto —dijo Curcio Rufo—, quisiera pedirte prestada mi toga para mañana. Tengo una cita a la que debo asistir bien vestido.

Critón asintió.

—Desde luego. La mandé limpiar. La encontrarás en buen estado —dijo sin

pensar.

Curcio Rufo lo miró y se encogió de hombros. Guardaron silencio.

Cenaron en el Mercurio Alado y pidieron la mejor mesa del establecimiento, pero la comida y el vino no bastaron para aplacar los temores del macedonio. Cuando dos soldados de permiso pidieron un trago, se puso a temblar y palideció. Curcio Rufo no aguantó más.

—Eres un necio —le espetó—. No has hecho nada malo. No es ningún delito aceptar un obsequio de tu patrono. Llevaré a Pero al circo. ¿Quieres venir? Quizá ella haya oído algo. Todas estas familias están relacionadas. —Miró a Critón, pero su amigo aún temblaba. Se inclinó hacia él—. ¿Te sentirías mejor si te deshicieras del oro?

El macedonio asintió.

—Soy un necio, sí —concedió—. No puedo evitarlo. Lo siento. Por favor, haz lo que creas más conveniente.

—Muy bien. Vamos a casa. Debemos deshacernos de ese zurrón. Una lástima, pero así son las cosas. Y después tú y yo olvidaremos que hemos tenido la conversación de esta noche. Por la mañana te sentirás mejor.

Los dos hombres se internaron en las calles oscuras y no volvieron a hablar hasta que llegaron al inquilinato. Pero el temor era contagioso, y durante el trayecto Curcio Rufo no soltó la daga que llevaba dentro de la túnica, sin la cual nunca recorría Roma de noche.

La muchacha estaba bajo la arcada, a la izquierda de la taberna, cerca del puesto donde un tuerto vendía gárrulas baratijas y recuerdos para los turistas y visitantes. La calle era un hervidero de buhoneros que pregonaban sus mercancías, y ella disfrutaba del ajetreo de la multitud y las miradas que le echaban los viandantes, muchos de los cuales esperaban obtener billetes en el último momento comprándolos ilegalmente a sus poseedores.

—Los precios que piden son exorbitantes —dijo Curcio Rufo—. Si la gente no quiere ir, ¿por qué acepta los billetes? No es justo para quienes disfrutan de las carreras.

—La justicia no tiene nada que ver —gruñó Critón—. Aquí sólo cuenta el dinero.

La muchacha vio que se acercaban. Curcio Rufo parecía cansado y abatido, pero su expresión cambió en cuanto vio a Pero.

—No he llegado tarde —afirmó—. Eres tú quien llegó temprano. Te presento a mi amigo Critón. Él se encargará de cuidarte mientras coloco las apuestas. Después será discreto y se hará humo cuando se lo pidamos.

La muchacha se rió y le ofreció la mejilla a Critón, que la besó con cautela.

—Apruebo el perfume, aunque no el sexo —dijo tímidamente—. Eres un hombre afortunado, Curcio.

—Espero ser más afortunado antes de que finalice el día —dijo jovialmente Curcio Rufo—. Encontremos nuestros asientos.

—Por poco no puedo venir —dijo Pero—. Mi ama estaba de mal humor. Pero te hablaré de ello después.

Subieron la escalera que conducía a su bloque y Pero se quedó deslumbrada cuando salió a la terraza y vio la pista. La arena relucía como oro bajo el sol.

—Nunca he visto tanta gente —dijo con voz pasmada—. Es apabullante.

—Mi padre pensaba lo mismo —dijo Curcio Rufo.

—¿Tu padre?

—Estás en presencia de la sombra de la grandeza —intervino Critón—. El padre de Curcio era el mayor auriga de sus tiempos. Era muy famoso y la muchedumbre lo adoraba... Sobre todo las damas.

La muchacha miró a Curcio con emoción.

—Nunca me lo contaste.

—Nunca me lo preguntaste.

—¿Él vive aún?

—No. Fue campeón durante diez años y luego compró su libertad. Después falleció. Jugó para los Blancos y para los Rojos, como hacen todos. Pero era el único, decían los expertos, que podía robar tres cuerpos en las curvas, cuando todo parecía perdido, y aparecer desde atrás para ganar. Lo vi con mis propios ojos cuando era niño.

—Estabas muy orgulloso de él —dijo Pero.

—Mi madre lo amaba —dijo Curcio Rufo con una mueca—. Suficiente historia por un día. Critón, llama a ese tipo y alquila cojines, pues de lo contrario estos bancos nos dejarán magulladas las posaderas.

—¿Por qué a mí no? —preguntó la muchacha, indignada.

—Tienes mejor protección que nosotros.

—No estoy gorda —protestó ella. Y añadió, apelando a Critón—: ¿Verdad que no?

—No dije que estuvieras gorda —replicó Curcio Rufo.

—Pero lo sugeriste.

—Toma un cojín y no discutas más.

La muchacha miró con interés el bloque, que se llenaba rápidamente.

—¿Qué sucede? —preguntó, acomodándose la falda de la capa.

—Como en el Flaminio, el tamaño de los equipos varía. La carrera puede ser entre bigas, trigas o cuadrigas. Todo depende de las condiciones que se establezcan para cada carrera. La primera carrera suele ser entre aprendices que están en su primera temporada. —Se explayó sobre los méritos de los caballos africanos.

—Cuando hayas terminado de dictar cátedra —intervino Critón en cuanto su

amigo hizo una pausa—, ¿podemos comprar agua? Será un día caluroso.

La muchacha se desternilló de risa mientras Curcio Rufo arqueaba los labios.

—Lo lamento. Me apasionan los caballos. Son menos inteligentes que las personas, pero más hermosos y amables. Obedecen sin discutir.

—Tendrías que haber invitado a un caballo —replicó Pero—. Me agrada estar aquí. Nadie me impone órdenes ni me tironea del pelo si soy torpe.

—Es lo que sentimos todos —dijo Critón con una sonrisa—. La muchedumbre es una fiesta.

—No tenemos responsabilidades ni preocupaciones —dijo Curcio Rufo—. Las dejamos para los aurigas.

El sol se elevó, la multitud empezó a impacientarse. Estallaban murmullos de interés y estentóreas ovaciones cada vez que un funcionario o un miembro del personal salía a la pista. Los dos soldados que montaban guardia bajo el palco del presidente se pusieron a jugar subrepticamente al tres en raya en el polvo con el pomo de las jabalinas. Curcio Rufo los observó y entendió lo que hacían. Había hecho lo mismo cuando oficiaba de centinela en el calor del verano.

—Silencio. La procesión comenzará en cualquier momento.

—Ha llegado la familia; todos salvo Augusto —dijo Critón.

—Nunca le he visto —dijo Pero—. ¿Las estatuas lo representan con fidelidad?

—No sé. Yo tampoco le he visto nunca —dijo Curcio Rufo—. Disculpa. Debo ir a colocar las primeras apuestas.

—¿Ya ha llegado? —le preguntó la muchacha a Critón.

El súbito rugido de la multitud, que se había puesto de pie, le dio la respuesta. Las puertas del lado del Tíber se abrieron, sonó una trompeta, y la procesión que había venido desde el Capitolio atravesó la arcada. La precedían músicos y bailarines, y la seguían sacerdotes de los colegios sagrados, y jóvenes que llevaban imágenes de los divinos dioses. Al fin aparecieron los carros de los competidores y la multitud volvió a vitorear a los equipos, cada facción tratando de gritar más que la otra. La procesión desfiló por la pista, en parte oculta por la *spina* que dividía el ruedo, y luego se dispersó. Hubo una pausa mientras los esclavos alisaban la arena, y Curcio Rufo regresó con un puñado de billetes.

—Los Blancos tendrían que ganar en ésta —dijo jovialmente.

—¿A qué facción debemos respaldar? —preguntó Critón con ansiedad—. Estamos rodeados por partidarios de ambas.

—Me gustan los Rojos —dijo Pero, con el rostro arrebolado—. Presiento que serán los vencedores de hoy.

—Pues estás en buena compañía. Los Rojos cuentan con el respaldo de Augusto y la plebe, mientras que el Senado y la aristocracia, que se oponen a la república restaurada, respaldan a los Blancos. Pero nadie se lo toma demasiado en serio, a

menos que su equipo esté perdiendo.

—¿Y tú?

—Soy un apostador profesional. Voto por el auriga que tenga los mejores caballos.

Sonó una fanfarria de trompetas y el magistrado que presidía la ceremonia se levantó del asiento en un centelleo de púrpura y escarlata. Empuñaba un bastón de marfil coronado por un águila dorada que brillaba bajo el sol. Los equipos de la primera carrera salieron de los establos y desfilaron ante él mientras un funcionario revisaba el arnés y el equipo, y luego regresaron a sus puestos de partida. Cuando se aplacó el rugido de la multitud, el magistrado alzó la mano y soltó la bandera blanca. La cuerda cayó al suelo y, en medio de un súbito trepidar de cascos, un estruendo de ruedas y una explosión blanca y roja, una nube de polvo estalló detrás de la línea de salida y rodó velozmente por la pista. Había comenzado el último día de los juegos.

Al mediodía hubo un intervalo.

—¿Por qué no comemos algo? —dijo Curcio Rufo.

—Estoy entumecido y tengo sed —dijo Critón—. Veo que hay auténtica destreza, pero este deporte carece de esa armonía de elementos que da superioridad a la gimnasia.

—Necesitas muñecas de hierro y la coordinación de un acróbata —replicó Curcio Rufo—. Si inclinas el cuerpo en el momento equivocado, vuelcas el carro y te matas. Con esta gimnasia ganas dinero.

—¿Hemos ganado mucho? —preguntó la muchacha—. Salgamos, por favor. Estoy anquilosada.

—Cuatro de seis —dijo Curcio Rufo—. Podríamos haber ganado cinco, querida Pero, si no hubieras cambiado de parecer en la última carrera.

—Lo siento, pero el caballo de los Rojos lucía tan bonito. Adoro los castaños.

—El color tiene poco que ver con el estado físico —dijo pacientemente Curcio Rufo.

Al final de la octava carrera, Curcio Rufo le dijo a Pero:

—Iré a los establos. La próxima carrera es el espectáculo principal. Acompáñame si quieres mirar a los caballos. Pero primero ponte la capucha.

Los establos estaban detrás de los puestos de salida y el olor a sudor de caballo, bosta fresca y cuero aceitado le recordaron su infancia. Los guardias lo conocían y lo dejaron pasar con una broma grosera. Se agacharon bajo la vara de un carro al que un herrero le revisaba las ruedas, se detuvieron para observar a un veterinario que vendaba a un caballo gris que se había torcido un menudillo y continuaron, abriéndose paso entre palafreneros, estableros, parvas de heno y cubos de agua. Un hombre bajo y corpulento que supervisaba los ejercicios de cuatro caballos en un círculo cerrado los vio y alzó la mano, sin dejar de observar a los animales.

—Viendo lo mejor, como de costumbre, Curcio. Tranquilos, tranquilos. ¿Alguna vez viste un tiro tan excelente?

—No desde tiempos de mi padre, Lucio. Éstos son de Libia, ¿verdad?

—Así es. Los directivos pagaron una fortuna. Pero lo valen, te lo aseguro. ¿No te parece, señora?

—Son hermosos —dijo la muchacha—. ¿Crees que ganarán?

Lucio rió.

—Si no ganan, me quedo sin trabajo.

—¿Quién es el auriga? —se apresuró a preguntar Curcio Rufo.

—Pompeyo.

—Ajá. Pensaré en ello. Ven conmigo, Pero.

Avanzaron al son de un caudal de concisos comentarios de Curcio Rufo.

—No sirve, suda demasiado. No me extrañaría que cediera en la tercera vuelta. Ese caballo tiene la cola demasiado alta. Esos otros —señaló a cuatro animales grises— corren muy bien pero no tienen resistencia. Mira ese guía: el pecho no tiene suficiente anchura. Preferiría apostar a un animal de carga.

—¿Aún me estás enseñando mi oficio? —dijo una voz extraña.

Curcio Rufo sonrió, y la muchacha notó que por primera vez en ese día la tensión se disipaba en su rostro. Se preguntó qué le preocupaba.

—Éste es Escorpo, Pero —dijo Curcio Rufo—, el hombre que adiestraba los caballos con que mi padre ganaba. Me llevaba sobre el hombro para que yo pudiera ver mejor. Bien, Escorpo, ¿quién ganará esta carrera?

El viejo mostró sus dientes rotos en una sonrisa y se rascó el cabello cano.

—Ganará el mejor —dijo con voz afable—. Siempre gana el mejor.

—No siempre.

—No, no siempre. Bien, en mi opinión, deberías echar otro vistazo a esos castaños.

—¡Los libios!

—Míralos con atención. Olvida las probabilidades y míralos como un profesional.

—El viejo se volvió hacia la muchacha—. Si hubiera sido más bajo, habría sido buen auriga. —Sus ojos centellearon—. Tiene buena mano para los caballos y las mujeres.

La muchacha se quedó tiesa y lo miró inquisitivamente. Él asintió y ella sacudió la cabeza.

—Gracias... por la advertencia.

Él rió entre dientes mientras ella seguía a Curcio Rufo de vuelta a los puestos de salida.

—Haré una gran apuesta —dijo él—. Estoy de ánimo temerario. Por tu culpa, creo. Espera junto a la columna hasta que regrese. Miraremos la carrera desde aquí. Ves menos, pero sientes mayor emoción.

La muchacha esperó, observando mientras los aurigas, con su librea brillante y sus cascos de cuero, trepaban a las livianas cajas y ajustaban el equilibrio, anudándose las riendas alrededor de la cintura, apartando los pies mientras arqueaban las rodillas; los alborotados caballos se movían como bailarines mientras los tiros de los carruajes se alineaban en una confusión de gritos, órdenes y juramentos; sintió la vibración del rugido de la muchedumbre contra la toba calcárea de los arcos; cerró los ojos a una orden de Curcio cuando cayó la soga; la polvareda que arrojaban las ruedas de los carros la sofocó un instante, y a través de esa niebla vio que las espaldas tensas de los aurigas, rojas y blancas bajo el sol, se perdían en la distancia.

Curcio Rufo le rodeó la cintura con el brazo.

—Si gano —le dijo—, te compraré una túnica blanca y sandalias haciendo juego, y llevarás oro en las orejas y un collar de oro, y Critón te escribirá un poema que los hombres cantarán cuando estemos muertos.

La muchacha se contagió su entusiasmo.

—Si yo gano —dijo—, viviré en una villa a orillas del mar y seré rica y hermosa, y me casaré con el hijo de un senador y él tendrá una gran carrera, y cuando muramos, nuestra tumba de la Vía Apia será la mejor de estas tierras, y nuestro amor será recordado toda la eternidad.

Él la ciñó con más fuerza.

—Conformémonos con la felicidad. Es mucho más fácil.

Ella no respondió y se quedaron callados en el arco, en medio de los palafreneros, aguardando tensamente que los caballos reaparecieran en la recta.

—¿Cuánto hemos ganado? —preguntó Critón con voz pasmada.

—Es la tercera vez que me lo preguntas. Ganamos siete carreras de doce. ¿No te parece que sé evaluar caballos?

—Caballos y mujeres. ¿Cómo obtuviste esas probabilidades?

—Lo repartí en las primeras carreras y luego encontré un banquero para la novena. Cobraré por la mañana. Pero tenemos esto para nuestros gastos.

—Ten cuidado —dijo Critón—. No lo pierdas.

Curcio Rufo sonrió.

—Trabajé demasiado duramente todo el día como para dejármelo arrebatarse por un ratero.

Critón miró a la muchacha, que se arreglaba el cabello. La calle comenzaba a vaciarse y los asistentes estaban cerrando las puertas de entrada del circo, que lanzaron un estampido hueco en la oscuridad.

—Creo que estoy soñando —dijo Critón.

—Ya despertaremos —replicó mordazmente Curcio Rufo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Critón.

—No te lo dije antes porque no deseaba arruinar el día. Ayer se realizó la

indagatoria. Las cosas no fueron bien.

Critón guardó silencio.

—Podría presentar una apelación al comisario —dijo Curcio Rufo—, pero no creo que modifique la decisión. Dos de los esclavos murieron. Esa noche maté a tres hombres para que Augusto y sus amigos pudieran celebrar una cena en el Palatino.

—Pero...

—Marco Agripa valora a sus esclavos y Augusto valora a sus soldados. Eso es todo.

—Lo lamento, Curcio.

—No lo laments demasiado. A fin de cuentas, no me gustaba ese trabajo. Ahora disfrutaremos de esa cena que te prometí. Y después llevaré a Pero a su casa.

—Era un empleo respetable.

—Eso es algo que nunca he sido... aunque lo intenté un par de veces. Quizá vuelva a la venta de caballos. Me gustan los zapatos cómodos. —Elevó la voz—. Ven, querida Pero. Tengo hambre, y también Critón. Hagamos un poco de magia y convezamos a las estrellas de que bajen del cielo.

Se despidieron frente a la taberna, cansados después de estar sentados todo el día bajo el sol de noviembre, y un poco ebrios con el vino que Curcio Rufo había pedido con flagrante desconsideración por el precio.

—Una buena cena merece un buen vino —había dicho, y en honor de Critón pidió una gran jarra de vino de Quío, procurando que la copa de Pero estuviera bien aguada.

—Iré a casa a escribir versos que ni siquiera Pilades se negará a declamar —dijo Critón—. Estoy inspirado.

Desapareció calle abajo.

—Bien —dijo Curcio Rufo—, debo llevarte a casa. Es tarde y tendrás problemas. La muchacha alzó la vista, la cara ensombrecida por el manto.

—Mi ama Terencia ha salido de la ciudad para visitar a una tía enferma —dijo—. No regresará hasta el día del mercado.

—¿Y tu amo?

—Sale a cenar con un amigo y llegará tarde. Los que no estamos de servicio podemos hacer lo que queramos. Es un hombre bondadoso y su mayordomo no pondrá objeciones.

Él no podía verle bien la expresión.

—Cuando el gato no está... —dijo fríamente.

—Todavía no soy un ratón, pero si quisiera que me acompañaran a casa a horas tardías, hay una puerta lateral y el cuidador me dejará pasar. Lo ha hecho antes.

—Entiendo —dijo él. Se volvió y echó a andar deprisa por la calle, de tal modo que Pero casi tuvo que correr para seguirle el paso.

—Estás enfadado —jadeó ella—. ¿Por qué?

Él no respondió.

—¿Por qué? ¿Por qué estás enfadado? —repitió ella.

Él se detuvo para encararla.

—Todos tenemos defectos —dijo—. El mío es que apuesto demasiado y no me importa nada. Al menos pensaba que no me importaba nada... —Se interrumpió súbitamente.

—Estás enfadado porque he llegado tarde antes, ¿verdad? —dijo Pero.

—Si conduzco un carro, no me gusta descubrir que mi caballo se ha valido de mí para escaparse —dijo. Al decir estas palabras se sintió ridículo, y esto lo enfureció aún más.

La muchacha se echó la capucha hacia atrás y se echó a reír. Le vio la expresión y calló.

—Lo siento —dijo—. No debería reírme. Está mal de mi parte. Debería agradecer que hayas reparado en mí. Debería agradecer que un ciudadano romano deseara llevarme al circo. Es un gran honor para una muchacha que debería conformarse con las atenciones de un ayudante de cocina. —Se interrumpió bruscamente y murmuró —: He pasado un día grandioso. Tú esperas que demuestre mi gratitud, y la demuestro. Y no te apetece. ¿Qué te apetece?

—Empiezo a pensar que no me apetece tú —dijo Curcio Rufo.

—Pues decídetes. Me da frío estar parada en la calle.

—Te llevaré a casa.

—Como desees. Aun así, fue un día encantador hasta que terminó la cena.

Caminaron uno junto al otro. Al cabo él le cogió la mano.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Tengo dieciséis, edad suficiente para estar casada y tener hijos si fuera libre.

Él no respondió.

—No me has dicho dónde vives —dijo ella.

Él guardó silencio.

—¿Es porque podría pedirte que me llevaras allí y te avergonzarías de mí?

—Alquilo un cuarto en un distrito pobre de la ciudad —rezongó él—. Es todo lo que puedo pagar.

—Me lo imaginé. Cuando le hablé de ti, el mayordomo me dijo que me convenía más caminar por el Campo de Marte a la hora de los paseos. Así podría conocer al hijo de un senador o un *equites*, y quizá mi rostro le gustara como para comprarme e instalarme en un apartamento. Me advirtió que era una tonta al salir con un hombre tan egoísta como tú.

—Debe de saber mucho sobre mí.

—Así es. Si tú te vistes para complacerte, como lo haces, no te sorprendas si los

demás...

—Hablas demasiado.

—Éste no es el camino de vuelta. ¿Adónde me llevas?

—A otra taberna que conozco. Es discreta y tranquila.

—¿Y si no quiero ir?

—Entonces haz lo que te plazca. —Él se detuvo y ambos se miraron. Ella ladeó la cabeza y sonrió levemente.

—No me lo has pedido, Curcio.

—Pues te lo pido ahora. ¿Quieres venir, Pero?

—No me has preguntado el precio.

Él se echó a reír.

—Érase una vez un cónsul que vivía en el Palatino. Cuando le preguntaron, dijo que un rico era alguien que podía costearse la paga de una legión. Dime tu precio, Pero.

—No quiero una legión. Me conformaré con un ex centurión.

Él se inclinó para besarla y ella le echó los brazos al cuello. Sólo al día siguiente él se preguntaría cómo Pero sabía ciertas cosas que él no le había contado.

Más tarde arreció el viento y empezó a llover. El viento azotaba la puerta, y las persianas de madera, que tenían una traba defectuosa, se abrieron y él se despertó y tuvo que cerrarlas. El ruido la despertó también a ella, que se incorporó en la cama, abrigándose con la manta, y lo vio de pie en la oscuridad, mirando hacia el templo de Júpiter. La taberna estaba en una calle lateral, a poca distancia de la puerta Neviana, y el ruido de los carros era sofocado por las casas intermedias.

—Hace frío —dijo ella—. Regresa a la cama.

Él sonrió.

—La lluvia me despertó. ¿Quieres un trago?

—Tú tienes un sorbo. Puedo beber de tu copa.

Él sirvió un poco, se sentó en la cama y la rodeó con el brazo. Le acarició suavemente el largo cabello que se le derramaba sobre la espalda. Ella tiritó, pero no de frío.

—¿Todo estuvo bien? —preguntó él. Ella no habló, pero inclinó la cabeza para besarle el brazo. Él bebió vino y volvió a dejar la copa en la mesa. Luego encendió la lámpara.

—¿Por qué haces eso?

—Para verte.

La muchacha se echó el pelo hacia delante, para cubrirse los pechos.

—¿Así? —dijo. Sonrió y alzó los brazos para ponerse las manos en la nuca, imitando a las bailarinas que había visto en un banquete que Mecenas había ofrecido a sus amigos—. ¿Así está mejor?

La expresión de él cambió. Ella notó que él le miraba el brazo izquierdo, donde llevaba la ajorca de plata que el mayordomo le había dado el día en que ingresó en la casa.

—Me gustaría quitarte eso —dijo—. Me gustaría deshacerme de ella y darte una mía.

—¿Me comprarás, entonces? Quizá yo no lo desee.

—No, no quiero comprarte.

—Y yo no lo permitiría. —Se tocó la ajorca con los dedos delgados—. ¿Por qué debería importarme? Mi amo es rico y la casa es tranquila y contiene objetos hermosos. Mi ama nos regala tela que no quiere para que nos hagamos vestidos, y me gustan las cosas bonitas. Hay un jardín con una fuente donde puedo sentarme cuando estoy desocupada y quiero estar sola. En verano, cuando hace calor, vamos a la Campania. Un sitio encantador. Me agrada regresar a la ciudad e ir de compras a las tiendas, y visitar los lugares elegantes. —Se desperezó voluptuosamente al evocar esos recuerdos—. ¿Podrías comprarme ese vestido o llevarme a los sitios adónde voy cuando asisto a mi ama? —Se burlaba de él porque había sido tierno y amable.

Al principio no comprendió el efecto de sus palabras. Él guardó silencio, sin saber qué decir.

—¿Te hice feliz? —preguntó Pero. Él asintió—. Pues me alegra. Aunque fue un error y no debí haber venido —añadió traviesamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ahora no te molestarás en verme de nuevo. Podrás contar a tus amigos que añadiste a Pero a tu lista. —Ahora lloraba, pero él supo que no era por infelicidad.

El viento volvió a agitar la persiana y la diminuta llama de la lámpara de aceite fluctuó bruscamente.

—Me gusta estar aquí —dijo ella—. Me siento segura. Sin que nadie me diga que haga esto o aquello. —Irguió la cabeza y le sonrió con los ojos—. Comparto una habitación. Siempre comparto una habitación. Nunca he estado en una habitación con una puerta que se pudiera trabar por dentro.

Él sabía que ella mentía para complacerlo, pero también sabía que la emoción era sincera, aunque las palabras no fueran ciertas. Él había nacido en una habitación sin puertas y durante largo tiempo había vivido como ella vivía ahora. La diferencia entre ambos (si existía una diferencia) era que él había tenido suerte. No todos tenían un padre que fuera diestro con los caballos, que pudiera ser auriga y ganar más oro en una carrera del que la mayoría de los hombres veían en una vida.

Pensó en la oficina donde trabajaba, a la que no podría regresar; pensó en la apelación al comisario, que nunca presentaría; pensó en esa ciudad con sus calles sofocantes, su actividad febril, y sus magníficas oportunidades que se le escurrían

entre los dedos como vino cada vez que intentaba atraparlas. Pensó en el horror que le aguardaba después del amanecer, cuando debería andar entre hombres que tenían empleo; pensó en los esfuerzos que tendría que hacer, armándose de coraje para pedir trabajo, afrontando el gesto negativo, la mirada condescendiente, la mueca de lástima; y siempre sonriendo para demostrar que no le molestaba, una farsa que no engañaba a nadie. Pensó en las horas que tendría que pasar en cantinas desconchadas y tabernas ruidosas, bebiendo lentamente a solas en un rincón, mientras fuera caía la lluvia o brillaba el sol y él daba descanso a sus pies doloridos, pensando en nombres, recordando caras, tratando desesperadamente de planear qué haría a continuación, a quién vería, cuál sería la mejor decisión. No podía deshacerse del olor del fracaso, y parecía precederlo dondequiera que iba.

La muchacha se movió y estiró los brazos.

—Pareces triste —murmuró—. Nunca te he visto así.

Él sonrió.

—Recordaba lo que dijiste. Con el dinero que he ganado podría comprarte un vestido de seda procedente de una tierra lejana donde la gente tiene este aspecto. — Se estiró la piel de la comisura de los ojos.

—No te creo —dijo Pero—. Nadie puede tener ese aspecto.

—Es verdad. No te miento.

—Hazlo de nuevo —dijo ella con una risita. Y añadió gravemente—: ¿Pero podrías comprarme semejante vestido? Una vez le vi uno a una joven que vino a cenar. Era muy hermosa y los hombres no le quitaban los ojos de encima. Se había casado tres veces y... Pero podrías comprarme otro en las Saturnales, y otro cuando llegue el festival de Ceres.

—Si los caballos corren bien —bromeó él—. Y si tengo suerte.

Ella se echó a reír.

—No tiene importancia —dijo—. Me has dado algo que no se puede comprar.

—Si pudiera aprender los hechizos correspondientes, mis caballos ganarían siempre.

Se sentó junto a ella y dio un respingo de placer cuando ella bajó las manos para acariciarlo.

—Déjame obrar los ensalmos —murmuró Pero—. Podemos hacer nuestra propia magia.

La lluvia caía sobre el techo cuando una nueva ráfaga de viento chocó contra las paredes de la posada, y la llama de la lámpara brincó y se apagó.

Él soñó con su padre, que había comprado su libertad y se había hecho mercader. Él podría haber sido rico, un miembro destacado de su gremio, pero la suerte que lo había acompañado en los años del circo lo había abandonado al final, como era inevitable. Apostó todo a un solo viaje, como siempre hacían los pobres, y los dioses,

enfadados con su presunción, enviaron una tormenta que destruyó la flota y lo dejó en bancarrota. Murió en la pobreza, angustiado y desesperanzado. El sueño fue desagradable y escalofriante, y Curcio se zamarreó al despertar. La muchacha también se despertó y él la tocó a tientas y la reconoció.

La llamó por el nombre, y ella se rió porque sabía por qué la había tocado.

—Sí —dijo—. ¿Qué quieres?

—Tuve un sueño.

—Te movías y resoplabas como un perro —dijo Pero—. ¿Fue un sueño agradable?

—No —dijo él, y le asió la mano.

Se quedaron en silencio y luego ella volvió la cabeza y él supo que sonreía, aunque había cerrado los ojos.

—Soy más afortunada que esa pobre muchacha —dijo Pero—. Debe ser terrible que te toque alguien que no te gusta.

—¿Qué pobre muchacha? —preguntó él con voz soñolienta.

—La sobrina de Valerio Mesala —dijo ella, temblando.

Él la rodeó con el brazo.

—¿Por qué pensar en ello? No es cosa nuestra.

Él cerró los ojos, pero ella siguió hablando.

—Ayer fui a casa de Fanio Cepio con un recado para su querida. —Hizo una pausa y lo tocó con un dedo—. Despierta. Te estoy hablando.

—Lo sé.

—Es una casa hermosa, pero más pequeña, desde luego. La servidumbre sólo incluye ocho esclavos.

Él gruñó y hundió la cara en los brazos.

—Tuve que esperar junto al reloj de sol hasta que terminaran. Estaban riendo. —Ella rió—. Siempre creen que una es sorda.

Él le acarició suavemente el brazo.

—¿A qué se debía la riña? ¿Deudas de juego?

—Creo que no. El hijo acusaba al padre de haber recibido noticias de la familia y de retener una carta. Ella había prometido escribirle. El padre juró que sólo había recibido una desde que el legado y su familia llegaron a Hispania. Fanio Cepio sacó la carta y dijo: «Mira la fecha. Fue escrita el día en que salí a cenar y vi a Murena. La recibí cinco días después».

—Tal vez el padre no le dejaba escribir.

—Eso pensé yo. Pero ya sabes cómo son los chicos enamorados. —La muchacha rió suavemente—. Aun así, sentí pena por él. Debe ser espantoso no recibir ninguna noticia.

Él ya estaba totalmente despabilado.

—¿El chico se llama Lucio?

—Sí.

—Y la muchacha se llama Valeria.

—Creo que sí.

—¿Y estás segura de que su padre dijo eso al hablar de la carta?

—Así es, aunque no recuerdo las palabras exactas. —Le acarició la cara—. Tu cutis parece arena —le reprochó—. Necesitas rasurarte. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Sólo quería saber.

—¿Te gusta el nombre de Valeria?

—Prefiero el nombre de Pero. —Él se volvió y le apoyó la mano en el pecho—. Pronto amanecerá. Te acompañaré a casa antes de regresar a mi habitación.

—Por favor, no hables de eso ahora.

—Tú hablas demasiado —dijo él. Empezó a besarle la garganta y ella lo abrazó y fueron felices. Pero después, cuando ella rompió a llorar, él no pudo dormir. Recordó las palabras de Critón y al muchacho que había visto ese día en el Campo de Marte. Poco a poco empezó a sentir miedo.

La segunda mitad de noviembre fue fría y húmeda y Curcio Rufo estaba cada vez más apático a medida que se agudizaba su sensación de fracaso. Le había pagado al dueño del inquilinato, que ya no era hostil, pero temía la llegada de las Saturnales, cuando tendría que volver a pagar el alquiler. Sus ganancias menguaban, sus días se acortaban, y empezó a odiar las largas noches en que debía permanecer acostado en la oscuridad sin más ocupación que sumirse en sus pensamientos hasta que el sueño lo vencía.

Una noche regresó tarde de una infructuosa visita a una granja cerca de las colinas Sabinas. Encendió la lámpara de aceite, se sirvió una copa de vino amargo y comenzó a practicar con los dados gastados que tanto lo habían ayudado en las malas rachas del pasado. Al fin se cansó de ello y supo que ya no podía guardarse sus noticias y temores. Salió de la habitación y llamó a la puerta de Critón.

El macedonio escribía a su mesa, con el lino extendido entre dos lámparas de aceite.

—Esperaba que vinieras —dijo—. Estoy tratando de trabajar, pero no encuentro las palabras. —Dejó la pluma y alzó la vista—. Bien, ¿qué hacemos ahora?

Parecía cansado, tenía la cara tensa y le temblaban las manos.

Curcio Rufo se sentó en el taburete de enfrente y se puso a jugar con los dados.

—Tengo un hermano en Esmirna —dijo Critón—. Enseña retórica en las escuelas. Estoy pensando en volver allá. Con su ayuda, ambos podríamos conseguir trabajo. —Hizo una pausa. En el silencio, Curcio Rufo oía sus resuellos. Los dados chasquearon suavemente. De pronto la habitación parecía muy oscura y muy pequeña. Trató de sonreír, pero se sentía tan exhausto y derrotado como su amigo.

—¿Por qué? —dijo.

—Yo también anduve hoy por el Foro —dijo el abatido Critón—. Allí oí la noticia sobre Primo.

—Que han arrestado al procónsul de Macedonia, acusándolo de librar la guerra contra Tracia sin autoridad. Es absurdo.

—Sí. —Critón se lamió los labios—. Pero esa ofensa se puede juzgar como traición.

—Y se rumorea que Murena está furioso y se propone defenderlo en el juicio.

El macedonio asintió.

—Tengo miedo —murmuró—. El procónsul Primo está emparentado con Fanio Cepio, y ambos son amigos de mi patrono. Esto no me gusta. Existe una relación. —Entrelazó las manos—. Estoy seguro. Dime que me equivoco.

Curcio Rufo guardó silencio.

—Quizá tengas razón —dijo Critón—. No existe ninguna relación. —Alzó la vista y trató de sonreír. Respiraba con dificultad.

Curcio Rufo sacudió la cabeza.

—No, yo me equivocaba. La chica, Pero, ha oído algo. No sabía qué significaba. Luego recordé otra cosa que yo había oído por casualidad. Estos detalles confirman tu historia. —Hizo una pausa—. Debemos irnos de Roma.

Critón lo miró estupefacto.

—Pero...

—Tu patrono está bajo arresto domiciliario —dijo bruscamente Curcio Rufo—. Esta mañana fue al Palatino para asistir a la primera recepción. Ofreció su saludo a Augusto. Y Augusto lo miró y le dijo: «Y yo te ofrezco mi despedida».

—Diantre. —Critón se frotó las manos y tiritó—. ¿Irnos de Roma, dices? ¿Es prudente?

—Creo que sí.

—Pero no hay pruebas —dijo Critón. El sudor le brillaba en la cara.

—¿Estás seguro? ¿No había ningún esclavo oyendo la conversación cuando él te pagó el oro?

—Tienes razón. Perdona mi estupidez. ¿Qué debo hacer?

—Toma la mitad de mi dinero. Si eres cauto, te permitirá llegar a Brindisi. Yo te seguiré. —Curcio Rufo sonrió—. Primero, necesito más dinero. Debo usar éstos... —Hizo rodar los dados en la mano—. Debemos pagar nuestro viaje marítimo. Y debo ver a Pero.

Critón se apoyó la cabeza en las manos y volvió a tiritar.

—Me duele la cabeza. Qué lástima que no conservamos el oro.

—Era demasiado para que pudiera ser justificado por un oficinista despedido y resentido, y un cliente pobre que vive de la caridad. —Critón se disgustó, y Curcio

Rufo insistió—: ¿Cómo conseguirían tanto oro? Ante todo, ¿cómo conseguirían oro?  
—Pudiste haber guardado un poco —musitó Critón—. A fin de cuentas, era mío.  
—Tiritó violentamente.  
—Demasiado arriesgado.  
—¿Estás seguro de que éste es el mejor plan? —preguntó Critón. Tenía la cara arrebolada y respiraba trabajosamente.  
—¿Tienes uno mejor? Se han llevado a sus esclavos. Tres, por lo menos. Si me interrogaran en la cárcel de Lautumia, yo juraría que el sol sale por el oeste. ¿Cuánto falta para que empiecen a interrogar a los que frecuentaban su casa?  
Critón irguió la cara arrebolada.  
—Tienes razón.  
—No estarás a salvo en Brindisi por mucho tiempo.  
—¿Cuánto tiempo debo esperarte, y dónde?  
—Si no llego dentro de diez días, sigue por tu cuenta.  
—Pero...  
—Ahora acuéstate y duerme. Podemos organizar los detalles por la mañana. —  
Curcio Rufo titubeó—. No tienes buen aspecto.  
—Siento frío. —Critón tiritó de nuevo—. Haré lo que dices.  
Se acostó, pero ni siquiera dos mantas y la mejor toga de Curcio Rufo pudieron calentarle. Su amigo lo visitó al alba.  
—Tengo fiebre —graznó el macedonio—. Hoy no puedo irme.  
—No importa. En cuanto estés bien.  
Curcio Rufo salió de prisa y habló con el médico griego que vivía en el tercer piso, que le exigió casi todo el dinero que le quedaba para el viaje antes de acceder a ver a su nuevo paciente. Critón quedó al cuidado de la hija del albañil.  
—Cuídalo —le dijo Curcio Rufo—. No dejes entrar a nadie.  
—¿Debes marcharte? Tengo que hacer compras.  
—Sí. Necesito dinero para la comida, y necesitaré más para el médico.  
—No puedo esperar aquí todo el día. Mi padre...  
—No tardaré —prometió él. Pero se equivocaba. Esta vez los dados no lo favorecieron y tuvo que trabajar con empeño para tener suerte. Tardó mucho más de lo que esperaba, y cuando regresó al inquilinato encontró la habitación de Critón vacía, y todo el edificio en un estado de pánico alborotado. Sintiendo náuseas, fue a su habitación. La puerta estaba abierta y la muchacha estaba llorando en la cama.  
—¿Qué sucedió? —le preguntó en voz baja.  
—Vinieron a buscarlo por la tarde —sollozó ella.  
—¿Quiénes?  
—La guardia de la ciudad. Estaba demasiado enfermo para caminar. Se lo llevaron en un palanquín.

—¿Sabes por qué?

—No. Pero me dio un mensaje. Me dijo: «Dile a Curcio Rufo que haré lo posible por recordar que el sol sale por el este. En caso contrario, pídele que me perdone». No sé qué quiso decir. ¿Tú lo sabes?

Él se arrodilló junto a la cama y le acarició el cabello.

—Sí, lo sé. Pero preferiría no saberlo.

## Capítulo 5

La tenue luz del alba brillaba en la cara del prisionero cuando Marco Agripa recibió la respuesta a su última pregunta.

—Llévóslo —dijo, y se puso a revisar los papeles de su escritorio mientras un esclavo recorría la oficina en silencio, apagando las velas una por una. El prisionero dio media vuelta y fue hacia donde lo esperaban los guardias, y un secretario dejó un nuevo fajo de documentos en el escritorio.

—Esto requiere tu firma, señor —murmuró.

—¿Qué es?

—Dos órdenes para la reparación de acueductos, junto con estimaciones, un informe del comité de planificación del Senado acerca de la actividad de la semana, y sugerencias para el agasajo del embajador parto.

—¿Mecenas ha revisado estos documentos? Dile al comandante de la guardia que espere. Quiero hablar con él.

—Sí, señor. Mecenas los ha revisado y aprobado —dijo el secretario, y añadió por encima del hombro—: Pedidle al tribuno Seyo Estrabón que entre.

—¿Qué más tenemos? —preguntó Marco Agripa.

El secretario consultó una tablilla de cera.

—Tienes una reunión con el prefecto de la ciudad para modificar el trayecto de la procesión hacia el circo...

—¿Por qué?

—En los últimos juegos hubo una demora a causa de los carretones de reparaciones que cerraban el paso en esa obra en construcción.

—Lo recuerdo. Hubo un gran embrollo.

—También tienes una reunión con los comandantes navales de Misenum y Forum Iulii para hablar de la disposición de las flotas. Ambos llegaron ayer.

—¿Qué más?

—Otra reunión. Con la junta de pensiones militares, para analizar los subsidios destinados a los veteranos de Hispania. Cuatrocientos de ellos se retirarán el mes próximo.

—¿Habrá allí un representante del Tesoro Senatorial?

—Sí, señor. He aquí un memorando sobre el tema.

—Bien. Primero veré a los comandantes navales. Diles que estén aquí dentro de una hora. Celebraré la reunión sobre las pensiones en el templo de Saturno, como de costumbre, y veré al prefecto en el templo de Júpiter. Debo deliberar sobre la ceremonia del *Epulum Iovis* con los sacerdotes del colegio.

Un esclavo trajo una bandeja de bronce con una jarra de vino y un plato de pan

con miel. Marco Agripa se sirvió una copa. La puerta se abrió y entró el tribuno.

—No te retendré demasiado, Estrabón. —Se volvió hacia el secretario—. ¿Habrá problemas en la recepción de esta mañana?

—No, señor. —El secretario consultó una segunda tablilla—. Un senador presentará una queja por las demoras en el servicio postal de la Galia; otros dos senadores solicitarán autorización para viajar al extranjero...

—Para no volver, espero.

—No, señor. Uno tiene un hijo enfermo; el otro viaja por negocios. El edil responsable de los juegos desea tratar ciertas cuestiones, y el cónsul, Norbano Flaco, desea hablar sobre el juicio de Primo.

—Pide a los dos últimos que esperen y camina conmigo hasta el templo.

—Lamento que estos incordios te traigan tanto trabajo, señor —dijo el secretario.

—Es culpa del Senado. Un inútil corro de comadres, como todas las oligarquías que se autoperpetúan. Como siempre, sus aptitudes son inversamente proporcionales a su arrogancia. De todos modos, estoy habituado. —El secretario sonrió discretamente—. Estrabón, ven aquí.

El joven se acercó al escritorio y se plantó en posición de firmes.

—Bien, ¿qué conclusión sacas de las declaraciones del griego?

—Macedonio, señor.

—Responde a la pregunta.

—Él insiste con lo mismo, señor. —El tribuno vaciló. Procuraba mantener un rostro impasible, pero había cierta ansiedad en la voz—. Parece sincero, pero quizá él esté equivocado. Es un hombre imaginativo.

—¿Qué hay del dinero? ¿Te desharías de tanto oro? Siempre que fuera oro. No respondas a eso.

—Dice que se lo dio a un amigo.

—Que tuvo la cortesía de deshacerse de él. ¿Por qué no denunció el asunto de inmediato?

—Dice que estaba asustado y que no tenía pruebas.

—Exacto. No hay pruebas. La declaración de un cliente borracho.

—¿Pero inventaría semejante historia, señor, para impresionar a un amigo?

—¿Por qué no? A todos nos gustan las historias escandalosas.

El tribuno aflojó la mano levemente. Marco Agripa reparó en el gesto.

—Tienes razón, señor. Fue ridículo de su parte mencionar... mencionar al cónsul electo.

—Quizá estés en lo cierto. No obstante, dado el testimonio del esclavo, tendremos que investigar más. El macedonio menciona a una esclava de Mecenas. No recuerdo el nombre. Hazla traer aquí, pero sin alharaca. No quiero que seis guardias armados llamen a la puerta. Que vaya un centurión en ropa común. Dile que se comunique con

el mayordomo de la casa por un asunto relacionado con un fraude comercial. Di que necesitan que la muchacha declare como testigo. Algo por el estilo.

—No sé dónde hace las compras, señor.

—Pues averígualo. Que esté aquí para la hora séptima. No la intimides. —Marco Agripa hizo una pausa y miró al estenógrafo—. ¿Ya tienes la transcripción de la declaración del macedonio?

—No está concluida, señor.

—Pues date prisa. Seyo, consígueme los nombres de todos los que han visitado al patrono de Critón desde que está en arresto domiciliario.

El tribuno se cuadró y giró sobre los talones.

—Algo más, Seyo. Creo que estás emparentado con Terencio Varrón Murena, ¿verdad?

—Sí, señor. Nuestras esposas son hermanas.

—Entonces recuerda que esto es una cuestión de estado. No hables de ello con nadie. ¿Entendido?

—Entendido, señor. —El tribuno se cuadró de nuevo y cerró la puerta al salir.

—Es hora de la recepción matinal —le dijo Marco Agripa al secretario—. ¿Hay muchos?

El secretario sonrió.

—El atrio está lleno como de costumbre, señor.

—Iré enseguida. —Marco Agripa recogió un documento—. Este asunto del acueducto... El hombre no apeló, ¿verdad? ¿Cómo se llama? —Examinó el archivo atentamente.

—Curcio Rufo, señor —dijo el secretario a sus espaldas.

Ante la mención de ese nombre, el estenógrafo alzó la vista, y notó que su superior lo miraba.

—¿Es el mismo hombre que mencionó el macedonio?

—Podría ser, señor.

—Averígualo. Este hombre... —Tocó el papel con un índice rechoncho—. Quiero saberlo todo sobre él. Busca sus antecedentes en el Tabularium.

Llamaron a la puerta y entró su mayordomo.

—Ya voy, ya voy —dijo Agripa. Se volvió hacia el secretario—: Averigua dónde vive. Quizá me interese verlo. ¿Dónde está mi toga? Ah, gracias.

Marco Agripa se levantó mientras su esclavo lo vestía para la recepción. Un murmullo de voces llegaba desde fuera, donde aguardaban sus visitantes: funcionarios, amigos, clientes. A través de la creciente multitud de servidores domésticos, vio un destello de metal donde aguardaba el centurión. Lo llamó con una señal.

—Sí —dijo Marco Agripa—. ¿Qué deseas? ¿Es urgente?

—Ya lo creo, señor. Estoy a cargo de la guardia que custodia la casa de...

—En voz baja. Continúa.

El centurión bajó la voz y habló en un susurro.

—Se suicidó, señor, antes del alba. La señora salió para avisarnos. Era demasiado tarde para impedir...

—Entiendo. Hiciste bien en venir. Retira la guardia. —Marco Agripa sonrió. Al menos Primo no se le había escapado, pero no era momento para pensar en esos asuntos. Echó a andar hacia el atrio, acompañado por el secretario—. Bien, eso simplifica bastante nuestras especulaciones, aunque no nuestros actos. Redacta un anuncio para la gaceta estatal. Sugiere que el arresto se relacionaba con la investigación del soborno de ciertos testigos. Ya sabes qué decir. —Se aferró la toga con firmeza con la mano izquierda—. Ahora, aboquémonos a los auténticos problemas del día. —Con la mano tendida y una sonrisa en la cara, avanzó para saludar a sus visitantes más distinguidos mientras un criado anunciaba los nombres—. Ah, Calpurnio. Me honras con tu visita. Buenos días.

Era un día encapotado y ventoso y la lluvia humedecía las calles, pero ni siquiera el mal tiempo podía ahuyentar a la multitud que aguardaba en el Palatino al pie de la escalinata que conducía a la casa de Augusto. Había sido un mal día para Marco Agripa. Debió postergar una reunión con un subcomité senatorial por la controvertida cuestión de las tarifas aduaneras al descubrir que los horarios provistos por el departamento pertinente eran inexactos; un chaparrón torrencial y dos procesiones fúnebres habían demorado su palanquín, y había llegado tarde a una reunión con el prefecto de la ciudad en la oficina de éste, cerca del templo de Telo; y había concluido la mañana realizando una segunda inspección del alcantarillado más antiguo de la ciudad, el Gran Desaguadero. El bote hacía agua y se le habían empapado los pies, el olor era nauseabundo, y las aguas crecidas habían transformado el regreso en una empresa tan peligrosa como había predicho su personal. Habían vuelto mojados y sucios, y Agripa, a quien le importaba poco lo que pensaban los demás, había abandonado su plan original de acompañar a un amigo a una casa de baños muy frecuentada por el orden senatorial. Fue de prisa a su casa del Palatino para darse un rápido baño y cambiarse de ropa, pues tenía una cita con la esposa de Augusto. Una comida con Livia siempre era una ocasión formal, y ella no perdonaba la impuntualidad. Ahora, hambriento y cansado, bajó del palanquín y subió por la escalinata hasta la sencilla puerta coronada por el emblema de la corona cívica. El solitario soldado de guardia se cuadró; un secretario que aguardaba en el vestíbulo lo saludó cortésmente y lo guió por un pasillo cubierto. Cruzaron un patio lleno de arbustos donde una lluvia plañidera repiqueteaba en un pequeño estanque lleno de peces, un patio más amplio bordeado por los bustos de los antepasados de la familia, y un pórtico de piedra blanca donde estaban las entradas de los comedores de

invierno.

El secretario se detuvo.

—En la sala de Minerva, señor. Creo que no la has visto desde que se cambió la decoración. Mi señora Livia está muy complacida con las pinturas. —Titubeó al oír voces—. No sabía que el senador aún estaba con ella.

Marco Agripa gruñó. Reconocía la voz.

—Me anunciaré yo mí mismo —dijo, y entró. Los esclavos preparaban una mesa alrededor de la cual había tres divanes, mientras que otros se ocupaban del aparador y encendían las lámparas en los soportes de bronce que había en cada extremo de la habitación. Livia, erguida en una silla de respaldo alto, hablaba en voz baja con un senador canoso. Hacía catorce años que estaba casada con Augusto y su devoción a la causa del príncipe y a los dos hijos que había tenido en su matrimonio anterior era tal que ningún escándalo se asociaba con su nombre, y ni siquiera sus enemigos más acérrimos encontraban causas para acusarla. Agripa la conocía desde mucho tiempo atrás. La admiraba por sus muchas cualidades de matrona, la respetaba por su inteligencia, y le molestaba que ella fuera la única mujer que podía intimidarlo. Livia tenía treinta y tres años.

Él carraspeó, y Livia alzó la vista y sonrió.

—Llegas temprano —murmuró. Pero ni siquiera su sonrisa podía mitigar la frialdad de su belleza. Si poseía encanto y calidez, los reservaba exclusivamente para su esposo.

—Tus esclavos siempre anuncian la hora de tal modo que halagan al invitado impuntual —dijo Agripa. Se agachó y besó la mejilla de su anfitriona.

El senador, Valerio Mesala Corvino, se enderezó y se volvió al recién llegado sin inmutarse. Inclino la cabeza, pero no habló.

—Te acompaño en tu pesadumbre —dijo Agripa. Y le preguntó a Livia—: ¿Cómo está él? Yo tenía esperanzas... —Se interrumpió y miró de soslayo al senador.

—No, Marco. No se encuentra bien, y no permitiré que lo molesten sin necesidad.

—Sólo llevaría un momento. —De nuevo miró de soslayo al senador.

—Un momento tuyo equivale a un día entero de cualquier otro.

—Es una cuestión de estado.

—Siempre es una cuestión de estado. Cayo desea estar bien para asistir al *Epulum Iovis*, y lo estará... siempre que descanse.

—Pero...

—Sólo un estado precario se derrumbaría mientras tú estés en pie —intervino Valerio Mesala—. Livia tiene razón, Marco Agripa.

—Entonces me someteré a su decisión —dijo Agripa—. Livia siempre tiene razón.

—Sin duda en asuntos de este tipo, Marco. Excusadme... Sí, ¿de qué se trata? —

Livia se volvió hacia el mayordomo que se acercaba, y le habló en voz baja.

Los dos hombres se miraron. Agripa no ocultó su hostilidad.

—¿También te quedas a comer? —preguntó.

—No, vine aquí por un asunto que ya está casi concluido. Sólo esperé para verte.

—Lamento lo de tu sobrina.

—Yo lo lamento más. Pero ésa es otra cuestión. El asunto de Primo me preocupa.

—No puedo ayudarte.

—Me preocupa por varios motivos.

—Esa cuestión no está en mis manos. Incumbe al Senado.

—Lo entendería perfectamente, si creyera que es así —dijo fríamente Valerio Mesala, irguiendo la barbilla.

—No comprendo.

—Tengo entendido que sólo seis senadores, aparte de ti, han sido escogidos para comandar ejércitos en los años recientes.

—No he llevado la cuenta, pero hace tres años el Senado aportó los procónsules para nueve provincias.

—Ocho.

—Ocho, si insistes en ser preciso. Y África quedó a cargo del Senado.

—Pero no Numidia, ni tampoco Egipto. —Valerio Mesala hizo una pausa mientras Agripa fruncía el ceño, y luego añadió—: Cada año mi clase recibe menos puestos de importancia. Desde Accio, las flotas han sido comandadas por hombres como Cornelio Galo.

—Un caso infortunado.

—Totalmente de acuerdo. Por eso me preocupa el prestigio del Senado. Demasiados hombres nuevos...

—Los tiempos han cambiado —interrumpió Agripa—. No vivimos en los días de los barbados. Los tiempos nuevos requieren talentos nuevos.

—Por lo que recuerdo, siempre había margen para el talento.

—Me parece que no hablamos de las mismas cosas —dijo Agripa.

—No. Tú hablas de influencia, y yo hablo de poder. El Senado carece de poder. Tengo la impresión de que Octavio...

—Supongo que te refieres al tío de Marcelo —señaló Agripa.

—Perdóname. —Valerio Mesala inclinó la cabeza—. Siempre pienso en él como Octavio, aunque no lo conocí cuando era niño.

Agripa le clavó los ojos. En el silencio, Livia hizo una pausa en su conversación con el mayordomo. Se volvió hacia ellos, tensando los labios.

—No debes hablar así —declaró—. Ya no estamos en el mundo de mi padre. Estamos en la casa de mi esposo.

Valerio Mesala se volvió hacia ella.

—Hablaba con Marco Agripa y me refería a los hechos. Lamento que la verdad te haya sobresaltado. Los Valerio han estado en Roma largo tiempo.

—Todos tenemos edad suficiente para haber encarado ciertas realidades —dijo ella, sosteniéndole la mirada—. Yo lo hice hace catorce años, y también tú... después de Filippo.

Él no se ofendió.

—Tienes mucha razón, pues sin duda uno puede colaborar con el estado al margen de sus opiniones personales. Yo serví a Junio Bruto y los demás libertadores, luego a Marco Antonio, luego a tu esposo. —Susurraba, como si hablara consigo mismo—. Libré la guerra contra Sexto Pompeyo, y mientras compartía el consulado con Octaviano vi otra victoria en Accio. También fui procónsul en la Galia y celebré un triunfo en el año de los ocho cónsules senatoriales. —Hizo una pausa—. Siempre actué como me parecía correcto, pero eso es algo de lo que ningún hombre puede estar seguro. —Se volvió hacia Agripa—. ¿Acaso puedo estar seguro de que vivo en una república restaurada?

Agripa miró de reojo a su anfitriona, que se quedó muy tiesa, con las manos en el regazo. Gruñó.

—Si me equivoco, por favor corregidme —dijo Valerio Mesala. Esperó, pero no recibió respuesta—. Creo que toda la autoridad está concentrada en esta habitación y en otra más, y sólo falta Mecenas para que sea completa.

—Augusto es sólo el primero entre los senadores —dijo envaradamente Agripa. Valerio Mesala enarcó una ceja.

—Tal como el deificado Julio, su tío, era sólo el primero entre sus generales. Qué lástima que no recuerde sus nombres. Bien, me tranquilizas. Puedo hablar a favor de Primo sin la menor aprensión.

El silencio se prolongó mientras Agripa y Livia se miraban y el ex cónsul los observaba a ambos.

—Entiendo que Terencio Varrón Murena también se propone hablar —murmuró Valerio Mesala. Hizo una pausa—. Somos dos; casi un partido. —Sonrió y besó a Livia en la mejilla—. Me he quedado más de la cuenta. Demoro tu comida mientras la mía se enfría. Gracias por la hospitalidad. Rezaré por la recuperación de tu esposo, como toda Roma. ¿Me acompañas hasta la puerta, Agripa?

—Si lo deseas. —Junto a la puerta se detuvo—. Bien, seamos breves. Todos tenemos hambre.

—Me preocupa mi sobrina —dijo Valerio Mesala.

—Fue un accidente muy desdichado —replicó Agripa con sequedad.

—Y no habla bien de nadie.

—Se han hecho esfuerzos para hallarla.

—Sólo indagaciones de rutina. He examinado el informe que tuviste la

amabilidad de enviarme. No creo que fuera secuestrada por casualidad. No se robaron mercancías, salvo bagatelas, y nadie más sufrió ningún daño, aparte del asesinato de sus padres. Y nadie más fue aprehendido.

—Se sospecha que se dio la alarma antes de lo esperado.

—¿Y tú lo crees?

—Todavía estoy investigando —dijo Agripa—. No sé qué creer. Quizá fue secuestrada para pedir rescate. Es posible.

—Aún no se han recibido las condiciones para su liberación.

—¿Entonces?

—No soy hombre de acción, como tú —dijo Valerio Mesala—. No obstante, soy jefe de una antigua familia y me enorgullecen los logros de mis parientes. Como vencedor de Milas, Nauloco y Accio, tú lo comprenderás.

—Sí.

—Me alegra. Al menos estamos en terreno común.

Agripa asintió con un gruñido.

—Muy bien. Yo no tengo poder, como bien sabes. Pero comprendo el poder y su funcionamiento. Ningún hombre puede gobernar a solas. El poder siempre está en manos de una facción, por pequeña que sea. Y el poder funciona únicamente sobre la base del éxito.

Agripa asintió.

—Como el mando militar.

—Sí. Recientemente muchas personas encumbradas han sufrido muchas desgracias. Eso no es bueno para Roma. —Valerio bajó la voz ominosamente—. No queremos que se repitan. Siento afecto por Roma, no sólo por mi familia. —Se enjugó la boca con un pañuelo—. Entiéndelo, Primo no es amigo mío, pero su situación me preocupa.

—El Senado... —dijo mecánicamente Agripa.

Valerio no le prestó atención.

—Quizá me equivoque en mi opinión sobre la culpabilidad de Primo —dijo—. Es posible. En tal caso, dejaré su defensa en manos de Murena. El cónsul electo es un abogado elocuente. Es un asunto sobre el que debo reflexionar. Quizá quieras asesorarme en un momento más oportuno.

—Con gusto.

—Me alegra saberlo. —Valerio Mesala sonrió—. Pero quiero que mi sobrina regrese a casa. ¿Está claro?

—Está clarísimo. Un asunto depende del otro —dijo Agripa sin rodeos, esperando causar impacto, pues estaba muy furioso, pero no lo consiguió.

Valerio Mesala extendió las manos.

—No, te equivocas —dijo—. Son dos cosas totalmente distintas, y yo no las

confundo en absoluto.

Se despidió con un cabeceo y salió, y Agripa lo siguió en silencio con los ojos. Al cabo notó que había un esclavo junto a él, ofreciéndole una copa de vino. La aceptó sin una palabra y regresó al comedor. Livia se paseaba de un lado a otro, las manos entrelazadas, un leve rubor en las mejillas.

—Perdóname —dijo él, abochornado—. No me atrevía a hablar demasiado. —Y añadió bruscamente—: Él no me agrada.

—Es más que obvio. Tu opinión de que las pinturas y esculturas no deberían pertenecer a los particulares sino al estado son hartamente conocidas. Pero es un hombre interesante y disfruto de su conversación. Comentamos el destino de su desdichada sobrina.

—Él sueña con un mundo que está muerto. Vive a la sombra, al margen de todo. Ella lo miró.

—Si mal no recuerdo, sufrió quemaduras cuando lo invitamos a volver a vivir al sol.

—Se rió de nosotros.

—Quizá, pero con discreción. Habitualmente es cortés. Sólo cuando tú llegaste, querido Marco, se puso tan... impertinente.

—Nos insultó a ambos. ¿Para qué vino?

—Ya te he dicho. Tenía una cita conmigo. Deseaba ver a mi esposo. Habría sido imprudente rechazarlo.

—Osó sugerir... —Agripa se interrumpió y refunfuñó—: La próxima vez...

—No te sulfures. Los Valerio tienen la costumbre de quedarse con la última palabra. Si a mí no me molesta, ¿por qué a ti? —Titubeó y añadió en voz baja—: Su preocupación es sincera. Su familia significa mucho para él. Es algo que puedo entender. —Agregó lentamente—: Mi esposo le tiene gran estima.

Agripa tomó ese comentario como una advertencia.

—Como todos —dijo con cautela—. Él tiene gran influencia.

El mayordomo entró y le habló a Livia.

—Ven, Marco. ¿Otra copa de vino? Cayo Mecenas se ha demorado, pero vendrá pronto. ¿Aún quieres hablar con seriedad o esperamos a que él llegue?

—¿Es verdad que Augusto se propone hablar en el juicio? No es necesario. Bastará con su presencia. El Senado lo entenderá.

—No ha comentado el asunto conmigo. Le dije eso a Valerio con la esperanza de persuadirlo de cambiar de parecer. ¿Fue un error de mi parte? —Probó el vino—. Es excelente. ¿Tú también aportaste tus intentos de persuasión?

—Meros intentos, pues no me prestó atención. Quizá no se moleste en hablar si procuramos encontrar a su sobrina —gruñó—. Sería una tarea imposible, y en todo caso llevaría mucho tiempo.

—Él es hombre de palabra —dijo ella reflexivamente.

—Pero aún debemos lidiar con Varrón Murena. —Agripa apretó la mano—. No me gusta este asunto.

—Es él quien no te gusta. Un hombre tan franco y expresivo como tú.

Él puso cara de desconcierto.

—Quizá. Pero no debe haber controversias sobre este asunto. Si nadie habla en su nombre, Primo es hombre muerto. Es preciso detener a Murena. Quizá debamos preguntarle a Cayo. A fin de cuentas, está casado con la hermana de Murena, y Terencia...

—Es sumamente persuasiva —dijo Livia con calma—. Una vez trató de engatusar a mi esposo, como sabrás, y tuvo éxito. No le guardo rencor. Sería una necedad. Los hombres son así. Son como niños, y siempre necesitan un juguete nuevo. Bien, pregúntale a él. —Sonrió—. No te gusta Cayo Mecenas, ¿verdad?

—No —dijo Agripa con vehemencia—. Representa todo lo que aborrezco. Es afeminado y ostentoso y sólo se interesa en el placer. Además, no me fío de los hombres que no buscan cargos públicos.

—Ha sido un buen amigo. Tiene mucho talento. Es un diplomático consumado, y goza del favor de la plebe.

—Eso debo concederle.

—Díselo, entonces. Aquí está. Entra, Cayo, bienvenido. Llegas tarde, pero te perdonaré esta vez si logras borrar la expresión de enfado de la cara de Marco.

Mecenas, perfumado y vestido de seda, se les acercó con andar elegante.

—Mi querida dama, mil perdones. Como de costumbre, me pides lo imposible, pero pondré todo mi empeño.

—Y tendrás éxito. —Livia batió las palmas y se volvió hacia la mesa—. Comamos, por favor. Estoy famélica, Cayo, y aunque no te puedo ofrecer carne de asno (que según entiendo trataste de poner de moda hace poco), creo que no sufrirás hambre ni quedarás insatisfecho. Siéntate aquí, y tú aquí, Marco.

—¿Cómo está tu hija, estimada dama? —preguntó afablemente Cayo.

Livia se acomodó el vestido e hizo una pausa antes de responder, mientras Agripa miraba a Mecenas con el ceño fruncido.

—Muy bien —respondió—. Julia es feliz en su matrimonio. Pero por el momento está agobiada de pesar por un gatito que se ha perdido, y le echa la culpa al pobre Marcelo.

—¿Pero por qué? —preguntó Mecenas con interés.

—Parece que el gato arañó a Marcelo, y él se enfureció y lo dejó fuera, y no regresó.

—Las mordeduras de animales pueden ser peligrosas —dijo Agripa—. Espero que él se esté cuidando.

—Ciertamente —dijo Livia—. De inmediato mandaron buscar a Antonio Musa. Es un médico excelente. —Miró a Agripa y añadió lentamente—: Marcelo es buen muchacho, y mi esposo está orgulloso de él.

—Justificadamente —dijo Mecenas—. Su vida es muy valiosa para el estado, ya que ahora está designado para ser el sucesor.

Hubo un silencio y él los miró a ambos, sonriendo.

—Cayo —dijo Livia—, no conozco ningún convenio, ningún plan, nada. Ni siquiera se ha hablado de ello.

—¿Y por qué una persona tan joven e inexperta es nombrada edil? No está escrito en la arena, queridos amigos, sino tallado en la pared.

—Si yo pensara eso... —dijo Agripa, pero se interrumpió.

—Por favor, Marco, no has pensado en otra cosa.

Livia se volvió hacia Mecenas.

—Cayo, esta conversación es infructuosa, y de pésimo gusto.

—Acepto tu reproche, mi señora, pero debes saber que es una conversación que se repite en todas las mesas de Roma.

—Escuchas chismes y rumores —dijo ella fríamente.

—Ciertamente. Para eso soy diplomático. Apoyo la oreja en el suelo.

—¿Y qué más dicen esos chismes? —rezongó Agripa.

Mecenas titubeó.

—Oh, algunos hablan con menos discreción que otros.

—Continúa.

—Dicen que si Marcelo muriera, Augusto debería transformar a Agripa en yerno, o perecer.

—Entonces, por el bien de mi esposo —dijo serenamente Livia—, debo procurar que ese joven no sufra ningún daño. —Sonrió.

Mecenas vio que la sonrisa se desvanecía cuando ella alzó la vista y notó que Agripa la miraba. Él permanecía muy tieso pero no sonreía, y Mecenas no tuvo dificultad en adivinar sus pensamientos. El cielo se oscureció y empezó a llover.

En medio de la comida la lluvia cesó. Luego el viento amainó un poco y asomó el sol, y su luz difusa iluminó las pinturas de las paredes mientras arrojaba sombras acuosas en el suelo decorado.

Mecenas dejó la copa y observó a los esclavos que levantaban la mesa. Uno de ellos, un joven de pelo oscuro, sonrió nerviosamente bajo su mirada. Livia movió los ojos e hizo una pausa en su conversación.

—No, Cayo —dijo con voz cortante—. Él no está en venta.

Mecenas extendió las manos.

—Claro que no. Yo sólo admiraba tu buen gusto.

—Dejo esos asuntos a mi mayordomo —dijo ella, volviendo la cabeza—. Bien,

Marco, repítele a Cayo lo que me has dicho.

—Pero yo me lo imagino, mi señora. Deja que Marco ahorre el aliento. Sé contar los huevos del Circo Máximo tan bien como cualquiera.

—¿Entonces sabes que interrogué a una de tus esclavas?

—He temido por mi propia seguridad desde entonces. Sí, lo sé, y yo también la interrogué. Sólo confío en que nos haya contado a ambos la misma versión. — Mecenás jugó con el anillo de oro de su índice.

—¿Y bien? —preguntó Agripa.

Mecenás sonrió.

—Tenemos dos problemas. El primero es el respaldo que Primo puede obtener en el juicio; el segundo concierne a un grupo de hombres que conocían un hecho antes de que se produjera. Están unidos por dos factores comunes: uno es Valerio Mesala y el otro es Varrón Murena.

—Puede ser coincidencia —dijo Livia—. Valerio Mesala es un hombre de honor. Él no...

—¿No sería cómplice del secuestro de un pariente? No, claro que no. Es tan impensable como la sugerencia de que profanaría la santidad del templo de Vesta. — Livia se sonrojó—. Por otra parte, no creo en las coincidencias.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Agripa—. Huelo algún tipo de problema. ¿Pero con qué elementos contamos? Los chismes de una esclava que quizá quiera darse importancia y un poetastro macedonio que es medio idiota.

—Ninguno de los dos se presentó para hacer sus declaraciones de forma voluntaria —dijo Livia pensativamente—. Eso habla a favor de ellos. ¿Qué hay de ese otro hombre, el amigo que se deshizo del zurrón de oro? Una historia dudosa.

—Me enteraré de eso cuando lo haya visto —dijo Agripa—. Si es el hombre que creo que es, y los informes son correctos, tiene una historia extraña e insatisfactoria. —Se enjugó las manos con una servilleta—. Sin embargo, si él corrobora la versión de los otros, quizá cuente con las pruebas que necesito.

—¿Y qué harás con tus pruebas? —preguntó Mecenás con voz neutra.

—Arrestar a Fanio Cepio por asociación ilícita. El testimonio de su hijo no lo favorecerá, si es que el muchacho no miente.

—Entonces eres un necio, Marco. Te prestarás a su juego.

—¿Por qué? ¿Y de quiénes?

—Cayo, ¿a qué te refieres? —preguntó Livia.

Mecenás se irguió en el asiento.

—Mi señora, ciertas cosas no pueden demostrarse, así que no te ofreceré pruebas sino meras suposiciones.

—Adelante —dijo Agripa con impaciencia.

—Creo que hay una confabulación para dejar mal parado a este gobierno... a este

partido.

—A Augusto, querrás decir.

—Digo «partido» porque nadie puede gobernar sin un partido. —Le sonrió a Livia—. Con todo respeto, mi señora.

—Te entiendo, Cayo —dijo Livia.

—Augusto está enfermo. Ha gobernado durante catorce años, pero el recuerdo de los libertadores no ha muerto. Tú me has referido lo que dijo Valerio Mesala. Hay otros que dicen lo mismo.

—Él vive de ensueños —resopló Agripa.

—Quizá, pero es de la familia Valeria. No es un senador con pantalones oriundo de la Galia.

—Continúa —dijo Livia.

—El partido de Augusto ha sufrido muchos traspiés últimamente. Recordemos el caso de Cornelio Galo, prefecto de Egipto, que se suicidó hace un par de años. El mismo año le ofrecieron a Valerio Mesala el puesto de prefecto de Roma, aceptó y renunció a los seis días. —Mecenas suspiró, casi con envidia—. ¿Se puede pensar en un modo mejor de insultar a un hombre cuyo gobierno repruebas?

—Él explicó que no entendía cabalmente la índole de su nuevo puesto —dijo Agripa.

—Eso me dijo a mí, ciertamente, pero... —comentó Livia.

—Pero, mi señora, no fue así como la gente de esas angostas callejuelas interpretó sus actos.

—Si estás en lo cierto...

—No desenvaines la daga, Marco. Sabes que detesto los instrumentos afilados. Valerio Mesala no es ningún traidor, sólo un hombre excesivamente honrado, como el libertador a quien sirvió. Ahora bien, tenemos el fracaso de la expedición de Elio Galio en Arabia y por último, la extraña conducta de Primo, acusado precisamente de traición. ¿Cuántos fracasos se pueden soportar antes de que un partido pierda la confianza de esas calles pestilentes?

—No puedo aceptar... —refunfuñó Agripa.

—Mi interpretación. Debes aceptarla, sin embargo. Sólo los ancianos y los engreídos, los autocomplacientes y los santurrones, como tus hermanos senadores, se niegan a afrontar la verdad. Tú la afrontas, querido Marco. De lo contrario, no estarías tan preocupado.

—Ojalá él no estuviera enfermo —dijo Livia.

—Pero está enfermo y los perros empiezan a gruñir.

—¿Y quién encabeza la jauría?

—No lo sé —dijo Mecenas con cautela.

Agripa se levantó del diván y los otros lo siguieron. Salió al balcón. Debajo se

erguía el Circo Máximo, inmenso y vacío. Dentro de pocos días estaría totalmente lleno y la multitud rugiría el nombre del hombre que había destruido a su enemigo más temido, había devuelto la paz a las provincias y había restaurado la república. Pero el ánimo de la multitud podía cambiar. Un auriga favorito recibía aplausos un día y abucheos al siguiente, si su suerte cambiaba para peor. Agripa sintió un escalofrío. Aun los partidos y los monarcas necesitaban suerte si querían sobrevivir, como le había advertido Valerio Mesala. Y Mecenas opinaba algo parecido.

—Hemos logrado tantas cosas —dijo, volviéndose hacia ellos—. Augusto ha reparado la Vía Flaminia, Cornificio ha reconstruido el templo de Diana. Mirad la obra de Mesala en la Vía Latina. Y también está el anfiteatro Taurus. ¿Acaso no recuerdan esas cosas?

—Son los hombres los que constituyen la ciudad. No las casas, los muros y los mercados, sino los hombres —dijo Mecenas—. Claro que hemos logrado mucho. Tú, sobre todo, con tu trabajo en los acueductos.

Agripa se encogió de hombros.

—Pero queda tanto por hacer. No pueden detenernos ahora... en medio de todo.

Se volvió hacia Livia con impaciente desconcierto.

—Entiendo —dijo ella—. Él piensa lo mismo que tú. Y se impacienta. Desea reorganizar el gobierno de la ciudad, pues las cuatro regiones son demasiado extensas. También tiene planes para Hispania y Galia. Sostiene que es preciso mensurarlas, organizarlas y gravarlas. Hay que construir carreteras, edificar nuevos puertos, y hay que atender a los veteranos. La lista es interminable.

—¿Existe algún árbol que el viento no haya sacudido? —ironizó Mecenas—. Creo que nos desviamos del meollo de la cuestión. Para volver a él, sugiero que el secuestro de la muchacha se efectuó para aumentar nuestro desprestigio. El orgullo y la influencia de Valerio Mesala son conocidos. En el peor de los casos, nos azuza con una horquilla. En el mejor, responde al grito de auxilio de los descontentos. ¿Cuán seguras son las provincias si los piratas pueden secuestrar con impunidad a la hija de un legado? ¿En qué queda la supuesta paz, la ley y el orden? Yo no digo estas cosas, pero ellos las dirán.

Agripa asintió.

—Yo había pensado lo mismo, pero no puede haber un vínculo con el problema de Primo. Ellos no podían saber lo del procónsul de Macedonia. Eso debe de ser coincidencia.

Mecenas lo miró.

—Estoy de acuerdo con Marco —dijo Livia—. Ellos no podían saber que él actuaría así, o que Valerio y Terencio estarían dispuestos a defenderlo.

—En cuanto a Murena —dijo bruscamente Agripa—, iba a preguntarte si...

—A eso iba —murmuró Mecenas—. Terencio Varrón Murena es un hombre

honrado, a veces demasiado honrado. Él grita cuando otros susurran. Si Murena se propone hablar, es porque cree que hay un buen motivo.

—¿Y cuál es ese buen motivo? —protestó Agripa.

Mecenas bostezó y cogió su copa.

—Por lo que ha dicho Terencia, a quien se lo dijo su hermano, entiendo que Primo declarará bajo juramente que actuó siguiendo órdenes de Augusto y Marcelo.

Se hizo el silencio, y Mecenas oyó el goteo de la fuente del patio en el estanque. Agripa frunció el ceño y se frotó la barbilla con nerviosismo. Livia se quedó quieta, fijando la vista en Mecenas.

—Él declaró eso cuando lo interrogaron por primera vez y nadie le creyó.

—Lo ha vuelto a declarar bajo arresto domiciliario y alguien le cree: Murena.

—¿Por qué?

—Primo ha dicho que las instrucciones figuran en una carta.

—Que se ha perdido, desde luego, y no se puede encontrar.

—Correcto.

—¿Tú crees esto? —Livia enrojeció de furia—. ¿Cómo osa sugerir que mi esposo...? —Se interrumpió de golpe.

—Bien, ¿lo crees? —preguntó Agripa.

Mecenas sonrió.

—La cuestión de la creencia no se presentaría si la carta se pudiera hallar y se revelara que contiene lo que ellos dicen —dijo con cautela.

—Cayo...

—Mi señora, ten paciencia. Es un problema interesante. Hay tres posibilidades.

—¿Acaso importa lo que Primo diga? —exclamó ella con desprecio—. Que presente sus acusaciones. Mi esposo las negará.

—Es grave, mi señora. Como recordarás, ningún hombre de peso ha traicionado a Augusto desde Salvidieno.

Livia se sentó en la silla, raspando el suelo con la sandalia. Agripa movió el brazo bruscamente y la manga de su túnica volcó la estatuilla de un fauno de una mesa.

—Lo recuerdo —dijo Livia—. Jugábamos juntos cuando éramos niños. Era pelirrojo.

—Y fue cónsul electo —dijo inexpresivamente Agripa.

—También lo es Murena. Pero Salvidieno tenía razones para negociar con el enemigo. En aquellos tiempos el desenlace era incierto y él tenía el ejército de la Galia a sus espaldas. El caso de Salvidieno no es como el de Primo. ¿O sí?

—He servido a Augusto... —dijo fríamente Agripa.

—Por tanto tiempo como yo —dijo Mecenas sin inmutarse—. Ambos gozamos de su confianza, tal como él goza de la nuestra. —Hizo una pausa y dejó la copa con aire contrito—. Ahora bien, si Primo no miente, es posible que hayan falsificado la

carta.

Livia alzó la vista y pestañeó. Agripa empezó a respirar con dificultad.

—¿Quién se atrevería a falsificar semejante carta? —objetó—. Es inconcebible.

—Quién sabe. Marco, tú eres ingeniero. Sabes que un guijarro puede provocar un alud si cae en determinado sitio. Todos los complots y conspiraciones empiezan en el corazón, no en la cabeza.

—¿Ésa es tu tercera posibilidad? —dijo Livia.

—Sí.

Agripa frunció el ceño.

—¿Qué aconsejas?

—Olvida las acusaciones contra Primo, querido Marco. Así no habrá ninguna chispa que los otros puedan transformar en llama.

—No puedo.

—Es decir, no quieres. Entonces procura encontrar a esa muchacha, y por la misma razón. Es una suerte que Valerio Mesala prefiera el prestigio al poder. Tal como yo.

—¿Es así? —preguntó amablemente Livia.

—Ya lo creo. Las extravagancias y absurdos ceremoniales de la vida senatorial son demasiado fatigosas. Prefiero el confort y la seguridad. —Mecenas sonrió—. No me crees.

—Si tu tercera posibilidad es cierta —dijo Livia—, hay alguien que no tiene poder y lo está buscando.

—Quizá sea alguien que lo tiene y quiere más. —Mecenas inclinó la cabeza—. No me mires así. El pelirrojo no soy yo. —Miró de soslayo al mayordomo que aguardaba pacientemente en el rincón de la sala. El mayordomo alzó una mano y entró el esclavo de Mecenas, con los zapatos de calle del amo.

—He comido bien, como de costumbre —dijo Mecenas—. Gracias, mi señora. Espero verte en los juegos.

—Envía mis saludos a Terencia.

—Naturalmente. Estás siempre en sus pensamientos.

—Y ella en los míos.

—Encontraré a los responsables, pase lo que pase —dijo Agripa.

—Sé que pondrás todo tu empeño. Pero aunque busques a Hilas, amigo mío, nunca lo encontrarás.

Agripa se tocó los labios y se puso el dedo detrás de la oreja. De pronto se sentía perturbado. Livia apoyó la barbilla en la mano y guardó silencio. Su rostro era una máscara despojada de sentimientos.

Al llegar a la puerta, Mecenas se volvió.

—Todos somos sus amigos y lugartenientes, y todos compartimos sus

intenciones. Aun así, ni siquiera los dedos de una mano son iguales. Conviene tener presente un detalle tan pequeño y tan obvio.

Salió, seguido por el esclavo, y al cabo el ruido de sus pisadas murió en el corredor.

## Capítulo 6

El centurión se apoyaba pacientemente en la pared del inquilinato, tratando de mantener seca la espalda. Vio que un hombre ebrio se tambaleaba en la acera de enfrente y sonrió con alivio. Su larga espera había terminado. El hombre cruzó la calle ruidosamente y el centurión aguardó a que llegara a la entrada del edificio, donde una antorcha chisporroteaba contra la pared.

—Un momento —vociferó, golpeando la acera con el bastón. El hombre se volvió, y la luz le dio un aire siniestro.

—Sí.

—¿Eres Curcio Rufo, ex empleado de la Junta de Aguas? —El centurión estornudó.

El hombre tragó saliva y miró a los lados como si pensara en fugarse.

—Así es. ¿Qué necesitas de mí?

El centurión metió la mano en un talego.

—Hace dos días que trato de entregarte un mensaje.

Curcio Rufo se apoyó en el dintel.

—¿Por qué no se lo dejaste al dueño del edificio?

—Me ordenaron que te lo entregara a ti, no al dueño del edificio. ¿Dónde has estado, en nombre de Mercurio? Por tu culpa me perdí la cena de la sociedad de ahorros mutuos. —Se apoyó un dedo en cada fosa nasal y sopló hacia la oscuridad—. Y en cambio he cogido un resfriado. Estoy calado hasta los huesos.

—Estaba embriagándome, amigo. Y jugando a los dados. ¿Quieres que te lo muestre? —Curcio Rufo hizo rodar los dados de mano en mano.

—Un hombre de tu categoría debería tener más... —protestó el centurión, y estornudó violentamente.

—Orgullo, eso quieres decir —completó Curcio Rufo con una sonrisa burlona. Sacudió a la cabeza para combatir los efectos del vino—. Bien, dame la carta.

—No la pierdas como sin duda perdiste tu bastón. —El centurión tiritó y se arrebujó en la capa—. Es de Marco Agripa. Duerme, que te hará falta.

—Bebe un trago conmigo. Enfrente hay una taberna que todavía está abierta. Ha pasado mucho tiempo.

—Lo lamento. Es tarde y debo irme. Mi mujer me espera. Ya estoy en apuros.

—Bebe un trago y...

El centurión se negó, sacudiendo la cara empapada, y se internó en la oscuridad. Curcio Rufo bajó las manos, dejando que la lluvia cayera sobre el pergamino.

—Sólo quería hablar de los viejos tiempos —murmuró.

Una vez en su habitación, encendió la lámpara con manos trémulas, rompió el sello y leyó rápidamente el breve mensaje. La carta tenía fecha de tres días antes y era

una orden, no un requerimiento. Debía presentarse en la casa de Marco Agripa en el Palatino en la hora segunda de la mañana siguiente a la recepción de la misiva. La última frase, antes de la firma, era tan concisa como las demás: «Si no vienes, te mandaré buscar».

Dejó la carta con una sensación de náuseas. Se relamió los labios. Bebió un sorbo de agua, se acostó en la cama y tiritó mientras el inevitable dolor volvía a punzarle detrás del ojo derecho. Pensó en Critón, en Pero, en sí mismo, y se preguntó quién habría hablado y qué habría dicho. Al cabo se durmió y no se movió hasta que el habitual ruido de los carros rompió el silencio de la aurora.

Nunca había visitado el Palatino, salvo para asistir a una ceremonia en el templo de la Victoria, en una ocasión en que la asistencia era obligatoria para todos los que trabajaban para el comisario de la Junta de Aguas. En consecuencia se aproximó a su destino, sin pensar, desde el extremo oeste del Circo Máximo y se encontró frente a la empinada cuesta de las *Scalae Caci*. No había nadie más, salvo un par de esclavos que llevaban recados de una casa a otra. Era un día frío, pero estaba empapado de sudor cuando terminó de subir la escalera. Se detuvo para descansar y acomodarse la toga, y luego dejó atrás el templo de Apolo. A lo lejos una multitud de esclavas extraía agua de una cisterna. Se abrió paso en medio de una creciente muchedumbre de senadores y clientes que habían concluido sus visitas matinales y llegó a la casa con dificultad, pidiendo instrucciones a cada peatón con que se cruzaba. Una vez dentro, dio su nombre a un asistente y se sumó a una multitud de hombres que poblaban las antesalas. Muchos se conocían e intercambiaban saludos con voz estridente; todos estaban bien ataviados. Aun los funcionarios menores y los artesanos, esperando obtener un encargo, vestían con pulcritud; se sintió harapiento, incómodo con su toga raída. La multitud empezó a ralear lentamente, a medida que los visitantes respondían a una llamada, en grupos o a solas, y eran conducidos al interior.

Al rato se acercó un asistente, cortés, servil y artero.

—Si me das tu nombre, veré de que no te hagan esperar.

Mientras hablaba, extendió la mano con la palma hacia arriba. Curcio Rufo negó con la cabeza; el hombre se encogió de hombros y se alejó. Los últimos en llegar, saliendo de prisa, lo miraban con curiosidad. Ahora estaba sentado a solas en un banco de mármol. Un viejo, un pensionado de la armada herido en una escaramuza con Sexto Pompeyo, se detuvo al pasar.

—Nunca entrarás sin dar propina. Ellos se encargan de eso. —Señaló a dos hombres vestidos con elegancia que remoloneaban contra una columna.

Curcio Rufo alzó la vista y procuró sonreír.

—No quiero entrar. No estoy aquí por mi voluntad.

El viejo sacudió la cabeza intrigado y salió cojeando.

La sala estaba vacía. Uno de los hombres elegantes dijo en voz alta:

—No tiene sentido esperar. Algunos nunca aprenden. Ahora él no verá a nadie.

El otro se rió.

Curcio Rufo se levantó y caminó hacia ellos.

—No soy un cliente —explicó—. Estoy aquí por un asunto oficial. He aquí la carta. No es habitual que usen como mensajero a un centurión, a menos que el asunto sea importante.

Los asistentes se quedaron boquiabiertos.

—Dame la carta —se apresuró a decir el mayor—. Yo la llevaré. —Regresó a grandes trancos—. Lo lamento, mi señor. Si me hubieras mostrado esto antes... Por aquí, haz el favor de seguirme.

Desando su camino y Curcio Rufo lo siguió, la cara y las manos frías de sudor. A diferencia de su padre, siempre había tenido miedo de lo desconocido.

Marco Agripa apartó los papeles de su escritorio y le hizo una señal al estenógrafo. El hombre se levantó y los dejó a solas.

—¿Puedo irme, señor? —preguntó Curcio Rufo con voz cansada, agotado por el incesante interrogatorio que había aguantado durante una hora. Le dolían las piernas y habría querido sentarse, pero no se atrevía.

—Podrás irte cuando haya terminado contigo —dijo Marco Agripa. Apoyó los brazos en el escritorio, frunció el ceño—. Creo en tu testimonio, tal como creo los del griego y la muchacha. No tengo pruebas para creerlo, pero es tan estúpido que tiene que ser cierto.

Curcio Rufo tragó saliva.

—Gracias, señor.

—No tienes nada que agradecerme... aún.

—¿Entonces no estoy arrestado?

—Ésa es otra cuestión. —Hubo un largo silencio mientras Curcio Rufo miraba las guardas de los mosaicos del suelo y Marco Agripa miraba a Curcio Rufo. Al cabo volvió a hablar con aspereza—. Tienes antecedentes insatisfactorios. El talento de tu padre y el estado te dieron buenas oportunidades. Pero las has desperdiciado. Te eximo de responsabilidad por el accidente que puso fin a tu carrera de centurión. Eso fue mala suerte. Desde entonces has probado suerte en muchos trabajos y no duraste en ninguno. Persigues a las mujeres sin moderación. Bebes, juegas y te conformas con flotar como escoria en las cloacas de Roma. Al parecer vives de tu inventiva, que no es tan grande como crees, y quizá termines tus días apuñalado en una gresca de taberna. Bien, no será una gran pérdida.

—He tenido mala suerte.

—¡Mala suerte! Todos tenemos mala suerte. ¿Crees que eres el único que tuvo mala suerte en la vida? —Marco Agripa se irguió—. Toda Roma pregunta de dónde

vengo, qué hacía mi abuelo, qué hacía mi padre. Nada de eso importa. Lo que importa es lo que haces tú. Conozco tu mundo mejor de lo que crees. Nací en él. Pero sé dominarme y crear mi propia suerte, Curcio Rufo. Fijo mi propio rumbo, tal como tu padre fijaba el suyo. Pero él tenía agallas.

—¿Tengo autorización para marcharme, señor? —murmuró Curcio Rufo—. Debo atender a mis mulas. —Esa expresión, que databa de los tiempos de Mario, era la fórmula que usaban los centuriones para terminar una entrevista cuando un oficial había dicho demasiado, y Marco Agripa la reconoció. Dejó de fruncir el ceño y sonrió.

—Al menos nos entendemos —dijo—. No puedo decir lo mismo de muchas conversaciones que entablo con mis hermanos senadores. —Tamborileó irritablemente con los dedos—. La muchacha no sabe nada. El miedo la hizo impertinente. Bien, no hablaste con ella. Al menos eso muestra discreción. Tu amigo, en cambio, sabe mucho. Pero tuvo la sensatez de consultarte. Dudo que haya hablado con otros.

—No, señor —dijo Curcio Rufo—. No habló con nadie más.

—Eso pensaba. Y ahora llegamos a ti. —Marco Agripa titubeó—. Sé lo que has dicho, pero no lo que piensas.

—Hay una diferencia, señor.

—Para mí todo es lo mismo. Lidiamos con un asunto que es estrictamente confidencial. Afecta a la seguridad del estado. —Marco Agripa hizo una pausa y se acomodó la toga—. Es lamentable que tú, tal como confiesas, te embriagues con frecuencia, y que nadie se fie de ti. Ni siquiera la muchacha confía demasiado en ti. —Vaciló, mordiéndose el labio. Añadió con indolencia—: Sabes demasiado.

Curcio Rufo se quedó muy tieso, los dedos arqueados contra la palma de las manos. Sus piernas cansadas empezaban a temblar y no podía controlarlas. Había llegado el momento que había temido. Recordó al soldado que montaba guardia frente al Tullianum, y recordó las palabras que le había dicho ese día: «Mañana los llevarán abajo». Un músculo de la mejilla empezó a temblar convulsivamente. Se relamió los labios con la lengua seca y trató de hablar, pero no le salían las palabras. Marco Agripa le clavó una mirada glacial, como si estuviera mirando a un muerto.

A lo lejos la voz de un esclavo anunció la hora. En un patio vecino ladró un perro.

—Afortunadamente para ti —dijo abruptamente Marco Agripa—, no hay pruebas contra ti que al mismo tiempo no te favorezcan. Ningún magistrado te condenaría en el tribunal. En consecuencia, te enviaré fuera de Roma. Si eres sabio, aceptarás la misión que te ofreceré.

Curcio Rufo lo miró sorprendido.

—¿Puedo sentarme, señor?

—Sí. Ahora escúchame atentamente. Sé que han secuestrado a la sobrina de

Valerio Mesala por motivos que no estoy dispuesto a comentar. Pero es importante que ella regrese ilesa. Es una cuestión de prestigio, ¿entiendes? Ella pertenece a una gran familia.

Curcio Rufo asintió, desconcertado.

—Sabemos que fue aprehendida por piratas mauris y creemos que está en el interior de Mauretania. No sé quién la ha capturado, pero el responsable no será el capitán del buque que se la llevó. Tampoco sé en qué parte de ese vasto país está escondida. Abandonarás Roma dentro de diez días, como enviado oficial a la corte del rey Juba. Pero primero navegarás de Misenum a Cartago. El procónsul de África te dará asesoramiento y vituallas, así como una escolta militar. Luego te dirigirás al palacio del rey en Cesarea. —Marco Agripa sonrió—. Antes se llamaba Iol, pero hemos tenido el tacto de cambiarle el nombre. El motivo aparente de tu misión será ayudar al rey en muchos asuntos que son caros a su corazón. Necesita hombres que puedan entrenar a su gente para construir carreteras, acueductos y puentes, mensurar la campiña, asesorarlo en cuestiones administrativas. Te rodearás de los consultores económicos y técnicos que necesites, y harás todo lo que esté a tu alcance para asistirlo, para que los gastos de tu viaje y tu estancia no se derrochen. Gánate su confianza y el rey y sus consejeros podrán ayudarte. Pero recuerda, después de tu llegada a Cesarea, el desarrollo de este asunto será tu responsabilidad. —Marco Agripa hizo una pausa—. ¿Bien?

—¿Por qué... por qué escogerme a mí, señor? No tengo experiencia ni cualificaciones.

—No me deslumbran las cualificaciones formales —repuso Marco Agripa—. He visto cómo esta ciudad y sus provincias eran llevadas al borde de la anarquía y la ruina por hombres que creían tener el derecho a gobernar porque sólo ellos tenían las cualificaciones necesarias. El resultado consistió en veinte años de guerra civil. Las cualificaciones, lamentablemente, no pueden sustituir al talento.

—Pero, señor...

—Tú te subestimas. Has navegado por aquellos lares; tengo entendido que hablas un poco de bereber y de fenicio; te llevas bien con la gente... Sí, lo sé todo sobre ese inspector liberto. Se necesita paciencia para soportar a los incompetentes y los perezosos; tienes aptitudes para la ingeniería; y demostraste iniciativa en la reparación de ese acueducto. Además fuiste centurión, y eso es una recomendación por sí misma. Para mí son motivos suficientes.

—Pero...

—Si mando a un tribuno con acento del Janiculum, todos se erizarán como puercoespines al cabo de una hora, y no averiguaré nada. En todo caso, no hay ningún alto funcionario adecuado del que pueda prescindir, y no quiero que se le dé demasiada importancia a este asunto en caso de que fracase.

—No sé si puedo hacerlo. Yo...

—Dudo que tengas éxito, pero al menos podrá decirse que hicimos lo posible.

—No puedo —dijo desesperadamente Curcio Rufo—. No sabría cómo empezar.

—Puedes intentarlo. —Marco Agripa se inclinó hacia él—. Aprendí por mi cuenta a ganar batallas navales. Nadie me enseñó. El rey Juba es buen amigo de Roma. Haz bien tu trabajo y si recibo informes favorables tendrás una recompensa adecuada.

—Sólo te defraudaré —dijo el desconsolado Curcio Rufo.

—Seré yo quien juzgue eso. Si fracasas, yo también habré fracasado.

Curcio Rufo se quedó boquiabierto.

—Desde luego —dijo afablemente Marco Agripa—. También yo soy apostador. ¿Cuántas veces apuestas todo por los caballos que nadie recomienda? Hazlo una vez más. Recuerda, es una época para hombres nuevos. No desperdicies la oportunidad que te doy.

—Muy bien, señor. —Curcio Rufo titubeó—. Señor, está la cuestión de Critón. Él es un amigo.

—Tu lealtad es conmovedora. Ven aquí mañana, asiste a la primera admisión, y te daré la autoridad escrita de Augusto César en lo concerniente a tu misión; también una carta relacionada con tu amigo. Si se la llevas al magistrado, él escribirá la orden de excarcelación. Cayo Mecenas te instruirá en todo lo concerniente a los deberes de un enviado. En cuanto a las cuestiones administrativas, consulta al jefe de escribas del Tesoro Senatorial.

»Una cosa más. Tus tropas serán una escolta digna, no una demostración de fuerza. Recurre al tacto, la diplomacia, la argumentación y la razón. No debe haber violencia ni derramamiento de sangre. ¿Está claro?

Curcio Rufo asintió.

—Muy bien. Puedes marcharte. Ahora debo atender asuntos importantes.

Curcio Rufo dio media vuelta y salió en silencio, palpando cautelosamente las pocas monedas que tenía en el pliegue de la toga. En ese momento lo que más deseaba en el mundo costaba muy poco, y podía hacer la compra con libertad. Era un ánfora de vino.

—No puedo creerlo —repitió Critón, y se quedó sentado en el borde de la cama, con la misma expresión que había tenido en la cantina dos horas antes: rostro pálido, ojos desorbitados, manos trémulas que le impedían sostener la copa.

—¿Tan malo fue?

—Lo peor era la espera y la incertidumbre —dijo Critón, temblando.

—Continúa.

—Yo estaba con dos hombres. Uno era un esclavo fugitivo que había pertenecido a una pandilla de salteadores. El otro era un muchacho que se había confabulado con

su hermana para matar a su padre. Él mismo me lo dijo. Estuvimos juntos dos noches. —Dejó de hablar y se apoyó la cabeza en las manos.

—¿Y luego?

—Luego se los llevaron para interrogarlos. Primero al esclavo, después al joven. Oí sus alaridos en ese cuartucho del extremo del corredor, donde hacían las preguntas.

—¿Qué sucedió?

—No regresaron, y me quedé solo. Seguí aguardando, preguntándome cuándo vendrían a por mí. Cada vez que oía pasos en el corredor, pensaba... —Se relamió los labios nerviosamente—. De noche me quedaba en vela, esperando. —Tragó saliva y miró a Curcio Rufo con ojos desencajados—. Tenía mucho miedo del dolor.

Curcio Rufo le tocó el brazo.

—Ya ha terminado, como te he dicho todo el día. Mañana te sentirás mejor.

—Quizá.

—Claro que sí. —Curcio Rufo añadió lentamente—: Pilades le dio tu trabajo a Cleonte. No podía esperar. —La expresión lastimera de los ojos de Critón lo sobresaltó. Se apresuró a añadir—: Pero quiere tenerte de vuelta. Dijo que eras la única persona que entendía lo que él intentaba hacer.

—¿Fuiste a verle? ¿Por mí? —preguntó esperanzadamente el macedonio.

—Sí, en cuanto supe que todo se resolvería —dijo Curcio Rufo—. Te pondrás bien. Estoy seguro.

Critón sostuvo la copa con ambas manos y sonrió.

—¿De veras Pilades dijo eso? Ah, me alegra estar de vuelta. Vuelvo a sentirme seguro.

Curcio Rufo echó un vistazo a la habitación, viendo allí todo aquello de lo que ansiaba escapar: las paredes descascarilladas, la cama corta, la mesa con encimera de mármol con una fisura en una esquina, la sencilla lámpara de arcilla con el borde ennegrecido por el humo, y el viejo baúl cuya cerradura rota Critón nunca había podido reemplazar. Miró las estatuillas que le había regalado a Critón en las Saturnales y otros festivales: un Hércules de arcilla, un Apolo de bronce, un Leandro de yeso y un hermafrodita de mármol, el más admirado por Critón. Eran estatuillas chapuceras que estaban hechas para los pobres y se vendían baratas en el mercado Sigillaria. Eran lo mejor que él podía pagar, y allí estaban, astilladas, descoloridas por la humedad, un recordatorio constante de la indigencia.

Cogió el anillo de sello de fantasía que yacía sobre la mesa junto a un cuenco de arcilla y lo hizo girar entre los dedos. Su padre le había regalado uno de oro, pero era grande para su dedo y rara vez lo usaba. Luego lo había perdido en un momento en que le iba mal con los caballos. Nunca había adquirido otro.

—Ven conmigo como secretario —dijo—. Necesito uno. ¿Qué mejor consejero

que un amigo?

—Soy poeta, no secretario.

Curcio Rufo cogió el ánfora diminuta que contenía todo el aceite que Critón podía costearse.

—Es una buena oportunidad.

—Para ti —dijo Critón con sarcasmo.

Curcio Rufo puso el ánfora en las manos de su amigo.

—Esto es todo lo que puedes pagar —rezongó—. Nunca podrás pagar más cada vez. Te quedarás ciego, trabajando con esa llama diminuta. ¿Y cuánto puede pagarte Pilades?

—Me alcanzaba. Yo no apuesto como tú.

—¿Quién pagará la cuenta del médico la próxima vez que te pongas enfermo?

—Ya, gastaste mucho en mí —dijo Critón con un deje de remordimiento—. Lamento haberme puesto enfermo. Pero ahora todo estará bien.

—No has respondido mi pregunta.

—¿Quién se deshizo de mi oro? —protestó Critón—. Tenía mucho valor.

—Ocho mil sestercios, para ser exactos. La cuenta del médico valía menos. — Curcio Rufo sonrió—. Conque soy yo quien te debe dinero.

Critón sacudió la cabeza.

—No quise decir eso. Lo lamento.

Curcio Rufo miró en torno.

—Te envidio. Te conformas con poco.

—Yo no trato de bajar las estrellas a la tierra, eso es todo.

Critón sonrió dichosamente. Ya no le temblaban las manos. Estaba de vuelta en su pequeña habitación, donde podía escribir de noche y soñar que un día sus poemas le darían fama. Entre tanto Pilades gustaba de él. Era suficiente, estaba satisfecho.

—Escucha —dijo Curcio Rufo—, recibiré un salario de veinte mil sestercios. Es más de lo que habría ganado como centurión jefe, si tenía la suerte de llegar tan lejos.

—Parece mucho, pero habrá gastos —dijo Critón—. Necesitarás esclavos, ropa... muchas cosas. Un mercader de éxito gana mucho más.

—Sí, pero recibiré asignaciones para comida, vino, sirvientes, aceite para las lámparas, leña y vestimenta, así que estaré casi tan bien como el viejo Lépedo. Él era el tribuno de mi cohorte.

Critón dejó el ánfora.

—No sé qué decir.

—Pero yo sí. Ven conmigo. Debes arrojar los dados en el momento propicio. Mira ese baúl que tienes. «Roído por ratones bárbaros», decías. Quédate aquí y roerán todo lo que tienes. ¿Recuerdas las ratas del invierno pasado?

Critón tembló.

—En Roma no hay nada para nosotros.

—Salvo una oportunidad. Pilades me dijo...

—Olvida lo que te dijo. Nadie trepa sobre sus hombros. Él se encarga de eso. Todos esos actores son iguales.

—¿Eso crees?

—Eso creo. Si vienes, obtendrás la mitad de mi salario y mis asignaciones.

—Pero si me quedo... —Critón titubeó—. Cleonte podría enfermar. Tiene un pecho débil. Suele enfermar en invierno. Entonces Pilades me recibirá de vuelta.

—¿Te pagaba el sueldo de un secretario?

Critón meneó la cabeza.

—Sabes bien lo que me pagaba.

—Y ahora no tienes patrono. ¿Entonces?

—Por favor, no quiero ir.

—¿Por qué no?

Critón no respondió.

—Recibiremos la mitad del salario antes de partir, el resto al regresar. Podemos manejarnos con holgura y vivir bien.

Hubo un largo silencio. Curcio Rufo se acercó a la ventana y miró el muro del Tíber.

—Los únicos poetas que triunfan son los que cantan canciones en honor de Roma y llaman la atención de Mecenas. Hoy recibí una carta de él, entregada antes de que fuera a verte. Mañana debo cenar en su casa. Dijo que podía llevar a un amigo.

Critón miraba hacia otro lado, sin moverse.

—No lo entiendes —dijo Curcio Rufo—. Necesito tu ayuda. No puedo apañármelas sin ti.

Critón lo miró. Curcio Rufo volvió la cabeza y sonrió.

—Como ves —dijo—, no soy tan autosuficiente como crees.

## Capítulo 7

Mecenas tenía la costumbre de cenar a la hora en que cerraban los tribunales, y Curcio Rufo llegó famélico, preocupado por la calidad de la túnica bordada que había comprado precipitadamente a crédito, y lamentando las copas de vino que había bebido, amedrentado por la magnificencia de la ocasión.

Critón no sentía ningún temor. Habitado a los modales apáticos de los ricos, apreció la amabilidad del anfitrión y pudo disfrutar de la reunión con ojos críticos. Aprobó el oro y el marfil que decoraban los divanes, las ménsulas de plata que sostenían las antorchas, y el mármol rosado de las columnas, pero deploró las pinturas de las paredes, realizadas por un artista de Delos que en general era estimado por la sutil indecencia de sus obras. Olfateó con gusto el aroma de las flores apiladas, que se mezclaba en la cálida atmósfera con la fragancia de pino de los braseros, pero pensó que los flautistas que tocaban mientras se servía la primera mesa eran pésimos instrumentistas. Sentado con los invitados secundarios, sólo intervenía en la conversación para plantear preguntas oportunas cuando se hacía el silencio. Había aprendido tiempo atrás que para gozar de popularidad bastaba con alentar a los demás a hablar. Alguien que sabía escuchar siempre era valorado.

Verrio Flaco, el preceptor del tribunal, peroraba sobre educación, pero sacudió la cabeza con una sonrisa cuando le preguntaron por los niños que estaban a su cargo.

—Están creciendo —dijo crípticamente.

Labieno, el orador, que había hablado con cálida amabilidad de su reciente visita a Rodas, era menos discreto. Cuando le preguntaron su opinión sobre la primera dama de Roma, dijo incisivamente:

—Es una mujer que parece estar sufriendo constantemente el cambio de vida.

Arruncio, un médico del Palatino que tenía fama de ganar un cuarto de millón de sestercios al año, acribilló a Domicio con preguntas sobre las heridas de armas arrojadizas. Domicio, un centurión de la guardia palaciega que sólo había participado en una campaña menor, respondió con dificultad y sintió alivio cuando intervino el secretario de Mecenas.

—¿Es verdad que recomiendas las almendras como prevención contra la ebriedad?

—No está demostrado —dijo cautamente Arruncio—, aunque en algunos casos...

—Se gana más dinero recomendando los vinos de Surrentum a los inválidos, por sus cualidades vigorizantes —dijo el centurión con una sonrisa.

—Sobre todo si posees la mitad de los viñedos de la región —añadió Labieno maliciosamente.

—Te haré una pregunta, Labieno —dijo el secretario sin inmutarse—. ¿Qué crimen es mayor? ¿Envenenar el cuerpo de un hombre con líquidos ponzoñosos, o su

mente con palabras malignas?

—Yo responderé cuando haya hablado nuestro orador —dijo Arruncio, riendo entre dientes.

—Tengo entendido que tienes un hermano en Esmirna —le dijo Verrio Flaco a Critón—. ¿Es verdad que hay un nuevo método de enseñanza en las escuelas?

Un hombre joven y rollizo, de profesión jurista, se volvió a Domicio con una sonrisa.

—Regresemos a Roma. ¿Son ciertos esos chismes sobre la esposa de nuestro nuevo senador?

—El centinela que custodiaba la casa no era uno de mis hombres —dijo cautamente Domicio—. Pero sí, creo que pueden ser ciertos. Es indudable que todos quieren montar guardia en esa casa. Dime, ¿el hombre que está sentado frente a nuestro anfitrión es el hijo del auriga? Me gustaría conocerle.

Curcio Rufo, comiendo cautamente mariscos, ni reparaba en los flautistas. Ya había cometido el error de interpelar a otros comensales como «señoría», hasta que Mecenas observó gentilmente:

—Querido muchacho, aquí somos todos amigos. No nos hagas sentir más viejos de lo que somos.

Temía el momento en que se iniciaría la conversación, pues sabía que no tenía nada que decir que despertara el interés de quienes lo rodeaban. Frente a él estaba su anfitrión, frío y amable, escandalosamente vestido con seda escarlata y una perla colgada de una oreja. Al lado estaba Terencia, una mujer delgada y morena con túnica azul. No llevaba ningún adorno, salvo un brazalete de oro en la muñeca izquierda, y conversaba en voz baja con su vecino, Proculeyo, un hombre de cara enjuta que era amigo íntimo de Augusto. También era medio hermano de Murena.

Cuando levantaron la primera mesa, Curcio Rufo notó con creciente embarazo que todos, previendo esto, habían cogido las copas y las alzaban para que les sirvieran más vino. Luego, para su horror, oyó que Mecenas hablaba y comprendió que iban a hacer un brindis. Se movió y su pierna tocó al comensal de la izquierda.

—Trae otra copa —murmuró una voz, y hubo un movimiento a sus espaldas, un esclavo se arrodilló, y le puso una copa nueva en la mano.

Mecenas aún hablaba. Curcio Rufo vio que todos miraban al invitado de honor, a la izquierda de Mecenas, un joven de cabello castaño, nariz carnosa, barbilla gruesa y una boca delgada que le impedía ser guapo, salvo cuando sonreía. Ahora escuchaba gravemente al anfitrión, cabizbajo, la copa muy quieta en sus manos. Claudio Marcelo, sobrino de Augusto, ya tenía los manierismos de alguien adiestrado para esperar una vida de adulaciones.

—A nuestro nuevo edil, y que la fortuna les sonría a su casa y a su esposa Julia.

Los invitados bebieron, y Marcelo dio una breve respuesta; hubo una pausa

cuando él concluyó.

—Esta noche honramos a las musas con nuestro número —dijo Mecenas de buen humor—. Pero primero hagamos justicia a mi cocinero. Pues aquí llega la segunda mesa. Recomiendo la langosta, pero para quienes prefieran la carne, hay oso con trufas.

—¿No hay asno? —preguntó Proculeyo—. Esperaba ampliar mi experiencia.

—Entonces prueba este vino —dijo Mecenas con una sonrisa—. Lleva el nombre de un buen cónsul.

Hubo risas, todos se pusieron a conversar, y Curcio Rufo se movió, tratando de encontrar una posición más cómoda.

—Estoy acostumbrada a los hombres que usan el diván para sus lances amorosos —le dijo al oído una voz seca—, pero tú, amigo, sólo eres violento. Si me pateas de nuevo, tendré que dar muchas explicaciones a mi esposo.

Curcio Rufo se volvió, sobresaltado, hacia la mujer de su izquierda. En su vergüenza, reparó en el pelo rojo y los ojos verdes. Luego notó que ella sonreía.

—Lo lamento —dijo—. He sido torpe. Hace tiempo que no asisto a una cena tan formal. Perdóname.

Ella ensanchó los ojos.

—Me alivia oír eso. Temí que no me encontraras atractiva. Empezaba a preocuparme.

Él sonrió.

—Además, estoy en deuda contigo por la copa de vino. Como habrás sospechado, éste no es mi mundo.

Los ojos de ella bailaron.

—Bien, soy hábil para las adivinanzas. Debes hablarme de tu mundo. Para eso son las buenas cenas, para reunirse con viejos amigos y conocer a otros nuevos. Para que se encuentren todos los mundos, no sólo uno, una y otra vez. Pero volvamos a presentarnos. Tengo mala memoria para los nombres.

—Soy Curcio Rufo. —Hizo una pausa y añadió—: Un hombre sin importancia.

Ella volvió a ensanchar los ojos.

—Yo soy Galita, y allá, en el extremo del diván de la derecha, hablando con Julia, está mi esposo, Lucio Seyo Estrabón.

—Sí, lo reconocí... —balbuceó Curcio Rufo—. Nos hemos encontrado anteriormente, por cuestiones oficiales.

—¿Eres amigo de Cayo?

Él negó con la cabeza.

—¿De Terencia, entonces? —preguntó ella, intrigada.

La mujer morena miró desde su lado de la mesa.

—Pero desde luego, Galita, querida mía. Curcio es un hombre que llegará lejos,

como diría mi esposo. Esperamos grandes cosas de él. —Enarcó una ceja, y había una vaga sonrisa en sus labios.

—Me temo que pronto seré un hombre que estará lejos —se apresuró a decir Curcio Rufo.

—¿Te marchas de Roma? —preguntó la muchacha.

—Pero regresarás —murmuró Terencia—. Tus amigos, viejos y nuevos, te echarán de menos.

—Iré a la corte del rey Juba. Es una misión económica.

—¿Recuerdas, Galita, a ese joven simpático de tan bellos modales? —dijo Terencia—. Hasta Octavia lo aprobaba.

Galita rió.

—Eso era todo un elogio. —Vio que Terencia aún observaba a Curcio Rufo. Se apresuró a añadir—: Terencia, ¿has visto esas maravillosas sedas en esa nueva tienda del Pórtico? Precios exorbitantes, pero hermosos colores. Estoy tratando de convencer a Lucio, pero él es muy anticuado.

—Sí, acabo de comprar algunas. Los precios son escandalosos, pero también el resultado. Te sentarían bien. Muéstrate a él con esas sedas. Cambiará de opinión al instante.

Julia, de pelo rubio y ojos azules, estaba inquieta.

—¿Debo beber vino aguado, Claudio? —preguntó con impaciencia—. Ya no soy una niña.

—Quizá sea lo mejor, Julia. Es más fuerte de lo que crees.

—Hablas como mi padre. Cayo, ¿no habla como mi padre?

—Quizá Claudio tenga razón —dijo gravemente Mecenas—. Mira, yo también hago aguar el mío. Seamos sabios juntos, querida mía.

—Aún creo que habría que deshacerse de esa estatua de Cleopatra —dijo Marcelo—. Mantenerla en el templo de Venus es... monstruoso.

Mecenas dejó su copa.

—Es una estatua muy bella.

—¿Qué tiene que ver eso? —exclamó Marcelo, sonrojándose—. Fue una enemiga de Roma... y una ramera. —Miró a los demás—. Supongo que todos estaréis de acuerdo con ese principio.

Proculeyo se enjugó la boca con una servilleta.

—Siempre la consideré un buen ejemplo de la escuela de Rodas. —Hizo una pausa—. Pero, sí, estoy de acuerdo, naturalmente. Lo he dicho con frecuencia.

Mecenas no sonrió.

Seyo miró a su esposa.

—Y yo coincido, como todos. Pero sin duda es atractiva... como escultura, quiero decir.

Terencia sonrió.

—Hace tiempo que no visito ese templo, pero recuerdo que me costó imaginar qué veía él en ella.

Marcelo se sonrojó.

Galita arrojó delicadamente un trozo de caparazón de langosta al suelo.

—Ella la miraba cada vez que le permitían salir de compras a la Vía Sacra. Yo la veía, pobrecilla, de pie en las sombras, muy quieta, como si rezara. Tal vez rezaba.

—¿Ella? ¿Quién? —preguntó Mecenas con displicencia.

—Selene, antes de casarse con el joven Juba. Supongo que era muy natural. La semejanza entre ambas me parecía notable.

—Ella tendría la edad de su madre —dijo Proculeyo—. Esa estatua se esculpió cuando su madre era muy joven.

—¿Has denunciado ese asunto? —dijo Marcelo—. Sin duda que mi madre nunca comprendió... ¿Veis? ¿Ésa no es una influencia perniciosa?

—¿Más vino? —Mecenas llamó al esclavo—. Selene es joven y ahora está a salvo en Mauretania bajo el cuidado y la protección de su esposo. Sí, Galita se lo contó a Seyo y Seyo me lo contó a mí.

La mano tensa del tribuno se relajó lentamente y Curcio Rufo oyó un respingo junto a él. Mecenas fijaba los ojos en Marcelo.

—En cuanto a la estatua, hace tiempo que es una cuestión que concierne al Senado y a Augusto, querido muchacho. —Hizo una pausa, entornando los ojos—. La vi a ella una vez. La estatua es su viva imagen.

Se hizo un atento silencio, pues hablaba de un mundo que se había desvanecido bajo el chapoteo de los remos de Agripa en una bahía apacible donde el viento del mediodía soplaba desde el noroeste hacia una playa arenosa.

—Háblalo con tu tío, querido muchacho. A él le afecta más que a nadie.

Julia rió.

—¿Después podemos jugar a las tabas? Adoro los juegos de azar. —Miró de reojo a su marido—. Mi padre prefiere que la gente juegue después de la cena... y sólo por dinero.

Terencia sonrió.

—Y esta noche jugarás si lo deseas, querida. La fortuna siempre favorece a los recién casados, así que nosotros nos resignaremos a perder.

Marcelo devolvió la sonrisa mientras Mecenas le indicaba al mayordomo que pusiera la tercera mesa.

Seyo se volvió hacia Curcio Rufo.

—Entiendo que sabes algo de caballos. ¿Puedes darme algún consejo?

—Conozco a un criador de caballos en las afueras de Apuleya —dijo cautamente Curcio Rufo—. Ha desarrollado una buena raza a partir de purasangres libios que

importó hace varios años. Mi consejo es que acudas a él.

—Quizá puedas predecir si Sabino volverá a ganar en los próximos juegos con esos castaños —dijo Galita—. Él es maravilloso, pero detesto que corra para los Rojos. ¿Qué opinas?

Él sonrió.

—No tengo opinión sobre las facciones.

—Pero debes tenerla. De lo contrario, no hay diversión.

—No, de veras —dijo dócilmente Curcio Rufo—. No tengo preferencias. Sólo trato de respaldar al equipo que ganará. Y eso ya es bastante difícil.

Habían levantado la mesa, habían aplaudido a los acróbatas sirios y la conversación era fluida.

La corona de olivo que usaba Mecenas le confería una extraña dignidad.

—Tengo un entretenimiento especial que he reservado como sorpresa —anunció—. Luego practicaremos juegos de azar, a requerimiento de Julia. Pero primero debemos reacomodarnos.

Terencia enarcó las cejas.

—¿Quieres que nos retiremos?

—No, querida mía, a menos que estés cansada. Hay algo para todos. Por favor, córrete a la derecha para que Curcio Rufo pueda ocupar tu lugar junto a mí. Galita, querida mía, te ofrezco de rehén a Cayo Proculo. Trátalo bien. —Le dijo a Marcelo—: Debes probar este mamertino; el hecho de que lo bebas ya será toda una recomendación. No, Galita, no riego con vino los arbustos de mi jardín. No debes creer todas las historias maliciosas que oyes sobre mí. Sí, Seyo. Es verdad que invento anécdotas sobre mí mismo. Es el único modo de asegurarme que al menos algunas de ellas sean amenas.

—Nos conocimos en los baños, ¿verdad? —dijo tímidamente Curcio Rufo.

—Así es, querido muchacho —dijo Mecenas—. Visito Roma con la menor frecuencia posible, pero voy en ocasiones. Yo estaba con un muy querido amigo. Tú tuviste la amabilidad de hablarle en su idioma. Ahora bien, un paréntesis de seriedad. Si deseas información sobre Juba, busca a Lucio Melisio, que trabaja en la biblioteca de la Oficina del Censor. Ellos fueron amigos. Para información sobre Selene, visita a Octavia. Yo te concertaré una cita; pero no menciones ni una palabra de lo que dijo Galita. Eso nos ha conmocionado a todos esta noche. Valerio Mesala deseará verte para hablar de su sobrina. Tiene un camafeo que te dará. Es un retrato bastante fiel. Tendrás que llevar regalos, y tendrán que ser costosos. En la Vía Sacra, junto a la tienda de Obelio, hay una joyería que hace exquisitos trabajos de orfebrería. Les han anunciado que irías, y el estado pagará. La corte mauretana tiene un enviado oficial aquí. Tiene una oficina en el Foro, detrás de los *rostra*. Es un hombre agradable y servicial, pero miente muy bien. No creas todo lo que te dice. Si deseas más

información, visita a Julio Higino, el bibliotecario del Palatino. Es oriundo de Hispania y viajó por la Mauretania occidental, internándose en el sur hasta llegar al macizo del Atlas. Te suministrará mapas. Si tienes alguna duda, no vaciles en venir a consultarme. Ahora, bebe más vino.

—Eres muy amable —comentó Curcio Rufo.

—En absoluto —repuso Mecenas—. Es un lujo que la gente de mi posición no puede darse. Las únicas personas que llorarán mi muerte serán aquéllas a las que no les dejaré ni un cobre.

—Quizá yo no tenga éxito —dijo Curcio Rufo.

—Debes tener éxito. Sopla una brisa que puede transformarse en un vendaval que nos tumbará a todos. Yo ocupo las ramas más altas del árbol y ya puedo sentirla.

Curcio Rufo asintió. Bebió el vino cautamente. No sabía qué decir.

Terencia se volvió hacia él, acercándose tanto que pudo oler su perfume.

—Como ves, dependemos de ti. Puedes estar seguro de que seremos agradecidos. —Por un momento él pensó que esos ojos contenían algo más que una promesa. No podía estar seguro. Ya estaba un poco ebrio.

Mecenas batió las palmas, el mayordomo gesticuló, una cortina tembló y una flauta sonó suavemente a lo lejos.

Curcio Rufo lo había visto antes, cuando había llevado a Pero al teatro. Ella estaba cautivada, y sus ojos nunca dejaron el escenario. Era la vieja historia de París, el pastor que era príncipe, y las tres diosas que le pedían que juzgara quién era la más bella de las tres. En el teatro la compañía profesional había intentado mantener cierta dignidad en la mímica y la danza, como convenía a la narración de una leyenda antigua y consagrada. La música era triste y delicada, y los actores habían sido parcos en la caracterización, creando una atmósfera estilizada que parecía representar ideas en vez de dioses y humanos reconocibles. Pero esta producción era muy distinta. Como había anunciado Mecenas, contenía algo para todos.

No había escenario. Habría sido superfluo, pues los actores eran profesionales. El que representaba a París era bello sin ser afeminado y arrancó murmullos de admiración a las damas presentes. Usaba una tiara dorada y una piel de animal, y le bastó la mímica para sugerir el monte Ida, su rebaño de cabras y el encanto de su inocencia. Pero la música cambió y la danza se tornó lánguida y sensual, evocando anhelos y deseos ocultos que ni siquiera él comprendía del todo. Mercurio era un muchacho delgado de cabello rubio, y Mecenas lo miraba ávidamente. Juno, empuñando un cetro, tenía un encanto maduro, y Curcio Rufo pensó en la mujer que tenía a la derecha. Minerva, diosa de la sabiduría, llevaba un yelmo brillante, era morena y tenía ojos bonitos. La actriz que la representaba daba a su belleza un toque de autoridad que hizo pensar a Proculeyo en cierta dama que conocía y que ofrecía servicios especiales en una casita al pie del Aventino. Luego entró Venus. Era una

muchacha alta cuya tez blanca relucía como marfil a la luz de las velas, y estaba desnuda, salvo por el collar de oro que le ceñía el cuello y el palio de seda transparente azul que le apretaba las caderas.

Juno, bailando con Cástor y Pólux, ofrecía soberanía en el oriente, con ella como reina consorte; Marcelo transpiraba, mientras que Julia sonreía con satisfacción. Minerva, escoltada por efebos semidesnudos, ejecutó una danza rítmica que ofrecía la sabiduría a cambio de algo más siniestro, mientras los efebos se contorsionaban sumisamente ante ella. Galita observaba fascinada, mientras que una vena palpitaba con fuerza en la mejilla de Proculeyo. Venus fue la última en entrar, y estaba sola; bailó al son de un tambor, y no seducía sólo a París sino al público. Era una danza de promesas, pero ella no ofrecía a Helena sino que se ofrecía a sí misma. Cimbrea las caderas y los pechos en movimientos ondulantes. Curcio Rufo sospechó que era oriunda de Gades. En un momento se quedó inmóvil, agitando sólo los músculos, y en ocasiones se quedaba tiesa, entrelazando las manos, bailando sólo con los ojos. París le ofrecía la manzana dorada, Juno y Minerva bailaban demostrando su desdén y su ira, y Venus, triunfante y sonriente y seductora, llamaba al pastor con la mirada a través de una cortina oscura mientras las flautas callaban paulatinamente.

Por un momento nadie habló, y luego los invitados aplaudieron.

—¿Y bien? —preguntó Mecenas con una sonrisa.

—Si yo no fuera un hombre casado —dijo Marcelo con voz tomada—, daría cien mil sestercios por esa muchacha.

—Pero estás casado, amor mío —dijo una voz glacial a su lado.

—Ella tiene un rostro que ni siquiera una mujer podría criticar —observó Terencia—. Puedo opinar con autoridad que es una bailarina excelente, aunque no sea demasiado sutil. Yo preferí a París.

Galita sacudió la cabeza.

—No creo que el gusto tenga mucho que ver con ello. Ella bailó para entretener a los hombres, no a nosotras.

Mecenas vació la copa.

—¿Te gustó esa muchacha? —le murmuró a Curcio Rufo.

—Sí —repuso Curcio Rufo, parpadeando.

## Capítulo 8

Critón se detuvo para enjugarse el sudor de la cara.

—¿Cuál es la prisa? ¿Por qué caminas con tanto apuro?

—Es tarde —dijo Curcio Rufo—. Tenemos una cita.

Se detuvo para permitir que un aguador bajara de la acera en el cruce y luego continuó la marcha. Critón se topó con una mujer rechoncha cuyo vestido costoso no la favorecía, aunque le gritaba al mundo que era gorda y rica. De pie en la acera, ella examinaba un paño de algodón teñido y se quejaba del precio. El tendero aguardaba en silencio. Sabía, al igual que la esclava que acompañaba a la mujer, que al cabo ella pagaría por el privilegio de ufanarse ante las amigas de la exquisitez de la tela y de la exorbitancia que le habían cobrado por ella. Critón alcanzó a su amigo.

—¿Pero adónde vamos? —jadeó.

—A reunimos con los oficiales que nos asistirán.

—¿Disfrutaste la cena de anoche?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué te desagradó?

—Me disgusta el trato paternalista de gente cuyo único encanto es su dinero —rezongó Curcio Rufo.

—Eres injusto y lo sabes.

—Quizá sea injusto. Tienen modales exquisitos, pero la conversación era imposible. No teníamos nada en común. Me gustó Mecenias. Al igual que yo, considera que son unos mentecatos.

—Reaccionas así porque asistió el tribuno —señaló Critón—. Siempre te pones así cuando recuerdas que fuiste centurión.

Curcio Rufo no respondió. Se detuvo y olisqueó, asomándose por la puerta de una perfumería.

—Debo comprarle un regalo a Pero antes de partir. —Volvió la cabeza para mirar a una muchacha que caminaba a cierta distancia—. Me comía con los ojos. Yo estaba aterrado.

—¿Quién? ¿Esa muchacha? —preguntó Critón sin entender.

—No, me refiero a Terencia.

—No te creo.

—Me dijo que le habían comentado que yo era buen preceptor. Conocía la historia.

—¿Él lo oyó?

—¿Mecenias? No, estaba escuchando a Marcelo, que peroraba sobre sus teorías políticas, así que estaba demasiado ocupado tratando de no reírse.

Critón sacudió la cabeza con desconcierto. Una multitud bloqueaba la calle, y

tuvieron que aminorar la marcha.

—¿Qué es? ¿Una pelea?

—No, creo que son agentes del edil clausurando esa cantina de la esquina. El dueño es un necio. Le advertí que lo pillarían si permitía que sus clientes apostaran a plena luz del día. Cojamos por esta calleja. Será más rápido.

Salieron a la Vía Sacra, junto a la joyería que Mecenas había recomendado, cedieron el paso a una fila de plañideras profesionales con sus largas túnicas negras y abotonadas, y se sumaron a la multitud que bajaba por el declive hasta la Curia. Critón se detuvo para hablar con un hombre que lo saludó, y cabeceó para responderle a alguien que agitaba la mano.

—Me gusta este sitio —dijo de buen humor—. Hay una atmósfera muy grata. Estás en el centro del mundo y algo emocionante tiene que ocurrir.

—¿De veras?

—No siempre.

Curcio Rufo sonrió socarronamente, se detuvo, y se echó a un lado. La multitud se había entreabierto para ceder el paso al pretor, quien, precedido por los líctores, caminaba gravemente por el centro de la calle. El pretor se detuvo para intercambiar un saludo con un anciano que iba en un palanquín; los murmullos de la muchedumbre se acallaron aún más, luego se hizo silencio. El pretor alzó la vista y dejó de hablar. Una mujer que llevaba un manto de lino blanco y portaba una jarra sobre la cabeza bajaba por la Vía Sacra, seguida por una doncella. Caminaba despacio, con gran dignidad, y su rostro maduro y sin pintar, liso como el de una niña, exhibía una extraña calma. La multitud que bordeaba la Vía se quedó tiesa mientras ella pasaba. Frente al pretor ella giró a la izquierda. Los líctores bajaron las hachas, el pretor inclinó la cabeza, y ella respondió al saludo. Continuó la marcha por el pasaje que conducía más allá de la Regia, la residencia oficial del Pontífice Máximo, y se perdió de vista. Más allá se erguía el templo de Vesta.

La multitud volvió a desplazarse.

—Es una buena caminata desde la fuente de las Camenas, frente a la puerta Capena. Creo que la hacen todos los días.

—Yo nunca las había visto.

—Tampoco yo. Siempre envidié a la gente que podía pasar la mañana remoloneando en el Foro. Y ahora que estoy aquí, tenemos un asunto que atender.

La escalinata de la basílica Emilia estaba atestada de hombres de negocios. Se abrieron paso en medio de un grupo que hablaba sobre un giro bancario, desplegado bajo la barbilla de un esclavo; sortearon a una pareja que era testigo de la firma del testamento de un amigo; y Curcio Rufo miró con interés a una muchacha elegante que apoyaba la mano en el brazo de un joven.

—Amantes —suspiró Critón.

—Sí, por un precio, y ella lo está fijando. Ella viene del Campo de Marte, aunque por su modo de hablar pensarías que vive en el Aventino.

—¿La conoces?

—Conozco su fama —rió Curcio Rufo—. Puedes comprarla por dos piezas de oro, pero es más interesante lo que te ofrece por diez.

—Yo no tengo que pagar mis placeres —dijo envaradamente Critón—. Me buscan por mí mismo.

—Sin duda. Por eso eludes a esos agraciados efebos alejandrinos por los que tanto suspiras.

—No suspiro por ellos. Te roban con una mano mientras juegan con la otra. Pero son entretenidos, Curcio.

—Me bastará con tu palabra.

Al pie de la escalinata que conducía a la basílica Julia, había dos funcionarios judiciales detrás de una larga lanza de fresno de punta argentada, con el asta hundida en un bloque de madera. En los escalones superiores había grupos de litigantes que consultaban a sus abogados. Critón palideció al ver la lanza.

—Por un momento lo había olvidado. Aquí me encontraba con él, y aquí esperaba mientras se reunía el tribunal. No puedo creer que esté muerto.

—El tribunal aún se reúne y tú estás con vida. Eso es lo único que cuenta.

Una voz protestó desde la escalinata.

—Todavía está hablando y ya ha usado cinco clepsidras.

—Sí —dijo otra voz desdeñosamente—, y todavía declama la historia de la guerra con Cartago. ¿Qué tiene que ver eso con la venta fraudulenta de la casa de mi amigo? Estallaron risotadas, y Critón meneó la cabeza.

—No entienden la oratoria —dijo despectivamente.

—Claro que sí —replicó Curcio Rufo—. Cuanto más habla un hombre, mayor es su precio.

Se abrió paso a empujones entre unos esclavos que aguardaban a sus amos y empezó a cruzar el Foro. Aun bajo el sol tenue del invierno, el mármol de las estatuas, las columnas, los templos y las basílicas resplandecía, encandilando con su blancura.

Frente a la Curia, donde el Senado se reunía en pleno durante los meses estivales, había tres árboles, una higuera, un olivo y una parra. En la escasa sombra que brindaban, cuatro hombres jugaban al backgammon. Estaban tan concentrados en el juego que no repararon en los dos hombres con uniforme de la Guardia Pretoriana que estaban detrás de ellos. El mayor, un sujeto corpulento de barbilla hendida y ojos celestes, tocó el hombro de uno con su bastón de centurión.

—No hagas trampa con tus amigos —dijo, y se volvió para decirle algo a su colega, un hombre más joven de pelo rubio. Vio que Curcio Rufo se acercaba y silbó

entre dientes—. Vaya suerte. Un liberto y su aceitoso amiguito. Y debemos recibir órdenes de ellos. Me pregunto cuál es cuál. Quizá ni siquiera ellos lo sepan.

Curcio Rufo se detuvo, los miró a ambos, sonrió.

—Mis credenciales —dijo cortésmente.

El centurión cogió el pergamino plegado, lo examinó, suspiró, lo devolvió y se cuadró lentamente, con ojos desdeñosos.

Critón, que se sentía incómodo, se mordió el labio al ver ese gesto displicente.

Curcio Rufo sonrió afablemente.

—Quizá debáis presentaros. A mí me conocéis, o creéis conocerme. Éste es mi secretario, Critón. También es un amigo.

El soldado más joven asintió impávidamente.

—Desde luego.

—Yo soy Marco Pedio de la Segunda Cohorte —gruñó el centurión—, acuartelada en el Campus Viminalis, fuera de la puerta. Éste es Vatino, *optio* de la Tercera, acuartelada en el Campus Esquilinus. Él estará a cargo del transporte. El *optio* de la escolta, Atio, está en el cuartel general de la Quinta, sobre el Janiculum. —Hizo una pausa y echó un vistazo a la multitud—. No podemos hablar aquí. ¿Tienes una oficina?

—No.

—Ya veo. Estoy alojado en una casa cerca del acueducto Marciano. No es muy conveniente. ¿Tu casa, tal vez? —Miró inquisitivamente a Curcio Rufo y Critón.

—No. —Curcio Rufo frunció el ceño. Los dos soldados aguardaron pacientemente. Hubo un silencio. El *optio* cambió de posición mientras el centurión silbaba entre dientes.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó Curcio Rufo a Vatino—. No podemos quedarnos aquí todo el día.

El *optio* se encogió de hombros.

—Ninguna —dijo con indiferencia.

—Veo que seréis de gran ayuda.

El centurión movió los ojos, pero no dijo nada. Curcio Rufo hizo una mueca.

—Tendría que haber pedido una oficina. No pensé en ello. Pero ya la pediré. Entre tanto, vamos a una taberna. Conozco una tranquila cerca de aquí. Al menos allí podremos comenzar.

—No bebo cuando estoy de servicio —dijo Marco Pedio.

—Nunca conocí a un pretoriano que no bebiera —dijo Curcio Rufo—. De servicio o no, ahora tendrás que beber. Nos ayudará a conocernos mejor.

—Va contra el reglamento.

—No contra el mío. —Curcio Rufo tocó el pergamino que tenía en la mano—. Esto os protegerá, si tenéis miedo—. Se volvió sin esperar respuesta y dijo

jovialmente—: Conozco una taberna poco frecuentada cerca de esa necrópolis abandonada, en la Vía Sacra. Podemos ir allí.

El centurión quedó boquiabierto.

—¿Te refieres al burdel? —preguntó el *optio*.

—Sí.

—Pero el dueño tiene una concesión —dijo el centurión, siguiéndolo lentamente—. El lugar es frecuentado por... —Calló súbitamente.

—Por todo el mundo —dijo el *optio* sin pensar. Y se apresuró a añadir—. Los precios... Es caro... Los ricos...

—Lo haremos cerrar. Cuatro de las muchachas no están registradas. Eso va contra la ley. Abre todos los días antes de la hora undécima. Eso también va contra la ley. O bien lo cierra o bien comparece ante los magistrados. Yo creo que cerrará. Después podrá reanudar sus actividades. Sólo necesitaremos la casa diez días.

—Tendremos en problemas —dijo Marco Pedio.

—Curcio —gimió Critón—, los clientes se quejarán. Algunos de ellos son muy influyentes.

—Que se quejen. El Colegio de Vesta estará de nuestra parte. Ellas también se han quejado.

—Quizá tengamos a los dioses de nuestra parte, pero necesito un trago —dijo Critón.

El centurión miró de soslayo a Vatino, que miraba fascinado al hombre que precedía la marcha.

—¿Sabes? —dijo—. A fin de cuentas, creo que es buena idea.

La llama de la lámpara de aceite fluctuaba mientras Curcio Rufo volvía la tablilla con las manos y alisaba lo que había escrito con gesto impaciente. Critón, que estaba revisando cifras, no lo notó.

—Cincuenta y tres pintas de aceite y ciento cuarenta raciones de vino para tres días... eso es, déjame ver... ochocientas cuarenta pintas... Tenemos un peso total de uno cinco seis dos libras. Curcio, está bien. Podemos cargar todos los comestibles y bebidas en dos carretas grandes.

Curcio Rufo bostezó.

—Bien, aún sumo cuarenta y nueve civiles, si incluimos a esos diez camelleros.

—Has olvidado a mis dos amanuenses.

—Pues sólo suman cincuenta y uno.

—Déjame ver. —Critón chasqueó los dientes—. Ya me parecía. Necesitas cuatro esclavos, no dos. No esperarás que el aguador haga el trabajo del asistente de baño.

—¿Por qué no?

—No se estila —le reprochó Critón—. Y has omitido al carroceros, el herrero y el veterinario.

—Vatino es responsable de reclutarlos cuando lleguemos al África.

—Es verdad, pero deben figurar en la lista. ¡Ah! Aquí está el error: siete artesanos, no cinco. De nuevo te has olvidado del pintor y de ese mosaiquista. De modo que tenemos un total de... sesenta, excluyendo a las mujeres.

Se abrió la puerta y entró el centurión.

—Ya han tocado diana —dijo fatigado—. ¿Nunca duermes?

—Nunca, cuando estoy solo. ¿Qué noticias tienes?

—He organizado la escolta, tomando diez hombres de cada una de las cinco cohortes. Vatino dice que la mayor parte del equipo está preparada y apilada en el Campus Viminalis. Aún nos faltan suministros médicos, tiendas, utensilios de cocina, aceite de oliva, sal, manteca, velas y jarras de agua. Una mula está coja, pues la patearon, dos carretas necesitan reparaciones, un auxiliar médico aún no ha llegado, todavía están fabricando los cofres para llevar las joyas y los regalos. Por lo demás, todo está bien.

Curcio Rufo trató de no reírse.

—¿Cuándo podemos partir?

—Vatino iniciará el viaje a Misenum pasado mañana, llevando una sección como escolta para las dieciséis carretas. Atio lo seguirá con los cinco jinetes, nueve caballos y cuarenta y ocho mulas. Pueden embarcarse al llegar. He despachado a un mensajero para verificar que las autoridades portuarias tengan planchas adecuadas para subir los animales a los transportes. —Marco Pedio hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Tengo mapas, información, y cuatro de los siete artesanos que necesito. Esta tarde tenía seis, pero dos de ellos cambiaron de parecer. Tengo un ingeniero del Departamento Vial y un agrimensor prestado por Obras Públicas. Pero ningún arquitecto. El hombre que tenía en mente está enfermo.

El centurión resopló con incredulidad.

—No, es verdad. Recibí una carta de Mecenas y mañana añadiremos cuatro mujeres a la partida.

—¡Mujeres!

—Sí. —Curcio Rufo sonrió y meneó la cabeza—. No son para mí, amigo. Yo elijo las mías. Llevaré a una muchacha como obsequio diplomático... quizá para el rey Juba. Quién sabe. Critón y yo hemos recorrido los mercados de esclavos, pero sin éxito. Es una mala época del año. —Hizo una pausa y miró al centurión—. Así que hablé con Mecenas, y él me ha ayudado en esto, así como en muchos otros asuntos. La muchacha tendrá dos compañeras y una mujer mayor que estará a cargo.

Retorcó la ajorca de plata que llevaba en la muñeca. La había comprado esa mañana y aún no estaba acostumbrado.

—Cuando iniciemos el viaje —añadió—, habrá un centinela frente al lugar donde duerman, todas las noches, del ocaso al amanecer. No se permitirá entrar a nadie,

salvo en caso de enfermedad.

Marco Pedio entornó los ojos.

—Veré de que se haga y se cumplan tus instrucciones. ¿Te incluyes a ti mismo? Sólo pregunto para que quede claro.

Curcio Rufo cogió una pluma.

—Incluyo a todos los oficiales y a todos los que están presentes en esta habitación —murmuró—. Verás, la muchacha es muy hermosa.

Ella miraba las calles atestadas por la ventana, pero dio media vuelta e inclinó la cabeza respetuosamente en cuanto él entró. Usaba una túnica blanca con broches enjorjados en los hombros y una cadenilla de plata en la cintura. Tenía el pelo echado hacia atrás, sujeto por una cinta blanca, y las únicas alhajas eran los pendientes de perla simulada que él había escogido el día anterior. Le habían oscurecido los labios y le habían pintado los párpados de verde, pero su rostro parecía incoloro, pues no había expresión en sus ojos. A sus pies había una jaula de mimbre.

Él se sentó en un taburete y la observó. Ella se quedó inmóvil, entrelazando las manos, esperando que él hablara, pero él no sabía qué decir. Sabía, por los comentarios de su padre, que el cambio de dueño siempre era perturbador para un esclavo, aunque tuviera experiencia. Aun los nacidos en la esclavitud necesitaban tiempo para adaptarse. Su salud estaba garantizada (siempre era más barato alimentar y vestir bien a un esclavo que comprar uno nuevo), pero su cultura, su educación y su satisfacción personal estaban en manos de sus amos, así como sus esperanzas de un futuro constructivo: dinero y libertad. A cambio el amo se ponía, como todos los hombres que poseían esclavos, en manos de sus sirvientes. La lealtad podía ganarse, pero no comprarse.

Fue ella quien rompió el silencio.

—Soy Urraca —dijo con voz neutra.

Él aún no habló. Hacía ocho noches que no la veía, pero no desconocía ese rostro. Ella nunca había estado fuera de sus pensamientos, y si hubiera tenido el talento habría podido dibujarla de memoria, como nunca podría haber dibujado el de aquella muchacha que había dejado encinta.

—Te he visto antes —observó ella, como hablando con un igual—. No sé dónde. Lo siento.

Él se humedeció los labios.

—¿De dónde vienes? —preguntó.

—De la casa de Mecenas.

—No, antes de eso.

—Del mercado de esclavos.

—¿Dónde naciste?

Ella ensanchó los ojos.

—En Hispania —murmuró.

—¿Cerca de Gades?

Ella meneó la cabeza.

—Todos piensan lo mismo... porque soy bailarina. Pero hubo un tiempo en que no sabía bailar. Lo aprendí después.

—¿Después?

—Después de ser capturada en medio de la lucha. —Bajó los ojos y miró al suelo—. Nunca quise bailar.

—Lo haces muy bien. Como si fuera un don innato.

—No. Yo era princesa.

Él sonrió.

—Claro que sí. Todos somos reyes y reinas cuanto más nos alejamos de nuestra tierra.

Ella pestañeó, pero no respondió. Él se puso de pie.

—Emprenderemos un largo viaje al África —dijo—. Partimos mañana. Tendrás dos muchachas como compañeras. Y la mujer que estaba aquí cuando llegaste estará a cargo de ti.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿A quién pertenezco? ¿Tú eres el mayordomo?

—Me perteneces a mí. Mi nombre es Curcio Rufo —respondió él con voz cortante.

Ella quedó asombrada.

—Lo siento. No lo sabía. El mayordomo de Mecenas dijo que no me venderían.

—No te han vendido —protestó él—. Te han entregado a mí como obsequio. Tu amo es un hombre generoso. Te vi bailar en su casa.

Ella le dirigió una mirada especulativa y bajó los ojos.

—Entiendo.

Por el tono de voz, él supo que ella sonreía. Echó un vistazo a la habitación.

—No es muy cómoda, pero es sólo por una noche. —Entonces vio la jaula—. ¿Es tuya?

—Sí, la traje conmigo. ¿Puedo conservarla?

—Si lo deseas. Pero no tienes pájaro.

Ella entreabrió las manos y entre los dedos asomó un avecilla de cabeza verde y pico amarillo.

—Ten cuidado. La ventana está abierta. Puedes perderla.

—Cuando entraste, estaba pensando en liberarla —dijo ella, y sonrió—. Pero sería cruel. Está acostumbrada a recibir agua y alimentos. Las aves silvestres la hostigarían y moriría pronto. Está más segura en una jaula. Allí fue donde nació.

Él asintió.

—Quizá tengas razón. No sé nada de pájaros. ¿Canta?

—Ya lo creo —dijo ella con voz gutural—. Todas las aves enjauladas aprenden a cantar. Algunas lo hacen muy bien. —Lo miró con ojos burlones—. Espero que no te moleste.

—Si me molesta, te lo diré. —Caminó hacia ella y se detuvo. Se puso las manos en la espalda—. No has preguntado cuáles son tus deberes en mi casa. ¿No sientes curiosidad?

Ella sonrió.

—Soy tu esclava. —Se inclinó grácilmente y guardó el ave en la jaula. Se enderezó y lo miró—. Y tú eres mi amo. Ya me lo dirás cuando quieras decírmelo.

—¿Siempre eres tan cortés... tan dócil?

—Cuando me lo piden, bailo. —Y añadió delicadamente—: Conozco mi lugar.

Él se enfadó e hizo una mueca.

—Te tranquilizaré sobre una cosa. Tu lugar no está en mi lecho.

Dio media vuelta y abandonó la habitación dando un portazo.

Urraca aún sonreía.

Se reunieron en la plazoleta de la puerta Capena, donde siempre había una multitud de carruajes y porteadores esperando para recoger a los viajeros que entraban o salían de la ciudad. Mientras la esperaba, Curcio Rufo miró la hilera de carretas que se cargarían en el poniente para el trabajo de la noche, y escuchó los chismorreos de los conductores.

Al fin Pero llegó, pero de la dirección que él menos esperaba, y se cogieron las manos un instante y se rieron antes de echar a andar con súbita timidez, sin saber qué decir.

Él la miró de soslayo.

—Tienes el pelo mojado.

—Lo sé. Llegué temprano y atravesé la puerta para mirar las tumbas. Junto al camino había un malabarista y me olvidé de la hora. Pasé bajo el arco de agua antes de darme cuenta. —Rió suavemente—. Hoy desborda y todos maldecían. El camino estaba anegado. Mira, me mojé los pies. —Se tocó el pelo—. Pronto se secará, y yo ansiaba tanto que tuviera buen aspecto.

—Tiene buen aspecto.

—Mentiroso.

Él sonrió.

—¿Qué quieres hacer? Tenemos ocho horas. Debo estar en el campamento de la cohorte a medianoche. Partimos con las primeras luces.

—Sólo seis horas, en realidad —dijo Pero con tristeza—. No puedo llegar demasiado tarde. Lo lamento. —Se mordió el labio—. No debemos perder el tiempo.

—No pensaba perderlo. ¿Entonces?

—Es un día encantador. Podríamos pasear por el parque del Esquilino, pero está demasiado cerca de casa.

—Entonces caminemos por el Aventino y miremos las suntuosas casonas de los ricos. Puedes elegir la que compraré. Luego podemos ir a la ciudad y buscar una cantina para charlar. Y después...

—Después será muy tarde. —Ella lo miró gravemente—. Es un plan interesante, pero la cantina tendrá que ser respetable. Ahora pareces muy diferente.

—Porque me corté el cabello. Critón insistió.

—Yo lo prefiero largo —objetó ella—. Te queda mucho mejor.

—Ya volverá a crecer. —Él sonrió—. Lamentablemente, yo pienso igual.

Ella sonrió y frunció el ceño.

Caminaron lentamente a la luz invernal, dejaron atrás el circo y subieron la ladera de la colina por caminos tranquilos donde las pocas casas se erguían detrás de muros altos y los únicos peatones eran esclavos con librea que trotaban llevando un mensaje de una familia a otra. Pasó una litera y el sol brilló sobre la espalda aceitada de los portadores mientras un rostro rechoncho se asomaba con indiferencia entre cortinas rojas; un perro ladró tras una pared pintada de azul, y un portero anciano los miró pasar, evaluó la fortuna y la posición de ambos hasta la última moneda, y escupió desdeñosamente.

Eligieron primero una casa y luego otra y llegaron a la cresta donde la ladera descendía hacia el río. Desde un espacio abierto donde aún no había construcciones, miraron el Tíber, el Janiculum y la campiña. Una hilera de barcazas llegaba desde el mar, y miraron a los caballos que las arrastraban a lo largo de la orilla. En las cercanías la cabeza de un dios fluvial sonreía en una pared gris y un caudal de líquido brotaba de su boca y caía perezosamente en un cuenco.

—Me agradaría vivir aquí —dijo él—. Es tranquilo y puedes oler el aire, en vez de cuerpos mugrientos y comida barata cociéndose en la habitación contigua.

—¿Dónde vives, exactamente? —preguntó Pero.

Él señaló.

—Por allá, allende los graneros, en un inquilinato cuyo techo gotea con cada tormenta y cuando sopla viento todas las puertas se zarandean como comadres chismosas. —Hizo una pausa—. Tú odiarías vivir aquí después del Esquilino.

Ella pasó por alto el comentario.

—¿Estás preocupado? —preguntó.

—Sí. Quiero irme de allá. Y temo que nunca lo conseguiré.

—Curcio. —Ella le tocó el brazo—. No te preocupes tanto. Ayer oí que mi ama hablaba de ti con Mecenas. Están seguros de que tendrás éxito.

Siguieron caminando, bajaron la colina y pasaron frente al circo por la Vía

Nueva, detrás del Foro casi desierto, y luego atravesaron la puerta de la Fuente hasta llegar al templo de Isis, donde, al caer la tarde, los ricos que no eran respetables se reunían para chismorrear sobre ellos y sus amigos. Él señaló a la actriz que ahora vivía con el tribuno de la Tercera Cohorte, identificó a un anciano de pelo blanco y modales de senador como propietario de la mayor casa de placer del barrio etrusco, describió a un joven cuyo perfil era digno de Praxíteles como un cazador de fortunas que ya había tratado de escapar con tres herederas.

—Y mira a ese hombre. Viene aquí para huir de su esposa. Su único placer consiste en ser grosero con los amigos, que son demasiado corteses para contestarle. En un tiempo trabajé para él. Si elogia a alguien, es sólo porque hay alguien que le disgusta más.

—Conoces a todo el mundo —dijo Pero, divertida.

Él sacudió la cabeza.

—Sólo repito los chismes. Me entretiene.

Ella sonrió. Él miró el templo.

—¿Vienes aquí con tu ama Terencia?

—Sí, con frecuencia. En su interior todos somos iguales. —Ella titubeó y añadió tímidamente—: He pedido permiso para venir mañana. Rezaré para que tengas un buen viaje.

Él no respondió y siguieron caminando, regresando hacia el Vicus Tuscus, ahora abarrotado de gente que hacía compras, hombres que vivían solos, y mujeres agitadas con hijos en las faldas.

—Aquí vengo a hacer mis compras —dijo él, señalando a los fruteros y pescaderos que lo saludaban al pasar.

Se detuvieron en una tienda de mascotas para mirar los pájaros enjaulados, olieron una densa mezcla de perfumes y olíbano, tocaron un fardo de diáfana seda de Tiro, curiosearon en una librería.

—¿Sabes leer? —dijo Pero con admiración.

Guardó silencio cuando él respondió que sí. A pesar del bullicio, el ajetreo y el rostro feliz de la muchacha, la zozobra que él sentía desde la mañana crecía cada vez más. Era esa vieja desazón, mezcla de temor e incertidumbre. Trataba de fingir que no había ningún problema, pero la sensación se agudizó hasta que le temblaron las manos y un sudor frío le perló la piel.

En una cantina apacible bebió con manos trémulas y luego se marchó de la sala apresuradamente. La muchacha fingió no reparar en su malestar.

—Has tenido suerte —le dijo cuando regresó—. Me alegro.

Él asintió, sin saber qué decir.

—Estarás lejos largo tiempo. Te echaré de menos.

—Sí, Pero, y yo te echaré de menos a ti.

Ella casi se echó a reír.

—No sabes mentir. Estarás demasiado ocupado para echar de menos a nadie. Tienes trabajo que hacer; estarás viajando, que es lo que más disfrutas, y conocerás gente todo el tiempo. Y tendrás a tus esclavas para entretenerte por la noche. — Sonreía al hablar.

—¿Qué sabes de mis esclavas?

—Sé que tienes a Urraca. Me lo dijo el mayordomo. —La muchacha miró la copa que tenía en la mano—. Está oscureciendo. No tenemos mucho tiempo. Te conozco a ti y conozco a Urraca. No hay más que decir.

Ambos callaron largo rato.

—Odio a Urraca —dijo Pero en voz baja—. Sé por qué va allá y me alegra que no regrese.

—Tengo un regalo para ti —dijo él.

La muchacha abrió el paquete con dedos trémulos. Su semblante era la mejor recompensa que él podría haber pedido. Recogió el brazalete.

—¿En serio es de oro? —exclamó—. ¿De veras es para mí?

—Sí, es para ti.

—Gracias. —Ella se reclinó en su asiento y lo miró—. ¿Por qué me lo compraste?

Él no respondió.

Se cogieron las manos sobre la mesa.

—Me siento mal —dijo él.

—No te pongas así —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Todo saldrá bien.

Él se pasó la lengua por los labios.

—Iba a sugerir que fuéramos a otra parte. Pero no creo...

Ella le estrujó la mano.

—Entiendo. Yo tampoco quiero ir. Esta tarde quería, Curcio, entonces te deseaba. Mucho. —Trató de sonreír, pero no pudo.

Él miró la mesa húmeda. Sabía lo que se avecinaba, y ahora que había llegado el momento que había temido toda la tarde no sabía qué decir. Lo había afrontado antes con otras muchachas y no había sido un gran problema. Un gesto simpático, una sonrisa radiante y las frases ingeniosas practicadas con los años habían allanado el camino. Tenía un gran talento: sabía escabullirse sin causar dolor, pero ese talento no le serviría ahora.

Ella aflojó la mano y se puso el brazalete en la muñeca.

—¿Qué sucederá cuando regreses, Curcio? —murmuró.

Él no respondió. Descubrió horrorizado que no podía mentir. Para él era una experiencia nueva.

—Si tienes éxito —dijo ella lentamente—, significará un nuevo comienzo para ti,

quizá un buen comienzo. También tendrás dinero. He estado pensando... Podrás casarte. Podrás tener a alguien mejor que yo.

—No seas tonta, Pero.

—No soy tonta.

—¿Y si fracaso?

—Entonces no te importará nada. —Calló y bajó los ojos, mirando las inquietas manos de Curcio—. Habrá otras muchachas. El mayordomo tenía razón. Para ti siempre habrá otras muchachas. No quiero vivir en ese inquilinato, pariendo a tus hijos, esperando cada noche a que regreses borracho, tras haber perdido todo el dinero a los dados, y sin comida y debiendo el resto.

—¿Prefieres quedarte en el Esquilino?

—Sí, Curcio, prefiero quedarme allí.

Él trató de sonreír.

—No sé qué decir —dijo—. No debemos despedirnos así... riñendo.

Ella lo miró, la cara blanca y firme. No había llorado cuando Agripa la interrogó, y no lloró ahora.

—Había que decirlo, Curcio. No podemos seguir fingiendo.

—Al menos deséame suerte. —Él estiró la mano, pero se contuvo.

Ella parpadeó y se apoyó la mano en la mejilla.

—Desde luego. Navegarás en una mala época del año. Ofreceré esa plegaria para que los dioses velen por ti.

—Y yo les pediré que velen por ti.

Dejaron la cantina y regresaron por las calles angostas y resbaladizas, pero no se cogieron la mano ni hablaron en el camino. Cuando llegaron a la puerta lateral de la casona del Esquilmo, ella se detuvo y se puso la capucha.

—Escríbeme para hablarme de Roma y de ti —dijo él—. El copista de...

—No sé escribir.

Abrieron la puerta y ella entró y se perdió de vista. Él se quedó allí, el pelo húmedo, mirando la puerta cerrada, preguntándose qué había salido mal entre ellos, y en qué medida él tenía la culpa. Luego dio media vuelta y se internó en la oscuridad, dirigiéndose al campamento. Aún llovía cuando llegó. Siguió lloviendo. Llovió toda la noche.

# **SEGUNDA PARTE**

## **ÁFRICA**

## Capítulo 9

Atravesaron las calles de Cartago en silencio, deslumbrados por la luz, el cielo duro y azul, y las paredes blancas de las tiendas destartaladas y las casas aún más destartaladas que se agolpaban en los alrededores. Las calles estaban atestadas: niños mendigando monedas en las esquinas, mujeres sentadas en la puerta, amamantando a bebés que berreaban, tenderos pregonando mercancías a la sombra de los toldos, asnos cargados con cestos de frutas y verduras abriéndose paso en medio de la basura que había bajo cada ventana. Por momentos la calle se ensanchaba y a lo lejos se veían casas de estilo romano en las laderas de la colina Birsa. Seguían espacios abiertos en los que nadie había edificado en años, grandes superficies de terreno rústico cubiertas de pasto tosco, y luego las calles comenzaban de nuevo, tan súbitamente como se habían interrumpido. Una vez entrevieron el acueducto que surtía a las dieciocho cisternas de la ciudad desde Ziqua, y esa vista familiar reanimó un poco a Curcio Rufo. Oyó mercaderes que hablaban en griego cuando atravesaron el gran mercado y por primera vez vio camellos, acucillados contra una pared. Hombres de tez clara, ojos azules y pelo castaño, con extraña indumentaria, descargaban los fardos y parloteaban en un dialecto que él desconocía. Luego subieron la colina y dejaron atrás el bullicio, salvo por el ladrido de los perros que merodeaban en los terrenos baldíos en busca de comida.

Llegaron al palacio, y Curcio Rufo avanzó a zancadas impacientes, aminorando la marcha cuando cruzó un patio que estaba extrañamente vacío. Se detuvo un instante, se enjugó la cara con un pañuelo y miró de soslayo a Marco Pedio, que enarcó inquisitivamente una ceja.

—Aguarda aquí —dijo—. Pronto averiguaré qué anda mal.

El centurión respondió con un gruñido.

Dentro del palacio, Curcio Rufo rezongó:

—Me dijeron que el gobernador estaría aquí.

Echó una ojeada a la lúgubre antesala. A través de las cortinas de la entrada se veían lisas columnas de mármol rosado, y reparó en el polvo fino que cubría los mosaicos del patio interior. La residencia oficial del procónsul de África tenía el aspecto desolado de una casa romana en verano, cuando la familia se había mudado a la finca campestre, dejando sólo a un puñado de sirvientes.

—Lo lamento, excelencia —dijo el secretario que lo había recibido—, pero llegas en un momento difícil. Aquí tenemos un personal reducido que sólo alcanza para encargarse de las tareas cotidianas.

—¿Por qué?

—Señor, en las montañas hubo muchos problemas con los musulamos. Normalmente, el gobernador viene al norte en invierno para reunirse con su esposa,

pero este año tuvo que comandar la campaña. —Hablaban un latín fluido, pero con rastros de un acento que Curcio Rufo no logró identificar.

—¿Dónde están apostados? —preguntó. Estaba aturdido por la falta de sueño, y comenzaba a notar que la ansiedad, su sensación predominante desde que había aceptado esta misión, era una emoción agotadora.

—En Amedara, señor.

—Siete días de viaje en carruaje.

—Un poco más, señor —dijo el secretario con una sonrisa—. No tenemos las carreteras pavimentadas a las que estás acostumbrado.

Curcio Rufo se frotó con irritación la barba crecida.

—Tendré que verle. ¿Quién está al mando?

—El procurador. Pero ha tenido que ir a Tábraca por una cuestión oficial. Una disputa por impuestos. Zarpó ayer.

—Bien, ¿puedes disponer el transporte y una escolta?

—Puedo intentarlo. El gobernador tiene todos los caballos disponibles. —Se frotó la oreja—. Nuestra guarnición es muy pequeña.

—¿No hay una cohorte en servicio?

—Fue desplazada al sur, por orden del gobernador.

—Olvídalo. Yo me encargaré del transporte. Entre tanto, necesito alojamiento para mi personal y mi escolta. Tengo un secretario, dos oficiales, cuatro mujeres, cuarenta y cinco civiles y cincuenta y nueve soldados.

El secretario empezaba a preocuparse.

—No tengo autoridad para abrir la residencia —dijo—, y hay poco lugar en otras partes. La ciudad está atestada. —Añadió, con tono de disculpa—: Hay un festival, ¿entiendes?

—No, no entiendo. Mis hombres se han pasado medio día descargando bultos. No pueden pasar toda la noche en el puerto. ¿Nadie recibió las cartas que se enviaron desde Roma? Mi oficial de transporte, que vino con antelación, me ha dicho que dejó mensajes. Hace dos días que duerme en los graneros vacíos de la zona portuaria.

El secretario sonrió y extendió las manos como si un gesto pudiera explicarlo todo.

—Lo lamento, excelencia. Yo me ausenté por enfermedad... el estómago. —Bajó la vista como para cerciorarse de que aún estaba entero—. Ah, estupenda idea, dormir en los graneros. A nadie le molestará mientras tengáis el cuidado de no provocar un incendio.

—Es improbable —masculló Curcio Rufo—. Por el momento no quiero asar a nadie. Te agradezco el ofrecimiento. Será muy apreciado por los hombres y mujeres de mi partida.

—Mis disculpas, excelencia, pero estoy muy ocupado.

Curcio Rufo asintió.

—Desde luego. Si por casualidad me necesitas, me encontrarás entre los costales de grano.

Regresó adónde se encontraba el impávido Marco Pedio, rodeado por una multitud de chiquillos que admiraban su uniforme y la espada corta que le colgaba del cinturón.

—No hay manera —dijo Curcio Rufo—. Nadie sabe nada, y el gobernador está ausente.

Le explicó la situación mientras caminaban, y el centurión guardó un impasible silencio.

—Debí imaginármelo —dijo al cabo—. Yo me encargaré de organizar las cosas. —Miró con desdén la basura de la calle y rezongó—: Es una típica ciudad nativa, todo barro y yeso salvo por los edificios de la colina. Tendremos que vigilar las provisiones, o esta gentuza nos robará todo. —Añadió—: Mi padre se interesaba en la historia y me contaba cosas sobre las antiguas guerras. Nadie pensaría que Aníbal venía de un sitio como éste.

Alojaron a las tropas en los graneros y despacharon partidas de soldados en busca de comida. Critón no podía creer lo que le comentó Curcio Rufo sobre la recepción.

—Querido amigo, tendríamos que haber ido a mi patria. Los macedonios sabemos recibir y agasajar a los visitantes. Los tratamos como huéspedes.

Vatino sintió alivio. Hasta ahora el centurión se había negado a creer sus explicaciones de por qué no había logrado obtener alojamiento y organizar la recepción. Los técnicos de la partida estaban acuclillados contra una pared, guareciéndose del viento, y tenían muchas quejas.

—No se puede confiar en nadie que trabaje para la Junta de Aguas —protestó Probo, el arquitecto—. Viven de sobornos y mentiras.

Su amigo Crescens, el agrimensor, manifestó su acuerdo.

—Mi esposa me advirtió que no viniera. Debí haber seguido su consejo. Si la capital de Juba es esta pocilga, nos llevará diez años de trabajo mejorar el lugar.

Fronto, el ingeniero, tiritó y se cubrió los hombros con la capa.

—Nuestro enviado es de origen parto, debí habérmelo figurado. Estoy de acuerdo, no puedes confiar en una raza de traficantes de caballos.

Las cuatro mujeres eran las que más se quejaban. La mayor, Felicia, que tenía una cara enérgica y fea, soltó una sarta de palabrotas para protestar contra la ausencia de lo que consideraba comodidades esenciales.

—¿Cómo puedo hacer mi trabajo si no tenemos agua caliente? Hace cinco días que estas chicas no se bañan. El agua salada es mala para el cabello. Necesito ropa limpia y me dicen que no pueden dárme la porque el equipaje está mal apilado. Que los soldados lo muevan. Son demasiado perezosos. Necesitamos un buen fuego. Aquí

hay demasiadas corrientes de aire. La chica más joven está resfriada, y si sufre fiebre será por tu ineptitud, pero me echarán la culpa a mí.

Critón intentó calmarla, pero ella le cogió el brazo y sólo pudieron separarla dos soldados que se habían acercado con la esperanza de echar una ojeada a las muchachas.

—Largo —gritó ella—. Sólo una ciega os aceptaría como amantes. Permaneced en vuestro puesto o le avisaré al centurión.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó Critón cuando la mujer se marchó.

Curcio Rufo, que había renunciado a todo intento de rasurarse con agua fría a la lumbre de un fuego, se enjugó la cara con una toalla y se puso la túnica sucia.

—En el barrio etrusco. Sostiene que antaño fue la querida de un senador que le dio la libertad en su testamento. Luego fue socia de Vivido, el traficante de esclavos capadocio que falleció el año pasado. Declaraba que nunca vendía a una chica por menos de cincuenta mil. Se especializaba en muchachas hermosas para los que tenían gustos heterodoxos. Sostenía que las adiestraba él mismo. Eso era mentira. Le gustaban muy jovencitas.

—Un personaje encantador —dijo Critón, frunciendo la nariz. Dejó la caña que estaba afilando y puliendo con un cuchillo, y hurgó en la caja que tenía a sus pies.

—Felicia conoce su trabajo. Cuidará de ellas. Le advertí de que de lo contrario le cortaría la garganta.

—Ése no es lenguaje para un enviado, amigo mío.

Curcio Rufo sonrió adustamente.

—Por el momento, no me siento ni me veo como tal. —Alzó la vista al oír el repiqueteo de la lluvia en el techo del almacén—. Hemos empezado con mal pie. Ese centurión me considera un imbécil y no me trata con respeto. Los hombres se ríen a mis espaldas y me llaman traficante de caballos. Es verdad, ¿no?

Critón asintió en silencio. Había abierto un rollo para escribir y estaba espaciando las líneas con una regla.

—Mañana iré a ver al gobernador. —Curcio Rufo se detuvo para mirar—. ¿Qué estás haciendo?

—Llevo un registro diario de los acontecimientos. Tendremos que presentar un informe al regresar y será más fácil escribirlo si hemos anotado los hechos. Soy tu secretario y me gano mi sueldo.

—Me había olvidado —dijo Curcio Rufo. Dejó atrás la lámpara de aceite para internarse en la oscuridad del cobertizo—. Dormíamos al raso cuando vendíamos caballos. Bien, he recobrado mi antiguo trabajo. Vengo a vender, a comprar, a hacer trueque. Yo era un buen traficante de caballos. Quizá vuelva a serlo.

Corrientes frías soplaban en el almacén y cuando despertaron por la noche oyeron el correteo de las ratas que buscaban grano. Poco después del alba empezó a llover y

el viento que sacudía las puertas del almacén hizo humear las fogatas.

Curcio Rufo bebió vino.

—Critón —dijo—, trata de meter a las mujeres en cuarteles. Se supone que aquí residen más de cinco mil veteranos. Alguien debe de saber latín además de nosotros.

Critón asintió, la cara crispada de frío.

—Practicaré el uso de esos códigos —dijo—. Aún no los entiendo bien.

—¿Y qué deseas que hagamos nosotros? —masculló Marco Pedio.

—Lo que hacen los centuriones que están a cargo de campamentos provisionales. Atio, el *optio* de la escolta, carraspeó nerviosamente.

—Disculpa, señor —dijo—, pero la mitad de la unidad debe regresar a Roma con el próximo transporte.

Curcio Rufo se puso la capa.

—Bien, tendrán que esperar a que llegue el contingente de la Tercera.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente? —preguntó Critón.

—Eso depende de las carreteras.

—Te perderás las Saturnales.

Curcio Rufo le tocó el brazo.

—Habrás otras. Procura organizar las cosas aquí y que los hombres se diviertan.

Marco Pedio miró el cielo.

—Es mal comienzo para un viaje. Espero que seas buen jinete.

—Lo mismo espero de tus hombres. Veremos si pueden seguirme el paso —repuso Curcio Rufo.

Partieron media hora después bajo la lluvia torrencial. Atravesaron una campiña de terreno pardo y lúgubre, olivares ennegrecidos por la lluvia y campos sembrados con grano otoñal que aguardaban la llegada de la primavera. Los edificios de las granjas sobresalían como oasis en un mar de lodo y raleaban a medida que avanzaban tierra adentro, a paso constante, agachando la cabeza contra el viento, atravesando fangosos villorrios de techos blancos.

El primer día recorrieron treinta millas y pernoctaron en una posada perteneciente a un viejo soldado tuerto que había combatido con Lépido, el triunviro depuesto, en Hispania. Allí cambiaron los caballos y al día siguiente vadearon con dificultad un arroyo crecido que cortaba la carretera en dos. Caía la tarde cuando Curcio Rufo, enjugándose la lluvia de la cara por décima vez en una hora, recordó qué día era: Saturnales. Pensó en Roma con añoranza. El tercer día el viento viró al oeste y la lluvia amainó y luego cesó del todo. El inhóspito paisaje sólo era interrumpido por una serie de villorrios, todos muy similares, que consistían en una calle angosta con una docena de casas a ambos lados, altos almacenes circulares para el grano, una cisterna de agua y corrales cercados para las vacas y ovejas. Los perros olisqueaban los desechos en la calle, y los niños jugaban en la mugre, mientras las cabras

ambulaban entre puertas abiertas en busca de comida. El cuarto día un caballo empezó a cojear y tuvieron que dejar que el jinete los siguiera como pudiese. A la noche siguiente, cansados, sucios y entumecidos por las llagas producidas por la silla de montar, con los animales embarrados hasta la cruz, llegaron al campamento de Amedara.

El gobernador era un hombre corpulento de cejas gruesas y expresión sardónica.

—Lamento haberos causado este inconveniente, pero he descubierto que en este país siempre ocurre lo inesperado. Envié un mensaje por barco, pero debió llegar a Misenum después de que zarparais.

—Tú has tenido problemas, excelencia.

—Algunos. Los musulamos son una tribu del desierto que ha tenido un mal año con su comercio. Ahora tratan de compensarlo haciendo incursiones por nuestra frontera sur. Han incendiado tres aldeas y destruido uno de mis puestos de avanzada. Estoy decidido a pararlos antes de que concentren sus fuerzas.

Curcio Rufo asintió fatigadamente.

—Pareces más seco que cuando llegaste —dijo el gobernador, riendo entre dientes—. Bebe un trago de vino. Llamaré al ordenanza.

—No, excelencia, gracias. Necesito tener la cabeza despejada.

—Como desees. Bien, yo beberé un trago. En seis meses he aprendido una cosa: aquí lo último que necesitas es vivir con la cabeza despejada. ¿En qué puedo servirte?

—Me dijeron que debía comparecer ante ti, excelencia, antes de seguir viaje a Iol.

—Sí, Marco Agripa me escribió. Muy formal, sin duda. Pero, querido amigo, no era preciso recorrer ciento cincuenta millas para esto.

Curcio Rufo tragó saliva.

—¿Puedo sentarme?

—¿Cuánto tiempo tardaste?

—Cinco días.

—Entonces siéntate con cuidado. Vaya, una labor extenuante para los caballos.

—Necesito tu autoridad para obtener provisiones —dijo Curcio Rufo con cautela.

Hubo un largo silencio mientras el gobernador fruncía el ceño, sin dejar de mirar el rostro del joven.

—Pero yo... —dijo al fin, y se interrumpió. Se mordió el labio, se inclinó hacia él—. Espero que te hayan atendido bien en Cartago durante mi ausencia.

—Muy bien, gracias —dijo cortésmente Curcio Rufo—. Mis hombres están acuartelados en un granero vacío junto al muelle. Yo también dormí allí la primera noche para cerciorarme de que todo estaba en orden. Tu secretario no pudo ser más amable. Pero en tu ausencia no tiene tu autoridad para ciertas cosas que necesito y que es preciso hacer.

El gobernador entornó los ojos.

—Puedes contar con esa autoridad —dijo lentamente—. Te daré instrucciones escritas por la mañana. ¿Algo más?

—Me dijeron, excelencia, que podías ofrecerme una escolta y un oficial que conoce el terreno.

—¿Cuántos hombres?

—Entre veinticinco y cincuenta.

El gobernador meneó la cabeza.

—Si no se hubiera presentado este problema... En las circunstancias actuales, es imposible.

—Marco Agripa...

—No está al mando aquí. Sólo tengo seis mil soldados galos para proteger toda la provincia.

—¡Pero, excelencia!

—Tendrás que apañártelas como puedas —dijo el gobernador—. ¿Comprendes cuán importante es esta provincia? Dos tercios del trigo de Roma se embarcan en estos puertos.

Curcio Rufo se quedó boquiabierto.

—Ah, estás pensando en lo que has visto. Sí, las carreteras son espantosas; los métodos de irrigación son primitivos; la mayor parte de la población nativa no vive como nosotros; y Cartago está bastante derruida, como todos los poblados. Aun así, hay grandes fincas en la costa, y tierra adentro; es una comarca fecunda; y el olivo crece bien aquí. Existen planes para desarrollar el interior. Constantemente fundamos colonias nuevas, y esperamos absorber a treinta mil veteranos retirados en los años venideros. Es una provincia con futuro.

—Sí, excelencia.

—Por eso no puedo prescindir de ningún hombre. —El gobernador sirvió más vino—. ¿Y bien?

—Necesito un oficial, excelencia.

—¿Necesitas?

—Sí, si he de abrigar alguna esperanza de encontrar a la sobrina de Valerio Mesala.

Esta vez fue el gobernador quien se sorprendió.

—Conque por eso estás aquí. Aguarda un momento. —Reflexionó clavando los ojos en las paredes. Luego dijo en voz baja—: Yo no he oído nada. No me sorprende. Estamos demasiado al este. Pero quizá Juba pueda ayudarte.

—Me dijeron que tú me ayudarías con tus consejos.

—Puedo decirte muy poco. Es una comarca tranquila, pacífica en general. Desde luego, ésta es la vieja África donde gobernaba Cartago. África Nova, la vieja Numidia, es otra cuestión. Está mucho menos desarrollada. Esperamos problemas con

las tribus del sur y de las montañas. Juba es un joven competente y sumamente culto. Me agrada y confío en él. Creo que tú también puedes confiar en él.

—Pero me han dicho que su padre respaldaba a Pompeyo —dijo Curcio Rufo.

—Entonces Juba era un niño —dijo secamente el gobernador—. Él debe su posición actual, su riqueza, todo, a Roma.

—¿Y su lealtad?

—También es para Roma, si en algo sé juzgar el carácter de un hombre.

—Quizá acepte ese trago, excelencia.

—Desde luego. Cornelio Silio también te será muy útil. Está acreditado como consejero en la corte de Juba. Conoce bien la ciudad y sus habitantes. El rey confía en él. —Se volvió con una copa de vino en la mano—. ¿Estás buscando conspiraciones aquí o en Roma?

El gobernador hablaba con displicencia, pero había cierta rigidez en sus modales que evocaba la súbita concentración de un gladiador, cuando se enfrentaba a sus oponentes en la arena y desenvainaba la espada para asestar un tajo o defenderse.

—No busco ninguna conspiración —dijo Curcio Rufo con una sonrisa fatigada—, sólo a una muchacha. Pero debo encontrarla deprisa.

El gobernador asintió y pareció relajarse.

—Es una lástima que no puedas quedarte. En general el tiempo es bueno y el clima es delicioso. Debes tratar de ver las canteras de mármol de Simithu antes de partir. Son nuestra gran atracción turística.

—¿Tienes buena opinión de la esposa de Juba? —preguntó Curcio Rufo.

El gobernador sonrió.

—Siempre tengo buena opinión de las mujeres hermosas. Ella es encantadora, amén de inteligente.

—¿Y leal a Roma?

El gobernador hizo una pausa.

—Es una esposa joven y acata la voluntad del marido —dijo—. ¿Te basta esa respuesta?

—Es la respuesta que le daré a Marco Agripa como testimonio tuyo, excelencia.

El gobernador apretó los puños.

—Ten cuidado, joven amigo.

—Mis disculpas, excelencia —dijo Curcio Rufo—. Estoy muy cansado.

—Desde luego. Entiendo. Ahora bien, dices que necesitas un oficial. Pues haré el sacrificio y te entregaré uno. Déjame ver... Sí, Lucio Egio, centurión de la Tercera, es el hombre adecuado. Vino con la legión y estuvo aquí anteriormente, hace doce años, cuando dirigió una agrimensura en el sur de Mauretania, hasta las montañas del Atlas. Conoce el terreno mejor que nadie.

—Te agradezco la amabilidad.

—No es amabilidad sino necesidad. Debemos hacer lo posible por ayudar. Lucio Egio está en un puesto de avanzada. Mañana lo mandaré buscar. Ahora trata de dormir. Lo necesitas y yo tengo trabajo que hacer.

Curcio Rufo bostezó, asintió y fue a acostarse. Mientras movía la manija de la puerta al marcharse, miró hacia atrás. El gobernador estaba sentado en su silla, con una copa de vino medio vacía en la mano. En su rostro ya no había sorna ni arrogancia. Se lo veía cansado, viejo y muy asustado.

Curcio Rufo durmió hasta tarde y al despertar se encontró frente a un ordenanza que le pidió que visitara al gobernador en la hora tercia. Un poco antes de tiempo fue al edificio principal y lo atravesó hasta llegar a la pequeña habitación blanqueada donde el águila y los estandartes de la cohorte colgaban de un soporte contra la pared. Los miró largo rato, pero las lamentaciones por su carrera perdida, que se agudizaban cuando había bebido demasiado vino, se mitigaban extrañamente ahora que volvía a estar en un campamento militar. Desde entonces habían pasado muchas cosas, y no todas malas.

—¿Echas de menos el servicio tanto como creías? —dijo una voz seca.

Se volvió y vio al gobernador en la puerta.

—No estoy seguro —dijo—. Si lo extraño, es porque entonces mis sueños eran nítidos. Ahora son confusos. —Hizo una pausa y cobró aliento—. Yo pensaba, excelencia, que era bueno ser ambicioso como mi padre, que uno triunfaba si era honrado, industrioso y leal, si se consagraba a su trabajo.

El gobernador sonrió.

—¿Y qué has aprendido desde entonces?

—Que estaba en un error. Los hombres honrados, si viven en Roma, están allí sólo por accidente.

El gobernador asintió.

—Quizá tengas razón. ¿Vamos? Me gustaría mostrarte una parte de la campiña. Espero que no estés demasiado entumecido.

Curcio Rufo sonrió.

Salieron de la ciudad y llegaron a una loma que dominaba el campamento. Debajo de ellos un chiquillo trataba de agrupar a media docena de cabras con la ayuda de un perro entusiasta pero inexperto. En los pedregales de las laderas de enfrente, pacían ovejas en la hierba corta, mientras que en el camino de tierra por donde habían llegado un grupo de hombres de una aldea cercana reparaban lentamente el puente que cruzaba un arroyo.

El gobernador indicó a la escolta que se rezagara y frenó al caballo.

—Parece apacible pero no lo es —dijo. Señaló una lejana estribación de colinas—. Por allá están los musulamos.

Una luz centelleó a lo lejos cuando el sol rebotó en la superficie bruñida de un

escudo. En la cresta de la colina el centinela vio la señal y alzó su escudo para responder. Curcio Rufo vio una columna de efectivos del campamento que se extendían en una línea irregular en el terreno llano del norte.

—Construcción de carreteras... La primera tarea, como siempre —dijo el gobernador. Y añadió, sin cambiar de tono—: Hay cosas que no te dije anoche en el campamento porque tengo sirvientes de los que no me fío. No, no me mires. Nos están observando. Finge que admiras el paisaje. Los movimientos del gobernador siempre despiertan interés. Ahora bien, tu llegada se conocía y se comentaba en los mercados de Cartago antes de que recibiéramos la carta oficial.

—¿Eso importa? —dijo Curcio Rufo—. He trabajado en oficinas del gobierno. Es imposible guardar un secreto mucho tiempo.

—He notado que mantienes una actitud abierta y la boca cerrada. Dejaré que tú juzgues si importa o no. En cuanto me enteré, le escribí a mi secretario, pidiendo que organizara una recepción cómoda. Envié cartas, dándote autoridad suficiente para que obtuvieras lo que requerías. ¿Te dieron las cartas?

Curcio Rufo clavó los ojos delante.

—No, excelencia, no las recibí.

—Exacto. Creo que mataron al mensajero en el camino y que robaron y leyeron las cartas.

—Pero yo no soy importante.

—Yo creo que sí. Estoy seguro de que Juba recibirá tu misión con agrado. Pero en su corte hay otros que no compartirán ese parecer.

—No lo entiendo.

—Mi secretario es de Egipto. Hay algunos que aún sueñan con quimeras.

—¿Por qué demorarme a mí?

—Tú puedes responder a eso mejor que yo. Si llevas prisa para lograr algo, has perdido al menos doce días, a pesar de que cabalgas muy bien.

Curcio Rufo miró al chiquillo, que ahora seguía a las cabras por el sendero por donde ellos habían venido.

—No hay pruebas —murmuró—. ¿Te librarás de él?

—¿De quién? ¿De mi secretario? De ninguna manera. Es demasiado competente en su trabajo. Además, le tengo simpatía. Y, como bien dices, no hay pruebas. Yo debo observar la ley. ¿Seguimos cabalgando? Quiero mostrarte una vista imponente.

—Ven a mis aposentos —dijo jovialmente el gobernador—. Dejemos que los demás se relajen. —Sonrió—. Siempre es mejor cuando yo no estoy.

Curcio Rufo miró a sus espaldas. A través de las puertas entornadas oyó el ruido de los bancos mientras los oficiales más jóvenes se ponían de pie. Estallaron risas ebrias.

—Póntela sobre la nariz, amigo, no sobre la cabeza —gritó una voz.

—Fuiste un necio al retarlo a una carrera —dijo otra voz menos resbalosa—. Era evidente que tenía el aire de un hombre engendrado por un centauro.

—Entra y ponte cómodo —dijo el gobernador.

Curcio Rufo se sentó y el gobernador batió las palmas para pedir vino.

—¿Ese fuego te da suficiente calor? —preguntó—. Aquí refresca por la noche.

—Sí, gracias.

—Estupendo. Bien, te granjeaste cierta popularidad al ganar esa carrera. A ellos les alegra ver una cara nueva y oír chismes de Roma. A veces esto es un poco monótono. Me alegra que no aceptaras una apuesta. Pudo haber creado animadversión. Muy decente de tu parte. —El gobernador hizo una pausa y añadió con picardía—: ¿Eres profesional?

—No, pero mi padre lo era.

—¡Conque eres uno de los hombres nuevos! Yo no me preocuparía por eso. Roma está llena de hombres nuevos. Siempre hay un Catón que rezonga porque los tiempos ya no son los mismos. Lucio Egio vendrá pronto. Le he pedido que se reúna con nosotros.

—Espero que se lleve bien con mis oficiales —dijo Curcio Rufo, súbitamente nervioso—. Los pretorianos pueden ser... difíciles.

—Sé a qué te refieres. Mucho metal brillante y nada de seso. No te preocupes. Es un hombre excepcional. Permíteme llenar tu copa.

Curcio Rufo oyó un leve chasquido y supo que había alguien de pie a sus espaldas, aunque no había notado que abrieran la puerta. Se giró lentamente y se encontró frente a un hombre delgado, de baja estatura, con cabello gris, ojos serenos y tez bronceada.

Lucio Egio lo estudiaba fríamente, totalmente rígido, relajado pero alerta, como un gato. Curcio Rufo se puso de pie. Ahora entendía a qué se refería el gobernador.

—Buenas noches, excelencia —le murmuró Lucio Egio al gobernador. Tenía una voz grave que sonaba como si tuviera la garganta llena de piedras, pero era la voz de un hombre educado desde la cuna, no un autodidacta (la diferencia siempre era manifiesta) y Curcio Rufo supo que en el pasado había pertenecido al orden ecuestre.

—Espero que hayas tenido un buen viaje —dijo.

—Sí, gracias —dijo Lucio Egio con gravedad—, aunque no viajé tan rápidamente como tú.

El gobernador sonrió.

—Siéntate y bebe un poco de vino... siempre que estés satisfecho con tu entrada en escena.

—Lo lamento —dijo Lucio Egio—. Se ha transformado en hábito.

—No oí la puerta —dijo Curcio Rufo—, pero no debes llevar monedas en el talego cuando desees moverte con sigilo.

Lucio Egio asintió aprobadoramente.

—Esperaba que pensaras que era el chasquido de tus dados. Tienes buen oído, para ser civil.

—Necesitas buen oído si deseas caminar de noche por Roma y volver a salvo.

—Eso es algo en lo que no tengo práctica.

El gobernador se puso de pie.

—Os dejaré para que converséis a solas. Debo escribir unas cartas. Mi esposa está decepcionada porque he debido postergar su visita. —Hizo una pausa y añadió—: También yo. Ha sido un largo año sin su compañía.

Lucio Egio estiró la mano.

—Tengo tus despachos —dijo—. Me crucé con el correo en el camino y lo escolté hasta aquí.

—¿Cuándo llegó el navío de aviso a Cartago?

—Dos días después del se desembarco —dijo Lucio Egio, señalando a Curcio Rufo con la cabeza.

El gobernador fue hasta un escritorio y encendió una lámpara. Se inclinó y examinó los documentos, abriéndolos uno por uno. Los dos hombres más jóvenes aguardaron en silencio. Lucio Egio se calentó las manos ante el fuego.

El gobernador alzó la vista.

—Tengo noticias que pueden interesarte —dijo con voz neutra—. Primo fue acusado de traición contra el estado y juzgado en una sesión del tribunal senatorial. Murena lo defendió con considerable elocuencia. Sin embargo, no se pudo hallar cierta carta que era esencial para la causa de la defensa. Se hicieron acusaciones... exageradas e improbables. Hallaron culpable a Primo y lo ejecutaron. —Hizo una pausa y parpadeó—. Yo lo conocía bien. Augusto estuvo presente en el juicio y también declaró. —Se volvió hacia Lucio Egio—. Mañana di a los demás que la salud de Augusto ha mejorado. Yo organizaré un desfile y anunciaré medio día libre como celebración. Todos los oficiales asistirán conmigo al templo. Luego daré las órdenes pertinentes. Buenas noches a ambos.

Cuando el gobernador se marchó, los dos hombres se quedaron charlando largo rato, pero en ningún momento mencionaron las noticias de Roma.

## Capítulo 10

Tres días después emprendieron el regreso a Cartago, esta vez viajando más despacio, a petición de Lucio Egio.

—No llevamos prisa —dijo con su voz queda—. He logrado persuadir al gobernador de que nos ceda la escolta planeada originalmente, para que tu contingente pueda regresar a Italia tal como se prometió. Pero traerán tropas de las colonias costeras en destacamentos pequeños, y tardarán en llegar. Además, tengo una infección en el muslo. No es nada, siempre me ocurre cuando voy a obtener un permiso, pero será más cómodo ir despacio.

—¿Salías de permiso?

—Sí.

—Y mi llegada te detuvo. Lo lamento.

—No tiene importancia —respondió Lucio Egio con una sonrisa—. Hace cuatro años que estoy aquí. Me gusta la región.

—¿Dónde vives? —preguntó Curcio Rufo.

—Tengo una finca al norte de Apuleya. Es apropiada para la cría de ovejas. Pensamos que nuestra lana es la mejor, aunque los vellocinos más negros vienen de Polencia.

—No sé nada sobre cría de ganado, sólo caballos.

—Sí, ya veo. —Lucio Egio titubeó—. No me corresponde hacer preguntas, sólo responderlas, pero, ¿crees que tu misión será prolongada?

—Todo depende de Juba, y de la ayuda que yo consiga. Seis meses, tal como van las cosas ahora. ¿Por qué?

—Tengo una tía que compró una finca en Piceno. No le ha ido bien con la cría de ganado. Me proponía visitarla durante mi permiso para poner sus cosas en orden. Parece que tendrá que esperar.

En la tarde de su regreso Curcio Rufo caminó por el espigón que protegía el puerto de los embates del mar. En el camino se cruzó con Lucio Egio, que estaba hablando con los oficiales pretorianos.

—El quinto destacamento está en Tábraca, en la costa norte. Allí es donde embarcan las bestias para el circo de Roma. Al paso que van, pronto no quedarán animales salvajes en África.

Oyó que los oficiales se reían de la broma de Lucio Egio y se apoyó en la pared para mirar los buques de grano amarrados para el invierno. El puerto estaba lleno de ellos, pero nadie se movía en las cubiertas iluminadas por el sol. Los tripulantes habían cobrado su paga y no serían contratados de nuevo hasta marzo, cuando comenzara la temporada. Sintió el viento en la cara y miró hacia el norte. Más allá del cabo estaba su hogar. Pensó en Roma y en la casona de la colina y se preguntó si Pero

aún poseía el brazalete que le había regalado. Era improbable. Quizá lo hubiera vendido para comprarse un vestido nuevo.

Oyó pasos a sus espaldas y olió perfume. Era Urraca. Por el rabillo del ojo vio que las dos mujeres más jóvenes se reían, con Felicia al lado.

—Espero que estés más cómoda en tus nuevos aposentos —dijo cortésmente.

Ella sonrió.

—Sí, así es, gracias a los esfuerzos de Felicia y tu secretario. Caminamos aquí todos los días para hacer ejercicio. Felicia insiste en ello. —Se echó la capucha hacia atrás y miró el mar—. Éste fue mi primer viaje marítimo.

—Lamento que el tiempo fuera malo.

—Fue emocionante. Cuando nos marchamos de Hispania, viajamos por tierra. Fue un viaje largo y lento, y muy incómodo. ¿Iremos en barco a Iol?

—En cuanto hayamos podido contratar las naves.

—Entonces no me falta mucho para tener un nuevo amo. Dicen que el rey es un hombre joven. ¿Es verdad?

—Sí, eso creo.

Felicia la llamó.

—Debo irme —dijo Urraca, agitando la mano—. Gracias por responder a mis preguntas.

—Un momento —dijo él, mirándola—. El rey tiene esposa. Es recién casado. No tengas muchas expectativas.

—Sé por qué estoy aquí. O bien tendré que envenenar a la esposa, o ella tendrá que envenenarme a mí. ¿Has pensado en eso, oh amo? —Sonrió y echó a andar y él la siguió con los ojos, sintiendo preocupación.

Zarparon al cabo de tres días, poco antes del ocaso, valiéndose de los remos para salir del puerto comercial. Soplaban viento sur. En cuanto dejaron atrás el faro del espigón y se internaron en la bahía, izaron las velas y se dirigieron al cabo. Manteniéndose cerca de la costa, bordearon los acantilados parduzcos, alcanzando seis nudos en la primera noche. Curcio Rufo soñó con su madre por primera vez en años, y al despertar notó que la nave apenas se movía. Cuando subió a cubierta, estaban anclados a poca distancia de la playa, y las popas del convoy se mecían en la corriente.

—Podríamos ganar velocidad si remáramos durante el día —dijo el capitán—. Pero tendríamos que dejar atrás a los transportes y eso sería peligroso. El tiempo es incierto y no conviene que nos separemos. Si todo va bien, llegaremos a Tábraca a medianoche.

—Llevamos prisa —dijo Curcio Rufo—. Ya estoy rezagado.

—No te preocupes —dijo el capitán, sonriendo—. Llegaremos allá en dos días y dos noches, siempre que sople viento de la costa y el mar esté tranquilo.

—Debes estar cerca de la jubilación.

El capitán escupió sobre la borda.

—En efecto. He navegado durante treinta y cinco años. Podría haber aceptado antes mi pensión, pero, ¿qué habría hecho en tierra todo este tiempo? Las cosas han cambiado un poco, sin embargo. En un tiempo estaba al mando de una quinquerrema. Teníamos doscientos cincuenta tripulantes en total, incluidos ciento cincuenta remeros. Cinco hombres por remo, y remos de treinta pies de longitud. Podíamos alcanzar cuatro nudos durante dos horas a plena velocidad antes de que los hombres se cansaran. Pero Agripa cambió todo eso.

—¿Estuviste en Accio?

El capitán asintió.

—Él hizo construir naves más pequeñas. Las quería deprisa para vérselas con Sexto Pompeyo. Pompeyo era un gran marino, así que necesitábamos naves mejores para derrotarlo. Usamos madera verde para algunos y los construimos en treinta días, pero el tiempo promedio fue cuarenta. Aun así, siento nostalgia por los viejos buques. Éstos son más rápidos, pero parecen botes de remo.

—¿Cómo fue Accio? Debes estar orgulloso de haber estado allí.

El capitán se rascó la cabeza.

—Fue una mera escaramuza, no una auténtica batalla. No se proponían combatir una vez que comprendieron que las fuerzas terrestres serían doblegadas. Pasaron a través y huyeron hacia el sur. Una pena. Podríamos haber ganado. Agripa no era buen marino.

Curcio Rufo lo miró intrigado.

—Lo cierto es que yo debía cumplir mis órdenes, aunque no me agradaran — continuó impávidamente el capitán—. Recuerdo que él subió a bordo y se quedó sentado con la cabeza entre las manos, sin decir una palabra. Sabía que era el fin. Ni siquiera le hablaba a ella. Sentí pena por ambos.

Curcio Rufo se quedó de una pieza.

—Ah, sí. Yo había cambiado de bando. Nunca supe escoger al ganador.

El tiempo se sostuvo, aunque el viento refrescó bastante, y continuaron navegando a buena velocidad. Critón permanecía abajo y, con el rostro pálido, llevaba su registro diario del viaje. Las mujeres subían a cubierta por intervalos breves, pero pronto se cansaron de mirar la costa parda cubierta de matorrales mientras el viento les arremolinaba el cabello y las aves marinas reñían sobre la estela.

En la oscuridad Curcio Rufo subía a cubierta. Se apoyaba en la borda, observaba los peces fosforescentes y miraba las aguas negras antes de alzar la vista para distinguir las estrellas que su padre le había enseñado a reconocer. Una vez, Lucio Egio se reunió con él con el pretexto de que estaba desvelado y los dos hombres se

quedaron juntos, escuchando el susurro del viento entre las jarcias.

—Te sentirás mejor cuando lleguemos y puedas iniciar tu auténtico trabajo — murmuró Lucio Egio—. Los preliminares siempre son fatigosos.

—Sí, me sentiré mejor —dijo dubitativamente Curcio Rufo.

Pero era mentira. Se sentía inseguro y lo amedrentaban las dificultades que le esperaban. El aspecto técnico de la misión no le preocupaba, pero la tarea de encontrar a esa muchacha era harina de otro costal, y se preguntaba por qué Agripa no había escogido a alguien más parecido al hombre que tenía al lado. Lucio Egio pertenecía al mundo de Agripa, poseía aplomo, conocimientos y educación. Entendía cómo funcionaba el poder y qué palancas había que mover para que operase a su favor. Sabía lidiar con hombres como Juba. Tendrían que haberle encomendado la misión a él, no a un ciudadano sin empleo que había fracasado en todo.

—Me siento como un marino que inicia un viaje por aguas que no ha visto jamás —dijo.

—Todos nos sentimos así cuando abordamos una tarea nueva —dijo Lucio Egio con calma—. Te ayudaré en todo lo que pueda, si me lo pides, pero en cuestiones políticas la decisión debe ser tuya, pues tú tienes la autoridad.

—Eres muy amable —dijo envaradamente Curcio Rufo.

Lucio Egio meneó la cabeza.

—No —dijo—, sólo cumplo con mi deber. No te envidio. No me gustaría que me encomendaran semejante misión. —Se despidió y fue abajo.

Curcio Rufo se quedó a solas. Se cubrió la cabeza con la capucha y observó un destello de luz tenue en la costa, a la izquierda; una fogata, probablemente, encendida por un pastor para ahuyentar a los chacales y los zorros. Se puso a silbar suavemente, y una gaviota, que se balanceaba sobre la caseta de derrota a sus espaldas, se despertó, graznó y echó a volar hacia la orilla.

El tiempo empeoró y el convoy fue sorprendido por un viento fuerte y un mar picado mientras los remos estaban fuera. Cuando el capitán dio la orden de entrarlos, dos remos de babor habían rebotado y cuatro hombres sufrían graves heridas, y uno murió una hora después por las lesiones del pecho. El viento viró hacia el sur, empezó a llover y el mal tiempo los demoró, así que sólo el sexto día, cuando el sol entró en Acuario, avistaron desde proa el velamen de una nave mercante.

—Acaba de salir de Iol Cesarea —dijo el capitán—. Está a cinco millas de la costa. Llegaremos allá en una hora si el viento persiste.

El viento persistió, el capitán le hizo señales al navío de aviso, se impartió una orden, y el navío de aviso izó las velas y se adelantó para anunciar el arribo, de modo que se cumpliera el protocolo.

A media tarde llegaron al puerto octogonal recién construido, que estaba abarrotado de naves mercantes. Había seis birremes atracadas en un muelle, y otras

doce ancladas lado a lado en el centro de la bahía.

—La flota africana —dijo Lucio Egio, que había subido a cubierta y tiritaba en el viento frío—. El rey está muy orgulloso de que Augusto lo haya responsabilizado personalmente de vigilar la costa. Eso incluye, desde luego, la represión de las incursiones de piratas en Hispania. —Miró de reojo al enviado.

—No lo sabía —dijo Curcio Rufo—. Es un detalle que vale la pena recordar.

Anclaron en el puerto y casi de inmediato se aproximó un pequeño bote.

—¿Cuándo podremos desembarcar? —preguntó Marco Pedio, mirando ansiosamente el cielo.

Curcio Rufo cerró los ojos, procurando recordar todo lo que le había dicho Mecenas. Se relamió los labios.

—Enseguida —respondió—. A partir de hoy, tendremos que soportar cinco días de ceremonias oficiales. Sólo después comenzaremos las charlas y el trabajo. —Hizo una pausa, se enjugó los labios y miró el bote que se aproximaba al flanco. Añadió en voz baja, para que sólo le oyeran quienes estaban al lado—: Como ha dicho Mecenas, en el mundo de la diplomacia nada pasa rápidamente, y a veces no pasa nada.

—Pero es preciso que tengamos éxito —dijo Critón, azorado.

La plancha crujió cuando los ocupantes del bote comenzaron a abordar.

—Lo sé —le susurró Curcio Rufo a Critón—. En este momento es tan importante lograr el regreso de la hija del legado como mañana lo será recobrar los estandartes y las águilas que los partos arrebataron a Craso y Marco Antonio. Una vergüenza es tan grande como la otra.

La voz era la suya, pero las palabras pertenecían a un hombre maduro que las había pronunciado con lágrimas en las mejillas mientras hablaba con Curcio Rufo en un silencioso jardín de una colina de Roma.

## Capítulo 11

Viajaba en un carro de oro y marfil en compañía del segundo chambelán, precedido por una escolta de la caballería ligera nómada del rey, que se abría paso a través de la multitud de túnicas blancas que abarrotaba las calles. En un segundo carro iba Critón, radiante con su toga nueva, y detrás marchaban sus oficiales a la cabeza de una escolta de veinticinco soldados.

—El rey ansia conocerte —le dijo el chambelán—. Ésta es una gran ocasión para todos nosotros.

Curcio Rufo respondió con una sonrisa, recordando nerviosamente el discurso que había preparado la noche anterior con Critón y preguntándose si los regalos que llevaban serían aceptables. Miraba de un lado a otro, y la multitud vitoreaba cuando él se acordaba de saludar con la mano.

—Es una ciudad grande —comentó.

—No tan grande como Cartago, excelencia —dijo el chambelán con una sonrisa—, pero será más hermosa cuando se haya concluido la reconstrucción planeada por el rey.

—Haré todo lo posible para ofrecerle asistencia.

—Si hay dificultades, excelencia, recuerda que tus amigos procurarán allanarte el camino. En esto estaré siempre a tu servicio. No hay dificultades que no puedan superarse si se aplica el criterio adecuado.

—Sin duda. Recordaré tus palabras con suma gratitud.

—Veo que nos entendemos, excelencia —respondió el chambelán con una sonrisa.

La calle se ensanchó y apareció el palacio. Traspusieron las puertas que se abrían en las murallas altas y blanqueadas, atravesaron un patio externo flanqueado por palmeras, se aproximaron a la muchedumbre de dignatarios que aguardaban al pie de la escalinata. Le presentaron al secretario principal, al chambelán mayor y a muchos otros cuyos nombres no pudo recordar después. Sólo recordaría que tenían cara morena y que todos, sin excepción, tenían hermosos dientes blancos. Luego caminaron lentamente entre columnas de mármol, hacia grandes batientes que conducían a la sala del trono, cuyos flancos estaban atestados de hombres y mujeres, algunos vestidos a la romana, otros al estilo de la región, con túnicas de seda que caían por debajo de las rodillas. Las enojadas mujeres cubrían sus intrincados moños con mantillas. Sobre una tarima había dos tronos de oro y marfil. Caminó hacia ellos despacio, las manos húmedas de sudor, y en el profundo silencio con que el rey aguardaba su llegada oyó las palpitations de su corazón por encima del susurro de las sandalias.

El chambelán se aclaró la garganta y comenzó a hablar en un latín lento pero

preciso. Durante los preliminares, los dos hombres se miraban con rostro impasible. Juba, joven y aplomado, era apuesto como su padre. Critón, de pie a la izquierda del enviado, lo consideraba el mancebo más bello que había visto. Le tocaría responder cuando el chambelán hubiera concluido. El rey permaneció inmóvil mientras se pronunciaban los discursos, se leían los documentos y le presentaban a la comitiva de Curcio Rufo. Aceptó la misiva de Augusto con semblante grave y la leyó en silencio, mientras el público aguardaba, y sólo se oyó un susurro de seda cuando su reina movió una sandalia dorada para inclinarse en su silla y evitar el sol que entraba por una celosía. Curcio Rufo la miró de soslayo. Ella parecía mirar a través de él, con un rostro tan remoto como el de su esposo. Era idéntica a la estatua que Galita había mencionado aquella velada en la casa de Mecenas, y que él había ido a ver antes de marcharse de Roma.

Luego llevaron los presentes y los entregaron uno por uno: un cinturón de oro y una espada ceremonial para el rey, junto con un juego de vajilla de plata forjada que arrancó un murmullo de admiración a los que estaban cerca del trono; para la reina había un collar y un brazalete de oro, pendientes enjoyados y un espejo de plata con un mango de marfil labrado. El rey lo agradeció con una sonrisa, y fue como si el sol le alumbrara la cara. La reina no sonrió, pero inclinó la cabeza en reconocimiento. El rey apoyaba las manos en los brazos tallados del trono, mientras Curcio Rufo miraba fijamente un punto entre los dos tronos. Le dolían los pies y sentía un cosquilleo en la nuca que no se atrevía a rascar.

El rey se movió con un susurro de seda. No habló en latín sino en púnico, para que la corte entendiera.

—Te doy la bienvenida a mi país y espero que tu estancia como huésped sea muy dichosa. Los representantes de Augusto son mis amigos. —Había cierta frialdad en su voz queda, aunque quizá se debiera al nerviosismo.

—Me honra vuestra amabilidad y os lo agradezco —dijo Curcio Rufo.

El rey se puso de pie para dar a entender que la audiencia había concluido, y Curcio Rufo se inclinó y se retiró de la sala.

Regresaron a la residencia tal como habían llegado, aunque esta vez no los acompañaba el chambelán. Una vez en el interior, Curcio Rufo se quitó su atuendo elegante y se puso una túnica holgada. Se aproximaba la hora de la cena y tenía hambre. En el patio interior encontró a Critón y sus oficiales, remoloneando al sol. Una carcajada saludó su llegada, y se preguntó qué les resultaba tan divertido. ¿Acaso él mismo?

Critón, en la linde del grupo, se volvió con una sonrisa.

—Fue muy bien, amigo mío, salvo que me olvidé una frase de tu discurso. Pero nadie lo notó.

—Creo que el rey sí. Bien, no importa. Gracias a los dioses, eso ha terminado.

—Siempre es peor la primera vez —dijo gravemente Lucio Egio.

El tribuno, un hombre moreno de rostro sencillo afeado por una cicatriz en la mejilla, dijo sin rodeos:

—Es muy voluble.

—¿El rey?

—Sí, excelencia.

Cornelio Silio usaba el apelativo sin afecto. Venía de una buena familia y su padre había sido amigo del triunviro Lépido. Destinado a una carrera brillante, según se cuchicheaba, se había endeudado por culpa de la bebida y había caído en desgracia al enzarzarse en una riña con otro oficial. La cicatriz era un recuerdo de esa pendencia.

—Entonces ha cambiado desde que lo conocí —dijo Lucio Egio con curiosidad—. Me parecía un joven agradable, quizá demasiado académico para mi gusto, pero fiable y bien dispuesto.

—En eso no ha cambiado —señaló Cornelio Silio—. Pero hay días en que está muy taciturno. Hoy era uno de esos días.

—Si eres rey de tu país —dijo Curcio Rufo—, es desagradable que te recuerden que tu gobierno depende de la voluntad de otro hombre.

—No me corresponde hablar de eso —masculló Cornelio Silio.

—Él no tendría el trono ni nada si no fuera por la amabilidad de Augusto —dijo Lucio Egio—. Es un joven afortunado.

Curcio Rufo miró de reojo a Critón, que se encogió de hombros.

—Aun así —dijo Silio—, es grato que tu misión haya llegado. Él no habla de otra cosa desde que recibió la primera carta.

—¿La reina también estaba complacida? —preguntó Critón.

—Creo que sí, aunque esto no es cosa de mujeres. Cuando la ciudad se haya ampliado, si se cumplen los planes de su marido, habrá más comercio, más tiendas, más gente, más entretenimiento. Eso le agrada. —Silio volvió a fruncir el ceño—. A todas las mujeres les agrada. Viven para eso. —Miró el suelo con irritación.

—Bebamos un poco de vino —dijo Curcio Rufo—. Yo, al menos, tengo sed.

Silio alzó la vista.

—Compartiré ese vino, excelencia, y tú podrás comunicarme las últimas noticias de Roma. ¿Es verdad que los Blancos han tenido una buena temporada?

Luego, en la pequeña habitación que le habían asignado como oficina, Curcio Rufo se sentó a la mesa con un mapa de la costa.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó—. No sé por dónde empezar.

—Es un problema engorroso —dijo Critón—. Empecemos por lo primero. Sabemos que el rey se alegra de que hayas venido; una buena señal.

—Sabe ocultar sus sentimientos. Quizá se alegre menos cuando se entere de la auténtica razón. Quizá se sienta engañado, humillado.

—Quizá. Todo a su tiempo, amigo. Silio me ha dicho que siente pasión por el conocimiento...

—Y yo soy un ignorante.

—Medio ignorante. Pero yo cubriré la otra mitad.

Curcio Rufo rió.

—Me ofendes —protestó Critón—. No importa. También siente pasión por construir una gran ciudad.

—¿Entonces? —Curcio Rufo se puso las manos bajo la barbilla.

—Entonces debes comenzar a regatear —dijo Critón.

—Quizá él no sepa nada.

—Es el rey. Tiene espías e informadores. Debe saber algo.

—Quizá tengas razón. Te confirmaré si es así cuando lo conozca mejor.

Llamaron a la puerta, y entró Silio. Estaba bastante ebrio, pero sonreía de buen humor.

—Deseabas hablarme en privado, excelencia.

—Sí. —Curcio Rufo sonrió afablemente—. Deseo agradecerte por ofrecernos tanta comodidad a tus propias expensas.

—Me alegra tener compañía. —Se balanceó sobre los pies—. Habitualmente debo depender de las noticias de mercaderes y capitanes.

—¿Con qué frecuencia zarpa el navío de aviso?

—Normalmente, una vez cada seis días.

—¿Y si hay prisa?

Silio se sobresaltó.

—En épocas de necesidad hay dos mercaderes. Siempre han resultado fiables. Puedo despachar mensajes a las veinticuatro horas en la temporada de navegación. Fuera de temporada, como ahora, se tarda más. —Caviló, arrugando la frente como un campo mal arado.

—¿Alguna vez han interceptado tus mensajes? —preguntó Curcio Rufo.

Silio titubeó y dejó la copa.

—Es curioso que lo preguntes. Recientemente asaltaron la casa del mercader sirio y se llevaron algunos despachos, junto con otros documentos. No eran importantes. De todos modos, el mercader fenicio tenía duplicados.

Critón intercambió una mirada con su amigo.

—¿Es el único caso? —preguntó.

Silio meneó la cabeza.

—Tenemos un servicio de correos que nos comunica con Cartago por la carretera de la costa. Hace doce días uno de los correos fue asesinado por salteadores. Lo despojaron de todo.

—¿Ese despacho era importante?

—Sí, pero no secreto. Era en respuesta a una pregunta del procónsul.

—Será mejor que aconsejes a tus mensajeros que se cuiden más a partir de ahora —comentó Critón.

Silio miró al enviado con el ceño fruncido.

—Entiendo. Haré lo que sugieres. Ahora bien, si no me necesitáis, tengo una cita con una dama. —Guiñó el ojo—. Se ofuscará si la hago esperar.

Enfiló hacia la puerta.

Critón miró de reojo a Curcio Rufo y asintió.

—Por favor, no te vayas todavía —dijo Curcio Rufo con voz perentoria—. Debo decirte algo más. Por el momento, sólo nos atañe a nosotros tres.

Cornelio Silio regresó al escritorio. Parecía que le hubieran limpiado la ebriedad con una esponja.

—Me lo imagino —murmuró—. Lamento que hasta ahora mis espías no me hayan traído ninguna noticia de interés.

Asistieron al banquete de palacio, y según la estimación de Critón había más de doscientos invitados.

—El rey está resuelto a demostrar que está a favor de Roma, aunque otros piensen lo contrario —murmuró mientras los conducían a sus asientos.

Curcio Rufo asintió. Esperaba que el rey estuviera de mejor humor y que el vino fuera aceptable. Pero se equivocaba en cuanto al rey, pues Juba se arrojó en su formalidad como si llevara una capa para protegerse del frío aire nocturno. Actuaba con suma parquedad y sólo hablaba cuando lo exigía la cortesía. Critón sospechó que algo lo inquietaba. Cleopatra Selene, que llevaba una túnica blanca, platicó con Lucio Egio durante el primer plato y festejó las bromas de Cornelio Silio durante el segundo plato, pero mantuvo en reserva sus pensamientos. Critón notó que ella y Juba apenas se hablaban, pero quizá esto obedeciera a la etiqueta de la ocasión. Curcio Rufo, a quien ella nunca miraba directamente, pensó que esa mujer no sentía afecto por ningún hombre.

A la conclusión del cuarto plato, cuando retiraban la vajilla, el rey preguntó a Curcio Rufo si el viaje había sido agradable.

—Así es, majestad, fue rápido y seguro. —Y añadió afablemente, pues el rey no respondió nada—: Era muy distinto en tiempos de mi padre. Un viaje marítimo era muy peligroso.

La reina volvió la cabeza.

—Habéis traído la paz en tierra y mar, y tenemos mucho que agradecer, aunque algunos piensan que el precio es demasiado alto.

—Ciertamente —dijo Juba—. Pero mi preceptor me enseñó que no se puede tener la libertad y la paz al mismo tiempo. Sus argumentos eran convincentes, aunque ahora no los recuerdo.

—También su majestad ha bregado por la paz —intervino el chambelán—. Nos honra que Roma nos haya confiado la custodia de la costa marítima desde Cartago hasta Tingis. Nos demuestra gran confianza.

Los ojos de la reina cruzaron el rostro del enviado como un látigo de seda.

—Creo que nuestro invitado no ha dicho la verdad —dijo—, pues tengo entendido que afrontaron una tormenta durante el viaje.

—Así es, alteza, pero fue muy agradable porque cada minuto nos acercaba más al país que haremos todo lo posible por servir.

—Una respuesta cabal —dijo el rey.

La reina irguió la barbilla.

—Aun así, reconocerás que incluso el poder de los poderosos tiene límites.

Juba se quedó súbitamente tieso y sus ojos perdieron toda expresión.

Curcio Rufo sonrió e inclinó la cabeza.

—Alteza, aun Roma es gobernada por hombres.

—¿Que pueden sufrir mareos y morir? —sugirió ella con voz suave.

—Con frecuencia, me temo. Dominamos los mares, pero no podemos dominar los cielos.

—Me alegra saberlo, pues de lo contrario seríais dioses y temería compartir la mesa con vosotros.

—No tenemos nada que temer de nuestros amigos —dijo conciliadoramente el chambelán.

—Y menos si vienen de Partia —comentó la reina, y se volvió para hablar con el invitado de la izquierda.

Juba habló en voz tan queda que Curcio Rufo apenas logró oírle.

—A menudo se culpa a los hombres por sus accidentes y se los elogia sólo por su buena suerte —dijo. Luego guardó silencio, pero Curcio Rufo vio sudor en la cara del rey y se preguntó por qué tenía tanto miedo. Se distrajo al ver que entraba una *troupe* de bailarines. Se reclinó en la silla para disfrutar del espectáculo, y no pensó más en el asunto.

Al día siguiente presenciaron una comedia de Plauto, representada al aire libre («una actuación pésima», comentó luego Critón) y admiraron el nuevo faro y la basílica.

Un día en que Curcio Rufo sufría una jaqueca por haber bebido en exceso la noche anterior, presenciaron un espectáculo de equitación ofrecido por un escuadrón selecto de la caballería nómada. Cuando un funcionario de la corte le preguntó qué pensaba de la destreza de los jinetes, él respondió concisamente:

—Los caballos están en óptimo estado.

El rey frunció el ceño y se hizo el silencio.

—Son estupendos, excelencia —observó el chambelán en voz baja—. Sus

antepasados destruyeron un ejército romano en Canas.

Critón contuvo el aliento, Lucio Egio guardó un elocuente silencio, la reina sonrió.

—Cualquier hombre a caballo puede hacer eso —declaró Curcio Rufo, irritado por la impavidez del rey—. El pueblo de mi padre lo demostró.

—¿El pueblo de tu padre? —preguntó el rey, inclinándose.

—Sí, aún hoy guardan estandartes romanos como trofeo. Él venía de Partia, como ya ha señalado la reina.

El rey lo miró y sus ojos revelaron un leve interés.

—Entiendo —dijo—. Fuiste tú, entonces, quien hizo esa cabalgada hasta Amedara.

Alzó una mano, un cortesano asintió, se impartió una orden, y el escuadrón se reagrupó, saludó y se marchó.

—La reina considera que me intereso demasiado por los libros, y demasiado poco por las personas —dijo el rey—. Quizá tenga razón. Pero me enseñaron que las palabras siempre deben respetar su sentido. Espero que así sea, en tu caso.

Saludó con un cabeceo y se marchó, y la reina lo siguió en su litera.

—Parece que a nuestro rey vasallo le están creciendo los dientes —graznó Marco Pedio.

—¿Pero por qué? —preguntó Critón, y miró con impotencia el rostro grave de los oficiales y a Curcio Rufo, que tenía esa expresión desafiante que el macedonio conocía bien. La había visto con frecuencia cuando su amigo perdía una partida de dados.

Regresaron a la residencia en silencio. Esa noche Curcio Rufo, mientras caminaba a solas por la terraza mirando el sol que se ponía tras las colinas, vio que se aproximaba una delegación encabezada por Cornelio Silio.

—Ya tengo bastante con mis problemas —refunfuñó el tribuno—. Excelencia, has estropeado dos años de trabajo en un par de minutos. Tendré que informar sobre esto cuando escriba al procónsul.

—Si tienes un motivo, explícalo, por favor —intervino Lucio Egio—. La historia se ha difundido. Un par de legionarios fueron apedreados en el bazar. El capitán del regimiento nómada ha protestado contra el insulto dirigido a sus hombres.

—Amigo mío, ¿los dioses te han vuelto loco? —dijo Critón—. Somos diplomáticos, enviados, no bárbaros peleando en una taberna.

Curcio Rufo apretó los puños y dejó caer las manos al costado.

—Olvidemos los buenos modales y digamos la verdad... si es que podéis soportarla —replicó—. Usemos palabras crudas que los hombres refinados o presuntamente refinados prefieren eludir. —Miró despectivamente al tribuno—. ¿Crees que no sé lo que piensas de mí a mis espaldas, que no conozco el apodo que

me han puesto tus soldados? —Eché una mirada al centurión de la escolta—. Si vosotros, que sois romanos, pensáis así, usad vuestra educación para preguntaros qué pensará el rey.

—Curcio... —intervino Critón.

—No, Critón, aquí no estamos en una escuela de filosofía, jugando con ideas abstractas. La gente que puede darse ese lujo se ha retirado de la vida.

—Has arruinado esta empresa antes de que empezara —observó Lucio Egio.

—Si de veras crees eso, eres un necio. —Curcio Rufo sonrió con sorna, pero sus ojos azules se habían oscurecido de furia—. Tú conoces esta región, pero yo conozco a Juba. Lo entiendo como tú nunca lo entenderás. ¿Acaso los reyes vasallos no prodigan su amistad a los enviados? Claro que sí. Pero no este hombre, ¿y por qué? Porque se siente insultado, pues su patrono no le ha enviado un tribuno de buena familia, que se tropiece con la nariz cada vez que camine y cuyo perfume lo preceda cada vez que dé la vuelta a una esquina.

—¡Excelencia! —Cornelio Silio le dio la espalda—. Ya he oído suficiente.

—Y oirás más mientras Marco Agripa me otorgue autoridad en este asunto. También yo redacto informes.

Lucio Egio entornó los ojos.

—¿Y bien? —dijo.

—Durante cuatro días el rey, un joven agradable y encantador, considerado, cortés, culto y sensible (y sólo repito tus palabras)... durante cuatro días se ha comportado como si yo no existiera. Esto no podía continuar. Ni siquiera ha sonreído.

—Y ahora sonreirá menos —dijo Critón.

—Claro que sí, tonto. Es nómada, y yo soy medio parto. Tenemos mucho en común. Mi padre fue esclavo, y sé muy bien lo que es la pobreza, así como vosotros sabéis lo que es la riqueza. Juba fue prisionero y tuvo que marchar encadenado en un triunfo cuando era un muchacho. ¿Sabéis lo que eso significa? ¿Os imagináis esa experiencia? —Clavó los ojos en Lucio Egio.

—No lo entiendo —dijo el centurión con voz vacilante.

—¿Estás seguro? —dijo cautamente Critón.

—Sólo estoy seguro de una cosa: de que un día todos moriremos. Sí, él y yo nos entenderemos muy bien a partir de ahora. Los mejores tratos se hacen entre hombres que sienten respeto mutuo.

El tribuno se volvió hacia él.

—Espero que estés en lo cierto, excelencia. Esta gente es proclive a los disturbios y no nos tiene gran afecto. Nuestras vidas están en tus manos.

Curcio Rufo sonrió.

—Entonces también nosotros tenemos algo en común, pues la mía está en la vuestra. Abramos un ánfora para celebrarlo, si os parece.

El rey sonrió nerviosamente y enrolló el mapa.

—Creo que es trabajo suficiente por un día.

Se levantó de la mesa y salió al balcón que daba a los jardines, donde un grupo de chiquillos, los hijos de sus cortesanos, jugaban en el borde de una piscina de agua azul. Curcio Rufo miró la otra mesa, donde Probo señalaba elevaciones en un plano.

—¿Crescens ha marcado el trayecto de esos manantiales?

El arquitecto asintió hurañamente.

—Sí, pero creo que hubo un error en la localización del tramo intermedio. El gradiente de los puntales debería ser de un cuarto de pulgada cada cien pies, y no es así.

—Luego hablaré con él.

El rey le pidió que lo acompañara, y Curcio Rufo se dirigió al balcón. Al salir de esa sala fresca, se sentía el calor del sol. Los dos hombres permanecieron lado a lado. El rey observaba a los niños y Curcio Rufo observaba al rey. Juba estaba tenso y alicaído. Curcio Rufo guardó silencio un rato, sintiendo el sol invernal en la cara y escuchando el murmullo de la ciudad más allá de las murallas. Era, pensó, como estar en el Janiculum y observar el ajeteo de Roma más allá del Tíber. Se preguntó cuándo la vería de nuevo; pensó en Pero y trató de adivinar qué hacía ella en ese preciso instante. Inevitablemente pensó en las mujeres alojadas en la residencia, al cuidado de Felicia. Permanecían en sus aposentos, salían una vez al día en literas cerradas y con escolta, y no causaban problemas. Había hablado con Urraca un par de veces desde aquel día en el muelle de Cartago y ella permanecía distante e impassible, respondiendo las preguntas con mansedumbre y engañosa humildad.

Le irritaba no saber qué pensaba ella. Hacía tiempo que estaba lejos de Roma y le costaba dormir de noche. No le costaba saber por qué.

—Tengo grandes planes para esta ciudad, muy grandes planes —dijo Juba con voz aniñada—. Quiero que sea la mejor ciudad del África. Quiero un nuevo teatro y un nuevo palacio.

—¿Os dais cuenta de que será costoso, majestad? —dijo Curcio Rufo—. El coste de pavimentar con bloques de piedra será de dos sestercios por pie cuadrado, así que dieciséis millas costarán casi dos millones. Primero es preciso ampliar las instalaciones de descarga del puerto.

—Sí, sí —dijo Juba con impaciencia—. El crecimiento del comercio traerá más dinero y necesitamos el dinero para pagar el edificio. Tu secretario ha sido una gran ayuda. He escrito a los talleres que él me recomendó. Han aceptado. El navío de aviso trajo sus cartas esta mañana. Crearán bonitas estatuas que instalaremos en el nuevo foro y en el palacio. La primera será de Augusto.

—Naturalmente.

El rey rió.

—Noto que te burlas de mí, pero me tiene sin cuidado. Sí, y también necesitamos una gran biblioteca. —Miró el mar, más allá del jardín y de los techos chatos de la ciudad—. Extraño muchísimo los libros.

—Pero aquí tienes una biblioteca.

—Es sólo un comienzo. Esto es lo que más eché de menos cuando vine. Aislarse de los libros es aislarse de la vida. Al principio lo detestaba. Me sentía como un exiliado.

—¿Extrañáis Roma, majestad?

—Sí. ¿Tú no?

Curcio Rufo sonrió.

—Sí, un poco. Pero agradezco la oportunidad que me permitió visitar vuestro reino. Es una tierra maravillosa.

Juba lo miró de soslayo.

—Y yo agradezco que hayas venido. Tus oficiales, tus técnicos y tus artesanos han sido maravillosos. Trabajan con empeño. Era lo que se requería para empezar. —Y añadió tímidamente—: Me propongo demostrarle a Augusto que su confianza es merecida.

—Sólo un demente lo pondría en duda, majestad.

—No te irás enseguida, ¿verdad? —dijo Juba ansiosamente—. Mi gente es lenta para aprender, lo sé. Lleva tiempo dominar un oficio, y sin tus instructores estaríamos perdidos.

—Estoy aquí sólo para asistirte. Ésas son mis instrucciones. No puedo asistirte si me marchó.

—No, claro que no —rió el rey—. Hace dos meses que llegaste. —Se volvió cuando un sirviente apareció en la puerta—. Sí, ¿de qué se trata?

—Cartas, majestad, traídas de la residencia. Para su excelencia.

—¿Me excusáis, majestad?

—Sí, ciertamente. Ah, ahí viene la reina. Le dije que era un día tórrido y que no debía caminar tanto. Tenía razón.

Curcio Rufo rompió el sello y desenrolló el pergamino. Era una carta de Marco Agripa.

*Me complace haber recibido informes favorables sobre las tareas que has realizado hasta ahora por encargo del rey. Él habla de ti con gran estima y me alegra no haber errado en mi elección. Empero, no olvides el verdadero propósito de tu viaje. La situación es mucho más grave que cuando te escribí anteriormente. Tengo órdenes de informarte de que debes tomar cualquier decisión que consideres adecuada para acelerar la recuperación de la sobrina de Valerio Mesala.*

La carta terminaba tan formalmente como empezaba. Curcio Rufo la enrolló y se

la guardó en la túnica sin una palabra.

—¿Has recibido malas noticias? —preguntó el rey.

Curcio Rufo asintió.

—Augusto todavía está enfermo.

Juba palideció.

—Lamento oír esa noticia —dijo—. Pero no es la primera vez que tiene problemas de salud. Rezaré por su recuperación. —Titubeó—. Quizá debería decirte... —Se interrumpió de golpe. Le temblaban las manos. Miró por encima del hombro del enviado a un grupo de personas que entraban en la biblioteca. Entre ellas estaba la reina. El rey se giró y le salió al encuentro con una sonrisa en la cara y ansiedad en los ojos.

Curcio Rufo se tocó el labio y se llevó un dedo a la oreja. Se sentía perturbado. Sólo después, al regresar a la residencia, se preguntó qué había querido decirle el rey.

Para Critón había sido otro día de interrupciones continuas. Primero Vatino, argumentando que les faltaba forraje y que el palafrenero estaba enfadado porque no había podido ejercitar a los caballos. Probo, el arquitecto, había pedido compartir su habitación con cualquiera menos Crescens, pues el agrimensor roncaba y no lo dejaba dormir de noche. ¿Cómo podía trazar planos precisos si siempre estaba cansado y crispado por falta de sueño? Luego había ido Felicia, exigiendo verle a solas, así que los amanuenses debieron irse de la oficina, perdiendo un tiempo valioso. Le preocupaban las muchachas, que estaban irritables por pasar tanto tiempo encerradas en sus aposentos, y pálidas por falta de ejercicio. Cuando Critón replicó que él no podía hacer nada y que no tenía la culpa del mal tiempo, ella dijo sin rodeos que el problema se debía a que ellas tenían pocas ocupaciones. Critón replicó que él era secretario, no mayordomo, y ella juró que nunca había conocido a un hombre que entendiera lo obvio, y se marchó dando un portazo. Por último, Marco Pedio llegó con la capa empapada, rezongando contra el tiempo.

—He debido postergar todas las tareas de construcción y mantenimiento. Dos hombres han sufrido un accidente en el puerto... Oh, nada grave. —Hizo una pausa y al fin disparó su queja—: El cirujano no aparece por ninguna parte. ¡Quizá esté bebiendo en una taberna, como de costumbre! Bien, ¿sabes dónde ha escondido la llave del baúl de suministros médicos?

Cuando se hubo marchado, Critón le dijo fatigadamente al amanuense principal:

—Haz dos copias y entrégaselas al tribuno. Él se encargará de que las despachen.

Tiritó y lamentó no haberse puesto una túnica más abrigada. Seguía lloviendo y se oía el viento fresco que soplaba desde hacía cuatro días, agitando las adelfas del patio. Volvió a revisar su diario, para cerciorarse de haber transcrito fielmente el relato del enviado de su última reunión con el rey. Al cabo se le cansó la mano y se interrumpió, evocando con agrado la noche anterior. El joven sirio que había

conocido en el mercado, y que casi ciertamente era un espía, había sido muy complaciente. Critón se preguntó si regresaría esa noche, tal como había prometido.

—Se nos están acabando la tinta y las plumas —le advirtió el segundo amanuense, que estaba preparando las asignaciones de alimentos del mes—. ¿Trato de conseguir algunas en la ciudad?

—Sí, pero procura que las cañas no tengan juntas. No me interesan las otras. También necesitamos pergamino. Nunca me imaginé que esta misión requeriría tantos escritos. Ya podría haber copiado dos veces una compilación de los discursos completos del Senado.

Al caer la tarde Curcio Rufo regresó del palacio, cansado y exasperado. Sin quitarse la ropa de montar, fue a su estudio y envió a sus esclavos a buscar vino y agua caliente. Critón se reunió con él, seguido por Cornelio Silio, que acababa de llegar del puerto.

—Otro despacho —dijo.

Curcio Rufo lo abrió y se lo pasó a Critón.

—¿Has tenido un día fructífero? —dijo Cornelio Silio.

Curcio Rufo sacudió la cabeza.

—Vi al rey y sólo hablamos de menudencias, de la salud de su familia, de la reconstrucción. El rey esta fascinado por la destreza del mosaquista. Creo que él mismo quiere aprender. Luego asistí a una reunión del consejo. Hablaron de comercio, una actividad en la que no soy experto, siendo hijo de un hombre que fracasó en ella. ¿Y tú?

—Tengo muy poco que informar, salvo un detalle curioso que conocí por casualidad, por medio del oficial que comanda la flota africana.

—Continúa.

—A principios de septiembre una birreme apostada en Portus Sigensis emprendió un breve viaje de adiestramiento. La tripulación consistía en ciento ocho remeros, todos nativos de estas costas, veinticinco marineros, de los cuales sólo tres estaban al servicio de Roma, y treinta soldados pertenecientes a las levadas del rey. El barco recaló en Russaddit, costa arriba, para efectuar reparaciones menores. Tres días antes del secuestro de la sobrina de Mesala, el capitán de la birreme se hizo a la mar y lo vieron por última vez siguiendo la línea del cabo frente a la costa... es decir, con rumbo norte. —Hizo una pausa y sorbió el vino.

—¿Por última vez?

—Así es, excelencia. La birreme no regresó. En noviembre el oficial de Portus Sigensis informó a su superior que la nave se había perdido en el mar. No había restos de naufragio ni supervivientes. El oficial superior comunicó el asunto al palacio y el gran consejero ordenó la construcción de un reemplazo. La nueva nave se construyó con gran premura en veintiocho días. Deben haber empleado más de doscientos

hombres para concluir el trabajo tan pronto.

—¿Y bien? —dijo Curcio Rufo—. Pudo haber sido un auténtico accidente.

—Excelencia, en ese momento hacía buen tiempo, y el capitán era un hombre experimentado. Es posible que la birreme se haya cruzado con el barco pirata que regresaba con la muchacha secuestrada y fuera hundida en combate.

—Quizá tengas razón, pero eso no nos lleva a ninguna parte.

—No tenemos pruebas, pero es una pista posible —insistió Cornelio Silio—. Creo que la nueva nave se construyó de prisa para ocultar la pérdida de la anterior. La orden de reconstrucción fue firmada por el rey.

—Pero había marineros romanos a bordo. Su ausencia no se podría ocultar.

—No, excelencia. Se dio parte de sus muertes a las autoridades de Misenum.

—¿Entonces? —Curcio Rufo se encogió de hombros.

—Eso fue casi tres meses después. He visto una copia del parte en la oficina del puerto, y dice que murieron en un accidente marítimo, cuando el bote en que desembarcaban se fue a pique en el oleaje ante las playas del este de Portus Sigensis.

—¿Estás seguro de esto?

Cornelio Silio arqueó los labios.

—Tengo informes de testigos oculares de que los tres hombres estaban en la birreme el día en que zarpó por última vez. He revisado las fechas del informe de sus muertes. Nómbrame un hombre que desprecie el dinero y te diré que es un necio. Mi contacto no es un necio.

—Muy bien, alguien ha mentido. Buscamos a la muchacha, no a alguien que oculta accidentes embarazosos.

—Si la firma no está falsificada —murmuró Cornelio Silio—, el que ha mentido es el rey.

—Sírreme más vino, pero sin agua —dijo Curcio Rufo—. ¿Sí, Critón?

—Aquí tienes tu mensaje, Curcio. —Critón se veía perturbado y le temblaba la mano.

Curcio Rufo cogió el pergamino y lo leyó.

—«Se necesita comerciar además de construir. El buen mercader debe aprovechar la oportunidad a tiempo o perderá su mercado. Más vale ser perdonado que ser olvidado.» —Estaba firmado por el secretario de Mecenas. Curcio Rufo miró a los dos hombres—. Otra advertencia de que debemos apresurarnos.

—Pero no es posible apresurarse en asuntos de este tipo —dijo Critón.

Curcio Rufo se volvió hacia el tribuno.

—¿Qué dicen tus espías del palacio?

—Nada, excelencia. Lo lamento.

—¿Ni siquiera tu querida Naida, esa sonriente muchacha morena que asiste a la reina?

—¿Alguna vez le das tiempo para hablar? —intervino Critón. Cornelio Silio se ruborizó.

—Sólo me cuenta chismes de la corte —dijo envaradamente—, y yo le cuento chismes a mi vez. Creo que me espía a mí por encargo de la reina y que recibe plata de ambos.

Curcio Rufo se acarició el cabello con irritación. Se sentía cansado, arrinconado, ansioso.

—De nada vale perder los estribos —dijo—. Hace varias semanas que estamos aquí y sabemos tan poco como cuando llegamos. El tiempo no juega a nuestro favor en este asunto, y no podemos demorarnos más. Silio, ¿puedes concertar una audiencia con el rey? No puedo correr el riesgo de que alguien oiga nuestra conversación, ni por él ni por mí. Lo mejor sería que saliéramos a cabalgar juntos.

—Entonces debemos esperar a que pare la lluvia —dijo Cornelio Silio.

—¿Y si él no sabe nada, o no puede o no quiere ayudarnos? —dijo Critón—. Estarás en peor situación que antes.

—Debo correr ese riesgo.

—Si Juba se vuelve contra ti, arriesgas la vida de todos nosotros —dijo el tribuno.

—Tengo la autoridad de Marco Agripa.

—Podrían repudiarla —advirtió Critón.

—Conozco los riesgos —dijo Curcio Rufo con terquedad. Ahora la habitación estaba a oscuras, la lluvia arreciaba y su rostro estaba en sombras—. Vosotros pensáis en vuestra vida, pero yo no he olvidado a esa muchacha. Hablé de ella con Valerio Mesala. Vosotros no. Hace meses que es cautiva de gente bárbara. Cada día y cada noche que pasa ella sigue allí, y nosotros no hacemos nada. Le prometí a Valerio Mesala que la llevaría de regreso. Hice un juramento ante el altar de sus dioses lares, y me propongo cumplir mi palabra. Contra viento y marea.

## Capítulo 12

El mal tiempo se prolongó.

—Más vale esperar —decía Cornelio Silio todos los días, meneando la cabeza—. Cuando se eleve Arcturus, volveremos a ver cielos despejados.

Al cuarto día de espera Curcio Rufo cayó enfermo. La residencia parecía más fría y húmeda que de costumbre, y a pesar del brasero sufría espasmos de frío y calor. Critón lo visitó en el estudio después de la cena, le examinó el rostro y le ordenó que se acostara. Curcio Rufo obedeció sin rechistar, llamaron al cirujano, y durante una semana guardó cama con fiebre. Cornelio Silio sostenía que le habían mezclado el vino de la jarra con agua en mal estado. Al enterarse de esto, Marco Pedio revisó la provisión de agua, pero no encontró nada objetable, aunque el sirviente que llevaba la jarra a la habitación juraba que la habían llenado con agua del pozo del patio.

Critón lo atribuía a negligencia, pero Cornelio Silio no coincidía y no retuvo mucho tiempo al sirviente. Lucio Egio, que permaneció dos noches con el enfermo, estaba de acuerdo con él.

—Otra demora —comentó—. Pero qué modo brutal de provocarla.

La noticia llegó al palacio y el rey envió un mensaje deseándole una pronta mejoría. La reina, de mentalidad más práctica, envió a su propio médico, un griego de Delos que otrora había estado al servicio del prefecto de Egipto. Cuando el enviado se sintió mejor, la reina mandó otro mensaje, invitándolo a alojarse en el palacio. Cornelio Silio insistió en que aceptara.

—La residencia está atestada y no es buen lugar para un convaleciente.

Critón expresó temor por la seguridad de su amigo.

—Estará a salvo —afirmó el tribuno—. Si alguien deseara lo contrario, ya estaría muerto, no en pie como un ternero a punto de dar sus primeros pasos.

—Coincido con Silio —dijo Curcio Rufo al oír esta conversación—. No puedo lograr nada sin haber visto al rey, y debo reponerme cuanto antes.

El día de su partida, Felicia fue a verle. Ella también había estado enferma.

—No te preocupes por mí —dijo la mujer—. He sobrevivido a cosas peores. Urraca desea hablar contigo. Algo ha contrariado a esa niña, y no me quiere decir qué es. Insiste en verte.

—Envíala aquí —dijo él—. Le debo gratitud por cuidarme, así que lo entiendo.

—Habrías muerto de no ser por ella —dijo Felicia—. Si no me crees, pregúntale a Critón.

Urraca lo encontró sentado junto a la ventana, con una túnica holgada. Ella se veía pálida y delgada, pero su expresión era tan remota como siempre.

—Tengo una deuda contigo y procuraré saldarla —dijo él—. Entre tanto, acepta mi gratitud. Al parecer te debo la vida.

Ella sonrió lánguidamente.

—No puedes estar en deuda con una esclava —dijo—. Hice lo que tenía que hacer. Cuando era niña, me pasé una noche entera con un cachorro enfermo, tratando de salvarlo. Pero murió.

—No me siento muy bien, así que no discutiré —dijo él, y cerró los ojos—. ¿Por qué deseabas verme?

Ella entrelazó las manos.

—No vayas al palacio —dijo—. He oído rumores sobre la reina. Recibimos muchos chismes, pues no hay mucho que hacer, de los que visitan la residencia. Los esclavos se los cuentan entre sí y luego a nosotras. Creo que allí correrás peligro.

—¿Tienes alguna prueba?

Ella negó con la cabeza.

—Si desearan matarme, ya me habrían liquidado con el vino y el agua.

—Lo sé. Pero tengo un mal presentimiento. Por favor, no vayas. Temo por ti.

Él abrió los ojos. Ella tenía la expresión impasible de siempre. Él la miró y sonrió. No era una de sus mejores sonrisas, pero era la primera que ella veía, y tensó súbitamente las manos.

—Por favor —insistió.

Él sacudió la cabeza.

—Tienes buenas intenciones, y las agradezco. Pero ya no puedo cambiar mi decisión.

—Me imaginé que dirías eso. Lamento haberte molestado, amo. —Inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta. Se volvió y sonrió—. Si un hombre quiere morir con azúcar, ¿para qué matarlo con veneno? —Salió y cerró la puerta suavemente.

Curcio Rufo llevó a dos esclavos y obtuvo unos aposentos en el lado sur del palacio, sobre los jardines. Su único visitante fue el chambelán, que deseaba cerciorarse de que estuviera cómodo y expresó cortésmente que lamentaba que su excelencia se encontrara tan indispuerto que no hubiera considerado necesario llevar consigo a sus esclavas. Poco a poco se fortaleció y pudo caminar sin sentir la necesidad de sentarse a cada instante. Dictaba cartas, enviaba mensajes a Critón, y la inactividad empezó a irritarlo. Se enteró de que Juba había salido de la ciudad para visitar el interior —algo relacionado con una cacería de animales—, pero había dejado dicho que ansiaba conversar con el enviado a su regreso. Dos días después de la partida del rey, recibió otra visita del chambelán.

—La reina te envía saludos y se alegra de saber que te estás recobrando. —El nómida hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Te invita a cenar con ella mañana, y te promete entretenimiento.

—Acepto la invitación de la reina con gratitud —respondió Curcio Rufo—. ¿Será un banquete formal?

—No, excelencia, sólo una cena privada. La reina entiende que en bien de tu salud no sería prudente agotar tus fuerzas con las formalidades de una cena oficial.

—Me siento muy honrado. Por favor, agradece a la reina su preocupación.

El chambelán se despidió con una reverencia. A solas de nuevo, Curcio Rufo fue a la ventana y se sentó en la silla. Sacó de la túnica los dados con que no había jugado desde Roma, y comenzó a arrojarlos sobre la mesa. Me falta práctica, se dijo. Pronto estaré apostando todo a una sola jugada. Le ruego a la Fortuna que vuelva a favorecerme. Recordó el mensaje de Mecenas, conciso y cortante, y tembló. Si fracasaba, no volvería a ver las siete colinas.

La cena se sirvió en la sala de recepción de la reina, una cámara azul y dorada con ventanas con celosías, techo pintado y suelo de mosaicos, en parte cubierto por alfombras tejidas. En las ménsulas de las paredes ardían antorchas, y unos braseros caldeaban la habitación. Él compartía un cojín acolchado con la reina, y la mesa de marfil estaba repujada con oro batido. Los atendían dos damas de la corte. Una de ellas, Naida, era la joven de pelo renegrado que conocía a Cornelio Silio, y varios esclavos nubios con casaca escarlata y pantalones acampanados montaban guardia contra las paredes. La cena fue servida por esclavas al mando de un maestro de ceremonias, que era el único otro hombre presente aparte del secretario de la reina, un egipcio a quien Curcio Rufo había conocido en visitas anteriores al palacio.

Cleopatra Selene llevaba una túnica azul y dorada sin mangas cuyos blandos pliegues le llegaban hasta los pies. Su cabello oscuro, que llevaba enrollado en un moño en su primer encuentro, le ceñía la cabeza como una gorra, y colgaba espeso y lacio en una redecilla de oro sobre los hombros desnudos. Él reparó en las intrincadas tallas del collar de oro que llevaba, los pendientes de oro con forma de luna que bailaban sobre la línea de la mandíbula, y el cinturón dorado, recamado de perlas, en la cintura. Con todas sus galas, pensó él, la reina tenía una atracción especial.

La reina era cortés pero formal. Preguntó por su salud y luego hablaron de lugares comunes, y el secretario intervenía de cuando en cuando. La habitación se calentó y los braseros despedían un denso aroma de cedro que no era desagradable. Bebieron en copas de plata tales como él nunca había visto, y siempre había una muchacha sonriente dispuesta a servirle de nuevo antes de que él llegara a vaciarla.

Ella le habló de Roma, de su arquitectura y sus acueductos, habló de las obras que había visto y los libros que había leído. Conversó sobre filosofía, matemáticas y ciencia, y manifestó su deseo de que ella, con su esposo, cuya ausencia esa noche lamentaba indeciblemente, pudiera transformar Iol Cesarea en una nueva Alejandría, famosa por sus artes, su belleza y su urbanidad. Hablaba bien y tenía el raro don de conferir interés a temas que eran casi desconocidos para el interlocutor. Pero había tenido la mejor de las maestras, pensó él, mientras trataba desesperadamente de dar respuestas inteligentes a las preguntas que ella le planteaba.

—Me temo, alteza, que sé muy poco sobre estos asuntos. Soy apenas un ingeniero. Construyo cosas, pero no sé hablar sobre ellas.

—Sólo un hombre sincero confiesa su ignorancia ante una mujer —dijo ella, con una leve sonrisa—. Y quizá un hombre inteligente. Dime, ¿la estatua de Cornelia aún se yergue en el pórtico de Octavia? Hablaban de trasladarla cuando me fui de Roma.

Entre un plato y otro fueron entretenidos por malabaristas, una muchacha que cantaba al son de un arpa, un par de acróbatas negros, y un muchacho que ejecutó una danza con cuchillos, caminando cabeza abajo sobre las puntas para finalizar su número. La reina los observaba y él observaba a la reina, gesticulando cortésmente cuando ella se volvía en ocasiones para comentar el espectáculo y alentarle a hablar. Él olía su perfume, leve, seco y agradable; observaba los destellos del broche de oro y marfil del hombro del vestido; admiraba el lustre oliváceo de la tez, y el gran anillo de amatista que ella llevaba en la mano izquierda.

—Estás muy callado —murmuró ella al fin, y su voz gutural era infinitamente amable.

—En tal caso, alteza —dijo él cortésmente, y su propia voz le pareció tensa y áspera—, es porque estoy deslumbrado. No estoy acostumbrado a tanta magnificencia. —Sonrió, sintiendo perlas de sudor en la cara.

—Bah, la sala es bastante vulgar y el espectáculo no pasa de ser entretenido. — Ella hizo una pausa y entornó los párpados pintados de azul, retocados con kohl—. ¿Eso es todo? Uno se acostumbra a cualquier cosa, como bien sé por experiencia.

Él tuvo la sensación de estar al borde de un precipicio. Vio el centelleo de la luz que se reflejaba en el anillo de la reina mientras ella llevaba la mano hacia la copa.

—No se trata de eso —dijo—. Siempre debemos caminar con tiento en presencia de los dioses.

Ella lo escrutó con ojos luminosos. Cogió la copa y bebió, sin quitarle la mirada de encima. Suspiró.

—Explícame por qué dices eso —murmuró—. Te lo ordeno.

—He visto la amatista de tu dedo y reconozco la media luna que oscila ante mis ojos —dijo él, y fue como si desde siempre conociera la verdad sobre ella—. No en vano al nacer te llamaron Cleopatra Selene.

—Así se ordenó —dijo ella simplemente. Llamó en voz baja y una de las muchachas fue a arrodillarse junto a ella con una caja dorada en las manos. Sin dejar de mirarlo, la reina abrió la caja y sacó un brazalete de plata grabado con un dibujo que él desconocía—. Es tradicional intercambiar obsequios. Éste es mi presente para ti. Deja que te lo ponga, para que el regalo sea más valorado. —Le tocó la muñeca con dedos cálidos e impersonales y cerró el broche—. Ahora tú debes darme un regalo.

—No sabía... No he traído...

—¿Me das tu brazalete? Será un canje justo, y lo atesoraré siempre en recuerdo del enviado de Augusto.

Él sonrió. No podía hacer otra cosa, aunque el brazalete significaba muchas cosas para él, entre ellas la esperanza.

—Puedes ponerlo en mi muñeca. —Ella extendió el brazo y él hizo lo que le decían.

Bebió el vino. Era bastante tarde y se preguntó si debería presentar sus excusas y retirarse. Desconocía la etiqueta en estas circunstancias. Los flautistas se habían marchado; las esclavas se habían llevado los platos sucios, el secretario había desaparecido. La habitación parecía más oscura, pero quizá se debiera al hecho de que habían desplazado los braseros hacia el centro de la sala. Algunos de los nubios ya no estaban a la vista. Quizá también se hubieran ido.

—Todavía es temprano —dijo la reina—. El entretenimiento que te prometí aún está por llegar. Creo que lo disfrutarás. Sólo los hombres de deseos pequeños experimentan placeres pequeños.

Él recibió el cumplido con un cabeceo.

—Estoy en tus manos en este asunto —dijo.

Ella se quedó muy tiesa, y su rostro era súbitamente distante e inexpresivo. Luego se inclinó hacia él y él bajó los ojos hacia la curva de los pechos.

—Mírame —ordenó ella, con una sonrisa burlona. Él alzó los ojos y ella asintió con aparente satisfacción—. Ya lo creo que estás en mis manos.

A sus espaldas alguien batió las palmas; una flauta sonó en las sombras del extremo de la cámara, y pronto se le sumó el sordo redoble de un tambor. Una silueta salió de la oscuridad y se deslizó hacia la luz, y las antorchas chisporrotearon como sobresaltadas, y luego se asentaron, alumbrando un vestido azul y dorado, un cabello oscuro cubierto por una redecilla dorada, un destello de aros con forma de media luna, un collar dorado, y manos largas y esbeltas. Él se inclinó y sintió sudor en la frente al ver los ojos que había bajo los párpados pintados de azul. Era el rostro de la reina.

Dio un respingo y miró a la reina que tenía al lado.

—¿No te atreves a mirar el sol naciente?

Ella no tenía el brazalete en la muñeca.

Se volvió de nuevo, y la reina avanzaba hacia él. A diez pasos se detuvo, alzando las manos y entrelazándolas detrás de la cabeza. Este acto lento e infinitamente grácil despertó el acorde de un recuerdo en su memoria, pero era tan tenue que no pudo evocar la melodía. La reina cimbrió el cuerpo y tendió la mano en un gesto de suplicante. Entonces él vio con toda claridad el brazalete que ella llevaba en la delicada muñeca. Era el que él le había regalado. Los redobles se intensificaron mientras ella se ponía a bailar.

Había visto mujeres refinadas de Roma que bailaban el día designado en honor del Misterio, pero sus movimientos estilizados y gráciles debían más al arte que al fervor religioso. Había visto muchachas de otra calaña que se exhibían en tabernas humosas o en un tablado, pero sus sonrisas frías y sus gestos lascivos no podían revelar una calidez que no tenían. La reina no era como ellas, y Curcio Rufo observó, embelesado por esa sonrisa elusiva, la enigmática promesa de los ojos, el sutil contoneo del cuerpo.

Una tela susurró cuando la reina que estaba a su lado se reclinó contra los cojines para mirarle el rostro, pero él no lo notó. No apartaba los ojos de la reina que bailaba en su honor. La luz de las antorchas titilaba sobre el azul y el oro, su belleza despertaba ensueños, y su sombra pintaba promesas en la pared.

Él se movió cuando la música cesó, estiró las piernas entumecidas, pestañeó. La cámara de recepción estaba vacía, las antorchas ardían con luz tenue, y la reina, grácilmente reclinada junto a él, hacía girar una copa entre los dedos. Él movió la mano ante la cara.

—No entiendo —musitó—. Mi brazalete... —La miró con pasmado silencio.

—Ahora es mío —dijo ella, y alzó la muñeca.

Él sacudió la cabeza con desconcierto.

—¿Puedo ofrecerte más entretenimiento? —murmuró la reina.

Atónito, él miró el brazalete que ella llevaba en el brazo y tocó el otro que ella le había dado a cambio.

—Hice descender la luna y aún no estás satisfecho —dijo ella. Se puso de pie—. Te acompañaré a tu habitación, o te extraviarás. Es tarde y los sirvientes se han retirado.

Él la siguió por un laberinto de corredores y antesalas, y le alegró que ella lo guiara, pues no recordaba el camino. Ella se detuvo frente a una puerta al final de un largo pasillo.

—Tus aposentos —dijo. Estiró la mano y él se inclinó para besarle la muñeca. Ella sonrió—. Confío en que tengas todo lo que deseas. Si no puedes dormirte, mira la luna.

Dio media vuelta y pareció fundirse con la oscuridad. El susurro de sus faldas se extinguió mientras él abría la puerta para entrar.

La cámara estaba a oscuras, pero el tenue resplandor de la luna atravesaba las altas celosías, y tuvo la impresión de hallarse en un lugar extraño, fastuoso, más amplio y más suntuosamente amueblado que ningún otro que hubiera visto. Un enorme diván, cubierto con tela bordada y cubierto de cojines, llenaba casi la mitad de la habitación y estaba rodeado en tres partes por cortinas de una tela fina que temblaba en el aire nocturno. Sintió una fragancia y la reconoció: el perfume de la reina. Intrigado, se volvió y se detuvo cuando algo se movió en la oscuridad. Una

sombra flotante pareció desprenderse de la pared. Vio el brillo del claro de luna sobre azul y oro y oyó el susurro de un vestido. Se le secó la boca.

—Pero, alteza...

Ella estiró las manos y le tocó la cara. Él la miró y echó un vistazo a la puerta cerrada. La reina le apoyó la mano en la boca.

—Ella se ha ido —murmuró—. Yo estoy aquí. Mírame.

Él la miró y vio que la expresión de ella cambiaba.

—He bailado para complacerte —dijo ella, sonriendo—. ¿También deseas besarme?

—Un zapatero no debe alzar los ojos por encima de las sandalias —dijo él.

Ella rió suavemente.

—Eso depende de quién las use. No has respondido a mi pregunta, Curcio Rufo.

Él se quedó inmóvil, las manos a los costados.

—Soy el enviado de Roma —graznó. Ella se le acercó y él sintió sus brazos en el cuello, sus manos en el pelo. Titubeó—. El... el beso es el heraldo del adulterio.

Ella se frotó contra él como una gata.

—Pero ahora no estamos en Partia —declaró.

—Hoy es el festival de Regifugium... la fuga del rey —dijo él con voz vacilante.

Ella se echó a reír y él sintió que le acariciaban la boca. No vaciló más.

Cuando se despertó por la mañana estaba en su cámara y había amanecido hacía rato, y no recordaba cómo había llegado allí. Llamó a su esclavo, que le sirvió el vino que siempre bebía al levantarse. El esclavo lo miró con curiosidad pero no dijo nada, y luego se marchó. Curcio Rufo miró la cama pulcra, la habitación ordenada y la ropa plegada sobre un taburete. Cogió la jarra y entonces vio el brazaletes que tenía en la muñeca. Recordó las palabras que le había dicho Urraca, y se sintió enfermo de miedo.

Más tarde se reunió con la reina en una ceremonia formal: la despedida de un enviado que se dirigía a Alejandría. Luego ella le indicó que deseaba hablarle y él la siguió a una antesala. Naida montaba guardia en la puerta para que no los molestaran. Por un rato ella habló de asuntos concernientes a la visita de Curcio Rufo y él agradeció la índole impersonal del encuentro. Al cabo ella hizo una pausa, lo miró largamente y dijo en voz baja:

—¿Tienes el brazaletes que te di?

Él se tocó la muñeca.

—Sí, alteza... No puedo encontrar la traba.

—¿Eso te preocupa?

—Cuando el rey regrese...

—Aún faltan dos días para que regrese. Tengo un gran cofre de joyas. Ni siquiera yo recuerdo todo lo que hay en él.

—Este objeto no es algo que yo pueda haber comprado —objetó Curcio Rufo, lamiéndose los labios reseco.

—No —replicó ella—. Es una pieza del tesoro que perteneció a mi madre. Si lo poseo, se lo debo a la amabilidad de Octavia. —Sonrió irónicamente—. Pero Octavia siempre ha tenido fama de ser amable. Vive para eso.

—No lo entiendo —dijo Curcio Rufo. Hizo una pausa y jadeó—. Sería mejor, alteza, que os devolviera el brazalete. —Hizo otra pausa y clavó los ojos en la lejanía—. Sobre todo, alteza, porque no recuerdo lo que sucedió. En absoluto.

Ella sonrió.

—Mecenas tiene un excelente discípulo. Al menos a ti te entiendo. ¿Tienes miedo?

Él asintió.

—No hay nada que temer. —Ella volvió a sonreír—. Quizá yo prefiera que no olvides. El brazalete es tuyo. No puedo aceptar lo que he regalado. En cuanto a la traba, hay un truco para abrirla.

—¿Podéis decírmelo, alteza? —Él la miró inquisitivamente.

—Desde luego. Esta noche puedes visitarme en mis aposentos y hablaremos del asunto. Enviaré a una criada a buscarte. —La reina hizo una pausa y lo miró traviesamente—. No debes caminar a solas en la oscuridad cuando ha despuntado la luna.

Juba regresó, con aire relajado y jovial, manifestó su satisfacción por la recuperación del enviado y accedió de buena gana a otorgarle una audiencia.

—Entiendo —dijo con una sonrisa cordial—. Si me sueno la nariz en un excusado, al rato se rumorea por la ciudad que estoy agonizando. —Alzó la voz—. Me gustaría ver el avance de las obras en las nuevas cisternas. ¿Quieres cabalgar conmigo mañana? Entiendo que tu ingeniero está haciendo progresos notables.

—Sí, majestad, pero Fronto aún tiene problemas y valoraría vuestros consejos.

La cisterna estaba a medio terminar y una cuadrilla trabajaba en la obra bajo la dirección de soldados de la escolta de legionarios. Algunos mezclaban argamasa mientras otros ordenaban las piedras que les habían llevado desde las canteras. Ardía una gran fogata, alimentada por hombres sudorosos que quemaban piedras para fabricar cal; al lado de un carro, un cirujano curaba las lesiones menores de los que habían sufrido accidentes; y el ruido de los martillos, el crujido de las poleas, los gritos de hombres que desplazaban una grúa crecieron en intensidad mientras avanzaban entre troncos y andamios. Una fina polvareda lo cubría todo.

Fronto explicó sus dificultades, recibió respuestas que lo conformaron a medias y luego los condujo por el lugar, señalando las zonas reservadas para las cisternas.

—Desde luego, habrá galerías cubiertas para resguardarse del sol en verano —concluyó.

El rey asintió en silencio y el ingeniero, a una señal de Curcio Rufo, se retiró. Juba frunció el ceño.

—Caminemos —dijo.

Caminaron hasta la linde de la obra. Detrás había un caserío, y más allá el descampado.

—¿Y bien?

—Me han pedido que os pregunte, majestad —dijo Curcio Rufo—, si tenéis noticias sobre la hija del legado. La muchacha que fue secuestrada el otoño pasado.

El rey volvió la cabeza.

—¿Debería tenerlas?

—Majestad, sabemos que fue capturada por piratas de estas costas. Y no fue para pedir rescate.

El rey frunció el ceño.

—En su momento me hicieron preguntas sobre este asunto. Respondí que no sabía nada. Aún no sé nada.

Curcio Rufo retorció los anillos de sus dedos.

—La flota africana es responsable en este asunto.

—Hay mil doscientas millas de costa entre esta ciudad y Tingis —dijo Juba—. En cualquier momento un barco podría encallar en cualquier parte sin que nadie lo viera.

—Entiendo, majestad. ¿No habéis oído nada? ¿Ningún rumor, ninguna historia?

Hubo una pausa perceptible mientras el rey observaba una cuadrilla de operarios que mezclaban lechada.

—¿Se cuestiona mi lealtad a Roma? Si supiera algo, lo habría dicho.

—Sí, majestad. —Curcio Rufo se humedeció los labios—. Sólo pregunto porque quizá supierais algo que no deseabais manifestar en una carta.

—¿Me preguntas si sospecho de alguien? —dijo secamente el rey—. ¿A eso te refieres?

Curcio Rufo asintió.

Hubo un largo silencio. Luego el rey se volvió hacia Curcio Rufo y él vio que ese rostro de joven viejo se había transformado en una máscara sin expresión. Los ojos parecían muertos.

—Por eso viniste aquí, en realidad —dijo el rey—. Lo presenté desde el principio, pero quise creer que no era así.

—La misión de ayuda habría venido de todos modos —dijo Curcio Rufo—. Vos la habíais solicitado.

—No es lo mismo. —Juba hizo una pausa y dijo amargamente—: Le debo todo a Roma. Mi padre eligió mal y murió luchando por Pompeyo. Era un error bastante natural. Lo cometieron otros que se oponían al deificado Julio, y ellos tenían motivos para conocerle mejor. Después de Tapso, mi padre fue un fugitivo en su propio país,

objeto del desprecio y la lástima de su pueblo. Se encontró aislado en su casa, abandonado por todos salvo Marco Petreyo, el lugarteniente de Pompeyo, y un puñado de sirvientes. Cenaron juntos, y luego lucharon con espadas para salvarse de la ignominia de la captura. Se requiere gran valentía, gran desesperación, gran habilidad para caer sobre tu propia espada. Mi padre era el más fuerte y mató a Petreyo, que le dio las gracias antes de morir. Luego pagó a un esclavo para que lo matara a él.

—Todo eso pertenece al pasado —dijo Curcio Rufo.

—Pero el recuerdo todavía me carcome cuando pienso en ello. Marché en un triunfo romano; viví en la casa de Octavia. Augusto me devolvió Numidia, luego hizo cambios y me dijeron que en cambio sería rey de Mauretania. Soy rey, y tengo gran riqueza, una bella esposa y poder. Pero no tengo nada que sea mío. He vivido con una deuda de gratitud toda mi vida, y será así hasta que muera.

—Nadie puede alterar el ayer. ¿Por qué me contáis esto? Si yo fuera un hombre despechado...

—Aun así sabrías que aferró mi reino como un beodo aferra una copa frágil. —Juba pestañeó. Su rostro recobró su aire normal. Sonrió—. No todos mis súbditos sienten afecto por Roma. Puedo decirlo sin temor. Todos lo saben. Le escribo regularmente a Augusto para hablarle de estos asuntos. Pero por ese motivo debo andarme con cuidado. Ya me consideran demasiado romanizado. Necesito tiempo, paciencia y paz. —De pronto sonrió—. No soy un guerrero. No se me permitió serlo. Me interesan otras cosas. Si adquiero conocimiento, es con mi propio esfuerzo. Eso es algo que nadie me puede arrebatar.

Curcio Rufo se limpió el polvo de la cara.

—¿No sabéis de nadie que desee perjudicaros?

—Dondequiera hay un rey, hay gente que desea reemplazarlo.

—¿Entonces no podéis ayudarme?

—No, no puedo ayudarte. —Miró al enviado de hito en hito—. Por favor, no olvides que todavía se me otorga el título de «aliado y amigo del pueblo romano». —Se quedó donde estaba, observando a dos hombres que intentaban partir una gran piedra con barras de hierro. Añadió con indolencia—: ¿Has recibido noticias de Roma recientemente? Confío en que todo esté bien.

—Eso espero, majestad, pero hace días que no recibo una carta.

El rey asintió.

—Esos dos hombres están perdiendo el tiempo —murmuró—. Si tuvieran educación, sabrían que no pueden partir una roca de esa manera. Primero deben encender un fuego.

—Y usar vinagre —acotó el enviado.

—Sí. Si tienes los medios, cualquier dificultad puede superarse.

El rey emprendió el regreso y Curcio Rufo lo siguió, tropezando un poco en los escombros. Se preguntaba si había recibido una advertencia, pero en tal caso el mensaje era oscuro y él no lo entendía bien. Regresó a la residencia y llamó a Critón a su habitación.

—Amigo mío, estaba preocupado —dijo Critón. Examinó a Curcio Rufo—. Bien, tienes mejor cara. Es obvio que el palacio te sentó bien.

Curcio Rufo hizo una mueca.

—Yo también te eché de menos.

—Debo decirle a nuestra meliflua Felicia que haga correr la voz. Una de tus esclavas tiene cara de Casandra desde que te marchaste.

—¿Quién es Casandra?

Critón sacudió la cabeza.

—No importa. Había olvidado que no tienes mi educación. ¿Y cómo te recibió la reina?

—¿Qué has oído decir? —preguntó Curcio Rufo con nerviosismo.

—Nada, amigo mío. Por eso estábamos preocupados por ti. Pero Cornelio Silio tiene noticias interesantes, y también Lucio Egio.

—Eso deberá esperar. Quiero hablarte de la reina. Esta mañana vi a Juba. Dice que no puede ayudarnos. Ese hombre miente. Sabe algo y tiene miedo, pero nunca podré persuadirlo de revelarme lo que sabe. —Miró a Critón y añadió con desesperanza—: ¿Y ahora qué?

—¿Qué pasó con la reina?

—Cometí un error —dijo Curcio Rufo. Curvó los labios—. No, es mucho más grave. He traicionado nuestra causa.

—Cuéntame, Curcio.

Curcio Rufo se lo contó. Al concluir, se apoyó la cabeza entre las manos.

—¿Puedes explicármelo? —dijo al cabo.

Critón titubeó.

—No —dijo. El postigo golpeó contra la ventana y se levantó para cerrarlo—. Tendremos más lluvia. El viento ha cambiado. —Se sentó en un taburete junto al fuego—. Pero sé algunas cosas. Su madre afirmaba que era la hija mística de Ra, el radiante dios del sol. Usaba un anillo de amatista, la piedra de la sobriedad, que según creo indicaba que era una iniciada de Dioniso; pero para ella significaba algo más. Significaba que estaba más allá de las flaquezas de la carne. Podía valerse de ellas para sus fines, pues para ella eran esclavas, no amas. Dicen que murió por la mordedura de un áspid. Lo creo, pues el áspid era sirviente de Ra y daba la inmortalidad a quien mordía.

—Recuerdo que esa noche me dijo que uno puede embriagarse sin vino. Yo lo sabía, pero no entendí a qué se refería. Dijo muchas cosas que no entiendo.

Critón clavó los ojos en el fuego.

—Se sabe que las princesas de sangre del linaje macedonio han asesinado, traicionado y robado, pero jamás se liaron en un escándalo. Ninguna tomó un amante por lujuria. Tenían demasiado orgullo. No creo que Cleopatra Selene te hubiera aceptado a ti... un hombre sin alcurnia, como yo.

—Entonces fue un truco. Eso pensé después. Ella tenía una doble.

—Tú eres el experto en estos asuntos. Pero pensaba que no existían dos mujeres tan similares como para no distinguirlas en ciertas circunstancias. —Y añadió incisivamente—: Y tú no pareces tan seguro.

—Si estuviera ebrio, diría que hay magia en ello.

Critón no respondió.

—¿Crees en esas cosas? —dijo Curcio Rufo.

—Sí creo en los dioses, ¿por qué no puedo creer en la magia? —dijo cautamente Critón. Sonrió—. Y si no creo en la magia, ¿por qué arrojé sal por encima del hombro cuando la he derramado? ¿Por qué creo que es mala suerte sacar una mesa mientras un invitado está bebiendo? ¿Por qué Augusto, si lo que dicen es cierto, siempre se pone primero el zapato derecho cuando se está vistiendo? Pero los hombres hacen estas cosas.

—No sé qué pensar.

—Ella es hija de su madre —dijo Critón, sin apartar los ojos del fuego—. Tú y ella habéis intercambiado brazaletes, y todavía tienes el suyo en la muñeca.

—No sé si lo que dijo sobre su origen es cierto.

—Cornelio Silio piensa que es un objeto muy antiguo. En consecuencia, escogeré mis palabras con cuidado, por si los dioses están escuchando. Los que adoran en los cenagales del Nilo creen que todos nacemos con un *ka*, un segundo yo que nos acompaña por el mundo y nunca nos abandona. A veces este ser cobra forma como complemento del cuerpo. —Alzó la vista y miró a su amigo—. No es necesariamente maligno.

—Necesito vino —dijo Curcio Rufo. Se puso de pie—. Aún no lo entiendo. Tampoco entiendo cuál fue el propósito de todo eso.

Critón asintió.

—Al menos crees que había un propósito, y en eso coincidí contigo. No es sólo que Cleopatra Selene estuviera aburrida por la ausencia de su esposo. No ganaste lo que ganaste merced a tu reputación ni tus encantos.

—Te burlas de mí.

—En absoluto. En lo concerniente al porqué, conocerás la respuesta cuando vuelvas a verla. En lo concerniente al cómo, quizá no lo sepas nunca. La verdadera magia nunca se revela del todo.

La dama de compañía llegó en una litera con cortinas y fue conducida

ceremoniosamente a la sala de recepción. Al oír que se abría la puerta, Naida se volvió, vio a Curcio Rufo e hizo una reverencia.

—Vengo en respuesta a tu mensaje —dijo—. Pero no debo ausentarme largo tiempo, pues la reina me necesita. —Vio el brazalete que él llevaba en la muñeca y sonrió fugazmente—. Como su excelencia sabrá, a la reina no le gusta que la hagan esperar. —La voz era socarrona y él comprendió que ella sabía todo.

—Deseo ver a la reina, si ella está dispuesta a concederme una audiencia, pero debe ser privada y no deseo que nadie más se entere del asunto. Es por la seguridad de la reina, ¿entiendes?

—Entiendo perfectamente, y la reina agradecerá tu discreción. —Naida sonrió—. Disculpa, excelencia, pero quizá sea más prudente esperar a que la reina te mande llamar.

—Me interpretas mal. Dile a tu ama que debo verla cuanto antes. Dile que han hallado los restos de una birreme.

Ella palideció.

—Haré lo que dices —dijo, y se marchó deprisa. Regresó una hora después, y parecía menos aplomada que en su primera visita—. He transmitido tu mensaje y la reina te recibirá. Tiene un jardín muy recluso donde suele pasear al anochecer. Yo vendré a buscarte. Te entregaré la llave de un portón del muro, así no será preciso que entres por el edificio del palacio.

—Seamos claros en un asunto. La reina que deseo ver es la reina que me dio este brazalete.

Ella dio un respingo y él vio pasmo, odio y temor en su rostro.

—No deseo causarle ningún daño. Sólo necesito su ayuda.

—Todos los romanos sois iguales —masculló ella.

El jardín estaba en el lado oeste del palacio, rodeado por árboles y un muro alto. Siguió a Naida por pulcros senderos que conducían a un ancho círculo de hierba, alrededor de una fuente que gorgoteaba ruidosamente; la reina aguardaba a la sombra de una palmera. Él miró de reojo a la muchacha.

—No puede dañarme, Naida —dijo la reina—. Espera al otro lado de la piscina. No tardaremos mucho.

Se quedaron a solas.

—Conque yo tenía razón, excelencia —dijo la reina—. El rey me ha hablado de lo que sucedió durante vuestra reunión. Pero yo había adivinado desde el principio el motivo de tu visita. El estado de Roma debe sentirse en apuros para enviar a un hombre de tu categoría. Aun así, tienes el talento adecuado: el don de la adulación y el engaño. —Hizo una pausa y sonrió con frialdad—. Estás muy callado. Bien, hice lo que me pediste. Por favor, explícame qué querías decir con tu extravagante mensaje.

—Si no lo hubierais entendido, alteza, no habrías accedido a verme.

—Las mujeres somos curiosas, Curcio Rufo —bromeó ella.

—Es verdad. —Curcio Rufo hizo una pausa—. Te dije una mentira. No han hallado la birreme. Sé muy bien, alteza, que hasta su muerte estuvisteis en comunicación constante con Primo, gobernador de Macedonia. Tengo copia de una de las cartas que le escribisteis. Dice muy poco, pero es una lectura interesante.

—Teníamos obvios intereses en común —replicó ella—. Yo no sabía nada sobre sus problemas. ¿Qué hay con ello? En Roma tengo muchos amigos que me conocen desde la infancia. Nos escribimos de cuando en cuando.

—Ciertamente. También sé que tienes en tu personal a un hombre que estuvo al servicio de Herodes de...

—Fue un regalo. Era amigo de mi madre.

—Eso me han dicho. También me han dicho, alteza, que no se os permitía tener a vuestro servicio a los que estuvieron al servicio de vuestra madre.

—No.

—La guardia gálata de vuestra madre fue entregada a Herodes... después. Este hombre, este regalo, formaba parte de ella.

—Me gusta hablar varias lenguas —dijo ella jocosamente—. Él me brinda esa oportunidad.

—Os envidio, alteza.

Ella se relajó y sonrió.

—Ayuda a pasar el tiempo... entre otras diversiones.

—Lo entiendo perfectamente. Después del ajetreo y la emoción de Roma, se puede cometer la injusticia de considerar que otras ciudades son pequeñas y tediosas. Pero vos y vuestro esposo transformaréis la capital en una nueva Alejandría. Es sólo cuestión de tiempo.

—Sí —dijo ella con voz más suave—. Te debemos mucho, y te estamos agradecidos.

El sol caía en el oeste, y brillaba como un rubí color sangre entre jirones de nubes negras y aterciopeladas. La copa de las palmeras cimbrió con la primera brisa del anochecer, y un pez propagó ondas diminutas en el estanque. Él sintió la salpicadura de la fuente en la cara. Miró a la reina. Ella tenía gracia, encanto, belleza. Tenía un esposo apuesto y joven, gran riqueza y considerable poder. Tenía todo aquello que otros, menos afortunados pero ambiciosos, procuraban obtener toda la vida. Pero no le bastaba.

—El otro día sucedió algo extraño —comentó—. Uno de mis oficiales vio llegar a la ciudad a un hombre al que reconoció. El hombre venía de Tingis; pertenecía a los bacuates, una tribu que vive en la linde del Atlas Medio, cerca de Vodubri, en el oeste de Mauretania. Parecía ser un hombre pobre, pero preguntó dónde estaba el palacio.

Mi oficial sintió curiosidad, así que lo llevó a la residencia y lo interrogó. Luego ordenó que lo registraran. En un morral que le colgaba del cuello el hombre llevaba lo que él definía como un amuleto. Mi oficial, que conoce bastante a los bacuates, tiene otra opinión. Cree que es un mensaje.

—¿Y lo es? —La reina entornó los ojos.

—Quizá vos podáis decírmelo. —Curcio Rufo extrajo de la túnica un trozo de tela rústica a la que habían cosido varios bolsillos diminutos. Cada bolsillo contenía algo distinto—. El orden en que están dispuestos los objetos es importante. Primero tenemos el fragmento de una joya, parte de un aro, con forma de media luna; luego una perla de buena calidad; después el ojo de un animal, probablemente un cerdo; ahora tenemos un diente, que podría ser de león; luego una perla negra de mala calidad; a continuación, un trozo de tela, un fragmento de la vela de un buque; por último, un pequeño rubí. Coincidiréis, alteza, en que es un amuleto costoso.

—Pero tú dices que es un mensaje.

—Mi amigo lo dice. Él entiende de esas cosas. Cree que es una forma de escritura cifrada, y cada objeto representa una idea, un concepto o una palabra.

—¿Y vosotros sabéis lo que dice el mensaje?

—No, alteza. —Vio alivio en los ojos de la reina—. Pero tenemos una idea. Dejadme explicaros. El aro con forma de media luna representa la luna, y la luna es la persona a quien está destinado el mensaje. Selene significa «luna», ¿verdad? La perla blanca es una muchacha de tez clara, con o sin nombre. El ojo representa un signo o una señal. El diente de león, si es de león, representa el combate o la guerra. La perla negra es más difícil, pero podría significar lo opuesto de una perla blanca, y representar una especie de cambio. El trozo de vela es el más difícil. Puede representar una vela o un barco, pero esto no tiene sentido. Pero, como dijo mi amigo, los barcos realizan viajes, y los viajes llevan tiempo. Por último, el rubí, el color del sol poniente.

—Continúa.

—Así que tenemos lo que para nosotros es un mensaje tosco pero posible. Podría interpretarse así: «Para Cleopatra Selene, aún tengo a la muchacha. Si no recibo la señal para librar la guerra, la cambiaré, pues el tiempo se agota. Firmado por alguien que vive en el oeste». —Sonrió y dijo con un remedo de ansiedad—: Espero que sea el mensaje correcto. Mi secretario y el oficial tardaron una noche en descifrarlo.

La reina se puso de pie.

—Tu amigo tiene gran imaginación —dijo—. Quizá sea poeta.

—Tenéis una respuesta para todo, alteza —dijo Curcio Rufo.

—Terminemos con estas preguntas —dijo la reina con calma—. Son increíblemente tediosas. Harías bien en recordar que tengo amigos en Roma... todavía.

Él vaciló y ella reparó en su decepción.

—Me marchó —dijo fríamente—. No tengo más que decir. Quizá te vea de nuevo, cuando estés menos exaltado por tus fantasías.

Se volvió y llamó a la muchacha que esperaba.

Curcio Rufo se mordió el labio. Entonces supo que había fracasado.

—¿Ésa sería vuestra respuesta, alteza —dijo con furia y desesperación—, si os ordenaran regresar a Roma para ser interrogada por el heredero de César?

Ella se volvió coléricamente y su rostro se transformó en una máscara de odio.

—No me hables del heredero de César. Él era mi hermano.

Él la miró atónito. Muy lentamente ella volvió a sentarse y se apoyó la cabeza en las manos. La muchacha se arrodilló junto a ella y le rodeó el hombro con el brazo. Acarició suavemente el cabello de la reina. Él sintió la brisa en la cara y vio que la luz menguaba.

—Alteza —dijo al fin—, le dije a vuestra criada que no me proponía haceros daño. Sólo deseo saber qué le sucedió a la sobrina de Valerio Mesala. Quiero recobrar a Valeria ilesa.

Ella no habló, y Naida no alzó la vista.

—Ella tiene vuestra edad —continuó Curcio Rufo—. Pero no tiene esposo. Hace seis meses que está en manos de sus captores. ¿No tenéis piedad?

Cleopatra Selene irguió la cabeza y lo miró con absoluta calma.

—No —respondió. Y añadió, como respondiendo una pregunta tácita—: No sé llorar. La gran Octavia me enseñó demasiado bien.

—No entiendo.

—Mis hermanos y yo marchamos en el triunfo de Augusto. Yo tenía diez años. Oímos los gritos de esa turbamulta que llamáis Roma, y vimos sus rostros. No habían tenido el valor de afrontar a mi madre en vida, pero eran muy valerosos cuando ella murió. —Se contuvo y murmuró—: En aquellos años nunca oí mencionar el nombre de mi padre, y si preguntaba por él me azotaban. Lo odiaban mucho. Y yo viví agradeciendo la protección y los favores hasta que quise vomitar.

—Pero Octavia... sin duda fue amable.

Ella rió.

—Para ella la amabilidad era el pan de cada día. No permitía que nadie olvidara su magnanimidad, su devoción altruista. Sólo vivía para eso.

—¿El vencedor alguna vez tiene piedad del vencido?

—Sólo un romano podría contestar a esa pregunta.

—¿Vuestro esposo...? —preguntó él, desconcertado.

Ella inhaló profundamente.

—Mi esposo no sabe nada.

—Es lo que he llegado a comprender. Pero sospecha algo. Es un hombre

desdichado. —Hizo una pausa y preguntó sin rodeos—: Alteza, ¿lo amáis?

La reina sonrió levemente.

—Tenemos muchas cosas en común, y él es dulce y bondadoso... demasiado dulce. Le devolvieron lo que le correspondía por derecho y lo obligaron a desposarme. Yo ya era demasiado mayor para quedarme en Roma. El hijo de un senador se sentía muy atraído por mí, y él pensó que seríamos piezas útiles en el tablero.

—Todos somos esclavos, de un modo u otro —dijo él.

—Pero yo tengo la sangre de Alejandro en mis venas. Soy la última de los Ptolomeo. Mi familia gobernó Egipto durante trescientos treinta y siete años. Y ahora, el único reino que tengo es un desierto.

—Una reina viva es mejor que una reina muerta.

—¿Me enviarás un cuenco de veneno, como Masinisa hizo con Sofonisba? —replicó ella, temblando.

Él no conocía la historia, pero dedujo el significado. Pensó en Critón en Lautumias y sacudió la cabeza.

—No serviría de nada —dijo.

Ella se levantó.

—Eso es lo que yo creo —dijo, y sonrió.

—Vine para ayudaros y para buscar consejo. Una cosa merece la otra.

—¿Y si guardo silencio?

—Alteza, no puedo hundiros sin hundir a vuestro esposo.

—Una observación inteligente. Sí, seríamos otra prueba de su ineptitud para escoger la gente apropiada para su función.

Él no se molestó en entender la frase.

—Puedo contárselo a vuestro esposo —amenazó. Ella dejó de sonreír—. Él podría encerraros si supiera que vuestra presencia amenaza su trono. A diferencia de vos, él afronta los hechos, y así ha descubierto intereses que hacen que su vida sea digna de vivirse.

—Yo no amenazo el trono —replicó la reina.

—No sugiero que sea así —dijo él pacientemente—. Pero debilitáis su posición, aunque no sea vuestro propósito.

Ella bajó los párpados. Comprendió que él entendía muy poco. Era un hombre ignorante que tenía un solo cometido, y el intercambio de brazaletes (una mera precaución) había puesto la vida de él en sus manos.

—Muy bien —dijo—. Te diré lo poco que sé. La muchacha de Hispania está en la parte occidental de este reino. Ignoro el paradero exacto. Quizá esté en la cordillera del Rif, o quizá la hayan llevado al interior del Atlas.

—¿Cómo lo sabéis?

—Sus captores deseaban que los ayudara. —Hizo una pausa y lo miró con grandes ojos—. ¿No vas a preguntarme cómo?

Él sacudió la cabeza. Tenía la sensación de que en algún momento de la conversación había perdido la iniciativa.

—Eres sabio al no preguntar —dijo ella fríamente.

—¿Quién la tiene, alteza?

—No lo sé.

—¿Esperáis que me crea eso?

—No me interesa lo que creas —dijo desdeñosamente Cleopatra Selene—. Te ayudaré porque amo a mi esposo. Pero no me amenes con viajes a Roma o seré yo quien te hunda. ¿Cómo dicen en Partia? Quien no tiene mala reputación no consigue amantes. Tú tienes una reputación de la que será difícil escapar. —Sonrió—. Como ves, sé mucho sobre ti. Y no podrás hacerme nada mientras lleves mi brazalete en la muñeca.

Curcio Rufo tragó saliva.

—Continuad, alteza, por favor. No debí interrumpiros.

Ella alzó la mano y se acomodó el cabello.

—No hay garantías de que devuelvan a la muchacha. Como ves, soy franca contigo. Yo, al menos, no tengo por qué mentir. Ahora bien, escúchame atentamente. En un tiempo, el rey Bogud gobernó en el oeste, desde el Mulva hasta las Columnas de Hércules. Era un leal aliado del divino César. Luego pasó a ser aliado de mi padre, pero eso fue cuando había perdido todo por necedad; y murió a manos de Agripa. Pero los romanos no permitieron que su hijo, Manisa, jugara a ser rey. Entregaron el viejo reino de su padre a mi esposo, con la esperanza de transformar en un solo país lo que antaño eran dos. Juba sabe que Manisa es un hombre orgulloso, ambicioso y tenaz, así que lo nombró gobernador del oeste para aplacarlo. Manisa tiene un palacio en Vodubri, y tendrás que buscar su ayuda. La autoridad de mi esposo más allá de la frontera húmeda es puramente nominal, aunque nosotros y Manisa fingimos lo contrario. Es un juego al que juegan los poderosos, pero es importante, pues contribuye a mantener la paz en el país y entre las tribus. Pregúntale a tu Lucio Egio si digo la verdad.

—Os creo, pero, ¿Manisa usará su influencia para ayudarme?

—Eso depende de ti. —Ella sonrió—. Tendrás que negociar.

Curcio Rufo asintió.

—Lamento haberos demorado, alteza. Habéis sido bondadosa al concederme tanto tiempo. —El rostro de la reina era borroso en el ocaso—. Casi anochece. ¿Me ayudaréis una vez más? Pediré la autorización del rey para marcharme de aquí. ¿Podéis persuadirlo?

—Habla primero con él y yo haré lo que pueda. —Las sombras cubrieron el

rostro de Selene. Se puso la capa que le entregó su criada y se tapó la cabeza—. También necesitarás la autorización de Manisa para cruzar el Mulva, si deseas conservar el pellejo.

Se volvió y sin una palabra de despedida se internó en un sendero que conducía al palacio. Él la siguió con la vista.

—Ambos hemos perdido con este enfrentamiento —les dijo en voz alta a los árboles—. Pero ella sabe lo que ha perdido. Yo todavía debo averiguarlo.

Caminó lentamente hacia la puerta del muro.

## Capítulo 13

El rey rió cuando el último bailarín, en un vano intento de conservar el equilibrio, resbaló y se desplomó en los cueros engrasados. La corte aplaudió, los sirvientes corrieron a limpiar el suelo y el sonriente Juba se volvió hacia el paciente Curcio Rufo.

—Me lo has pedido dos veces y aún debo decir que no. —Miró ansiosamente al enviado—. Aquí necesitamos a tus hombres. Valoro demasiado tus consejos, y además temo por tu seguridad. Las tribus del Rif y del Atlas son salvajes. No reconocen más autoridad que sus propias costumbres.

Era la primera vez que hacía esta confesión, y Curcio Rufo asintió cortésmente.

La reina miró de soslayo a los dos hombres y susurró algo al oído del rey. Juba sacudió la cabeza. Ella le tocó el brazo y volvió a hablar. El rey pareció despreocuparse un poco.

—Aguarda —dijo con vacilación—, he pensado algo. Lo cierto es que me gustaría construir una ciudad en Vodubri. Mi gobernador merece algo mejor que ese caserío humilde que no concuerda con su dignidad. —Sonrió tímidamente—. Por otra parte, ansío conocer ciertos detalles sobre los asentamientos fenicios de la costa. Es para una monografía que me interesa escribir. Pero... —Vaciló de nuevo.

—Mi secretario se interesa por la historia —dijo Curcio Rufo—. Con todo gusto él obtendría información para vos.

—¿De veras? —El rey estaba encantado, pero aún vacilaba—. Aun así, hay riesgos.

—Majestad, informaría a las autoridades de Roma de que no se debe culpar a nadie si surgen dificultades.

—Sí, ciertamente.

—Un acueducto, un suministro de agua adecuado, es el primer requisito para una nueva ciudad... aparte de las carreteras.

—¿Y las obras de aquí...?

—No se interrumpirían, majestad. —Curcio Rufo sonrió solícitamente. Era como arrojar los dados con la lengua—. Se quedarían Probo, el arquitecto, y Fronto, el ingeniero, junto con cinco artesanos. —Sonrió de nuevo, mirando al rey y a la vigilante reina—. Majestad, si queréis contratarlos cuando yo regrese a Roma, sin duda podré persuadir a tres o cuatro artesanos de que se queden. Les agrada el trabajo y están felices de vivir en la ciudad. Les ofrece grandes oportunidades.

—Muy bien —dijo el rey, complacido—. Te daré una carta. Procura no contrariar a Manisa. No es fácil hablar con él, y es un hombre orgulloso. Mañana le escribiré para anunciarle tu llegada. —La reina susurró algo más—. Sí, acepto que si la muchacha es cautiva en mis tierras, atenta contra mi honor. —Una carcajada llegó

desde la sala con columnas donde un mago entretenía a los comensales con sus trucos. Volvió la cabeza, notó que el chambelán lo observaba y dijo rápidamente—: Sé prudente, por favor. Es preciso mantener la paz a toda costa. Una vez que cruces el Mulva, mi reino está en tus manos.

—Lo tendré presente en todo momento, majestad —dijo gravemente Curcio Rufo.

La reina se miró las manos y sonrió.

Lucio Egio miraba el mapa mientras los demás se congregaban alrededor de la mesa. De la calle llegaba el traqueteo de las ruedas.

—Día de mercado —dijo Atio—. Nunca he estado en una casa tan ruidosa.

—Es bastante tranquila cuando estás solo —dijo Cornelio Silio—. Por extrañón que parezca, echaré de menos el taconeo de nuestros soldados regresando ebrios de los burdeles.

—He revisado el inventario —dijo Critón, ojeroso de fatiga—. He aquí una lista de las provisiones que necesitaremos.

—¿Y bien? —dijo Curcio Rufo.

Lucio Egio frunció el ceño.

—El trayecto más cómodo y rápido es por barco hasta Tingis, luego por tierra hasta Vodubri.

Cornelio Silio sacudió la cabeza.

—Dudo que sea seguro en este momento. Recibí un informe del comandante de la guarnición de Tingis. ¡Qué título pomposo para un centurión con treinta hombres! Lo cierto es que me informa de que la tribu de los mazices está en pie de guerra. Uno de sus encontronazos periódicos con los habitantes de las colinas del Rif. Entiendo que hace diez días atacaron una caravana procedente de Tingis.

—Se inaugura la temporada de campañas —dijo Lucio Egio, riendo quedamente.

—Quizá los problemas hayan terminado —sugirió esperanzadamente Vatino.

—Averiguaré lo que sucede. El navío de aviso zarpa mañana.

—Si los problemas persisten, ¿qué sugieres? —preguntó Curcio Rufo.

Lucio Egio y el tribuno intercambiaron una mirada.

—Bien —dijo cautamente el tribuno—, existen varios asentamientos comerciales fenicios en la costa oeste. Un viaje marítimo por el estrecho será más seguro, siempre que no nos topemos con piratas.

—Seguro hasta desembarcar, al menos —dijo Lucio Egio de buen humor—. Luego tenemos que lidiar con los bacuates, al oeste de Vodubri. Es un pueblo recio y cerril, suspicaz con los extranjeros y celoso de su independencia.

—¿Piratas? —exclamó Critón.

—Así es —dijo Lucio Egio—. Los viajeros afortunados son lo que mueren durante el abordaje; los infortunados sobreviven para esperar el rescate.

—Aún tenemos que obtener la autorización de Manisa —dijo Curcio Rufo—. No sé cuánto tardará en llegar, pero aun así debemos iniciar los preparativos para el viaje. Será mejor que decidamos la ruta en el último momento.

—Sería conveniente —dijo Cornelio Silio—. En esta ciudad no puedes guardar secretos.

—Me alegrará irme de aquí —dijo Atio—. Es un mugriento y pestilente apiñamiento de calles lodosas y casas derruidas. La tropa también se alegrará. Han visitado todas las tabernas y burdeles. Se están poniendo inquietos. Siempre ocurre lo mismo cuando los acuartelan largo tiempo en un entorno civil.

—No he logrado encontrar una sola letrina pública —resopló Vatino.

—Deberías beber menos —observó incisivamente Marco Pedio, provocando carcajadas.

Curcio Rufo fue a su habitación con jaqueca. Se sentía deprimido y fatigado. Agripa le había advertido de que la empresa podía fracasar, pero había abrigado esperanzas. Pensaba que hallaría la solución a su problema en el palacio de Juba y que la habilidad y la diplomacia le permitirían presionar al rey para que lo ayudara. Pero Juba, presa de sus temores, había negado todo conocimiento y había escapado de la presión al confesar que la mitad de su reino estaba fuera de su control. Cleopatra Selene sabía más, y así lo había reconocido, pero no podía determinar en qué medida estaba liada. Ahora la solución del problema (siempre y cuando existiera tal solución) se encontraba en otro sitio, en una ciudad que nunca había oído nombrar, sita en una lúgubre planicie que nunca había visto, a quinientas millas de la influencia efectiva de la ley y el orden de Roma. Como traficante de caballos, le habría encantado ir allá; habría experimentado una juvenil sensación de emoción y aventura. Como enviado de Roma, no sentía nada de esto. Lo que sentía era algo que no se animaba a confesarle ni siquiera a Critón. Sólo estaba seguro de una cosa: había que soportar la locura de la vida.

—Estoy muy satisfecho con las órdenes que has dejado —dijo Juba—. Podremos hablar sobre mis otros planes cuando regreses. Ciertamente, debemos atraer gente. No quiero sólo veteranos retirados, sino también personas cultas y distinguidas.

—Vendrán con el tiempo, majestad.

—Desde luego. Entre tanto, tengo una sorpresa para mí mismo. Acaba de arribar una partida de estatuas y manuscritos que mandé pedir a Delos y que no debía llegar hasta la primavera. Esta mañana recibí un mensaje. Como el mar estaba picado, el navegante enfiló hacia Tábraca, donde descubrieron que la nave hacía agua. El gobernador ha dispuesto enviar el cargamento por tierra. Es un hombre amable. — Juba sonrió con deleite—. Les saldré al encuentro en la frontera. No deseo perderlo en el último momento.

—Entonces, majestad, quizá no estéis aquí cuando me marche.

—Quizá, pero regresarás. —El rey hizo una pausa—. Ten cuidado con Manisa. De todos modos, cuentas con Lucio Egio. Es un soldado cabal. Sigue sus consejos y todo saldrá bien. —Sonrió dichosamente—. Imagínate... esas estatuas, por fin.

—Os deseo un viaje agradable, majestad.

—Gracias. La reina te informará cuando Manisa responda.

El rey se alejó y habló con el secretario. Curcio Rufo, ya habituado al extraño modo en que un ocupante del trono terminaba las conversaciones y las audiencias, bajó a los talleres para ver si Fronto había logrado persuadir a los demás artesanos de ponerse al servicio de Juba. El ingeniero era muy elocuente cuando se lo proponía.

Luego regresó a la residencia. Critón lo vio llegar y lo saludó desde la escalinata.

—¿Dónde estabas, amigo mío? El navío de aviso llegó al mediodía. El capitán me dijo que el paquete era urgente.

—¿Dónde está la carta?

—En mi túnica. Tengo otra, pero no es oficial.

—Primero los asuntos oficiales. La otra debe ser de uno de mis acreedores.

Miró el sello y soltó un juramento.

—Marco Agripa. Si vuelven a presionarme para que me apresure, les diré que vengan ellos a hacer el trabajo.

Critón lo miró leer y vio que dilataba los ojos.

—Míralo tú mismo —rezongó Curcio Rufo.

*La vigilancia de las autoridades que velan por la seguridad del estado ha expuesto una conspiración. Se sabe que en ella participaban varias personas encumbradas cuya lealtad se consideraba incuestionable. Con gran aflicción, profundo horror y enorme sorpresa nos enteramos de los nombres de quienes eran responsables de planear un atentado contra la vida de Augusto César. Los traidores han perecido, pero sus actos han puesto en jaque la seguridad de todo aquello que consideramos más sagrado. Como enviado nuestro a un reino vasallo, procurarás aplacar el desasosiego de los medrosos, tranquilizar a nuestros ciudadanos y advertir a quienes no son nuestros amigos de que la ley y el orden prevalecen y que el poder de este estado y la voluntad del pueblo romano permanecen incólumes.*

—¿Quiénes eran? —preguntó Critón.

—¿La otra carta?

Curcio Rufo la cogió en silencio. Era de Cayo Mecenas.

*Adjunto una nota de una persona amiga que deseaba enviarte saludos para el año nuevo, pero no te escribo por eso. Por naturaleza no soy un hombre de acción, y toda mi vida he sostenido que la violencia se puede restringir mediante la razón, aunque los hechos demuestran constantemente que sólo se*

*puede restringir mediante la fuerza. Los viajeros y mercaderes te darán la noticia por la que toda Roma susurra de pasmo y horror. Fanio Cepio, célebre por sus simpatías republicanas, huyó de la ciudad poco antes de que se emitiera la orden de su arresto, al igual que sus compañeros. Las pruebas presentadas se consideraron abrumadoras y el Senado no tuvo más remedio que condenar a los malhechores en su ausencia. Fanio Cepio fue traicionado por un esclavo y capturado, al igual que los demás. Luego fueron ejecutados. Entenderás mi renuencia a comentar más el asunto cuando añada que uno de los acusados y ejecutados fue el nuevo cónsul, Varrón Murena, hermano de Terencia y cuñado mío. Ahora tengo el desdichado deber de escribirle a su hermano, que es legado en Siria. ¡Qué locura nos ataca cuando los dioses destruyen nuestra razón! En cuanto a tus asuntos, el paso importante es siempre el paso siguiente. No demores en darlo. La vida al sol es mejor que la vida a la sombra...*

Curcio Rufo leyó hasta el final y murmuró que necesitaba un trago. Recordó lo que la reina le había dicho la noche en que habían cenado a solas y ella le había hablado de Murena.

—Compartiré ese trago —dijo Critón.

Tras las puertas cerradas de su habitación, Curcio Rufo dijo:

—¿Por qué envía una carta tan larga, y en qué se relaciona esto con nuestro asunto?

—Él no dice que se relacione —observó Critón.

—¿Recuerdas la noche en que hablamos de ese zurrón de oro?

—Nunca la olvidaré.

—Ahora me siento como entonces.

Critón adoptó una expresión alerta.

—Sí, Curcio, yo siento lo mismo. Esa carta está redactada con claridad, pero por el modo que escribe es evidente que tiene ciertas dudas.

—Yo también lo noté.

—Además, tengo la impresión de que su situación dista de ser cómoda.

—Es comprensible. —Curcio Rufo recordó a Terencia. ¿Cuánto afecto sentía por su hermano? ¿Era de las que lloraban, u ocultaba sus sentimientos con una sonrisa? Sin duda habría vergüenza, bochorno, ira y desconcierto en aquel palacio del Esquilmo. Se necesitaba orgullo y coraje para afrontar el mundo en semejante momento.

—Me refiero a otra cosa —dijo Critón—. Ese comentario sobre la locura parece referirse a los demás. Pero sospecho que se incluye a sí mismo.

—Estás fantaseando.

—Quizá.

Se miraron dubitativamente.

—Ahora déjame fantasear a mí —resopló Curcio Rufo—. Tu patrono estaba liado en el secuestro de la hija de un legado influyente. ¿Por qué? Él conocía bien a Murena y Fanio Cepio, pues todos estaban en su casa aquella noche. Primo, que fue defendido por Murena, era procónsul de Macedonia. El hermano de Murena es legado en Siria. ¿Qué respaldo esperaba Murena? La muchacha secuestrada fue llevada a Mauretania, cuyo rey ocupa un trono precario y está casado con una mujer que posee todas las cualidades regias de que él carece. Ella es en parte macedonia, hija de una reina de Egipto, una provincia que está muy cerca de Siria. —Titubeó y murmuró—: Puedes hacer una cadena con esos eslabones.

—¿Sabías que cuando era niña la proclamaron princesa de Cirenaica? —preguntó Critón.

—No.

—Es el estado tapón que se halla entre Egipto y África Proconsularis.

—Pero nunca le dejaron recobrar su herencia.

—Claro que no, amigo mío, pero quizá quisieran inducirla a pensar lo contrario.

—Eso aún no explica por qué secuestraron a esa muchacha —dijo Curcio Rufo—. Para mí no tiene el menor sentido.

Critón sonrió.

—Creo que no podríamos hacer una cadena muy duradera. En el mundo de ellos, todos se conocen.

Su amigo sirvió más vino.

—Sí —dijo agriamente—, lo sé. Nunca he tenido el tipo de mente que pudiera concentrarse el tiempo suficiente para discernir una bella forma a partir de cientos de fragmentos de piedras de color. —Alzó la copa y agitó suavemente el vino. De pronto frunció el ceño y bajó la copa con violencia.

—¡Amigo mío!

—Acabo de recordar algo que me dijo el procónsul.

—Sí.

Curcio Rufo aspiró profundamente.

—Si había una revuelta triunfante en África, sería posible someter a Roma mediante el hambre.

—Curcio, ni siquiera los cartagineses poseían ese arma.

—Precisamente. —Curcio Rufo hizo una mueca—. No importa. Debo de estar ebrio, además de estar fantaseando. Será mejor que recuerde por qué estoy aquí. Como enviado, debo llevar la cultura y la civilización a los bárbaros. Los enviados son hombres de paz y buena voluntad. Su único objetivo es llegar a un acuerdo, trabar amistades.

—Si sólo debiéramos lidiar con reinas, serías un magnífico embajador —observó

Critón. Su voz adquirió un tono más urgente—. Curcio, ¿en qué medida está liada? Creo que debemos andar con mucho cuidado.

Curcio Rufo procuró despejarse.

—Eso es algo que no quiero saber nunca —dijo con voz aguardentosa.

Se sentó en un taburete, y Critón vio que se tocaba el brazalete de la muñeca.

El secretario nómida lo condujo a una pequeña antesala.

—Pronto vendrá una de las damas de compañía de la reina, excelencia —dijo cortésmente—. Se agradece mucho tu voluntad de acudir de inmediato, máxime teniendo en cuenta el mal tiempo.

Hizo una reverencia y se marchó. Un mono enjaulado lo miró un instante y volvió a su bandeja de comida. Un loro graznó en el jardín, y él aguardó pacientemente. Al cabo oyó pisadas en el pasillo y el susurro de un vestido de mujer. Naida entró y sonrió.

—Lamento haberte hecho esperar, excelencia. Ten la amabilidad de seguirme.

Atravesaron un corredor de mármol y una ancha terraza bordeada de árboles. Subieron una escalera que conducía a otro corredor de mármol que parecía interminable.

—No había reparado en la vastedad del palacio —comentó él—. Nunca había visto esta parte.

Ella sonrió fugazmente.

—Ahora entramos en los aposentos de la reina —dijo.

Siguió caminando, llevándolo por una serie interminable de pequeños cuartos sin ventanas. Cada uno llevaba al siguiente, y todos parecían vacíos, aunque un par de veces creyó oír voces y risas. Naida se detuvo frente a un par de puertas de marfil adornadas con manijas plateadas.

—Ésta es la cámara de audiencias privadas de la reina —susurró—. Aparte de otra habitación, es su estancia favorita.

Había un suelo de mosaicos cubierto de alfombras, paredes de mármol con tallas intrincadas y una tarima larga que iba a lo largo de la sala. En un extremo de la tarima, un grifo de plata sobresalía de la pared y vertía agua en un cuenco de mármol. La reina estaba sentada en la tarima, y su cabello parecía más oscuro, pues tenía un vestido blanco. Usaba una diadema repujada con piedras preciosas y pendientes haciendo juego, y brazaletes y collar que hacían juego con los pendientes. Sus joyas titilaban bajo la luz cada vez que ella se movía.

Él hizo una reverencia y ella le indicó que ocupara la silla que tenía enfrente.

—Te alegrará saber que envié la carta que el rey le escribió a Manisa por un barco rápido —dijo ella—. Desde Tingis seguirá viaje por tierra. Pronto tendrás una respuesta.

—¿Tardará mucho, alteza?

—Todo depende del tiempo. En esta época del año, un río caudaloso puede dañar un puente o inundar un camino. Pero el mensajero tendrá en cuenta que es urgente. Es de suma confianza.

—¿Es posible que el gobernador se niegue?

—Todo es posible, excelencia —dijo ella con una sonrisa—. Pero... ¿quién osaría rechazar el requerimiento de un enviado de Roma?

Él inclinó la cabeza en silencio. El tono le advertía que ella no deseaba una respuesta. La notó pálida, y se preguntó si también ella había recibido cartas de Roma.

—Sí, me he enterado —declaró ella, como en respuesta a su pregunta—. Mi esposo te pide que transmitas al Senado y al pueblo de Roma que le alegra que la vida de Augusto esté a salvo, así como su horror ante la aberración que se planeaba, y que por suerte se evitó con tanta habilidad. —La voz era neutra, pero él detectó un destello irónico en los ojos. Ella lo miraba con calma, observándolo atentamente—. Ha sido un gran alivio para todos nosotros, máxime teniendo en cuenta que su salud estaba resentida. Entiendo que ahora se ha recobrado plenamente.

—Comunicaré a Roma el mensaje de vuestro esposo el rey. El Senado sabrá agradecerlo.

Ella cogió una bola de ámbar y la sostuvo en las manos como para refrescarse.

—Vi a Murena varias veces cuando era niña. Él y Terencia eran muy amigos.

—Yo no le conocí —dijo Curcio Rufo, y carraspeó—. Habéis perdido a un amigo. ¿También Primo?

—Ciertamente, no enviaré más cartas a Macedonia. Pero si los viejos amigos mueren, se pueden trabar nuevas amistades.

Curcio Rufo se preguntó qué sentía la reina. Su rostro no le decía nada. Miró de soslayo el grifo de plata.

—Parece que siempre nos encontramos donde hay agua, alteza.

—Sí, tapa la conversación y es un obstáculo para los fisgones.

—¿Queréis decirme algo en privado, alteza?

—Quizá. —Ella sonrió—. ¿Sabes quién será el nuevo cónsul?

—No tengo ni idea, alteza. Es un asunto que no estoy calificado para comentar.

—Pero tendrás tu opinión sobre el tema.

—Ni idea, alteza —insistió él jovialmente—. Todo eso supera mi entendimiento.

—¿Te has enterado de algún detalle? Murena defendió a Primo. Sin duda alguien lo habrá defendido a él.

—Me temo que no lo sé. No he oído los pormenores.

Ella se reclinó en la silla.

—Perdona estas preguntas, pero recibimos casi todas nuestras noticias sólo por carta.

—Entiendo —dijo él, y se preguntó cuándo abordaría ella el tema de la audiencia. El goteo del grifo parecía más ruidoso que antes. Miró hacia arriba y por la luz grisácea supuso que estaba lloviendo.

La reina jugaba con la bola de ámbar. Parecía más relajada.

—Cuéntame —dijo—, si tienes éxito en esta empresa, ¿ganarás una fortuna? ¿Será el primer paso de una gran carrera?

—Lo dudo, alteza. En el momento en que me reclutaron, estaba desempleado y endeudado.

—Eso me despierta curiosidad, pero no haré preguntas que puedan ofenderte. —Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla y entornó los párpados.

—Quizá me ofrezcan un humilde puesto, si tengo mucha suerte —dijo Curcio Rufo—, sólo eso. —Sonrió—. Parece que los pobres son siempre pobres. La riqueza sólo se otorga a los ricos.

—Se pueden obtener puestos en otra parte. —Ella le dirigió una mirada que era casi una caricia—. Siempre hay demanda de hombres talentosos. Cada cual tiene su estrella.

—Pero no todos saben verla —dijo él agriamente.

—De ti depende que la vean. Mi esposo siente gran admiración por lo que has logrado aquí en tan poco tiempo. Sin duda otros compartirán ese sentimiento. —Hizo una pausa y dijo lentamente—: En caso de fracaso, siempre habrá un puesto aquí. El clima es delicioso y hay muchas oportunidades de progreso.

Guardó silencio, pero él tuvo la impresión de que la desenvoltura de la reina era ficticia. Esperó, mirando la bola de ámbar que ella hacía girar en sus manos. Al recibir la luz del fuego, despedía un fulgor profundo y amarillo que parecía cobrar intensidad a medida que la sala se oscurecía. Puntos llameantes bailaban en las joyas de la reina, y él se relajó un poco, observándolos con sereno placer. Los ojos de ella eran los ojos de un ciego.

—¿Cruzarás el Mulva aunque Manisa te niegue su autorización? —murmuró al fin.

Él no supo si era una pregunta o una afirmación.

—Sí, alteza —respondió.

—Te resultaría más fácil sacar a una serpiente de su agujero con la mano derecha. Pero insistes en ir.

Él sonrió, pero sentía un revoltijo en el estómago.

—Debo hacerlo —dijo.

—¿Aunque los que te han enviado no esperen que lleves a cabo tu misión?

Asintió. Tenía la boca seca.

Ella abrió los ojos, que lentamente recobraron el foco.

—Entonces no puedo ayudarte —dijo—. Agradece que el rayo no caiga donde ya

hay fuego.

Se oyó el rumor de un trueno y un chaparrón tamborileó en el techo.

—No has leído todas las noticias de Roma —dijo ella con una sonrisa—. Quizá sea mejor andar a oscuras, a fin de cuentas. —Se puso de pie y se dirigió a una mesa donde había algunos documentos. Cogió una pluma y él notó que la reina era zurda. Sin mirarlo, ella añadió—: Necesitarás una buena capa para guarecerte de la lluvia. En esta época del año las tormentas son infrecuentes, pero pueden durar varias horas.

Se abrió la puerta y apareció Naida.

—Procura que su excelencia reciba una capa para protegerse del frío nocturno —le dijo la reina, dando la espalda a Curcio Rufo.

Él siguió a la muchacha a la antesala por donde había pasado al dirigirse a la cámara de audiencias. En un nicho de la pared vio una cabeza de mármol en la que no había reparado al llegar, y se detuvo. Era una cabeza de mujer con un velo que le cubría casi todo el intrincado peinado. La barbilla, los ojos y la nariz eran inconfundibles. Habría sabido quién era aunque no hubiera visto su símil en Roma: la única mujer que Roma había temido. Naida lo miró inquisitivamente, pero él no habló. Ella sonrió, abrió la puerta y le cedió el paso. Él oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas y se quedó en la penumbra de un atardecer de marzo en una habitación que parecía familiar. Frente a él había un inmenso diván, de forma cuadrangular, rodeado por cortinas y cubierto de cojines bordados. En ellas se reclinaba una mujer de cabello oscuro vestida con túnica blanca. En el brazo llevaba el brazalete de Curcio Rufo.

—Es una noche oscura para caminar a solas bajo la lluvia —dijo. Rió suavemente, y sus pendientes temblaron como chispas.

Él se quedó tieso, como en una ocasión anterior.

—Sé leer lo que no está escrito —dijo ella—. No volveremos a vernos. ¿No deseas despedirte?

Él avanzó un paso y ella le sonrió. El rostro de Curcio Rufo ardía de deseo.

—No es posible darme más de lo que ya me has dado —dijo.

—Ven —dijo ella, y extendió los brazos.

## Capítulo 14

De espaldas al norte, el augur había proclamado que los presagios eran propicios para el viaje; el sacrificio se había celebrado ante las tropas formadas y sus oficiales, y ahora Cornelio Silio, con la capa al viento, estaba frente al altar que habían erigido en el espigón. La imagen divina se perfilaba contra un cielo cuarteado, y los braseros que la flanqueaban exhalaban volutas de humo negro. En el puerto las naves con espolones se agitaron cuando comenzó a cambiar la marea, mientras las expectantes aves marinas posadas en la muralla —y que muchos consideraban las almas de los muertos— observaban en silencio.

Cornelio Silio, con la cabeza cubierta por la toga, alzó los brazos en un ademán de súplica.

—Inmortal Vesta —exclamó—, guardiana de la llama sagrada, te invoco y te ruego que las olas sean suaves y que el cielo esté en calma, que ahuyentes los males de la noche y los demonios del sol, que concedas un viaje seguro a tus gentes de Roma.

La ceremonia concluyó, él se volvió hacia Curcio Rufo.

—Mantenme informado, y si necesitas ayuda, no seas orgulloso y pídelo —le dijo. Se volvió hacia Critón—. Cuida de él. Te necesita. —Critón sonrió tímidamente, y el tribuno añadió—: Echaré de menos vuestra compañía. Aquí uno se siente muy solo.

Zarparon con la marea del alba del primer día del nuevo mes, y mientras las naves abandonaban el puerto y avanzaban mar adentro, Curcio Rufo miró el puerto y vio la silueta de un hombre solo en el espigón.

—Me pregunto si ella estará observando desde el techo del palacio —dijo Critón, a su lado—. Me sorprende que no nos mandara llamar para despedirse.

—Aún estamos todos bajo el mismo cielo —dijo Curcio Rufo, y se alejó y fue abajo. Durante el resto de ese día estuvo huraño y taciturno.

El viaje marítimo no tuvo complicaciones, y un viento favorable les permitió llegar a Portus Sigensis en cinco días y cuatro noches. Portus Sigensis era un nombre altisonante para un villorrio de una calle con paredes de barro.

—Era un puesto comercial fenicio —dijo Lucio Egio con tristeza—. Nunca se molestaron en construir puertos. Encallaban sus barcos en la playa y los dejaban allí.

El villorrio contaba con un herrero, dos ancianos constructores de barcos, un puñado de mercaderes griegos y judíos, y nada más. Más allá había sembrados, un par de rebaños de ovejas, las inevitables cabras y un gran desierto que se extendía hasta el horizonte.

—Estaremos mejor en Siga —dijo Lucio Egio en respuesta a una pregunta—. Está pocas millas tierra adentro y tiene un mercado floreciente cada ocho días. Podrás

obtener tus mulas, Vatino, así como nuestras últimas provisiones. —Le sonrió a Marco Pedio, que parecía preocupado.

—¿Cuánto tardaremos en llegar allá? —dijo el centurión de avituallamiento.

—Unos diecinueve días. Si uno tiene cuidado, hay agua en abundancia, pero no se pueden adquirir muchos alimentos.

—Espero que podamos comprar mulas, tal como dijo el tribuno —comentó Vatino mientras los legionarios, con el agua hasta la cintura, bajaban las carretas y las llevaban flotando a la costa.

—Propaga la noticia y las conseguirás. Los bereberes de la región trabajan para los granjeros en la cosecha estival, y regresan al Rifén primavera. Los habitantes del Atlas hacen lo mismo, sólo que son más agrestes y suelen pasar el invierno en la linde del gran desierto que nadie puede cruzar.

—¿A qué distancia llegaste en tu viaje al sur? —preguntó Curcio Rufo con curiosidad.

Lucio Egio sonrió.

—Cuando lleguemos a Vodubri, te hablaré de ello.

Acamparon a las afueras de Siga, esperaron el día de mercado y entonces regatearon para adquirir mulas, caballos y alimentos.

Vatino hacía la selección mientras Curcio Rufo, en una mezcla de púnico y bereber, se encargaba del regateo. Era una labor lenta y tediosa que les llevó todo el día.

—Esperaba conseguir camellos —dijo Vatino, alicaído, escrutando el gran espacio atestado donde puestos llenos de mercancías, tiendas, animales en corrales y hombres se mezclaban caóticamente—. Una vez vi algunos expuestos en Roma. Serían mejores que las mulas. Me gustaría montar uno.

—Lo lamento —dijo gravemente Lucio Egio—. Rara vez se ven tan al norte. Los gétulos del desierto los usan constantemente. En el sur, siguen una ruta comercial que llega hasta Egipto.

Al caer el sol, cuando el mercado cerraba y las familias y el ganado comenzaban a dispersarse, Curcio Rufo había comprado sesenta mulas y había contratado a cuatro arrieros.

—No es suficiente —dijo con voz cansada—. Tendremos que esperar el próximo mercado.

—Vatino es demasiado quisquilloso —dijo Marco Pedio—. Rechazó demasiadas. Si nos demoramos aquí más de la cuenta, nos quedaremos sin provisiones.

—Ordena a los cazadores que contrataste que se ganen el sustento —dijo Atio con insolencia—. Vatino conoce su trabajo y es un largo camino...

—Y yo conozco mi rango y el tuyo. Ojo con lo que dices.

—Tranquilos, tranquilos —terció Lucio Egio—. Todo se resolverá con el tiempo.

—Pero lo decía con aire de preocupación.

Ocho días después levantaron campamento y se pusieron en camino. Precedían la marcha Lucio Egio y una escolta de quince hombres. Detrás iban los miembros civiles de la misión y luego las dieciséis carretas que transportaban sus pertenencias, su equipaje personal, los suministros médicos y las mujeres de la partida. Marco Pedio seguía las carretas con una escolta de veinte hombres, y detrás de ellos iban las diecisiete carretas restantes, que transportaban los efectos personales de la escolta y los arrieros, raciones para todo el convoy, y leña, aceite y forraje para los animales. Vatino marchaba a la zaga de las últimas carretas, conduciendo a los animales de refresco, y con él iban el palafrenero y los esclavos personales de los oficiales. La retaguardia de quince estaba al mando de Atio.

Durante días atravesaron una planicie inmensa en la que aparentemente nunca había crecido ninguna vegetación. No había árboles ni piedras, y con frecuencia marchaban toda la jornada sin ver un alma viviente, salvo a los integrantes de su columna. De noche acampaban al estilo militar y los centinelas escrutaban la oscuridad de la noche y oían los aullidos ocasionales de un chacal y el ladrido de un zorro llamando a su hembra. En esas ocasiones, en la inmensidad del silencio, aun las estrellas parecían ojos hostiles, y todos tiritaban en el aire gélido y se arrebujaban en sus capas. De día el cielo azul claro estaba despejado, y el sol, aunque todavía no era verano, los hacía sudar al cabo de las tres primeras horas de marcha.

—Los bereberes dicen que este lugar es «el yunque de los dioses» —comentó Lucio Egio durante un alto al mediodía—. No se puede cruzar en el solsticio de verano. En pleno mediodía, el calor es insoportable.

Al noveno día pasaron ante dos columnas de piedra gris que tenían leves rastros de blanqueo y flanqueaban el camino como centinelas.

—La vieja frontera nómada —dijo el centurión de la escolta—. Fue marcada un año después de que Escipión saqueara Cartago.

Al décimo día sobrevino un cambio. El aire parecía más fresco, la planicie menos hostil. El guardia de avanzada avistó movimientos. La patrulla de caballería se adelantó y regresó una hora después para decir que habían divisado grandes rebaños de ovejas que pacían en los magros pastos. Al cabo vieron grupos de hombres que custodiaban las ovejas. Los pastores miraron el paso de las carretas sin hacer señales, ni siquiera cuando los soldados los saludaron con la mano. Al caer la tarde llegaron al Mulva. En esa época del año era tormentoso a causa del deshielo de las nieves del Atlas Medio, y les costó realizar el cruce. Un tronco flotante embistió una carreta y la volcó. Había que soltar a las mulas, pero uno de los dos soldados que cortaban los arreos perdió el cuchillo, y una yunta se ahogó antes de que el otro pudiera liberarlas. A otra carreta se le partió el eje trasero al subir a la otra orilla, y sufrieron una larga demora mientras el carroceros pulía, alisaba y colocaba una vara de fresno.

Avanzaban veinte millas al día, y aunque los hombres estaban en buen estado, la larga marcha empezaba a cobrar su precio. Crescens, el agrimensor, que se arrepentía de no haberse quedado con Probo y Fronto en Iol Cesarea, se infectó un pie y tuvo que viajar en carreta con dos de los pretorianos. El aguijonazo de un escorpión mató a una mula; a un fatigado legionario de la Tercera se le resbaló el hacha cuando cortaba leña, y se abrió un tajo en la pierna; otro recibió una coz de mula en el pecho y murió tres días después. Critón fue presa de una fiebre.

Al fin divisaron un borrón en el horizonte norte, la estribación oriental del Rif. Al sur el paisaje se suavizó, y la patrulla de caballería avistó labrantíos, huertos de arbustos achaparrados, arroyos caudalosos y un par de aldeas aisladas, custodiadas por murallas de barro y torres altas. El suelo se inclinó en un declive y la columna tuvo que aminorar el ritmo de la marcha mientras cruzaba cautelosamente otro río por un puente de madera, e iniciaba el lento ascenso hacia la brecha que se abría en la estribación bereber que les cerraba el paso. Tres horas después del puente llegaron a la cresta y descubrieron que un alud había bloqueado el sendero.

Lucio Egio miró los declives de izquierda y derecha.

—No podemos sacar las carretas del sendero —dijo—. Tendremos que despejarlo. Vatino, escoge veinte hombres y sube por las cuestas. Toma las jabalinas libres y construye una posición defensiva. Aposta parejas de exploradores para cubrir el flanco y ordénales que se replieguen hacia ti en cuanto vean cualquier movimiento hostil. Atio, cubre la retaguardia. Podemos tener problemas.

—¿No es un accidente? —preguntó Curcio Rufo.

—Lo dudo.

—Pudieron haber roto el puente.

—Si retrocedieras, ahora lo encontrarías roto. Es una suerte que tengamos que seguir adelante.

—Estaremos hasta el anochecer para despejar esas rocas.

Lucio Egio sonrió.

Marco Pedio se aproximó, arrebolado y sin aliento.

—Si pernoctamos aquí, escaseará el agua. Ordenaré media ración para todo el mundo.

—Nos faltan veintiséis millas para salir de estas montañas —dijo Lucio Egio—. Sólo permitiré dos copas de agua por hombre al caer el sol. También necesitaré buena parte de la ración de vino, aunque no para beber.

Durante el resto del día los hombres trajinaron para desplazar las rocas que bloqueaban el sendero, pero al caer la noche tuvieron que hacer un alto, y durmieron envueltos en sus capas mientras una guardia doble se encargaba de la vigilancia.

—Espero que no hayan borrado todo rastro del camino —dijo Curcio Rufo, acurrucado contra la rueda de una carreta.

Crescens, la cara manchada de mugre, sacudió la cabeza.

—Bajé por la cuesta. Hay mucha roca en ese peñasco. La carretera puede haber resistido.

—Bien, lo sabremos por la mañana.

No hubo ningún ataque al alba, como había temido Lucio Egio, y al mediodía habían aplanado un pasaje sembrado de escombros en el corazón del alud. Bajo las órdenes de Curcio Rufo, los soldados encendieron fogatas alrededor de los peñascos que no podían mover, usando toda la leña que les quedaba.

—Ten paciencia —le dijo a Lucio Egio—. Esto no se puede hacer en un santiamén.

Atizaron las fogatas y la temperatura adicional hizo sudar a los hombres mientras el humo se les metía en los ojos y los peñascos se calentaban. Critón, tiritando en el pescante de la primera carreta, oyó que Curcio Rufo ladraba una orden. El vinagre siseó y el vapor le humedeció la cara, impidiéndole ver a los soldados. Las rocas se rajaron una por una como si un herrero las hubiera golpeado con un martillo.

—Tratad de moverlas ahora —graznó Curcio Rufo.

En la hora nona la columna estaba de nuevo en marcha. Esa noche volvieron a acampar incómodamente en el camino, y al día siguiente llegaron a la cima del paso.

—A partir de aquí será más fácil —dijo Lucio Egio, cansado pero complacido.

Curcio Rufo, que en la última hora había marchado a pie para que el caballo descansara, dijo en voz baja:

—¿Yo antes estaba borracho o el terreno cambia de color? Al norte era casi blanco, y al sur, con sólo seis anchos de carretera en medio, era rojizo. Es algo que nunca había visto.

Lucio Egio rió.

—Yo tampoco, aunque un viejo pastor que conocí me habló de ello y pensé que era un embustero.

Ahora escaseaba el agua y los arroyos a los que llegaban estaban contaminados. Una patrulla descubrió ovejas muertas en el agua. Lucio Egio procuró reírse con sus labios cuarteados.

—Un viejo truco. Tendremos que encontrar un pozo.

Encontraron uno en las afueras de una aldea abandonada, pero un hombre que bebió ese agua murió.

Continuaron la marcha por lo que parecía una sucesión interminable de colinas, y las ruedas de las carretas levantaban una polvareda continua en el sinuoso camino tallado en la piedra. En ocasiones, por brechas en el paisaje, veían las montañas del sur, la gran cordillera del Atlas Medio, cuyos picos coronados de nieve relucían a la luz de la mañana. Luego, al desplazarse hacia el noroeste, bordearon otra estribación, llegaron a una planicie reseca y en el centro vieron un caserío que podía ser una

aldea, un campamento o una ciudad. La patrulla de caballería se adelantó, y pronto los jinetes volvieron grupas y regresaron al trote, agitando los brazos con entusiasmo.

Lucio Egio se volvió hacia los demás.

—Vodubri —dijo sonriendo—. Yo prefiero llamarla Volúbilis. Suena mejor.

Curcio Rufo se enjugó el sudor de la frente.

—¿Estás seguro?

—Sí, tiene que ser. No tengo la menor duda. —El centurión echó una ojeada a la planicie yerma y sonrió—. Si me equivoco, puedes crucificarme en el próximo árbol que encuentres.

—Ojalá nunca vuelva a ver una carreta —dijo Critón.

—Espero que cambies de opinión —dijo Curcio Rufo—. Irse será más fácil que venir, pero de algún modo tendremos que viajar.

Se plantó en la entrada del campamento y aguardó; al lado estaban los oficiales de su misión, Lucio Egio delante de los demás. Habían construido el campamento a seiscientas yardas de las bajas murallas de barro de la ciudad. La puerta de Tingis se abrió y una procesión de jinetes, encabezada por un hombre de blanco, trotó hacia el campamento. Los jinetes se detuvieron a poca distancia, formando un semicírculo. Llevaban túnica parda, tenían la cabeza cubierta y un velo les tapaba media cara, de la nariz a la barbilla.

—¿Deseabas hablar conmigo? —preguntó el hombre de blanco, que se hacía llamar «sufeta mayor».

—Sí —dijo Curcio Rufo en púnico—, y por tercera vez en tres días. Hemos acampado en las afueras, tal como nos pediste, pero aún no hemos recibido ninguna invitación para entrar en vuestra grata ciudad. Te repito que soy el enviado de Roma. He venido a requerimiento de vuestro rey, Juba. Una vez más, te solicito que transmitas mis respetos a tu señor. Deseo hablar con él.

—Ya te he dicho que nuestro señor Manisa está de cacería —dijo el hombre de blanco—. No sé cuándo regresará. Disfruta de la caza y sólo volverá cuando le plazca.

—¿Ésta es la hospitalidad por la que son célebres los mauris? —preguntó Curcio Rufo—. Traigo generosos presentes de aquéllos que me enviaron. No les complacerá saber que me han tratado con rudeza.

—Manisa manda —repuso el sufeta. Curcio Rufo ya había oído tres veces esa afirmación, y sabía que volvería a oírla—. Manisa manda, y procuramos complacerlo.

—Entiendo —dijo pacientemente Curcio Rufo—. Dentro de dos días levantaré campamento y volveré a cruzar el Mulva.

—Te convendría quedarte.

—Más me convendrá marcharme. Un visitante indeseable no debe llamar a ninguna puerta demasiado tiempo ni con demasiado estruendo.

El sufeta se inclinó hacia él.

—Te he dicho...

Se interrumpió cuando el enviado alzó el brazo y el sol brilló sobre el brazalete que le ceñía la muñeca.

—En mi campamento mando yo —vociferó Curcio Rufo—. No me digas lo que puedo hacer o dejar de hacer. No te corresponde.

Le dio la espalda y regresó al campamento a grandes trancos, seguido por sus oficiales.

El sufeta se quedó inmóvil un instante.

—Ya —dijo. Alzó la mano y volvió grupas. La procesión giró y regresó a la ciudad, y las puertas se cerraron tras ellos.

Lucio Egio los seguía con la vista desde la plataforma que se erguía junto a la puerta del campamento.

—Lo has enfadado. ¿Qué le dijiste?

Curcio Rufo se lo contó.

—¿Eso fue prudente?

—Están jugando con nosotros. Esa cacería de Manisa es una artimaña diplomática. Ahora regresará pronto.

—Espero que estés en lo cierto, amigo mío —dijo Critón—. No me gusta el aspecto de esta gente. —Siguió a su amigo hasta la tienda—. ¿Y ahora qué? —preguntó cuando estuvieron a solas.

—Esperamos.

—Si Manisa es tal como dicen...

—Lo es. Yo también he oído esas historias.

—¿Y no tienes miedo?

Curcio Rufo sonrió.

—Sí, pero creo que él también.

—¿Por qué?

—Por varios motivos. Desde que llegamos, no ha pasado por aquí ninguna caravana, ningún ser humano, ni siquiera un perro. Ayer hablé con un pastor, anteayer con un aguador que estaba con la cuadrilla que cortaba la hierba. Ambos me dijeron lo mismo. Los mazices están causando un revuelo en el noroeste, y el centurión que comanda Tingis ha cerrado las puertas de la ciudad, ha retirado sus puestos de avanzada y no permite que ninguna caravana marche hacia el sur. ¿Por qué? Porque los mazices han destrozado la carretera.

»Los bacuates, que ocupan las colinas que dominan esta ciudad, también han causado dificultades. Volúbilis es un lugar vulnerable. Su existencia depende del paso de las caravanas. Estas dos tribus cobran peaje a todas las caravanas que entran en la ciudad, y sin su buena voluntad nadie puede marcharse. Parece que Manisa ha tenido

fuerza y poder suficientes para contenerlos hasta ahora, pero recientemente ha ocurrido algo que ha minado su autoridad.

—¿Y qué es eso, amigo mío?

—No lo sé. Ha perdido el control en los últimos meses. Parece que llegamos en un momento espinoso.

—¿Puedo informar a los demás de lo que acabas de decirme?

—¿Por qué no? Todos estamos liados en un juego de azar.

Veinticuatro horas después llegó un mensajero de la ciudad y fue recibido en el campamento.

—El señor Manisa está regresando. Ansia conocer al amigo de su primo el rey. — Hablaba con el tono monótono de quien ha aprendido un mensaje de memoria—. Lamenta haber estado ausente cuando llegaste. Estará aquí dentro de dos días. Te pide que aguardes hasta su llegada.

Esperaron. Organizaron cuadrillas para cortar hierba para alimentar a los animales, mientras cavaban zanjas alrededor de las tiendas como precaución contra las inundaciones, por si arreciaban las lluvias. Marco Pedio, con la ayuda de un intérprete, un mercader griego de Volúbilis, compró alimentos y provisiones a las puertas de la ciudad; Atio fortaleció las defensas del campamento; y Lucio Egio, so pretexto de ejercitar a los caballos, exploró la planicie y cabalgó alrededor de la ciudad a distancia respetable.

Mientras recorría el campamento después del descanso del mediodía, Curcio Rufo vio a Felicia y las tres muchachas junto a la muralla, mirando hacia la ciudad. Parecían cansadas y deprimidas, y se preguntó si sería buena idea hablar con ellas, pero decidió lo contrario y continuó la marcha.

El mensajero de la ciudad regresó. Manisa estaba en el palacio, tras haber cabalgado toda la noche. Celebraba la posibilidad de conocer al enviado de Roma y concedería una audiencia al día siguiente. Curcio Rufo despidió al mensajero con el regalo habitual y se reunió con su gente.

—Mañana entraremos en la ciudad —dijo—. Quiero que todos vengáis conmigo, excepto tú, Atio, que permanecerás al mando del campamento. Ahora os diré algo que no sabéis. —Lucio Egio sonrió levemente—. Estamos aquí por dos razones. Primero me referiré a la menos importante. —Se volvió hacia Crescens—. Debemos hacer lo posible por repetir lo que hicimos en Iol Cesarea. No podremos lograr lo mismo porque nos toparemos con cierta resistencia. Lo diré sin ambages: el gobernador no quiere que estemos aquí. En consecuencia, debemos hacer algo que nos permita ganar su aprobación y el respaldo de los habitantes. De ese modo podemos debilitar su flanco. —Hizo una pausa—. El gobernador buscará cualquier pretexto para pedirnos que nos vayamos. No debemos dar ninguna excusa para que presenten quejas por nuestra conducta. En este aspecto, todos somos embajadores de

Roma, desde el enviado hasta el aguador.

Crescens se frotó la barbilla.

—¿Qué deseas que hagamos?

—Algo para el gobernador, y algo para complacer a la gente.

—¿Por qué otra razón estamos aquí? —preguntó Marco Pedio, intrigado.

Lucio Egio volvió a sonreír.

—Os lo contaré ahora —dijo Curcio Rufo, y se lo contó. Cuando terminó de hablar, se hizo un largo silencio.

—Quizá el gobernador no lo sepa —dijo Vatino. Esta frase expresaba la pregunta que todos tenían en mente.

—Poseo cierta información que sugiere que lo sabe —dijo Curcio Rufo.

—¿Y si no accede a entregar a la muchacha? —preguntó sin rodeos Marco Pedio—. No podemos rescatarla por la fuerza. Para eso necesitaríamos una legión, no cincuenta hombres.

—Quizá haya muerto —observó Atio.

—No la secuestraron para matarla —refunfuñó Curcio Rufo.

Lucio Egio carraspeó.

—Pero puede haber muerto —señaló—. Es una región agreste y es un pueblo brutal. Puedes triturar un huevo si lo sostienes en la mano tanto tiempo que te olvidas de que lo sostenías. ¿Te propones preguntarle mañana?

—¿A Manisa? No estoy seguro. Quizá sea mejor esperar, como hicimos en Iol Cesarea. ¿Qué opinas, Critón?

—Has venido aquí para negociar —dijo lentamente el macedonio—. No creo que Manisa sea la clase de hombre con quien convenga entablar conversaciones amenas.

—¿Por eso está aquí esa hermosa esclava? —preguntó Atio.

Curcio Rufo titubeó.

—Puede ser útil. No la traje para mí, si eso estás pensando.

—Todos sabemos lo que estabas pensando —dijo Critón.

Atio pareció avergonzarse, y Vatino rió.

—Nadie te acusaría a ti, Vatino, de tales pensamientos —señaló Curcio Rufo. El *optio* lo miró con resentimiento.

—Qué desperdicio —dijo Marco Pedio, pensando en la muchacha.

Lucio Egio miró a Curcio Rufo.

—Esa chica ha perdido sus encantos —dijo—. No me sorprende, después del viaje que hemos tenido. En este momento yo no daría diez denarios por ella. Será mejor que le digas a la anciana que la atienda. —Miró de soslayo a Critón, que sacudió la cabeza.

Curcio Rufo los miró a ellos. Tenía la cara demacrada, con ojeras de cansancio.

—Si alguien se entera de algo, debe informarme. Tendré que decidir qué decirle a

Manisa cuando me reúna con él.

Deliberaron sobre otros asuntos y no se marcharon hasta el ocaso. Critón se quedó. Parecía nervioso y preocupado.

—Atio desea a esa muchacha —dijo—. He visto cómo la mira.

—Tendrá que conformarse con eso. No podría darse el lujo de comprarla, ni siquiera con su paga de pretoriano. —Curcio Rufo se mordió el labio—. ¿Cómo está tu fiebre? ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

—Pareces agotado.

—También tú.

Se miraron de hito en hito.

—¿Qué sucede, Critón? —preguntó Curcio Rufo.

—Sólo estoy fatigado. Anoche me quedé despierto, escuchando el viento. Nunca deja de soplar. Lo oyes toda la noche. Ojalá estuviera de vuelta en Roma. Ojalá nunca me hubiera ido.

—Pronto estaremos de vuelta. Y si no hemos recobrado a la muchacha, o si está muerta, nosotros volveremos a ese inquilinato. —Hizo una pausa—. Se trata de Vatino, ¿verdad? Corteja a ese chico sirio.

Critón asintió con abatimiento.

—¿Y el chico?

—Ambos saben fingir, pero sólo quieren dinero. En el fondo todos son como ramerías. Vatino pronto tendrá su bastón de mando, según decía Marco Pedio el otro día.

—¿Te ha sido infiel?

Critón asintió de nuevo.

—Sí —murmuró—. Vatino es guapo, tiene un uniforme atractivo, buenas perspectivas y buen sueldo. Un secretario griego es un don nadie.

—Pues véndeselo al *optio* y libérate de él. Puedes quedarte con uno de mis muchachos. El más joven gusta de ti.

Critón miró las paredes de la tienda.

—No lo entiendes —dijo—. Nunca lo entiendes. Lo amo.

Se apoyó la cabeza en las manos y rompió a llorar.

Dos horas después del amanecer traspusieron la puerta de Tingis, precedidos por el sufeta mayor y una escolta de jinetes. Vieron las toscas murallas de barro y yeso, cuarteadas por el sol, con sólo quince pies de altura y una yarda de grosor. No había torres a ambos lados de la puerta, y Lucio Egio pensó que nunca había visto una ciudad nativa que se pudiera atacar con tanta facilidad. La calle era un camino de tierra que sería un lodazal cuando llegaran las lluvias, y serpenteaba entre casas angostas de techo chato que nunca tenían más de dos pisos de altura y que parecían

haber sido construidas (como luego observó Crescens) sin pensar en cómo los demás pasarían entre ellas. Había poca distancia de pared a pared. Las ventanas, meras ranuras protegidas por persianas, estaban en lo alto de la planta baja, mientras que las puertas apenas permitían que un hombre de corta estatura entrara o saliera sin dificultad. Las calles laterales eran aún más estrechas, pasadizos en los que dos mujeres apenas podían caminar lado a lado. Nadie hablaba salvo los jinetes de la escolta, que maldecían y vociferaban mientras se abrían paso en medio de la multitud. Al cabo llegaron a la plaza del mercado; la cruzaron en ángulo, cogiendo otro camino angosto que los condujo hacia un gran edificio de fachada blanca que se erguía en una loma a poca distancia de la muralla sureste. Una escalera toscamente enlosada con piedras conducía a una puerta doble, cuarteada por el sol, frente a la cual había una docena de hombres que portaban lanzas y espadas. En el interior los pasillos eran altos y angostos, con paredes blanqueadas y techos pintados de azul. Los suelos eran de ladrillo recubierto de cemento y pintado con guardas que eran extrañas aun para Crescens. Llegaron a una pequeña cámara alfombrada. El único mueble era una mesa baja y redonda de oro batido. Alrededor había cojines amontonados, y frente a ellos, sentado detrás de la mesa con las piernas cruzadas, estaba Manisa, totalmente solo.

Manisa, apuesto y sonriente, tenía estatura media y barba oscura. Estaba vestido de blanco. En un cinturón de cuero llevaba un cuchillo de mango de marfil en una vaina de oro, decorado con relieves que representaban un combate entre hombres y animales. La única joya que usaba era una pieza de ámbar incrustada en oro, colgada sobre el pecho con una cadencia de oro. Miró al grupo con indolencia, como si inspeccionara un rebaño. Tenía una voz profunda, como la que Curcio Rufo siempre había querido tener.

—Los amigos de mi primo siempre son bienvenidos —dijo en púnico—. Regresé deprisa de mi cacería para recibirlos. —Hizo una pausa y sonrió—. Seré franco. No llegáis en un momento propicio. Tengo muchos problemas, y la presencia de romanos como vosotros sólo contribuye a complicarlos. Seré aún más franco. En mi experiencia, los enviados no vienen a negociar, sino a espiar, corromper y traicionar.

Curcio Rufo, con las manos en la espalda, extendió la palma izquierda para advertir a sus oficiales de que no hablaran ni se movieran.

—Visité a tu primo para ofrecerle la amistad de Roma —dijo cortésmente—. Tu hermano y primo me pidió que te visitara, mi señor, para ofrecer mis servicios a su gobernador de mayor confianza, su mano derecha.

—¿Qué servicios puedes ofrecer?

—Mi señor, traigo hombres habilidosos. Tienes una bonita ciudad, pero podría ser aún más bonita. Podría llegar a ser tan bella como Alejandría, una morada digna de tu magnificencia.

—He visto Alejandría. No quiero que mi ciudad sea una urbe romana. ¿Qué

sugieres?

—Nosotros sugeriríamos, mi señor, pero tú decidirías. Por ejemplo, podríamos traer agua a la ciudad para que hubiera fuentes en las calles y baños en las casas.

—¿Crees que somos un pueblo sucio que nunca se lava? —preguntó Manisa con voz peligrosamente serena.

—No, mi señor, pero he visto que eso representa mucho trabajo para tus gentes.

—No le temen al trabajo.

—Mi señor, si les ahorras tiempo y esfuerzo en ese quehacer, pueden consagrar más tiempo y esfuerzo a asuntos de mayor importancia... a tus intereses.

—No soy pobre. Esta ciudad no carece de esclavos. El tiempo y el esfuerzo de ellos no es importante.

Curcio Rufo sintió el sudor en la frente.

—Creo, mi señor, que con un suministro de agua mayor y más constante se facilitaría la irrigación del suelo. Se podría cultivar grano en la planicie que rodea la ciudad. Habría mejores pastos para el ganado y los caballos. El grano, el ganado y los caballos pueden venderse. Tendrías mayor riqueza. —Hizo una pausa y miró a Manisa sin amedrentarse—. A ningún gobernante le sobran las riquezas. No dependerías tanto del paso de las caravanas.

—Muy bien —dijo lentamente Manisa—, te autorizo para traer agua a la ciudad.

—Seré franco contigo, mi señor —dijo Curcio Rufo—. Esto puede lograrse, pero llevará tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Muchos meses.

—Los huéspedes y la carne fresca apestan después de tres días —declaró Manisa. Sonrió—. Veo que este asunto requiere nuevas conversaciones. Deberás consultar a mis sufetas. Ellos son mi consejo. Tú los llamarías magistrados.

—Me han pedido que te ofrezca estos presentes como prenda de la amistad que te profesa Augusto, el primer ciudadano de Roma.

Hizo una señal y Vatino entregó una caja de plata repujada. Manisa abrió la caja, miró el contenido, cerró la tapa.

—Las joyas son espléndidas —dijo—. Transmite mi gratitud a Augusto. Pero son regalos femeniles. Los entregaré a quienes sepan valorarlos.

Curcio Rufo oyó un movimiento a sus espaldas. El tono de voz de Manisa había sido inequívoco.

—Es nuestra costumbre regalar joyas —se apresuró a decir—. Si te he ofendido, te ruego me disculpes.

Manisa sonrió.

—No es nada. Un enviado es sólo el esclavo de su amo.

—Mi señor, hay un asunto más. Una muchacha romana, la distinguida hija de una

familia encumbrada, fue capturada por piratas mauris el año pasado y se cree que está prisionera en estas tierras. Te pediría ayuda para recobrar a la muchacha, si tienes la amabilidad de usar tu influencia en este asunto. Ella es muy querida por su gente.

Manisa adoptó una expresión inescrutable.

—He oído hablar de esa incursión en la costa de Hispania —dijo—. Hay muchos forajidos en el Magreb. No sé nada más del asunto. Lamento no poder ayudarte.

Curcio Rufo hizo una reverencia.

—Tus hombres pueden entrar en la ciudad para comprar comida y provisiones, pero deben marcharse al caer el sol, cuando se cierran las puertas. Intramuros deben obedecer mis leyes. ¿Está claro?

—Sí, mi señor.

—Una cosa más. Ningún romano puede viajar a más de dos millas de vuestro campamento en ninguna dirección sin mi autorización. Eso es todo por ahora. Tienes mi venia para marcharte.

Se volvieron para irse. Curcio Rufo fue el último en salir. En la puerta se detuvo al oír la voz de Manisa.

—Hablas bastante bien el púnico, para ser romano. ¿También hablas bereber?

—Un poco, mi señor.

Manisa sonrió.

—No es un idioma fácil. Usamos el alfabeto fenicio. Pocos lo entienden. Bien, si deseas enviar mensajes a Iol Cesarea, dáselos al sufeta mayor. Él se encargará de hacerlos llegar a destino.

—Eres muy generoso —dijo Curcio Rufo.

Manisa sonrió.

—Quizá deseas escribir a la reina. Sería una lástima que uno de tus mensajes se perdiera.

Aún sonreía cuando la puerta se cerró y se quedó a solas en la cámara. Pero ahora sonreía de oreja a oreja.

—Es muy difícil saber qué hacer —dijo fatigosamente Crescens—. Es preciso derribar algunos edificios de la ciudad, si así puedes llamarla. Juro por los dioses que no hay una calleja que siga en línea recta más de treinta pies consecutivos. —Se enjugó la cara y volvió a mirar el plano que había bosquejado—. Todo el lugar es un entrecruzamiento de calles apestosas. No hay medidas sanitarias; el agua es traída por esclavos, mujeres o asnos; no hay orden, nada. Es un vasto estercolero. Realmente patético.

—Lo sé —dijo pacientemente Curcio Rufo—. He caminado toda la mañana. Tardaré un mes en sacarme el tufo de la nariz. Bien, ¿qué hay del suministro de agua?

—Es un arroyo que cruza las colinas del sureste. Tendríamos que traerla desde allí.

—¿Un acueducto?

Curcio Rufo miró hacia el campamento, donde el carroceros pulía varas de cornejo para reparar una rueda dañada que yacía junto al fuego.

—Sería una labor hercúlea. Está a más de seis millas. Además, si lo conectamos donde es necesario, ¿con qué construiremos? ¿Piedra caliza? Necesitamos encontrarla y excavar una cantera. ¿Ladrillos?

—¿Por qué no?

Curcio Rufo vio que las esclavas regresaban de un paseo. Traspusieron la puerta y el centinela les habló. Una de las muchachas rió y ladeó la cabeza.

—Necesitaríamos miles.

—Puede hacerse.

—Si tú lo dices.

—En mi legión, cincuenta hombres podían fabricar doscientos al día.

—Ya, y necesitaríamos por lo menos un millón. Eso significaría cien días de trabajo y así llegaríamos a septiembre sin ningún resultado visible. ¿Y de dónde sacamos la paja y la arcilla?

—Podemos reclutar una fuerza laboral de lugareños.

—¿Quién les pagará, Manisa o nosotros?

Curcio Rufo titubeó.

—¿Qué propones, entonces?

Crescens sonrió con sorna.

—Sugierele lo imposible. Y mírale la cara cuando rehúse. Esos bacuates no nos dejan llegar a cien yardas de sus preciosas colinas. Él lo sabe, pero no quiere reconocer que ha perdido el control sobre ellos... si alguna vez lo tuvo.

—¿Entonces?

—Sugierele que mejoremos sus cinco calles principales cubriéndolas de grava. Podría gustarle incluso a él. Le agradecería que su caballo no se enlode los cascos cada vez que sale.

—Probemos suerte con eso, pues. Y podríamos ofrecerle ciertas refacciones en el palacio.

—Pediré a los artesanos que preparen algunos diseños. —Crescens titubeó y al fin preguntó—: ¿Cuánto tiempo estaremos aquí? ¿Unos meses, o más? Le dije a mi esposa que estaría de vuelta para las calendas de junio.

—Quizá lleguemos, si tenemos suerte.

—Ella depende de mí —dijo Crescens—. No me gusta dejarla en manos de su hermano. Es tan honrado como Mercurio.

—No te preocupes. No tardaremos mucho.

—Le escribí desde Iol, pero no recibí respuesta.

—Todos hemos escrito sin recibir respuesta.

—Algunos no se molestan aunque sí reciban una carta —intervino una voz burlona. Era Critón.

—¿Qué carta?

—Había otra carta en aquel paquete de Roma. Ya que Pero se tomó la molestia de escribir, podrías tomarte la molestia de leerla.

—Iré a buscarla. —Curcio Rufo se volvió hacia Crescens—. Mañana nos reuniremos con los sufetas. Entonces hablaremos más sobre este asunto. —Siguió a Critón, que ya había echado a andar, y el agrimensor le oyó exclamar—: ¡Ella me dijo que no sabía escribir!

Crescens sonrió con tristeza y se inclinó sobre sus planos.

—Aquí tienes —dijo Critón, y le entregó la carta. Curcio Rufo notó que estaba enfurruñado y alzó la vista.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—No es nada —dijo el macedonio—. Soy un tonto. Ojalá fuera como tú y pudiera gozar sin interesarme en la persona con quien lo hago. Quizá ésa sea otra diferencia entre nosotros.

—Quizá tengas razón —dijo Curcio Rufo, asintiendo, y abrió la carta. Era de Pero, en efecto. Comenzaba formalmente.

*A Curcio Rufo, enviado de Roma en la corte del rey Juba de Mauretania; él dijo que podía escribirte, pues sabía que era tu amiga, y que él se encargaría de que enviaran la carta junto con sus despachos oficiales. Así que le estoy dictando esto al amanuense que escribe cartas junto a la pequeña fuente que está al lado de la joyería de la calle de los plateros. Sin duda habrás recibido la noticia. Mi ama está pálida y no sonrío. Lucía piensa que es por causa del hermano. Ella le profesaba afecto, como todos sabemos, pero creo que está preocupada por el marido. Reina silencio en la casa desde que pasó esto, y no hay fiestas y vienen pocas visitas. Él es muy amable, pero siempre está abatido, y el mayordomo dice que está alicaído por algo que sucedió. Pensaba hablarte de las Saturnales y nuestras visitas al teatro antes de que esto ocurriera, pero ahora no puedo. Estaba presente con mi ama cuando vino Agripa, y casi hubo una riña, con ese modo tan masculino de no alzar la voz ni dejar de sonreír. Agripa dijo que estaba muy enfadado y que no podía perdonar... usó una palabra, indiscreción, que yo no entiendo. Espero que tú sí. El amo dijo que Valerio Mesala lo había aprobado, y Agripa respondió que él no aprobaría nada. El amo dijo que había actuado así por amabilidad hacia su esposa, y que no era su culpa si el hermano de ella no había entendido el motivo del mensaje. Luego dijo que era comprensible que el mensaje se interpretara mal, pues el hermano de ella nunca había sido amante del baño. No sé a qué se refería, pero Agripa se echó a reír y se fue de*

*la casa. El mayordomo, que tiene amigos en el Palatino, dice que Augusto ha enfermado de nuevo. Le pregunté a mi ama y me dijo que la noticia era correcta. Eso también les preocupa. Dijo que si él moría estallaría una guerra civil, así que fui al estanque de Curcio en el Foro y arrojé una moneda y recé una oración por él. Muchos hacían lo mismo. Llueve continuamente y no salimos, así que estoy cuidando una paloma que tiene un ala lastimada, y mi amigo Félix me ayuda. Él sabe mucho sobre pájaros. No pensaba escribir, pero me imaginé que te gustaría recibir una carta de Roma, aunque supongo que estás tan ocupado que no la extrañarás demasiado. El amo dijo que tu trabajo era importante y estaba seguro de que lo harías bien.*

*No bebas demasiado. Tu amiga, Pero.*

Curcio Rufo la leyó en voz alta, y al concluir dejó la carta y se sentó en silencio. No esperaba que ella escribiera después de la riña que habían tenido aquella noche en Roma. Habían sucedido muchas cosas desde entonces, y tenía poco tiempo para pensar en el pasado. De noche no soñaba con los caballos del circo, ni con las naves que se alejaban del puerto de Ostia y ponían proa al sur, ni con las ciudades extranjeras que tanto había querido visitar o ver de nuevo. No soñaba porque siempre estaba cansado. Rara vez pensaba en ella, pero cuando pensaba sabía que ella había tenido razón, al igual que Critón. Ambos lo conocían demasiado. Le gustaban las mujeres por su compañía y sus encantos, pero no deseaba casarse y sentar la cabeza, aunque había hablado de ello. Como su padre, era un apostador. Cuando las cosas iban mal, añoraba una vida respetable que nunca había tenido, pero era sólo un anhelo, tan duradero como una estrella fugaz, breve e insustancial como un sueño. Le gustaba vivir de su inventiva. No deseaba cambiar.

—¿Por qué escribiste? —dijo.

Critón se encogió de hombros.

—Tú afirmas que conoces a las mujeres. Yo no, gracias a los dioses. Pero te diría, querido amigo, que Pero deseaba escribir... porque deseaba escribir.

—Esta carta contiene una advertencia.

—Sí, hasta yo me doy cuenta. La clase patricia toma baños sólo por dos razones. Una de ellas es el bienestar personal. La otra... —Tembló.

—Fue amable de parte de ella.

—Me agrada Pero —suspiró Critón—. Es una muchacha lista, pero no tanto. ¿Qué dices cuando le escribes a alguien que ha reñido contigo? Si tienes orgullo, no mencionas la riña, ni dices las cosas que quieres decir. Hablas de otros asuntos, y éste es el asunto que ella tiene en mente. —Hizo una pausa—. Creo que Mecenas la instó a escribir. Sabía que quizá ella dijera lo que él no podía decir.

—¿Cómo podía estar seguro?

—Nadie puede estarlo, pero él tiene la sutileza de una mujer. Él ha cometido una

indiscreción, como dice Pero. Necesita un éxito diplomático para compensarla. Lo necesita con urgencia. Y también nosotros, querido Curcio, pues de lo contrario a nuestro regreso descubriremos que los patronos en quienes depositamos nuestras esperanzas están viviendo a la sombra.

Curcio Rufo se levantó y se dirigió a la puerta de la tienda. Echó un vistazo a las murallas de barro de la ciudad. Luego miró a la izquierda, hacia las colinas pardas y verdes.

—Ella podría estar en cualquier parte —dijo—. No hay muchas esperanzas.

—De acuerdo —suspiró Critón—. Creo que Atio tenía razón al decir que ella ha muerto. Pero no debemos cejar en nuestro intento. Es el único motivo por el que estamos aquí.

En la reunión de la mañana, los sufetas aprobaron el plan de suministro de agua y accedieron a presentárselo a Manisa cuando celebrara su audiencia pública más tarde.

—Lamentablemente, tú no podrás asistir —dijo un sufeta con voz amigable—. En esa ocasión el gobernador administra justicia. Los justos que tienen quejas son recompensados y los malhechores son castigados. Podrás observar los castigos. A los ladrones les cortan la mano derecha, a las mujeres sorprendidas en adulterio les rebanan la nariz para que ya no tientes a los hombres con su belleza, y sus amantes son castrados. Los homicidas son expuestos en una jaula, colgando de una torre, hasta que mueren. Los delitos menores son castigados con cien azotes. El señor Manisa es misericordioso. No le agrada derramar sangre, salvo en combate. —Miró tímidamente al enviado, que había adoptado una expresión de moderado interés—. Nuestra justicia es rápida y segura. Así debe ser cuando hay buen gobierno.

Más tarde Manisa envió su respuesta. El plan de suministro de agua era atinado pero demoraría demasiado; había razones de estado que impedían llevarlo a cabo en ese momento. Aprobaba los otros planes, y las obras podían comenzar de inmediato.

Bajo la dirección de Lucio Egio, se iniciaron las reformas en la calle que conducía a la puerta sudoeste, mientras los artesanos abrían un taller a la sombra del palacio del gobernador y comenzaban a dibujar sus planos.

Por la mañana una partida iba a la ciudad con raciones, y Marco Pedio, consciente de su responsabilidad, le advirtió a Lucio Egio que algunos hombres estaban trabando amistad con las mujeres que conocían, y que podían surgir problemas. Lucio Egio, transpirado y sucio de arcilla, fue a ver al enviado.

—Ya, ya, estoy de acuerdo —rezongó Curcio Rufo, que estaba redactando un largo informe—. Será mejor que hable con los sufetas. Esperemos que la generosidad de Manisa sea tan grande como rápida es su justicia.

Vio a los sufetas, que dijeron que hablarían con el gobernador, pero después no tuvo más noticias y llegó a la conclusión de que la respuesta era negativa. La espera le crispaba los nervios y se enfadaba cada vez que Critón le decía:

—Ten paciencia. Espera a que hayan concluido la obra de la calle, luego pregúntale de nuevo.

Una tarde, cuando el campamento estaba vacío salvo por un puñado de hombres que hacían tareas de mantenimiento, y el único ruido era el lastimero clamor del martillo del herrero, el centinela de la pared norte lanzó un grito. Curcio Rufo, que estaba acostado, tratando de descansar, se levantó y salió de prisa.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Una caravana, excelencia —anunció el centinela con emoción.

Curcio Rufo se apresuró a reunirse con él. A lo lejos, un borrón pardo y gris atravesaba la planicie.

—Vienen de Tingis —dijo el centinela—. Al fin recibiremos noticias.

—Es la primera caravana en un mes —dijo Curcio Rufo—. Llegarán a las puertas dentro de una hora. Avísame cuando se aproximen.

La noticia de la llegada de la caravana se propagó rápidamente, y cuando él caminó con Critón desde el campamento hasta la puerta de Tingis, encontró una multitud que parloteaba alborotadamente.

La caravana se aproximó y la voz de la multitud perdió fuerza y se desvaneció en un asustado silencio.

—Míralos —dijo Curcio Rufo, tocando el brazo de Critón—. Los han atacado.

Hombres abatidos montaban las mulas, con vendas en los brazos y la cabeza, pero los vendajes estaban embadurnados de sangre y cubiertos de moscas. Varios hombres cojeaban, algunos apoyándose en muletas, mientras que otros yacían en literas llevadas por sus amigos. Vieron una mula desorejada, y un caballo tuerto con un tajo en el morro. Un jinete que iba echado sobre el pescuezo de su montura debía de haber muerto a la vista de las murallas. Varios hombres empujaban una carreta, pues habían exterminado a las mulas; varios caballos de carga andaban solos, y había un potrillo que cojeaba sobre tres patas y había nacido en cuanto la caravana salió de Tingis.

—Te pediré que le preguntes a ese mercader griego conocido de Marco Pedio qué ha sucedido —dijo Curcio Rufo.

Regresó al campamento y vio que Urraca lo precedía a pocos pasos.

—¿Fuiste a mirar? —le preguntó.

—Sí, amo, fui por hacer algo, aunque ahora me arrepiento de no haberme quedado en el campamento —dijo ella con voz apagada, y él notó que estaba muy pálida.

—Me temo que se han topado con problemas.

—¿Tienes miedo? —preguntó ella, volviendo la cabeza—. Tú no puedes tener miedo, como yo.

—¿Qué sucede? —preguntó el enviado.

Le preocupaban el aspecto y la voz de la muchacha, y su modo de andar. Parecía

totalmente apática y aturdida. Recordó lo que había dicho Lucio Egio, y lamentó no haberle prestado más atención en el largo viaje desde Iol Cesarea. Ella no le respondió hasta que llegaron al campamento.

—No me agrada este lugar —dijo entonces, con una sonrisa lánguida—. Odio los espacios abiertos y el viento nocturno. Odio a los soldados que me miran continuamente, y se relamen los labios y sonrían y se mofan cuando paso. Sobre todo, odio lo que va a suceder.

—Ni siquiera yo sé lo que va a suceder.

—Sé lo que te propones. Todos hablan de Manisa. Para mí es sólo un nombre. Ojalá que siempre fuera sólo un nombre.

Él sonrió.

—Nadie te ha causado daño. ¿Qué esperabas? ¿Otra Roma?

Urraca se encogió de hombros.

—Lo lamento, amo. No debí haber hablado así. No me corresponde. —Lo miró con dureza, con ojos remotos e inexpresivos—.

Lo que me corresponde es estar en tu lecho. Como no es así, los soldados se mofan y hacen apuestas.

Enfiló hacia el sector del campamento donde se hallaban las tiendas de las mujeres, y él la siguió en silencio con la mirada.

Critón visitó al griego, que se alegró de ver a un compatriota.

—Hace muchos años que no hablo mi lengua con nadie salvo con mi esposa, y ella ha fallecido. Debemos celebrarlo. Tengo vino que recibí ocho caravanas atrás. Es de Quío y lo reservo para ocasiones especiales.

—¿Qué ocasiones son especiales salvo las religiosas, en una ciudad como ésta? —preguntó Critón con curiosidad—. No entiendo por qué te quedas aquí. Yo me alegraría de irme.

El viejo sonrió.

—Me llevaría demasiado tiempo contarte la historia de mi vida, y no te interesaría. Pero me quedo por mi familia.

—¿Tienes hijos?

—Una hija. Cuando cumplió quince años, el gobernador Manisa la mandó buscar. —El viejo bajó la voz—. Fue un gran honor, desde luego. Yo no podía rehusar. Había visto lo que les pasaba a los hombres que rechazaban sus requerimientos. Durante muchos años ella ha sido su favorita, y por eso se me permite visitarla cada vez que cumple años. Vivo todo el año para ese día. Pero ahora... No estoy tan seguro. Dicen que tiene otro interés.

—¿Otra muchacha? —preguntó Critón, pero lo dijo con excesivo desenfado, y el viejo se asustó.

—No me incumbe —dijo—. Mira, aquí está el vino. Pruébalo y dime qué te

parece.

—Es excelente. —Critón bajó la copa y el viejo la volvió a llenar, haciendo preguntas sobre Roma y Grecia. Critón sólo pudo responder a algunas, y al fin preguntó a su vez—: ¿Qué sucedió con la caravana? ¿Tenías interés en las mercancías que consiguieron llegar?

—Fue espantoso. Espantoso. Es la segunda caravana que los mazices atacan en dos meses. Esto es insólito. Lo habitual es que las detengan y les cobren peaje. Estamos resignados a eso. ¿Pero este horror? —Miró la habitación en penumbra como temiendo que alguien lo oyera. Pero la puerta estaba cerrada y nada se movía en esa tórrida y sofocante habitación llena de alfombras, piezas de bronce y especias—. Dicen que los bacuates se desplazaron al norte para dominar la ruta de Tingis y arrebatarse a los mazices sus despojos. Esto no había sucedido antes, pero ahora, súbitamente, reina la hostilidad. Así que los mazices atacaron la caravana primero para no dejar nada a sus enemigos. —Hizo una pausa, y luego habló casi sin mover los labios, y Critón apenas oía sus palabras—: Dicen que el gobernador prometió una gran guerra a ambas tribus, con botín y tierras fértiles como premio. Pero la guerra no ha estallado y las tribus dicen que no ha cumplido su palabra. Luchan entre sí y comparten una sola finalidad: cortar los suministros a esta ciudad y destruirla.

Lucio Egio estaba en la plaza del mercado, con la cara sucia estriada de sudor y la coraza cubierta de polvo. Sólo sus ojos se movían a los lados mientras observaba la actividad circundante. En una esquina, junto al pozo, un grupo de jóvenes formaba un corro en torno a un hombre de incipiente barba blanca que abría un cesto de mimbre, tratando de despertar a una serpiente soñolienta. Unos esclavos descargaban una hilera de mulas mientras el dueño les gritaba instrucciones sobre la disposición de las mercancías. Los vendedores de golosinas instalaban hornillos de carbón, aprestándose para cocinar los pringosos pasteles que eran su especialidad, mientras que en el centro de un rebaño de cabras indiferentes se erguía un poste del que colgaba un hombre semidesnudo. Una hora atrás lo habían azotado por algún delito, y si al caer el sol seguía con vida lo bajarían y podría volver a casa, agradeciendo a los dioses en alta voz la misericordia del gobernador Manisa. Un asno conducido por un niño pasó frente al centurión, y el niño frunció el ceño y escupió un insulto. Lucio Egio vio que se acercaba un aguador. Meneó la cabeza y el hombre se encogió de hombros y pasó de largo, agitando su campanilla, y el odre de piel de cabra que cargaba sobre la espalda relucía al sol. Curcio Rufo salió de detrás de una tienda y Lucio Egio sonrió con los ojos.

—Me alegra que pudieras venir.

—¿Cuál es el problema?

—Lo de costumbre. Cada día gozamos de menos popularidad. El trabajo en los caminos va cada vez más lento. Al principio, la guardia de Manisa nos ayudaba

despejando el tránsito de las calles, e impedía que la población arrojara sus desechos por las ventanas.

—¿Eso es todo?

—Esta mañana me arrojaron una bacinilla —barbotó el centurión—. Estaba llena, y el gentío se rió, esperando para ver qué hacía.

—¿Y qué hiciste?

—Me porté como si no pasara nada. Los defraudé. —Lucio Egio olisqueó—. Por eso todavía apesto.

—¿Qué más? —Curcio Rufo trató de no reírse.

—Las cuadrillas de trabajo han sido reducidas a la mitad. Hay demoras y accidentes... demasiados para ser auténticos. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo vi en Hispania cuando usábamos prisioneros de guerra.

—Pero eso no es todo. Un soldado resultó herido cuando se derrumbó un carretón mal cargado. Eso fue adrede. Ayer atracaron a otro soldado en una tienda, y cuando hizo la denuncia los guardias no le prestaron la menor atención. Las mujeres escupen, los hombres se burlan, los niños arrojan piedras y echan a correr. Nuestros hombres están perdiendo los estribos.

—Manisa trata de provocarnos. Quiere que nos larguemos.

—Eso es obvio. ¿Pero qué hacemos? —preguntó Lucio Egio con voz crispada. Había tenido una mañana difícil.

—Tener mucha paciencia. Evitar las discusiones, las peleas y las riñas. No quiero que uno de tus soldados termine amarrado a ese poste.

—Tampoco yo.

—Bien, diles que se aguanten. De nuevo he pedido audiencia con el gobernador, pero se niega a recibirme.

—Otra mala señal.

—Desde luego. Sin embargo, espero despertar su curiosidad. Esta tarde volveremos a ejercitar a los caballos con nuestros cinco jinetes.

—Eso explica lo de los tres últimos días. Pensé que te estabas entrenando para el circo.

Curcio Rufo sonrió.

—Ayer tuvimos bastante público. La noticia se habrá difundido. Creo que esta tarde vendrá a mirar. ¿Quieres apostar?

—No con tus dados. La otra noche le quitaste a Vatino la paga de un mes. ¿Te pareció justo?

—No hice trampa, amigo mío. Sólo le daba a Vatino una lección. Así aprenderá a no meterse con la propiedad ajena.

Lucio Egio le clavó una mirada inquisitiva.

—¿Critón?

—Sí.

—He oído hablar de ello. Entre tanto, Atio se come a Urraca con los ojos. — Lucio Egio hablaba con desparpajo, sin escoger las palabras como hacía habitualmente—. Parece que eso le hizo bien. Ella está recobrando sus atractivos. Él le está dando lo que ella necesita.

Curcio Rufo sonrió adustamente.

—Espero, por el bien de él, que no le esté dando nada más.

—Me reuniré contigo después del almuerzo —dijo Lucio Ego—. Será interesante si viene el gobernador.

—Claro que vendrá.

Cabalgaban en la planicie frente a la muralla sur del campamento, y los cinco galos, que se enorgullecían de su destreza, competían con Lucio Egio y el enviado, arrojando jabalinas a todo galope contra un blanco clavado en un poste. Mientras los caballos descansaban, Lucio Egio murmuró:

—Sale una partida por la puerta de Tingis.

—No mires —dijo Curcio Rufo. Usaba pantalones, pero tenía el torso desnudo. Tenía el cabello revuelto y parecía más joven que nunca—. Como los gatos y las mujeres, vendrá si no le prestamos atención. Ordena a un soldado que clave una argolla de hierro en el poste. —Cogió el pequeño arco que le entregó un esclavo y sonrió—. Yo no soy muy bueno, pero así es como combaten los compatriotas de mi padre.

Se agachó, se calzó el arco entre las piernas, lo invirtió y lo tensó entre las rodillas arqueadas, al parecer sin ningún esfuerzo. Volvió a montar a caballo, se calzó un anillo de marfil en el pulgar derecho, sacó una flecha corta de la aljaba que le colgaba del hombro, agitó el brazo, trotó hasta el poste y siguió cabalgando un trecho más.

Lucio Egio lo observaba, escuchando el trepidar de los caballos que se acercaban por detrás. Cuando estuvieron cerca, alzó el brazo. Se oyó un grito en una lengua extraña y el caballo se lanzó al galope. Curcio Rufo iba acostado en el lomo, apoyando la cabeza en la crin. Al acercarse al poste, se irguió sobre la silla de piel de cabra y se giró, el arco inclinado y la flecha estirada a la derecha del arco. La flecha echó a volar y otras dos la siguieron con increíble velocidad. Lucio Egio y los jinetes estaban entrenados para observar el vuelo de una flecha, el lanzamiento de una lanza o el giro de una espada, y vieron claramente que cada proyectil, disparado hacia atrás desde el pony al galope, había atravesado la argolla de hierro, el último rozando el borde. Estallaron vítores rugientes mientras Curcio Rufo volvía grupas y regresaba con rostro grave.

—Un soldado en combate las habría lanzado con mayor celeridad —dijo jovialmente—. Yo estoy falto de práctica y no quería errar, así que me tomé mi

tiempo. —Calló, miró a espaldas del centurión y saludó con una sonrisa—. Gobernador Manisa, es un honor. Nos estamos divirtiendo, para aprovechar este día agradable.

—Debo felicitarte —dijo Manisa—. Nunca había visto semejante cosa. ¿Puedo mirar el arco?

Curcio Rufo estiró la mano y el gobernador examinó el arco atentamente.

—¿De qué está hecho? Es muy potente.

—La cuerda es de seda, anudada con bucles de tendón. El arco está confeccionado con una mezcla: tiras de cuerno, listones de madera, y tendones de pescuezo de venado, entre otras cosas.

—¿Qué alcance tienen? —preguntó Lucio Egio con curiosidad.

—Un arquero entrenado puede arrojar una flecha de guerra a trescientas cincuenta o cuatrocientas yardas. Una flecha común llega mucho más lejos.

—Magnífica arma —gruñó el gobernador—. No sabía que eras guerrero.

—Ahora no soy guerrero, aunque lo fui en una época. Eso fue hace mucho tiempo... —Sonrió tímidamente.

—Buen truco —dijo Manisa—. ¿Pero un hombre puede vencer batiéndose en retirada?

—Hay más modos de ganar una batalla o una guerra de los que uno cree, incluso una guerra de palabras.

—¿Y dónde combaten de este modo?

—En Partia.

—Entonces no naciste en Roma.

—Nací en Roma, mi señor.

—Ah, empiezo a entender. —El gobernador sonrió—. A cada cual sus propias armas. Mi pueblo tiene su propio estilo. —Le devolvió el arco—. Cabalgas muy bien.

—Es uno de mis pocos méritos.

—Lo dudo, pues he conocido a pocos romanos que hablen mi lengua como tú.

Curcio Rufo bajó del caballo y miró al gobernador con humildad. Era diplomático, pensó, dar a Manisa la ventaja de la altura.

—Mi señor, la pérdida de la muchacha de quien te hablé cuando nos conocimos es un asunto ante el cual el Senado de Roma no puede permanecer indiferente. Encaramos este problema con muchísima preocupación. Mauretania es nuestro aliado, pero no podemos pasar por alto los actos de piratería. —Hizo una pausa y añadió serenamente—: Tampoco podemos olvidarlos, mi señor. Así se lo dije a tu primo el rey, y debo repetirte las mismas palabras. La nave y sus tripulantes procedían de estas costas que tú gobiernas. La responsabilidad es tuya.

Manisa lo miró impasiblemente.

—Ya te he dicho que esta menudencia no me interesa.

—Debería interesarte, mi señor. Lo que afecta a Roma te afecta a ti.

Manisa bajó las manos y su pony empezó a bailotear, al principio hacia el frente y luego hacia el flanco, como si tratara de obligar a Curcio Rufo a recular. El enviado se mantuvo en sus trece aun cuando el caballo se irguió sobre las patas traseras y lo amenazó con los cascos. Lucio Egio avanzó un paso en su ansiedad.

Curcio Rufo sonrió.

—Mi señor, debería considerar eso como un acto hostil hacia un hombre al que has otorgado el privilegio de tu hospitalidad. Y lo mismo pensarían tus súbditos.

El pony retrocedió. Manisa movió la mano y el animal se calmó, sacudiendo la cabeza y tascando el freno.

—Tienes agallas —dijo Manisa—. ¿Cuándo sucedió eso?

Señaló los hombros del enviado. Estaban cubiertos de tejido cicatricial, como si hubiera sufrido un terrible accidente. La piel fruncida llegaba hasta ambos codos. Critón lo había visto desvestirse muchas veces, pero nunca le había hecho esa pregunta. No era entrometido y había aprendido a callarse en cuestiones que no le concernían. Mecenas lo había visto en los baños, pero no había preguntado. Era un hombre discreto y cortés. Lucio Egio también lo había visto, el día en que habían vertido vinagre sobre las rocas del paso, y había frenado la lengua por una cuestión de cortesía. Sólo un hombre hostil y violento podía romper esa etiqueta, y todos aguardaron las palabras del enviado.

—Ningún hombre me ha preguntado eso desde que ocurrió —dijo el sonriente Curcio Rufo—. ¿Acaso te pregunto, mi señor, qué haces en tu lecho con una mujer? Te pido que no te inmiscuyas en cuestiones que sólo a mí me atañen.

—Así sea —dijo Manisa, y volvió grupas.

—Tengo buenas razones para creer, mi señor, que sabes dónde está escondida esa muchacha —exclamó Curcio Rufo—, y si está viva o muerta. Tienes que saberlo, o tu gobierno es como el del viento. No obedece ninguna ley. Sopla a capricho de cualquier hombre.

—Cuida esa lengua, romano —dijo Manisa por encima del hombro—. Hombres más fuertes que tú se han arrodillado en la plaza de la ciudad y han comido sus lenguas tronchadas, apremiados por mi verdugo.

Los soldados soltaron un murmullo y Critón se llevó una mano trémula a la boca. Parecía a punto de vomitar.

—Entonces, mi señor, si es posible, volveré a hablar contigo otro día, y te plantearé la misma pregunta —dijo Curcio Rufo—. Y debo prevenirte que, si ese día no me ayudas, me abstendré de toda responsabilidad por las consecuencias.

Manisa miró por encima del hombro.

—He recibido un mensaje, una carta de Iol Cesarea —dijo, y los sorprendió a todos hablando en latín—, que llegó con la caravana que vino ayer. También había

una carta para ti. Dásela —le ordenó a un jinete, que arrojó un zurrón a los pies del enviado—. Mi mensaje dice que las noticias que vienen de Roma no son buenas.

Le hablaba a Curcio Rufo dándole la espalda, y su pony, que aún bailoteaba, arrojó tierra a los ojos del enviado. Los romanos presentes lo miraban con expectación, pero en ese momento Curcio Rufo no reparaba en la tierra sino en la brisa vespertina que le rozaba la espalda.

—Me dicen que Cayo Julio César Octaviano, que estaba enfermo antes de que te fueras de Roma, no ha salido de su casa del Palatino durante días —bramó Manisa con voz exultante—. *Imperator, dux, princeps*, cónsul... Ni siquiera esos títulos pomposos pueden salvarlo. Es un moribundo.

Clavó los talones en los flancos del pony y, seguido por su escolta, inició un galope triunfal hacia las murallas de Volúbilis.

La noticia surtió el efecto buscado pues, como dijo Critón, no podía ser de otra manera. El mensaje, escrito con premura por Cornelio Silio (que en su precipitación había cometido cuatro errores al codificarlo) confirmaba lo que les había dicho Manisa. Finalizaba con una sombría nota de advertencia:

*En consecuencia, la inquietud campa en Iol Cesarea y en toda la mitad oriental del reino. El rey Juba, que ha regresado con sus tesoros artísticos y se comporta como un niño a quien regalan juguetes nuevos, ha expresado su pesar y ha aconsejado que regreses. La reina también manda mensajes de pesadumbre, pero no pregunta por ti. He estado en contacto con el procónsul. Entiendo que Antonio Musa, el principal médico de Augusto, está interviniendo, pero tampoco él abriga muchas esperanzas. Esta noticia está confirmada por el informe de un oficial que está apostado en el Palatino, y que es de fiar. El informe dice que Augusto llamó a su lecho a Calpurnio Pisón, el nuevo cónsul, y a Marco Agripa. Entregó al primero algunos documentos de estado, al segundo su anillo de sello. Te aconsejo que vuelvas a la costa con la mayor celeridad posible. Cuando él haya muerto, tu salvoconducto no podrá protegerte. Debería, pero no podrá. No obstante, elevo plegarias por tu seguridad.*

Deliberaron y discutieron sobre el asunto hasta altas horas de la noche, pero las deliberaciones y discusiones fueron no fueron de utilidad.

—En momentos de grandes crisis los hombres siempre hablan demasiado —dijo al cabo Critón—. Es una pérdida de tiempo.

La noticia se propagó por la ciudad y la cuadrilla que se encargaba de construir el camino se topó con una muchedumbre hostil cuando inició su labor del día siguiente. Atio, que escoltaba a una partida forrajera para cortar hierba, informó que había avistado fogatas de campamentos al oeste. La patrulla de caballería cabalgó hasta los límites autorizados y al regresar arriesgó la opinión de que era un agrupamiento de

mazices. Vatino cabalgó hasta la puerta sudoeste de la ciudad e informó de que ahora había un campamento de bacuates en la llanura, y que los hombres de la tribu atravesaban abiertamente la puerta, algunos para comprar vituallas, otros para hablar con los sufetas, que se pasaban el día reunidos bajo un árbol de la plaza. Al caer el sol Marco Pedio regresó. Había intentado comunicarse con el mercader griego, pero la casa estaba cerrada y le dijeron que el viejo se había marchado.

—Lo han arrestado —dijo—. El gobernador, que no es ningún tonto, dedujo dónde obtuviste tu información. Debiste ordenarme que degollara al viejo. Habría sido una muerte más rápida que la que sufrirá ahora.

—No cambia mucho las cosas —dijo Lucio Egio con calma—. Nuestro enviado tenía que intentarlo. Vinimos aquí por ese motivo.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Critón.

Todos se volvieron hacia el enviado.

—Tendré que esperar nuevas noticias —dijo Curcio Rufo—. No puedo marcharme sin intentarlo una vez más. —Arqueó los labios—. Por otra parte, creo que no llegaríamos muy lejos.

—Pero no se atrevería a atacarnos si nos marcháramos —dijo Atio—. Sería un acto de guerra.

—No podemos marcharnos sin su autorización.

Lucio Egio miró a los demás y le dijo al enviado:

—Creo que es peligroso esperar. Todos coincidimos en esto. La vida de todos nosotros está en tus manos. Sería conveniente que le pidieras permiso para irnos. Dadas las circunstancias, nadie puede culparnos de ningún fracaso. Se nos ordenó que evitáramos el derramamiento de sangre a toda costa. Quiero pensar que eso incluye la nuestra.

—Muy bien —suspiró Curcio Rufo—. Enviaré una solicitud por la mañana.

Así lo hizo, y un jinete regresó una hora más tarde con la respuesta del gobernador.

—El señor Manisa te pide que te quedes para cumplir con el propósito que te trajo aquí. Hay inquietud en la región y él no puede garantizar tu seguridad si te alejas de estas murallas. Espera que continúes con la tarea de mejorar los servicios de la ciudad.

—¿Y qué pasará si me niego?

—Me previnieron que harías esa pregunta —dijo gravemente el mensajero—, y me ordenaron que la respondiera de esta manera: «El señor Manisa te exhorta a escuchar sus palabras. Manisa manda, sólo él manda. También dice que hay dos maneras de dejar la ciudad de Volúbilis. Una de ellas es la muerte».

Curcio Rufo sonrió.

—Así sea —dijo—. Nos quedaremos.

Ese día era el festival de Ceres, en que ataban teas encendidas a la cola de los zorros que soltaban en el Circo Máximo, pero todo parecía parte de una vida olvidada y ni siquiera Curcio Rufo se acordó, mientras aguardaban ansiosamente lo que les deparaba el nuevo sol.

Pasaron las calendas de mayo y los legionarios sudaban bajo el sol, trabajando ocho horas diarias en la fétida atmósfera de la ciudad atestada, volviendo a cavar los cimientos de las calles, alisando las capas de piedras con una superficie de gravilla, y bordeándolas con arcenes de piedra tallada. Los que procedían de la campiña recordaban que en casa sus amigos y parientes ya habrían comenzado a segar el heno. Hacía tiempo que habían lavado las ovejas del Tarentino para esquilarlas, que habían marcado el ganado nacido en otoño, y que habían podado las vides, preparándolas para el trasplante.

Lucio Egio recordaba a su tía, cuyos asuntos no podía administrar; Crescens se preocupaba por su esposa; y Marco Pedio se deprimía al pensar en los desastres que sufriría su vieja cohorte bajo el mando de un colega que no le gustaba ni le merecía confianza. Critón, temeroso de los escorpiones y receloso de las serpientes desde que un áspid había mordido al segundo amanuense en el tobillo, registraba el suelo de su tienda todos los días y extrañaba la habitación del inquilinato.

—No fue justo —le dijo airadamente un día tórrido a un amanuense atónito que no entendía una palabra—. No fue justo que me impusiera su amistad de ese modo. Él se las pudo apañar muy bien sin mí. Aquí no le sirvo a nadie, ni siquiera a mí mismo.

Nadie le respondió. Era un periodo de berrinches pueriles y escenas coléricas entre hombres razonables cuya circunspección se desvanecía gradualmente a medida que un día insoportable era seguido por otro. Las vaharadas de calor empezaron a titilar en la planicie, la hierba se tornó parda, y Volúbilis temblaba bajo el sol estival. De noche los centinelas del campamento veían que las fogatas de los mazices se aproximaban cada vez más a la ciudad mientras la tribu fortalecía su capacidad de combate y su osadía.

Una mañana un soldado fue apedreado por la multitud y regresó al campamento en camilla; una piedra afilada le había cortado la cara desde la sien hasta el mentón. Se produjo otro incidente cuando los arrieros que llevaban las mulas a abrevar en el arroyo al atardecer fueron cercados por una multitud de bacuates armados con cuchillos. Un arriero fue herido en el brazo y el resto huyó, pero dos de las mulas fueron amarradas y abandonadas en la orilla. Un jinete que no soportaba las quejas de los animales desobedeció órdenes y fue por su cuenta a silenciarlas.

—Qué animales tan raros, las mulas —diría después—. Se callaron en cuanto desmonté. Se quedaron allí, mirándome como si pensaran que ahora que yo había llegado todo se resolvería. Fui tan rápido como pude, mientras ellos me rodeaban

empuñando sus lanzas y espadas, riendo.

—No sabía que eras sentimental —se burló uno de sus amigos.

—Soy hijo de granjero. Si no sabes cuidar los animales, tú y ellos os morís de hambre. Es una cuestión de sentido común.

Lucio Egio habló con el enviado.

—A partir de ahora la situación empeorará —le dijo—. Los hombres no aguantan más. Hay un límite a los latigazos con que puedes amenazarlos.

Curcio Rufo frunció el ceño y se pasó los dados de una mano a la otra.

—Manisa no actuará hasta no estar seguro. Es un hombre asustado. Está esperando la próxima caravana de la costa, y con ella las noticias de Roma.

—Nunca habría pensado que está asustado —refunfuñó el centurión—. Nunca vi un hombre más seguro de sí. Pero convengo en que su gente está muy levantisca. No sé cómo controla a esos nómades en las afueras de la ciudad.

Critón se reunió con ellos en ese momento.

—Aunque ellos adoran a dioses diferentes, todos respetan al de Manisa —dijo—, y él les ha prometido que Medauro le dará una señal. Por eso va a ese templo derruido todos los días. ¿No es verdad, Curcio?

El enviado asintió.

—¿Cómo te enteraste de eso? —preguntó Lucio Egio.

—Hablé con varios mercaderes del barrio extranjero. Un judío que vende alfombras desliza ciertos comentarios.

—Bien, es posible —dijo el centurión—, pero aún no entiendo por qué se refrena. Si quiere provocar una revuelta, ¿por qué esperar?

—Al margen de lo que le hayan prometido sus dioses —dijo Curcio Rufo—, creo que está esperando una señal más tangible. Su revuelta depende del respaldo que reciba en otra parte.

—Pero...

—Pero no recibió su señal. ¿Recuerdas el mensaje que interceptamos en Iol Cesarea? Las cosas deben de haber salido mal en otra parte, así que se vio obligado a esperar.

—¿Y la muchacha era un peón?

—Sí —rezongó Critón—. Un peón. Un modo de mostrar a los bereberes que la costa de Hispania era vulnerable, un trofeo en exhibición. Si humillas a Hispania, humillas a Roma.

Curcio Rufo miró a Critón.

—Ella sería un estupendo sacrificio para un dios mauri. Allá hay gentes cuyos ancestros adoraban a Moloc. Critón opina que la espera no conformó a las tribus. Él había hecho promesas y las rompió. Ellos tienen Volúbilis en sus manos. Pueden matar la ciudad de hambre, si así lo deciden. Pero todavía no lo hacen, porque él les

hizo una última promesa y ellos aguardan para ver si la cumplirá.

Lucio Egio quedó boquiabierto.

—¿Te refieres a la muerte de Augusto? ¿Ésa es la señal?

—Sin duda —suspiró Curcio Rufo—. La broma es que ahora él no quiere un levantamiento, porque no recibirá el respaldo que le prometieron. Pero está montado en el lobo y no se puede bajar.

—¿De qué respaldo hablas? —preguntó Lucio Egio. Entornaba los ojos y su voz había recobrado su filo patricio.

Curcio Rufo se encogió de hombros.

—A veces es mejor susurrar que gritar. Pero hay veces en que el silencio es mejor aún.

—Y en el ínterin debemos esperar a que nos descuarticen —dijo otra voz. Era Marco Pedio, con los ojos inflamados de fatiga.

—Así es. —Curcio Rufo arrojó los dados al aire y los atajó diestramente—. Yo no entiendo el trasfondo de la cuestión. Critón, que tiene mejor cabeza que yo, ha sacado sus conclusiones. —Sonrió a su amigo—. Confío en su criterio.

—¿Podemos confiar en el tuyo? —preguntó Marco Pedio. La voz era áspera pero no hostil.

—Vivo momento a momento. Me las apañó como puedo.

—Quizá tengas razón —dijo Marco Pedio—. En las cohortes pretorianas que ofrecen destacamentos para escoltas y guardias para los funcionarios importantes, se recogen noticias muy curiosas, y al cabo aprendes que detrás de cada historia casi siempre hay otra historia. La gente que busca poder e influencia se comporta como dos legionarios que se ponen a jugar a las damas con los ojos vendados. —Hizo una pausa para regañar a un soldado que no había saludado al pasar y continuó—: Cuando llegamos aquí, ansiaba escuchar los gritos de los centinelas anunciando una caravana. Así el lugar parecía menos desolado. Ahora temo el momento en que avistemos la próxima. Supongo que no tiene mayor sentido fortalecer el campamento.

—Pueden arrasarlo en una hora —dijo Curcio Rufo—. ¿Para qué prolongar el asunto? ¿Tienes miedo de morir?

Hubo un largo silencio, y evitaron mirarse unos a otros.

—Cuando estuve aquí la vez anterior —dijo Lucio Egio—, fui al sur con guías nativos y una escolta armada. ¿Sabías que las alturas menores del Atlas están cubiertas de bosques de árboles parecidos al ciprés, y que sus cumbres están nevadas aun en verano? Cruzamos el Atlas Medio y llegamos al desierto. En algunos tramos había grandes extensiones de arena negra y rocas oscuras, tan calientes al mediodía que te quemaban la piel si las tocabas. Nos cruzamos con una caravana de gétulos que habían viajado hasta un gran río del extremo sur. —Sonrió—. Nosotros no intentamos llegar tan lejos.

—¿Cómo era la vida en el desierto? —preguntó Curcio Rufo.

—Horrible —dijo Lucio Egio, meneando la cabeza—. No sé cómo puedes vivir allí largo tiempo. Marchamos veinte días por los pedregales y arenales antes de regresar, y cada día sobrevivíamos con una pequeña copa de agua. Fue el viaje más espantoso que hice jamás.

—¿Por qué nos cuentas esto? —preguntó Marco Pedio. Le fastidiaba que un hombre que ganaba menos que él tuviera mayores oportunidades para ampliar su experiencia.

—Porque allí la supervivencia se basa en reconocer señales ínfimas: un guijarro que tiene otro color en el dorso; una huella que ha permanecido intacta durante un mes en la tierra seca; la forma de una roca; el olor del agua en un pozo medio tapado por la arena. Debes fijarte en pequeñeces, y para sobrevivir debes pensar como un animal; si tienes hambre, mascas cuero. Si te mueres de sed, bebes la orina caliente de un camello.

—Bien, yo también dependo de pequeñas señales —dijo Curcio Rufo—. Di a tus hombres que recibirán una bonificación por buena conducta cuando regresen a Roma. Diles que confíen en mí.

Marco Pedio miró al centurión de la escolta con una mirada elocuente.

—Haremos lo posible —dijo Lucio Egio—, aunque eso incidirá poco en lo que suceda. Somos cautivos en todos los sentidos, salvo de nombre. Ahora estamos en manos de Manisa, no en las tuyas.

## Capítulo 15

Critón caminó despacio por el callejón y miró de reojo la tienda donde antes vivía el mercader griego. Se abrió una puerta.

—Compra algo y regresa como si repartieras mercancía —dijo una voz—. Llama tres veces.

Critón no respondió, pero oyó que la puerta se cerraba y supo que el viejo estaba con vida.

Una hora después estaba sentado en una habitación en penumbra del fondo de la tienda, preguntándose, entre otras cosas, cómo explicaría la compra de dos costosas alfombras cuando rindiera cuentas de sus gastos mensuales, y si los funcionarios de Roma aceptarían su justificación.

—Siento un gran alivio —dijo—. Creí que habías muerto.

—Ya moriré algún día —dijo evasivamente el mercader—. Esta casa está vigilada. Me han advertido de que no hablara con los romanos.

—Entonces yo no debería estar aquí.

—No volverás. Ahora escúchame. —El viejo se movió en la penumbra y entrelazó las manos—. Aquí hay un ciudadano, un bereber que fabrica espadas. En un tiempo estuvo al servicio de Bogud, cuando el rey era aliado de Roma. Este hombre tuvo mucho trato con vuestros soldados. Estuvo en un regimiento auxiliar de Hispania y admiraba a los romanos. Tiene un mensaje de advertencia para tu enviado. Puedes confiar en su información, pues con frecuencia visita el palacio del gobernador por negocios, y debes prestar atención a lo que él diga. Mañana al caer el sol dirígete a la puerta sudoeste. Allí encontrarás a un vendedor de dátiles. Pregúntale si los dátiles que vende son más dulces que los que se pueden comprar en la puerta de Tingis, y él sabrá que has ido de parte mía y te dará el mensaje.

—¿Cómo sé que no es una trampa?

—Lo sabrás cuando salgas de aquí indemne.

—Muy bien —dijo Critón dubitativamente—, haré lo que me dices. Eres muy amable.

—En Volúbilis nadie es amable. Sólo actuamos por interés personal. Yo hago esto para el fabricante de espadas, que a la vez esperará favores del rey Juba. Ser fabricante de espadas no es gran cosa cuando has comandado un regimiento auxiliar de caballería. Hasta yo lo entiendo, aunque no sé nada de soldados.

—¿Tu hija está bien? —preguntó Critón.

El viejo rió.

—Sí, el gobernador fue muy gentil. Me dijo que habría permitido que mi hija regresara para cuidar de mí en mi vejez, y que lamentaba que yo nunca pudiera verla de nuevo.

Critón le clavó los ojos. Se levantó, fue hasta la ventana y entreabrió las persianas. El sol alumbró el rostro del viejo. Critón se llevó la mano a la boca y se mordió los labios. El viejo estaba ciego. Le habían arrancado los ojos y las heridas aún no habían sanado. Critón cerró la persiana y salió rápidamente de la habitación. Se detuvo ante la entrada y creyó oír movimientos en un piso de arriba. Abrió la puerta de calle, pero no había guardias esperando para arrestarlo. Salió a la calleja desierta y el resplandor de la luz en las paredes amarillas lo deslumbró. Mañana, pensó, veré el Delfín que asciende en el cielo nocturno, pero él no verá nada. ¿Qué hizo para ofender a los dioses?

Dos noches después Curcio Rufo y Lucio Egio salieron del campamento tras la caída del sol y cruzaron cautamente la planicie hasta llegar al arroyo donde los arrieros abrevaban las mulas. Vadearon el arroyo en silencio y delante vieron las fogatas de los bacuates. Les llamó la atención una gran fogata en el empinado declive. Escalaron la ladera de una colina y vieron que el fuego ardía sobre un peñasco, y que estaba rodeado por gente acuclillada en filas apretadas que se perdían en la oscuridad. Un hombre de túnica oscura gesticulaba con vehemencia junto al fuego, pero estaban demasiado lejos para escuchar.

—Me acercaré más —susurró Curcio Rufo—. Quiero oír lo que dice. Si nos descubren, arroja tus jabalinas y corre. Pase lo que pase, no dejes que te capturen con vida.

Se aproximaron más, haciendo un amplio desvío y aprovechando todo escondrijo que pudieran encontrar. Tendidos en la colina a cierta altura encima del peñasco, olieron el humo y oyeron la voz del hombre que estaba junto al fuego. Curcio Rufo se llevó la mano a la oreja y rogó que el hombre no hablara en un dialecto que él no comprendiera. Al rato otro se puso de pie y comenzó a hablar. Llevaba un manto negro, tenía la cabeza tapada y un velo en la cara. Llevaba una daga envainada sujeta al antebrazo izquierdo. La multitud murmuró, se cruzaron preguntas y respuestas. Lucio Egio permaneció junto al enviado, sudando, empuñando una jabalina. Oyó el nombre Manisa y un rugido de la multitud. Fue la única palabra que entendió. La luna surcó el cielo entre nubes tenues que desaparecerían antes del amanecer. Otro hombre se puso de pie y empezó a hablar. Curcio Rufo lo escuchó un instante y ladeó la cabeza.

—Volvamos al campamento —dijo—. Me he enterado de todo lo que necesito saber.

Regresaron sin tropiezos, y tardaron tres horas en recorrer un trayecto de sólo dos millas, pero la cautela se justificaba, pues de noche el campamento estaba vigilado por patrullas de la gente de las tribus. Manisa no quería correr el riesgo de que los romanos intentaran replegarse y escaparan durante la noche.

Curcio Rufo durmió hasta tarde. Cuando despertó, Critón estaba a su lado,

sentado en un taburete, escribiendo su diario.

—Lucio me dijo que querías verme —dijo ansiosamente—. Bien, ¿perdí tiempo y dinero del gobierno en esas condenadas alfombras?

El enviado sonrió de buen humor.

—No, en absoluto. —Se levantó, se enjuagó la cara y llamó a su esclavo. Tras comer un plato de dátiles y servirse la segunda copa de vino, preguntó con curiosidad —: Si está ciego, ¿quién te llamó desde la puerta de su casa? No me digas que reconoció tus pisadas en la calle.

—Al principio me llamó la atención. Era el fabricante de espadas. Un día vino al campamento. —Dejó su pluma—. Cuéntame, Curcio.

—Te lo contaré, pero no hables de ello con nadie más. Hubo una gran reunión tribal de los mazices y los bacuates. También había otros; gétulos, a juzgar por la descripción de Lucio Egio.

—Vaya.

—Eso dije yo. Dentro de cinco días Manisa celebrará un gran festín en la plaza de la ciudad, para los jefes y caudillos de las tribus. Habrá música y baile, y el enviado y sus oficiales serán invitados a asistir. —Dejó la copa y miró a Critón—. En este banquete les dará la señal que ellos esperaban. Nos deben matar mientras abandonamos la ciudad. Nos emboscarán junto a la muralla. Al amanecer atacarán el campamento y matarán a todos sus ocupantes. Luego los conducirá al este, asolando la campiña.

—¿Juba está enterado?

—No lo sé. En este asunto, tu opinión es tan válida como la mía.

—¿Qué haremos? —preguntó Critón con rostro ceniciento.

Los dos hombres se miraron largo rato y luego Curcio Rufo rodeó el hombro del macedonio con el brazo.

—Ya hemos estado en aprietos. ¿Recuerdas aquella noche en Roma? Logramos salir del atolladero. Debemos lograrlo de nuevo.

—¿Aceptarás esa invitación?

—No puedo rechazarla. —Soltó a Critón y se echó hacia atrás—. También aprendí otra cosa, en aquella colina. Alguien preguntó qué pasaría con la muchacha romana, y el caudillo de los bacuates respondió que estaba prometida a los dioses. Eso significa que ella está en la ciudad o en las cercanías. Pero eso ya lo habíamos sospechado.

—Ojalá no hubiera permitido que me convencieras de venir contigo —masculló Critón—. Este lugar es espantoso. Curcio, tengo mucho miedo.

—También yo tengo miedo —replicó Curcio Rufo—. Pero tengo una ventaja sobre Manisa. Sé que él no quiere la guerra.

El interés de Critón superó su miedo.

—Eso tiene mucho valor —dijo—. El único propósito de una negociación es llegar a un acuerdo, y para eso ambas partes deben hacer concesiones. El rey Arquídamo pronunció un discurso en una conferencia que se celebró entre Esparta y sus aliados...

—¿Qué sucedió?

—Terminó en guerra con Atenas —dijo lúgubrementemente Critón.

—Esto no terminará en guerra. —Curcio Rufo caminó de un lado a otro—. Queremos que Manisa sea nuestro amigo y aliado, no nuestro enemigo. Debo asegurarme de que entremos en esa ciudad como invitados de honor, y de que salgamos del mismo modo.

—Entonces debemos procurar una conciliación antes del banquete —exclamó Critón—. Debemos darle la oportunidad de recapacitar antes de que sea demasiado tarde, y él debe salir del paso con honor y dignidad.

—¿Y cómo logramos eso?

—Trataré de organizarte una reunión con los sufetas. —Critón se frotó las manos—. Tengo una idea, pero los sufetas serán la llave que la ponga en movimiento.

—¿Y si se niegan a ser la llave?

—Entonces ella habrá vencido —musitó Critón, mirando el brazalete de plata que el enviado llevaba en el brazo.

—Eres bienvenido —dijo el sufeta mayor con voz vacilante, y Curcio Rufo supo que estaba tan inquieto y temeroso como todos los que estaban sentados con él en la cámara del consejo. Había oído que elevaban la voz mientras él aguardaba en una antesala, y aún le vibraban en la cabeza las discusiones y recriminaciones de hombres complacientes que se encontraban confundidos y mal preparados para una crisis que cualquiera con cierta visión podría haber previsto años atrás. Notó que lo miraban con curiosidad.

—A sus ojos ya estamos muertos —le susurró Critón, que era sensible a esas cuestiones.

El sufeta mayor los invitó a sentarse.

—Sé que habéis tenido dificultades —dijo incómodamente—. Es algo que tanto el señor Manisa como yo lamentamos.

—Terminarán pronto —dijo ambiguamente un consejero de cara afilada—. Os lo prometemos.

Se produjo un súbito silencio, sólo interrumpido por una tos nerviosa. Curcio Rufo los miró uno por uno, sonriendo.

—Los hombres de buena voluntad siempre pueden superar las dificultades —declaró. Hizo una pausa—. No vine a hablar de mis pequeñas preocupaciones. Vine a hablar de vuestras preocupaciones más grandes, y ofrecer la ayuda que esté a mi alcance.

Lo miraron intrigados.

—Los que tenéis edad suficiente recordáis una época en que este reino estaba dividido. Ambos reyes, en distintas épocas y por distintos motivos, lucharon contra Roma. Ambos fueron derrotados honorablemente en batalla. Pero ambos cometieron el mismo error. Respaldaron el bando que no debían. —Hizo una pausa para que asimilaran sus palabras—. Desde entonces Roma domina el África, desde Tingis en el oeste hasta los grandes desiertos de Arabia en el este.

—Roma no gobierna aquí —protestó un consejero.

—Sólo gobierna las fértiles planicies de la costa, no el interior —añadió otro.

—Lo sé —dijo Curcio Rufo—. Y Roma no desea gobernar aquí.

—Nadie puede gobernar el Atlas —declaró un hombre maduro de rostro arrugado y cabello cano—, aunque muchos lo han intentado. Pocos han llegado a cruzarlo. —En su voz había una extraña mezcla de complacencia y lamentación.

—Si cruzamos el Atlas Medio y seguimos hacia el sur —dijo Curcio Rufo—, llegamos a un desierto de arena negra donde viven los gétulos; ellos viajan hasta el río negro, atravesando una tierra desolada que es ardiente de día y gélida de noche.

Hubo un murmullo de asombro.

—¿Cómo lo sabes? —dijo el sufeta mayor—. El Atlas es la morada de los dioses, que tapan las cumbres con un velo de nieve durante el año como advertencia, para que los hombres no osen subir a perturbar su sueño.

—Cualquier hombre que conozca las Cumbres Veladas te lo pudo haber dicho —añadió una voz desdeñosa.

—Un hombre lo hizo —declaró Curcio Rufo con una sonrisa—, un oficial romano de mi campamento que cruzó esas montañas. —Miró de soslayo a Critón y añadió en voz baja—: Otros pueden seguir el rumbo que él siguió.

Les estudió el semblante.

—Roma busca la amistad de Mauretania —dijo—. La influencia de un amigo es mejor que la coacción de un conquistador.

—¿Qué asistencia puedes ofrecernos? —preguntó cautamente un mercader.

—Un comercio seguro con Hispania, que os permitirá obtener las muchas cosas de esa tierra que codiciáis. Pero, ante todo, podemos contribuir a que vuestro país sea rico y fértil. Si el terreno está bien irrigado, y esto se puede lograr, tendréis mejores pastos para vuestros animales, y podréis criar rebaños más numerosos. Si se ara un suelo fértil, rico en agua, podéis cultivar grano en lo que antaño era un yermo. Se pueden desarrollar grandes granjas, y éstas necesitarán bienes de las ciudades. Así incrementaréis vuestro comercio y vuestro patrimonio.

—¿Para que las tribus de las colinas cobren peaje a nuestras caravanas? —protestó otro consejero.

—Al principio, quizá, como lo hacen ahora... pero si vuestra ciudad prospera,

también crecerá su influencia. La influencia y la fortaleza van de la mano. Tendréis fondos para construir mejores murallas, podréis defender vuestra ciudad y salvaguardar vuestros caminos. Las tribus de las colinas también se beneficiarán. Sus rebaños aumentarán, y con la riqueza podrán comprar aquello que hoy la pobreza les obliga a tomar por la fuerza.

Curcio Rufo calló y se hizo silencio. Nadie se movía, y él no discernía qué efecto habían surtido sus palabras.

—¿Por qué nos dices todo esto? —preguntó al fin el sufeta mayor.

—¿Qué tienen de malo las cosas tal como están? —murmuró un anciano de manos rollizas—. ¿Para qué necesitamos un cambio?

—Porque vuestra ciudad está a merced de las tribus. Vi la llegada de la caravana que atacaron. Y porque no deseo que destruyan esta ciudad.

—¿Por qué la destruirían?

—¿Por qué, en efecto, cuando una ciudad rica puede ser beneficiosa para todos? Pero vosotros podéis responder a eso mejor que yo.

—Hablemos sin rodeos —dijo una voz ansiosa.

—Muy bien —respondió pacientemente Curcio Rufo—. Mi gobierno sentirá gran preocupación si hay turbulencias dentro de Mauretania, o si tan sólo se habla de guerra. Vuestro rey lo sabe. Algunos de vosotros pensaréis que tiene costumbres demasiado extranjeras, pero él cuenta con nuestra amistad y nuestro respaldo, y es hombre de paz. Su reino no es rico. Esto le preocupa, porque él se interesa en vuestro bienestar. —De nuevo miró de soslayo a Critón, que asintió con los ojos. Ahora había captado la atención de todos.

—El señor Manisa manda —dijo cortésmente el sufeta mayor—, y nadie habla de guerra.

—Entonces me han informado mal. Me alegra saberlo, pues el rey Juba gobierna estas tierras. Dos cabezas no pueden llevar la misma diadema al mismo tiempo, y él no se propone compartirla.

—El gobernador... —comenzó ansiosamente el sufeta mayor.

—Es leal a su primo, lo sé, y tiene muchas dificultades —interrumpió Curcio Rufo—. En sus proyectos pacíficos, el gobernador Manisa cuenta con nuestro respaldo, al igual que el vuestro. Por este motivo estamos dispuestos a ofrecerle la ciudadanía romana, una designación en nuestro ejército, y autoridad para reclutar un regimiento auxiliar que servirá con las legiones. Así honramos a quienes han demostrado su lealtad y su amistad.

Un jadeo recorrió la sala.

Curcio Rufo se puso de pie.

—Habéis sido pacientes conmigo, y lo agradezco. Recordad esto: con la paz podéis ganarlo todo, con la guerra no ganaréis nada.

El sufeta mayor acompañó a su invitado hasta la puerta.

—Todo depende del señor Manisa —murmuró.

—¿De veras? —Curcio Rufo sonrió—. El que es temido por muchos debe temer a muchos. Es un dicho de mi país. Vale la pena meditar sobre él.

Al llegar a la escalera, Curcio Rufo se enjugó el sudor de la frente.

—Estoy agotado —murmuró.

—¿No olvidaste lo que te dije? —dijo Critón en voz baja.

—No. Recordé todos tus argumentos. ¿Pero has pensado que quizá hayamos hablado demasiado tarde? Si él intenta contener ahora a las tribus, quizá no lo consiga. Lo acusarán de romper su promesa, de aceptar sobornos de los romanos. Todavía pueden rebelarse contra él y contra nosotros, creyendo que pueden prescindir de él. ¿Has pensado en ello?

—Lo importante es quién tiene mayor influencia.

—Quizá tengas razón. Bien, ahora depende de ellos. Sólo podemos esperar, y rezar. —Bajó la escalera y Critón lo siguió. No había nada más que decir.

Al mediodía Curcio Rufo mandó buscar a Felicia.

—Creí que nos habías olvidado —rezongó ella, pero con ojos atentos. Tenía la cara tostada y había perdido peso—. Bien, puedo adivinar lo que quieres.

—¿Y qué quiero? —se burló Curcio Rufo.

—Quieres que te diga que el ave ha engordado y está preparada para ser servida. —Hizo una pausa—. Bien, no puedo decirte eso. Fue un pésimo viaje. Éste es un lugar incómodo para las mujeres y... —Se sentó sin que él la invitara—. Ahora me siento mejor. El calor es agobiante. Tendrías que habérsela dado a Juba. Entonces ella estaba en óptima forma.

—Pues se la daré a Manisa. ¿Ella ha practicado su danza tal como ordené?

—Sí, pero a regañadientes. Tu secretario hace lo posible para reanimarla. Pero ella necesita un hombre. —Felicia lo miró con ojos calculadores—. Un amorío le habría ayudado a mantener su buen aspecto. No pensaste en ello, ¿verdad? —Hizo una pausa y añadió incisivamente—: ¿Por qué Manisa? ¿Para ahorrarle el trabajo de adueñarse de ella cuando nos hayan asesinado a todos?

—¿Acaso conoces la situación?

—Puedo darme cuenta. Todos hablan. Se huele en el aire. Los soldados hacen apuestas sobre cuánto tardarán en atacarnos. Los centuriones fingen que no pasa nada, y uno les cree hasta que les mira a los ojos.

—¿No tienes miedo?

—Habitualmente no matan a las mujeres. ¿Y qué es esa historia de una muchacha romana que fue secuestrada? ¿Por qué nadie me...?

—Hablas demasiado. Dile a Urraca que bailará en un banquete dentro tres días. —Se levantó y entornó los ojos—. Mándamela hoy al caer la tarde.

Ella sonrió arteramente.

—Has perdido el tiempo, ¿verdad, querido? Las muchachas como ella no crecen en los árboles. Sé de qué hablo.

Él dio un respingo y cambió de expresión. Ella supo que había ido demasiado lejos. Lo miró intimidada, esperando que él la abofeteara.

—El calor te debe haber freído el poco seso que tienes, amén de afectar a tus modales —barbotó Curcio Rufo—. ¿Acaso crees que no sé de qué hablas?

Era costumbre que los oficiales de alto rango cenaran tarde, a mediados de la hora undécima. Era una ocasión informal a la que Lucio Egio atribuía considerable valor, pues entonces podían referir los sucesos del día y comentar los problemas que los inquietaban. Durante la cena bebían con moderación, pues estaban demasiado cansados para dedicarse a festejar. Su mundo se había reducido a un nivel de mera existencia: el trabajo y el sueño eran las dos actividades que acaparaban toda su atención. Pero la tensión siempre estaba presente, y todos se sintieron afectados cuando Critón anunció el inminente banquete. Comieron en silencio, y sólo cuando levantaron los últimos platos Marco Pedio expresó los pensamientos de todos con escalofriante claridad.

—No sé qué pensaréis hacer vosotros —dijo jovialmente—, pero yo me embriagaré. Tenemos una abundante provisión de vino. Sería una lástima que la aprovecharan otros.

—Por una vez, las legiones y los pretorianos están de acuerdo —dijo serenamente Lucio Egio—. Nos embriagaremos contigo.

Llamó a un esclavo y entonces notó quién estaba ausente. Se volvió inquisitivamente a Critón.

—Curcio Rufo cena a solas. Tiene trabajo que hacer —murmuró el secretario con cierto embarazo.

—Me lo imagino —dijo el centurión con una sonrisa.

Ella llegó después del anochecer, escoltada por Felicia y dos esclavos que él había enviado para traerla. Llevaba una capa de viajera, muy ceñida, con la capucha sobre el cabello, pero él vio dos llamaradas gemelas mientras las piedras bailaban bajo sus orejas, y supo que ella se había puesto sus mejores galas para la ocasión.

—Primero cenaremos y luego hablaremos —dijo él—. ¿Quieres quitarte la capa? No vendrá nadie.

Ella miró a los esclavos que se disponían a servir la comida.

—No lo creo, mi señor —dijo gravemente. Sonrió, escrutándole el rostro.

—Aquí sentirás calor.

Ella volvió a sonreír, se quitó la capucha y se alisó el pelo. Aún estaba muy pálida.

—No —dijo con voz queda—. No sentiré calor.

Él comprendió y sonrió.

Le habló de Roma, y de la dignidad de un enviado, que él asumía cada día con dificultad, y con más soltura le habló del circo y las presiones que sufrían los aurigas para ganar una carrera o causar un accidente a un rival. Tenía un puñado de anécdotas escandalosas sobre la codicia de los propietarios de los inquilinatos de las barriadas más pobres, y de cómo se podía aumentar artificialmente el precio de los alimentos para ventaja del vendedor mediante un oportuno rumor acerca del naufragio de la flota que transportaba el grano desde Alejandría.

—Nunca creas a un mercader que dice que no le conviene que aumenten los precios. El único propósito del comercio es obtener la mayor ganancia posible con el menor gasto posible. Eso no se logra con generosidad ni con torpeza. Lo sé bien. He vendido caballos y cargamentos.

Era la voz del hijo del liberto. No necesitaba fingir, y veía la vida con mayor claridad que quienes lo gobernaban. Le brillaban los ojos mientras hablaba despreocupadamente de los éxitos y fracasos de su precaria existencia, sin orgullo ni grandilocuencia. Ella pensó que si podía conservarle ese humor, quizá lograra el propósito que tenía en mente.

Él le contó que había tratado de trabajar de astrólogo en Atenas, hasta que su proyecto fracasó a causa de una disputa pública con un filósofo, que fue más elocuente y así le arruinó el negocio.

—Luego fui asistente de un arquitecto en Alejandría. Obtuvimos el respaldo de un especulador y construimos un inquilinato. Llevamos a nuestro patrono y a los funcionarios del ayuntamiento a ver el nuevo edificio. Quedaron impresionados, y prometieron el pago inmediato de nuestros honorarios y un contrato. Pero los dioses intervinieron. —Sonrió—. No lo creerás, pero el edificio empezó a derrumbarse cuando regresábamos por la calle. El arquitecto me culpó a mí por haber calculado mal las cifras. Yo culpé a los obreros, que eran chapuceros y no se enorgullecían de su trabajo. —Se encogió de hombros—. Lo cierto es que ambos tuvimos que poner pies en polvorosa. Ordenaron nuestro arresto y tuvimos que ocultarnos en un barco pesquero que apestaba más que una curtiduría. Aun así, habíamos vivido a expensas de nuestro patrono mientras se construía el edificio. No nos había ido tan mal.

Esta historia hizo reír a Urraca, que ya no estaba tan tensa. Él notó que su color mejoraba y sonrió al escuchar el canto que llegaba desde el campamento. Ella jugó con su copa y quiso negarse cuando él se dispuso a llenarla de nuevo.

—No lo necesito —dijo con calma. Lo miró a los ojos—. A menos que tú creas que sí, mi señor.

Él sacudió la cabeza.

—Un poco de locura nos viene bien a todos —dijo—. Brindemos por Dioniso y hagamos lo que el dios nos ordena.

Su voz era amable, pero ella podía adivinar lo que él no decía.

Se mordió el labio y miró la mesa.

—Conque me entregarás a Manisa —dijo con voz neutra—. Lo vi cuando vino a mirar el día en que hiciste piruetas con el caballo. Es un hombre apuesto, pero... —Tembló—. He oído cosas terribles sobre él.

Él no habló. Ella alzó la vista, pero él eludió su mirada.

—No sabía que vendríamos al interior —dijo ella—. Pensé que sería... Juba. —Hizo una pausa y añadió impasiblemente—: Me gustaba Iol Cesarea. La ciudad es pobre, pero un día será un lugar bonito. Y me gustaba ir al espigón. El mar era hermoso. —Se retorció las manos en el regazo y guardó silencio, esperando que él hablara, pero no dijo nada—. Tendré que ir. Debo obedecer a mi señor.

—Bailarás para Manisa en el banquete que él dará para agasajarnos —dijo Curcio Rufo—. No quiero una danza púdica y decorosa ni majestuosa y orgullosa. Quiero una danza de tu gente, quiero que bailes como bailan en Gades. ¿Me entiendes?

Su voz había cambiado. El que hablaba era el enviado. Ella recobró la compostura al oír ese tono helado.

—He practicado con empeño. Haré todo lo posible.

—Bien. Si él queda complacido, y si lo solicita, te entregaré a él. Serás un regalo adecuado de un monarca de Roma al señor del Atlas. Es un hombre talentoso y ambicioso, hijo de un rey, y el hombre más poderoso de Mauretania después de su primo. Te irá muy bien.

—Soy sólo una esclava —murmuró ella, cabizbaja.

—Lo sé muy bien —barbotó él—. Pero también sé que no eres una muchacha que un hombre olvide fácilmente. Tú gobernarás a Manisa, a tu manera y para tu provecho. Y recuerda esto: Mauretania es un reino vasallo. Pase lo que pase, Roma no olvida la lealtad de aquéllos que cumplen su palabra.

Ella se levantó grácilmente y se quitó la capa. Debajo llevaba un vestido que él no había visto nunca y una selección de las joyas que él había escogido en la tienda de la Vía Sacra.

—Hice confeccionar este vestido en Iol Cesarea. Como ves, no sentía demasiado calor con la capa.

—Urraca...

Ella sonrió.

—Es habitual dar un regalo a una esclava que te ha complacido, cuando deja de estar a tu servicio.

—¿Qué querías?

—Algo que me permita recordarte. —Ella se acordó de las apremiantes palabras de Critón y supo que no debía fallarle. Sonrió—. ¿Puedo quedarme con tu brazalete?

—Fue un regalo de...

—Lo sé. Pero ahora es tuyo y, por ese motivo, en mi muñeca no puede causar ningún daño.

Él vaciló, la miró intrigado.

—Por favor.

—Muy bien, si puedes hallar la traba.

—Déjame probar. Ahí tienes. No es difícil si sabes dónde buscar.

Él se frotó la muñeca.

—Estoy un poco ebrio. No sé si te entiendo bien.

—Debes preguntarle a Critón, tu secretario.

Él calló y Urraca adivinó que él pensaba en el brazalete que ahora ella tenía en la muñeca. Se encogió de hombros. Había obtenido una victoria para Critón, pero para ella era una derrota. Se dispuso a recoger la capa.

—¿Deseas que me vaya?

Él asintió.

—Mi señor es sabio —se mofó ella, riendo suavemente—. Pues si me voy, no sabrás lo que has perdido, pero si me quedo lo recordarás.

—Entonces más vale que te quedes —repuso él—, pues tengo gran curiosidad pero pésima memoria.

Ella se sonrojó y se dirigió a la entrada de la tienda. Si Critón hubiera estado allí en ese momento, lo habría abofeteado.

—Aguarda. —Él se levantó y le cogió la muñeca—. Cualquiera hombre te desearía —dijo con voz aguardentosa, y su cara tenía un aspecto que ella conocía bien—. Pero no te creas que cambiaré mi decisión por la mañana. Te entregaré a Manisa. No quiero mentirte sobre ello.

—Entonces suéltame —protestó ella—. Poco te importa lo que yo haga o piense.

—Me importa mucho —dijo él, haciéndole doler la muñeca—. Aún me perteneces, y por el momento... —Hizo una pausa y dijo crudamente—: Para el estado tus pensamientos valen menos que tu cuerpo. Lamentablemente, el segundo está falto de práctica.

El rostro de ella estaba en penumbra y él no le vio la expresión de los ojos. Si la hubiera visto, no le habría importado, pues eso era algo que siempre había podido cambiar.

Los dos centuriones, que aún podían tenerse en pie a pesar de su alegre ebriedad, se aproximaron a la tienda del enviado mientras se dirigían a la suya, y vieron que las luces se apagaban a medida que extinguían las velas.

—Espero que el enviado se haya decidido —prorrumpió Marco Pedio—. Hice una apuesta.

Lucio Egio rió entre dientes.

—Mañana podrás cobrar tus ganancias. La esclava duerme en un lecho caliente.

## Capítulo 16

Llegó la invitación, redactada con cortesía, y fue aceptada, pero el sufeta mayor no mandó ningún mensaje y tampoco recibieron respuesta al recado que habían enviado a Manisa en relación con los honores ofrecidos.

—Debo de haber fracasado —le dijo Curcio Rufo a Critón—. Supongo que esperaba demasiado.

—Sólo un bárbaro dejaría de entender lo que dijiste —rezongó Critón—. Esta gente... —Se interrumpió, casi llorando de rabia, frustración y temor.

Los esclavos de los oficiales se dedicaron a preparar la mejor ropa de sus amos, y aunque no se podían portar armas, Lucio Egio insistió en que cada uno llevara un puñal oculto.

—Nuestro enviado no lo aprobaría —les dijo en una reunión en su tienda—. Pero no pienso morir como un buey en el sacrificio, en aras de ningún hombre.

Los carpinteros y pintores comenzaron a adornar la litera en que viajaría Urraca, y se decidió que las dos esclavas y Felicia debían acompañarla.

—Es más apropiado —dijo Critón.

—Y será mejor para ellas no estar en el campamento —dijo Curcio Rufo, y Marco Pedio coincidió con él. El suboficial de Vatino había pedido órdenes, buscando desesperadamente cierta tranquilidad, pero las palabras de Lucio Egio no fueron de gran ayuda.

—Cuando nos marchemos, quedarás al mando. Debes poner tu mejor empeño y nadie te hará reproches.

El hombre asintió, tratando de aparentar calma.

—Nadie nos aprehenderá con vida —graznó—. Cualquier cosa menos eso.

Caía la tarde cuando el sufeta mayor llegó al campamento con una escolta de jóvenes vestidos con ropas alegres. El sufeta inclinó la cabeza.

—El señor Manisa me pide que os guíe hasta el banquete. Será realzado por vuestra presencia.

Tenía una expresión calma. Curcio Rufo no pudo preguntar ni se atrevió a sospechar lo que el hombre le había dicho al gobernador.

Los portadores esperaban junto a las varas de las literas, los cuatro oficiales formaban un grupo cerrado detrás de la segunda litera, y Curcio Rufo, Critón y Crescens iban al lado. El agrimensor tenía el aire de un hombre que espera que le arranquen una muela.

—¿No iréis a caballo? —preguntó el sufeta, echando una ojeada a las cortinas cerradas y al rostro del enviado.

—No —dijo Curcio Rufo—. El ejercicio nos hará bien. Ya cabalgaremos bastante cuando emprendamos nuestro regreso a la costa.

El sufeta sonrió, y Curcio Rufo echó un vistazo a sus oficiales. Les habló en latín.

—Muchos que asisten a los banquetes como invitados de honor se arruinan el apetito porque se intranquilizan indebidamente, temiendo que su discurso sea un fracaso. Pero habitualmente todo sale bien, y luego descubren que se han preocupado sin ningún motivo.

Marco Pedio se relamió los labios, un músculo palpitó en la mejilla de Lucio Egio, Vatino se llevó las manos a la espalda para que nadie viera que temblaban. Critón dijo en griego que se sentía enfermo, mientras que Atio no podía contener sus bostezos.

El enviado sonrió al sufeta mayor.

—No posterguemos más el placer —dijo, y salieron del campamento con rumbo a la ciudad.

Habían despejado la gran plaza del mercado, habían encendido fogatas, tendido alfombras, instalado tiendas, y erigido un gran pabellón en el lado sureste. Los lados de la plaza estaban abarrotados de espectadores, y en los pabellones, en medio del resplandor de las antorchas, el tenue destello de los cojines y las mesas de bronce y metal, los aguardaba Manisa, ataviado con una deslumbrante túnica con bordados de oro, mangas largas y cuello alto. Curcio Rufo vio que el pabellón estaba atestado; en un lado estaban los principales dignatarios de la ciudad, los sufetas y los mercaderes, y en el otro los caudillos de las tribus guerreras del Atlas y el desierto, los mazices, los bacuates y los hombres de negro con velo. Éstos observaron la llegada del enviado y sus oficiales con rostro inescrutable. Mientras los portadores eran dirigidos a una pequeña tienda que se hallaba entre un pozo en desuso y dos palmeras, Manisa se puso de pie.

—Bienvenidos —dijo en latín—. Es buena señal que el invitado llegue a pie. Siéntate y disfruta.

—Me siento honrado —dijo Curcio Rufo—. Debo transmitir ciertos mensajes y hacer una solicitud.

—Desde luego, pero hablaremos de cosas serias más tarde, cuando hayamos comido y estemos de buen humor. Entiendo que deseas agasajarme. ¿Es una costumbre? ¿Agasajar al anfitrión?

—No lo sé, mi señor. Te traemos el don de un espectáculo y rogamos que te sea placentero. Todos estamos en deuda con tu amabilidad.

Manisa sonrió, pero por un instante frunció el ceño. Parecía desconcertado.

—Ven —dijo—. Deseo que conozcas a otros invitados.

Mientras comían platos exóticos, y Curcio Rufo se dedicaba a la plática cortés, los entretuvo un hombre que cantaba y recitaba acompañado por un instrumento de cuerdas. Su voz, pensó Critón, sonaba como un gato en la noche, pero cuando Manisa explicó que el poeta cantaba las hazañas de su pueblo, el macedonio se interesó y

preguntó si había una versión escrita de la balada.

—Claro que no —dijo el gobernador—, pues él no sabe leer ni escribir. Estas cosas se aprenden de memoria y se pasan de padre a hijo. Es un don.

A continuación un grupo de hombres bailó una danza tribal. Formaron un círculo, hombro con hombro, y taconeaban y aplaudían al ritmo de la salmodia monótona del hombre que los dirigía. En este punto Critón cerró los ojos, y cuando le preguntaron si se sentía mal respondió que estaba abrumado por la belleza del espectáculo.

—Mi gente no bebe vino como los de tu raza —dijo Manisa cuando la comida terminaba—, aunque algunos hemos aprendido a gustar de él. He pedido un poco en tu honor, y espero que sea de tu gusto.

—¿Vuestras mujeres bailan en público? —preguntó Critón. Era un problema que lo había preocupado todo el día.

—Sí, pues lo disfrutan, y tienen más gracia que todos los hombres, salvo una ínfima minoría.

Había oscurecido y había despuntado la luna. La plaza estaba llena de hombres de túnica blanca que daban la espalda a las fogatas y batían rítmicamente las manos mientras las mujeres bailaban con sus gruesos y elegantes vestidos y sus mejores alhajas. Luego se pusieron a cantar y el canto creció, hasta ser una algarabía palpitante cuando se sumó la apretada muchedumbre que rodeaba la plaza.

Critón miró la luna, miró a los demás. Ya estaban un poco ebrios, excitados por la extrañeza de la ocasión. El vino había mellado el filo del miedo, aunque no del todo, pues vio que Marco Pedio y Lucio Egio echaban una ojeada a la luna. También ellos se preguntaban cuánto faltaba para el final del banquete. Critón observó ese ambiente colorido y pensó que pronto caminarían por calles oscuras. Pensó también en los jinetes silenciosos que aguardaban fuera de las murallas, esperando el momento en que se abrieran las puertas, y las espadas, dagas y lanzas pusieran fin a todo con un trepidar de cascos y un destello de sangre.

—No esperes demasiado —le dijo a Curcio Rufo—. Parte de la muchedumbre ya ha empezado a marcharse.

La danza había concluido.

—Los hombres de mi raza vienen de las colinas —dijo Critón en latín—. Si les das una espada, beben sangre; si les das una mujer, beben placer. En sus días de fiesta beben hasta el alba. Ningún odre que se haya llevado al banquete puede quedar sin abrir. Es su costumbre. —Estaba un poco ebrio y alardeaba para ocultar su temor.

—Eso he oído —dijo Manisa—. ¿No venía de tus tierras ese gran guerrero llamado Iskander, que se ufanaba de haber conquistado el mundo?

Critón asintió, y Curcio Rufo, al ver que su amigo retaba con los ojos a Manisa, dijo en tono displicente:

—Es verdad, mi señor. Pero él realizó una conquista mayor aún. Aprendió a

conquistarse a sí mismo.

—Ya —murmuró Manisa, y los dos hombres se miraron largamente sin sonreír. Al fin Manisa dijo—: Hablas con acertijos que no logro descifrar. ¿Por qué un guerrero desearía conquistarse a sí mismo?

—Un gran guerrero debe hacerlo, de lo contrario pierde su grandeza —dijo el enviado—. Iskander, a quien nosotros llamamos Alejandro, no se dejaba tentar por las fechorías, las ambiciones, la codicia y la idiotez de las mentes pequeñas. No se dejaba intimidar por las amenazas de hombres mezquinos. Tenía una gran visión y hablaba con los dioses.

Manisa se tocó la barba.

—¿Ofreces consejos a tu anfitrión?

—No, mi señor. Ofrezco asistencia.

El gobernador pestañeó.

—Mi señor, pronto será hora de marcharnos. Te pido que me permitas expresar mi gratitud, para que todos lo oigan, en las pocas palabras de bereber que he aprendido.

Manisa sonrió. Un destello de asombro chispeó en sus ojos, y se apagó. Curcio Rufo miró a sus oficiales. Habían hecho una pausa en su conversación y lo miraban con expresiones de súplica, temor y resignación, cada uno según su temperamento.

Manisa asintió.

—Ellos apreciarán tu cortesía —dijo con voz neutra.

Curcio Rufo se puso de pie.

—En mi calidad de enviado de Roma ante la corte del rey Juba —declamó—, me honra estar aquí como amigo de Manisa, primo del rey, gobernador del oeste y señor del Atlas. —Hablaban con fluidez el bereber y un asombrado silencio cayó sobre el pabellón y la muchedumbre de la plaza. Alzó las manos, y sólo entonces Manisa notó que ya no usaba el brazalete de la reina—. Como nueva prueba de amistad, el Senado de Roma me ha autorizado a ofrecer la ciudadanía romana al señor Manisa, y es algo que no otorgamos a la ligera al hombre que no posea esa condición al nacer. También ofrezco al señor Manisa el derecho a organizar un regimiento auxiliar de caballería que acompañará a las legiones romanas, para que todos los hombres conozcan la valía de vuestros guerreros.

—Concedes un gran honor al señor del Atlas —vociferó uno de los hombres con velo—. Danos una señal que nos permita creer en el poder y la influencia de Roma.

Curcio Rufo pestañeó. Lucio Egio lo miró con alarma en los ojos. Critón abrió y cerró la boca con una expresión de horror. Manisa sonrió, y un silencio absoluto cayó en el pabellón.

Curcio Rufo titubeó. Miró el cielo y vio que la luna se desvanecía.

—Juro por mis dioses —dijo con los brazos en alto—, que la próxima caravana

me traerá la noticia de que Augusto César, a quien todos consideraban moribundo, vuelve a vivir. Con esa señal, los dioses que han elevado a Roma por encima de las demás ciudades confirmarán que brindan protección a todos sus ciudadanos, dondequiera que estén.

Guardó silencio, y la muchedumbre empezó a murmurar. Manisa dejó de sonreír y se puso de pie.

—¿Por qué hemos de creerte? —preguntó, y su voz sonó como un trueno en una noche calurosa.

—¿Esperarás a que el lobo muerda la luna para creer? —dijo Curcio Rufo entre dientes.

—No puedes alterar el futuro con meras palabras —replicó Manisa impasiblemente—. Será lo que deba ser. —Se sentó y arqueó un dedo. En el otro lado del pabellón un hombre se levantó, asintió y se internó en la noche. Era el capitán de su guardia personal. Manisa sonrió—. Ahora veamos qué más nos ofrece Roma.

Curcio Rufo se volvió hacia Critón.

—Dile a tu esclavo que avise a la muchacha —susurró—. Es hora. Ahora estamos en manos de ella.

Un tambor palpitó suavemente, las cortinas de la tienda que estaba entre las palmeras se abrieron, y apareció Urraca. Avanzó grácilmente y la conversación murió mientras ella caminaba entre las fogatas, siguiendo el ritmo del lento redoble del tambor. Se arrodilló en el centro del tablado, en medio de su falda roja y plateada, cruzando las manos sobre el pecho. Miró un instante a Manisa, y sus ojos revelaron un interés que quizá fuera real, quizá fingido. Dos hombres con tambores se sentaron ante ella con las piernas cruzadas, y mientras ella bailaba no le quitaban la vista de la cara. La muchacha cerró los ojos, mostrando sus párpados pintados. Los tambores batían suavemente. Ella estiró los brazos, que cimbrearon como la fronda de una palmera en el viento del alba. Así, muy suavemente, inició su danza con sutiles movimientos de las manos, el busto y las caderas. Al intensificarse el ritmo, el velo que le cubría el torso se deslizaba sobre su cabeza, y sus joyas tintineaban con cada meneo y gesticulación.

Curcio Rufo se reclinó para observar a los que estaban sentados junto a él. En ese momento podría haber apuñalado a Manisa por la espalda y nadie lo habría notado. Ella acaparaba toda la atención.

El monótono ritmo cobró ímpetu y la muchacha, como sumiéndose en un trance, se entregó a ese compás vertiginoso hasta que pareció entrar en éxtasis.

La luna relucía sobre el pabellón, las hogueras arrojaban chispas a la oscuridad, y el redoble de los tambores hacía vibrar las paredes de la tienda.

Los tambores callaron de golpe y se hizo un vasto silencio. La muchacha alzó los brazos por encima de la cabeza, movió las manos, y Curcio Rufo oyó un chasquido

de castañuelas. Ella abrió los ojos y sonrió brevemente, mirando a Manisa. Se puso de pie y dejó caer el velo. Los tambores volvieron a sonar, ella puso una sonrisa radiante, echó el pelo hacia atrás y se contoneó alegremente por los bordes del tablado en una danza que parecía una expresión de placer puro. Las ajorcas siseaban rítmicamente bajo el crujido de las castañuelas, y Curcio Rufo oyó el jadeo de Manisa. Los otros murmuraron. Salvo por su falda ondeante, el cabello oscuro que se le derramaba en la espalda y sus joyas, ella estaba desnuda por encima de las caderas.

El ritmo de la danza cambió y Curcio Rufo, observando el indolente vaivén del cuerpo, sospechó que ella bailaba sólo para Manisa. Ahora, mientras bailaba delante del gobernador, no demostraba alegría sino una languidez que la cubría como un velo. Era remota, misteriosa e infinitamente cautivadora. Su sonrisa seductora y sus manos sensuales eran la encarnación del deseo. Indómita, destructiva, erótica, ella pertenecía al antiguo orden, como el bronce, y era la personificación de todo aquello que los hombres sólo osaban imaginar en sus sueños.

La danza concluyó con un gesto de entrega que hizo jadear al público. Curcio Rufo se adelantó y ayudó a Urraca a incorporarse.

Ella tenía el cuerpo cubierto de sudor, el rostro demacrado, los ojos soñolientos y los pies cubiertos de polvo. Él se la encomendó a un esclavo y volvió hacia Manisa, que se levantó mientras una ovación rugiente estallaba en el pabellón y la plaza. Los dos hombres se miraron y el rostro de Manisa era como piedra tallada. Curcio Rufo sintió que el sudor le perlaba la cara.

—Vi el brazaletes que ella llevaba en la muñeca —graznó Manisa—. Me has dicho que es una princesa en sus tierras.

—Ha sido esclava en las mías —replicó Curcio Rufo, comunicando un mensaje que Manisa entendió.

—Eso no es importante —dijo el gobernador—. ¿Cuál es su precio?

—Ella es un regalo, si te place aceptarlo.

—Me place —dijo Manisa. Hizo una pausa, y añadió con voz ronca—: Eres un hombre listo y me has puesto en deuda contigo.

A Curcio Rufo le temblaban las manos.

—También soy un hombre enfermo —dijo—. El remedio para una petición es una dádiva.

—Así sea.

—Nunca pensé que volvería a estar aquí —dijo Lucio cuando abrieron las puertas del campamento.

Curcio Rufo sonrió a pesar de su fatiga.

—Tampoco yo.

Precedió la marcha en silencio, y Critón lo siguió, mientras que los otros, demasiado cansados como para hacer algo más que asentir, iban a sus tiendas.

Él se quedó en la muralla, escrutando la oscuridad de la planicie, la capucha sobre la cabeza, y Critón lo observó tímidamente.

—Él cambió de parecer —exclamó el secretario con admiración—. ¿Por qué nos dejó ir? ¿Acaso nuestros temores eran un sueño?

—Postergó su decisión definitiva hasta el último momento, aunque quizá sus aliados no lo supieran. Vi las marcas en la arena, frente a las puertas donde aguardaban sus jinetes. Te debemos la vida.

—Fue obra tuya, Curcio. No fueron las palabras las que decidieron nuestra suerte, sino el modo en que las dijiste ante el sufeta mayor, y esta noche.

—No discutiremos ahora sobre ello. Al menos logré recordar tu lección sobre historia macedónica.

—¿Te importa lo de Urraca? —preguntó Critón.

—No, no me importa —susurró Curcio Rufo tras un largo silencio—. Ya no me importa nada.

—Tendrías que celebrar que hayamos tenido éxito.

—Sí, lo celebro.

Se quedó allí, apoyado en la pared, y Critón se quedó con él. Al cabo las estrellas se desvanecieron, el cielo palideció y se tiñó de rosa; el viento del alba arrojaba polvo al sendero que tenían a sus espaldas, y el sol despuntó para el inicio de un nuevo día.

## Capítulo 17

En la hora quinta se reunieron con Manisa en la planicie, a medio camino entre el campamento y la ciudad. El gobernador iba a caballo, acompañado por una escolta y por esclavos que llevaban una litera. Curcio Rufo los vio llegar y se volvió hacia la litera que descansaba en el suelo, donde estaba reclinada Urraca. Entreabrió las cortinas.

—Si pierdes la partida de manumisión, no olvides que habrá una copia en los archivos de Roma. Te dejaré una suma de dinero en Tingis, a la que podrás recurrir si alguna vez la necesitas.

—Has sido muy amable —dijo ella. Y añadió irónicamente—: Estoy agradecida por mi libertad. Sin embargo, no creo que me falte protección.

Se miraron a los ojos, y ninguno de los dos sonrió.

—Rogaré a los dioses que velen por ti —dijo él formalmente, y retrocedió.

Manisa frenó el caballo y desmontó.

—Te traigo, tal como te prometí, a la muchacha romana que fue bárbaramente secuestrada en su hogar de Hispania. —Bajó la voz—. No se encuentra bien, y lo lamento.

—Agradezco tu ayuda —dijo el enviado—. Mi gobierno sabrá valorarla. —Hizo una pausa y añadió con voz neutra—: Mi gobierno esperará que los culpables de esta nefasta ofensa sean castigados con toda severidad.

—Así se hará, puedes confiar en mi palabra —declaró Manisa—. Se tocó el anillo que llevaba en el pulgar derecho—. Nada me dará mayor placer que entregar esto al verdugo del responsable.

Una anciana de su séquito ayudó a una muchacha a salir de la litera. Valeria era muy joven y vestía una túnica blanca como la que usaban las mujeres bereberes, pero la cogulla le ocultaba el rostro. Avanzó muy despacio, apoyándose en el hombro de la anciana. Parecía muy débil.

—Recíbela tú —le dijo Curcio Rufo a Lucio Egio—. Tú llevas uniforme, y ella pertenece más a tu mundo que al mío. Dile a Felicia que sea gentil.

Lucio Egio se acercó a la temerosa muchacha y le murmuró algo. Manisa retrocedió cuando ella pasaba, para que su sombra no cayera sobre ella, y se puso rígido cuando un esclavo del enviado condujo a la bailarina hacia él.

—Urraca —dijo Curcio Rufo—, éste es Manisa, gobernador de Volúbilis.

La muchacha se arrodilló y Manisa la hizo levantar.

—No tienes nada que temer —dijo el señor del Atlas—. Serás mi esposa. Luego hablaremos.

Hizo una señal y un esclavo la escoltó hasta la litera.

Los dos hombres quedaron frente a frente.

—Me gustaría que te quedaras por un tiempo. Puedes hacer mucho por nosotros.

—Creí que los huéspedes apestaban después de tres días.

Manisa rió entre dientes.

—Los huéspedes, pero no los amigos. —Montó a caballo—. Piénsalo y envíame tu respuesta. —Volvió grupas y dijo por encima del hombro—: Tienes un ojo que lo ve todo. Es un gran don. —Su caballo volvió a girar—. La caravana de Tingis estará aquí antes de la caída del sol. Pero anoche el mensajero de la reina me comunicó que la muerte había perdonado a Augusto. El brazalete lo decía todo. Estoy dispuesto a luchar contra cualquier hombre, pero sólo un necio retaría a los dioses. —Volvió grupas y cabalgó hacia la ciudad.

Mientras Lucio Egio escoltaba a Valeria hasta los aposentos que le habían preparado, Curcio Rufo regresó pensativamente a su tienda.

—Tenemos trabajo que hacer —le dijo a Critón—. Debo dictar cartas para que en Roma sepan que ella está a salvo. Dile a Marco Pedio que hoy es día de descanso. Mientras cenamos, hablaremos de nuestros planes para el futuro. Todo depende de que la muchacha esté en condiciones de viajar.

Pero no estaba en condiciones. En esto coincidían todos los que la habían visto. El auxiliar médico dijo que estaba demasiado delgada, no tenía apetito y costaba persuadirla de comer. Tenía cicatrices en los pies, aunque las heridas habían sanado. Lucio Egio dijo que ella no deseaba ver a nadie, que hablaba muy poco y no soportaba que Felicia la dejara a solas. Él pensaba que estaba medio trastornada. Felicia decía que no era de extrañar. Había estado prisionera casi nueve meses, había presenciado el asesinato de sus padres, no hablaba la lengua de sus captores, y había vivido todos los días con el terror de que la mataran. Tenía quince años.

—Ya —dijo Curcio Rufo con impaciencia—. También yo tengo cierta imaginación. ¿Puede viajar? Son sólo cinco días hasta la costa.

—Diez, en ese estado —dijo el centurión con voz preocupada—. Entre otras cosas, la afecta el calor. Respira con dificultad.

—¿Qué aconsejas? —preguntó Curcio Rufo.

—Que se quede aquí hasta que recobre sus fuerzas.

—Muy bien. En cuanto ella pueda moverse, quiero que la escoltes hasta Tingis. Veré de que un buque la esté esperando. Desde allí la llevarás a Roma, y no debes perderla de vista hasta que esté en manos de su tío. Los demás te seguiremos oportunamente. Las mulas se pueden vender, y en Tingis puedes pagar a los arrieros. Desde allí, Atio puede llevar al destacamento de legionarios por mar hasta Cartago. Los demás navegaremos hasta Iol Cesarea. Debo deliberar con Cornelio Silio y juntar a los técnicos que deseen navegar con nosotros hasta Roma. Entre tanto, debemos continuar con las obras que hemos iniciado. Ahora no habrá contratiempos.

La caravana llegó dos horas antes del ocaso, y un mercader llevó al campamento

una carta que Critón tuvo dificultades para descifrar. Esa noche fue a la tienda del enviado y encontró a Curcio Rufo bebiendo copiosamente.

—Ya he descifrado el mensaje. Augusto ha recobrado la salud, y toda Roma se regocija. Debemos darnos prisa si también queremos regocijarnos. Corre el rumor de que renunciará al consulado.

—¿Eso es todo?

—Sí. —Critón lo miró intrigado—. No pareces sorprendido. Fue una conjetura prodigiosa.

—Tengo el ojo que todo lo ve.

Critón frunció el ceño, perplejo.

—Es una broma, al menos para mí.

—No será una broma si la muchacha muere —dijo Critón.

Armaron un toldo para que Valeria pudiera estar en cama durante el día, a resguardo de los ojos de los curiosos, y aprovechar la brisa del alba y el viento del atardecer. En ocasiones, durante la canícula que siguió al solsticio de verano, se preguntaban cuánto tiempo resistiría. Siempre la cuidaba una esclava, y Felicia permanecía alerta. Lucio Egio la acompañaba en sus ratos libres, a veces sin decir nada, a veces hablándole de Roma y de la gente que ella conocía.

Crescens amplió el taller que estaba junto al palacio del gobernador, donde los artesanos pasaban el día, haciendo mejoras y educando a los lugareños. También se dedicó a reconstruir varios pozos de la ciudad, e hizo demostraciones a los notables de las aldeas vecinas para mejorar la irrigación de sus sembrados.

La planicie se calcinaba al sol, la hierba se tornaba parda y el suelo se cuarteaba con el calor, pues era un verano excepcional. Las tropas continuaron con la tarea de mejorar las calles principales, y también iniciaron la reconstrucción de las puertas de la ciudad, para demostrar cómo se podían fortalecer las defensas. Trabajaban desde la hora segunda hasta la quinta, descansaban en las horas más tórridas, y luego trabajaban desde la nona hasta el ocaso.

Una vez que escribió un largo informe para Mecenas, y otro para Juba, y respondió a las cartas que había recibido, Curcio Rufo tenía poco que hacer. Ocupó parte del tiempo enseñando tácticas de caballería, con la ayuda de sus soldados, a la guardia de Manisa, y acompañaba al gobernador cuando iba a administrar justicia a las aldeas cercanas. Los pleitos parecían bastante triviales (un hombre que se quejaba de un vecino cuyas ovejas habían irrumpido en un terreno y habían comido su cebada joven; dos viajeros que denunciaban un atraco en las afueras de una aldea donde habían pernoctado, en que uno había perdido una túnica y el otro un puerco), pero Manisa demostraba una asombrosa paciencia.

—Para administrar justicia se necesita una mente clara y despejada. No puedes ser como tu Iskander —le sonrió a Critón mientras hablaba—, que cortó ese nudo con

la espada. Debes desanudarlo, y para eso necesitas la perseverancia de una mujer. — Y añadió sombríamente—: Como bien sabes, no siempre soy paciente.

La misión celebró el nacimiento del *Divius Julius* con una ceremonia religiosa y un festivo público, y se repartió una ración extra de vino. En la época en que el grano ya estaba cosechado y preparado para la trilla, la salud de Valeria había mejorado y ella podía salir a caminar, aunque se asustaba al ver caras extrañas, y los que estaban de servicio en el campamento tenían instrucciones de mantenerse alejados.

—Ella desea verte —dijo Lucio Egio una noche—. Debo advertirte que tiene miedo de regresar a Roma, aunque creo que ya está en condiciones de viajar.

Fueron a la tienda donde Valeria descansaba en un diván. Llevaba una túnica hecha de la tela que Curcio Rufo había comprado para Urraca. Tenía el cabello rubio anudado sobre la nuca. Había sido una muchacha bonita, y quizá volviera a serlo con el tiempo. Ahora estaba pálida, y se la veía tensa y aprensiva. Retorcía los dedos, y tenía los ojos desencajados. Obviamente, se había pasado el día temiendo la llegada del enviado.

—Valeria, te presento a nuestro enviado, Curcio Rufo, a quien debemos tanto —dijo Lucio Egio.

—Debo agradecer tu ayuda —dijo ella, sonriendo tímidamente—. Todavía es un sueño.

Curcio Rufo sonrió adustamente.

—Todos ayudamos, ninguno más que el otro —dijo. Se sentó junto a ella en un taburete—. Fue tu tío quien se encargó de enviarnos. Te tiene mucho afecto.

—No quiero regresar —dijo ella.

Él miró de soslayo a Lucio Egio, que se encogió de hombros.

—No tienes nada que temer —dijo.

—No puedo regresar. Por favor.

Él miró al centurión y señaló la entrada de la tienda con la cabeza. Lucio Egio vaciló. Él repitió el gesto y Lucio Egio salió.

Ella se intimidó al quedarse sola con él.

—No, por favor.

—Háblame de ello —dijo él con calma—. Puedes contarme lo que quieras.

Ella titubeó. Él vaciló, y al fin ella barbotó incoherentemente la historia de su secuestro, la larga pesadilla de su cautiverio. Lloró por primera vez desde su liberación.

—Como ves, no puedo regresar. No podría soportarlo.

Él pensó brevemente en Urraca y frunció el ceño.

—Lucio Egio te acompañará, y tu tío te llevará a su villa de la Campania. Podrás quedarte allá todo el tiempo que desees.

—¡Por favor!

—Debes hacerlo —dijo él, sonriendo, y añadió con dulzura—: Los Valerio son célebres por su coraje. Se requiere más coraje para vivir que para morir. Tu tío te necesita. Tú eres el corazón de sus pensamientos.

Ella asintió y se llevó una mano al cabello.

—Muy bien. Lamento haber sido tan... estúpida.

—Lucio.

Ella volvió la cabeza y sonrió tímidamente al centurión.

Él miró a Lucio Egio y vio su expresión. Era suficiente. Se despidió con un cabeceo y salió de la tienda.

Antes de la partida, Lucio Egio dijo con voz vacilante:

—¿Puedo ofrecerte un consejo? El peso de los ideales siempre es un impedimento para el éxito. Eso es algo que Marco Tulio Cicerón nunca entendió.

Curcio Rufo sonrió.

—No tengo reparos contra el éxito, sino contra aquello que los hombres de éxito deben hacerse a sí mismos para lograrlo. En mis tierras hay un refrán: si le das un palo grande a un niño pequeño, te golpeará. Los que quieren el éxito son siempre niños pequeños.

Una hora después la diminuta caravana, escoltada por los hombres de Manisa, salió del campamento y desapareció en la oscuridad, dirigiéndose al norte por la planicie, hacia Tingis y el mar.

## Capítulo 18

Había concluido la vendimia cuando la misión levantó el campamento y se marchó de Volúbilis a finales de agosto. La ciudad titilaba en las vaharadas de calor, pero nadie miraba hacia atrás. Les alegraba poner rumbo a su hogar, y las tropas cantaban al marchar. Curcio Rufo encabezaba la columna y habló poco durante los siete días que tardaron en llegar a Tingis. Allí se enteraron de que Augusto había renunciado al consulado y de que Sestio, ex cuestor de Marco Junio Bruto, un ferviente republicano, había sido designado para reemplazarlo.

En Iol Cesarea, Curcio Rufo y Critón permanecieron dos días en la residencia con Cornelio Silio, que ansiaba conocer los detalles de su estancia en Volúbilis.

—Dile al rey —dijo Curcio Rufo— que el gobernador Manisa siempre será servicial y que no hubiéramos tenido éxito sin su ayuda. Tiene un poderoso aliado en su primo.

—Se alegrará tanto de oír eso como lamenta haber estado ausente cuando regresaste —declaró el tribuno.

Esa noche estaban solos en la terraza y Curcio Rufo miraba hacia el palacio.

—La reina me pidió que te diera un mensaje —anunció el tribuno—. Éstas son sus palabras: «Dile a Curcio Rufo que en un tiempo nueve reyes fueron aliados de mi madre. Yo nunca tuve tantos».

—¿Eso es todo?

—No. Añadió: «Dile que ya no iré a Egipto, ni soñaré con la luna. Acepto aquello que los dioses me conceden y aquello que me niegan». ¿Entiendes todo eso?

—Sí, lo entiendo.

Curcio Rufo se quedó en la terraza y pensó en Cleopatra Selene. Ella estaba a solas en aquel palacio en medio de una ciudad lúgubre; era la esposa de un hombre cuyo reino era un desierto, y sus bonitos sueños se habían desmoronado. Quizá tocara esa estatua de ojos ciegos y piel fría en la oscuridad, exclamando: «Madre, ¿por qué fracasaste?». Pero cuando llegara la luz del día afrontaría la realidad. La afrontaría porque tenía coraje y porque no le quedaba otra opción. Pero Iol Cesarea era una ciudad a la que él no podría regresar. Ésa era otra realidad ineludible. Tiritó cuando llegó la brisa del mar, alzó la mano en un gesto de despedida y bajó a la habitación donde había estado a punto de morir.

Se quedaron tres días y luego levaron anclas y navegaron hasta Misenum. Era septiembre, el sol ardía en un cielo azul, el mar estaba calmo y los remos chapoteaban rítmicamente mientras la nave avanzaba veinticinco pies con cada brazada. Critón, de pie en el castillo de popa, miraba alegremente el perfil brumoso del gran volcán de la costa a la derecha.

—Es bueno estar de vuelta —dijo felizmente—. Aquí hasta el calor es civilizado.

Hubo una tediosa demora en la llegada, mientras las carretas y los animales eran descargados de los barcos siguientes, y Critón agradeció que Vatino no viajara con ellos, pues se quedaría para dispersar el convoy y distribuir las provisiones y el equipo.

Al cabo de tres días más, avanzaban entre las tumbas que bordeaban la Vía Apia. Llegaron a las afueras de Roma, y había mucho tráfico de carros en ambas direcciones. Desmontaron frente a la puerta Capena. Curcio Rufo estrechó la mano de cada hombre del destacamento y luego encaró al centurión.

—Bien —dijo Marco Pedio—, de vuelta a la rutina. Fue un cambio interesante.

—Eso pensé —dijo el enviado.

Los dos hombres sonrieron y luego Marco Pedio se cuadró y condujo a sus hombres hacia el Campus Viminalis.

—Debemos encontrar un sitio donde pasar la noche —le dijo Curcio Rufo a Critón.

—Ah, lo había olvidado.

—Yo nunca dejé de pensar en ello. —Miró el sol—. Es la hora cuarta. Entrega tus documentos a mis esclavos. Yo iré a presentar mi informe. Busca alojamiento y réunete conmigo frente al templo de los Dióscuros a la hora octava.

—Sí, Curcio —dijo Critón con súbita ansiedad. Se retorció las manos y se mordió el labio.

—Bien —dijo fríamente Curcio Rufo—, dijiste que te alegrabas de volver, así que alégrate. Volvemos a estar solos. Nadie está bajo nuestras órdenes, salvo nosotros mismos.

Echó a andar con grandes zancadas, abriéndose paso en la multitud, y por momentos sus esclavos tenían que correr para alcanzarlo. En la casa de Agripa en el Palatino recibió una desagradable sorpresa. La casa estaba cerrada y tapiada. Abordó a un soldado que pasaba.

—Debes ser forastero —dijo el hombre alegremente—. Se fue de Roma hace tres días. Le han dado poderes especiales o algo por el estilo. Lo cierto es que ha viajado al este.

—¿Viajado?

—Así es. Si tanto quieres verlo, tendrás que nadar hasta Lesbos.

—Gracias.

Curcio Rufo sacudió la cabeza con desconcierto. Regresó por la colina y bajó la escalinata que conducía al fondo del altar de Juturna. En el templo de Saturno vio a un funcionario del departamento de finanzas y le entregó el zurrón que contenía las minuciosas cuentas de Critón.

—Son correctas hasta el último sestercio. He aquí una copia del balance que deposité en Misenum. Me pareció más seguro.

El funcionario asintió.

—Muy sabio de tu parte. Aquí tienes un recibo. Si encuentro alguna discrepancia, te avisaré, para que puedas explicarla. ¿Dónde te encontraré?

—Cayo Mecenas lo sabrá. Todavía no tengo residencia.

—No, claro que no. Informaré al cuestor de que has entregado los documentos.  
—El funcionario frunció el ceño—. ¿Quién autorizó tu misión?

—Marco Agripa. Entiendo que está fuera de Roma.

—Así es. ¿Tienes un informe para él? Bien. Será mejor que lo entregues en la Secretaría Senatorial, a la izquierda de la Curia.

Allá. El Senado se reunirá este mes. Quizá te pidan que comparezcas, todo depende. De cualquier modo, ellos te informarán. Pero no salgas de Roma hasta que todo esté aclarado. —Hizo una pausa—. Algo más. Me han ordenado que te informe que no han aprobado el pago de una bonificación para tu escolta. No obstante, lo prometiste y la promesa debe cumplirse. La suma, que tú puedes fijar, será deducida de tu salario. Lo lamento.

Curcio Rufo no sonrió.

—¿Sabes si Valerio Mesala está en Roma? —preguntó cortésmente.

—Lo dudo. Será mejor que pruebes suerte en su finca del Collis.

Curcio Rufo se volvió a sus esclavos.

—Vamos. Aún no hemos terminado de caminar. Primero iremos al Tabularium. Debo entregar una partida de manumisión y la certificación de una ciudadanía.

Al menos nadie cuestionará que haya liberado a Urraca, pensó airadamente.

—Es una larga caminata —dijo sensatamente el esclavo mayor—. Deja que te consiga una litera, amo. Pareces fatigado.

Él se alegró de descansar. El gentío de las calles atestadas raleó a medida que las tiendas y las casas eran reemplazadas por parques y jardines, con residencias que estaban alejadas del camino. La litera se mecía suavemente y él se adormiló. Estaba extenuado, y muy preocupado. ¿Qué ocurriría si Mecenas también estaba fuera de Roma?

La litera se detuvo.

—Hemos llegado, amo —dijo la voz de un esclavo.

Él llamó a la puerta y esperó. Al cabo se abrió.

—Quiero hablar con el mayordomo.

Entró y esperó de nuevo. Apareció el mayordomo, un hombre mayor de tez olivácea.

—¿Puedo servirte en algo, señor? El amo no está.

—Soy un amigo de su sobrina —dijo Curcio Rufo—. La conocí en África.

El mayordomo ensanchó los ojos, sonrió.

—Claro, tú eres el enviado. He oído hablar de ti. Un centurión cuyo nombre no

recuerdo envié un mensaje anunciando que había llegado a Misenum con Valeria. Mi amo le respondió que ella no debía venir a Roma, sino ir a su villa de la Campania. Luego cerró la casa y viajó al sur.

—¿Él estaba...?

—Sí, excelencia. Nunca lo vi tan feliz. Entiendo que el centurión se hospedaré en la villa.

Curcio Rufo sonrió.

—Sólo deseaba verificar que ella hubiera regresado sana y salva. —Aguardó un instante, titubeando, pero el mayordomo se limitó a sonreír en silencio—. Bien, gracias. Ése era el único motivo de mi visita.

Salió de la casa y ordenó a sus esclavos que lo llevaran a la residencia de Mecenas en el Esquilino. Esa casa, al menos, aún estaba abierta, y él llegó en la hora octava, contento de estar en el aire cálido de las alturas, por encima de la suciedad, el bullicio y el olor de Roma. Había olvidado cuán fatigoso era estar en la ciudad y cuánto se tardaba en hacer recados, a causa de la extensión de sus colinas.

Aguardó en una antesala junto al atrio, y luego apareció el secretario griego que había conocido la noche que cenó en la casa. El secretario lo recibió con una sonrisa.

—Lamento que él no esté aquí para verte, pero regresará a fin de mes. —Reparó en la decepción de Curcio Rufo y añadió con su voz suave—: Te habrás enterado de que hubo varios problemas. Mi amo consideró que era conveniente llevar a Terencia a la campiña. Han ido a su villa de Tibur. Te ha dejado esta carta.

Curcio Rufo cogió la carta y la leyó lentamente.

*Lamento no poder ser el primero en felicitarte por el éxito de tu misión. Sé que la familia Valeria te está muy agradecida. Debo informarte, sin embargo, que los honores y el otorgamiento de la ciudadanía que diste a Manisa, bajo la autoridad general contenida en una carta anterior, no cuentan con aprobación y deben ser ratificados por el Senado. Se espera que des cuenta de tus actos ante esa distinguida institución. Entrega tu despacho a mi secretario, para que él me lo envíe. Lo leeré con interés. Ten en cuenta que ésta es tu versión oficial de todo lo acontecido durante tu gestión como enviado, así que este testimonio es decisivo. Será mejor que hablemos de un futuro empleo una vez que el Senado se haya reunido y yo haya regresado a la ciudad. En el ínterin, me complace informarte de que, gracias a la gentileza de Terencia, me han persuadido de manumitir a una de mis esclavas. Lo he hecho en gratitud por tus servicios. Un hecho concreto siempre es mejor que una mera promesa.*

Curcio Rufo se guardó la carta en la túnica y entregó su despacho al secretario.

—¿Sabes adónde ha ido ella?

—No, excelencia. Quizá lo sepa el mayordomo. Pero él no se encuentra aquí.

—¿Ella prestó juramento de realizar servicio doméstico para su patrono?

—Sí, excelencia. Terencia insistió. Pero se convino en que quedaría libre de esa obligación cuando se casara. Como sabes, es tradicional.

—Lo sé.

Se marchó de la casa con una jaqueca insufrible. Ella no tenía más dinero que sus pocos ahorros. No sería suficiente para participar en un negocio, por pequeño que fuera; y estaba el peso del doble empleo, que para muchos libertos resultaba difícil. Pero era aún más difícil para una mujer, a menos que se casara o se transformara en concubina. Le habría convenido más permanecer en la casa, como habían hecho otros, incluido el secretario.

Al llegar al Tullianum pagó a los porteadores y echó a andar entre las manguantes multitudes del Foro. Critón lo esperaba en la escalinata de los Dióscuros.

—Amigo mío, hace largo rato que espero —dijo Critón ansiosamente. Escrutó el rostro angustiado de su compañero—. ¿Todo va bien? He reservado habitaciones en una pequeña casa del Quirinal. El propietario es un traficante de sal que desea mudarse. Es pequeña pero tranquila, y tiene un pequeño patio con una fuente. Quizá nos la venda. Mencioné tu nombre.

—Muy amable de tu parte. ¿Por cuánto tiempo podemos costearla? No recibiremos el resto de nuestra paga hasta fin de mes.

—Cuéntame —le pidió Critón.

Curcio Rufo le entregó la carta y él la leyó en voz alta.

—Es alentadora —comentó.

—¿Te parece? Perdí un empleo porque abusé de mi autoridad. Ahora parece que puedo perder un futuro empleo por el mismo motivo. Aunque el Senado apruebe mi informe, sólo se necesita un paso en falso del gobernador de Volúbilis para arruinarme. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Aún estoy en manos de Manisa.

—No te preocupes por ello —dijo alegremente Critón—. Envía a tus esclavos a la casa. Les daré dinero para comprar comida, y pueden esperarnos allá.

—Tengo hambre.

—También yo. Vamos a los baños y luego cenaremos a todo lujo.

—¿Por qué no? —masculló Curcio Rufo—. Nos merecemos un descanso. Gastemos el dinero que le gané a Vatino y tratemos de disfrutarlo.

Dejaron atrás las zapaterías del Argiletum, y Critón se detenía en ocasiones para leer los anuncios pegados a las puertas de las librerías, feliz de oler el aroma del cuero y la cola.

Era tarde cuando dejaron los baños. Las cámaras ya se llenaban con trabajadores que habían terminado su turno, y soplaba una brisa fresca. Curcio Rufo sonrió. Su cabeza estaba mejor.

—En un par de horas caerá el sol —dijo Critón—. ¿Dónde comeremos?

—Ya sé. Vamos al Mercurio Alado. Allí la comida es buena.

El establecimiento estaba medio lleno, y en una mesa larga un grupo jovial de fanáticos de las carreras agasajaban bulliciosamente a su auriga favorito, un hombre delgado de rostro risueño y ojos claros y azules. Critón enarcó una ceja, pero Curcio Rufo se encogió de hombros y encontró una mesa en un rincón alejado del mostrador. No estaba de ánimo para oír chismes sobre el circo. Pronto, bajo la influencia del vino, se sintió de mejor humor.

—Es bueno estar de vuelta —dijo Critón después de la sexta copa—. Por la mañana iré a ver a Pilades.

—¿Para conseguir trabajo?

Critón se encogió de hombros.

—Quizá. Al menos me enteraré de los escándalos. Lucio Egio y los demás... no teníamos mucho en común. Eché de menos la plática de mis amigos. ¿Y tú?

—Cuando estaba allá, sentía una gran crispación —murmuró Curcio Rufo—. Me costaba tratar de ser respetable. Sólo quería una cosa. —Sacó los dados de la túnica y los echó a rodar en la mesa—. Estar de vuelta en Roma y vivir de mi inventiva. —Hizo una pausa—. Ahora que estoy de vuelta, no estoy tan seguro. Era bueno tener una posición y ser alguien. —Se echó a reír—. Estoy un poco ebrio. Siento frío aquí. —Se tocó el estómago—. Aún no entiendo por qué era tan importante recobrar a esa muchacha. Sabrás que la violaron. No Manisa, sino los hombres que la llevaron en el barco. También tuvo un aborto espontáneo. Por eso no quería regresar. Le hice jurar que no diría nada. Pero eso no consta en mi informe. Bebamos otro trago.

—No te creo. Lo estás inventando. Estás borracho.

Curcio Rufo no respondió. Jugó con los dados en la mesa húmeda. Critón señaló la barra.

—Tendrías que haber matado a Manisa —masculló.

—Hice algo mejor —dijo Curcio Rufo con voz resbalosa—. Trabé amistad con él. Tuvimos éxito, ¿recuerdas?

—Tu vino, si no estás demasiado borracho para beberlo —dijo otra voz.

Curcio Rufo alzó la cabeza. Vio un brazalete de oro que le resultaba familiar y una cadena de plata que ceñía una cintura azul. Se topó con la mirada irónica de una muchacha alta de pelo castaño.

—¿Qué haces aquí, Pero? —exclamó, cogiéndole la muñeca.

—Trabajando —dijo ella con calma—. Me dijeron en qué momento podías llegar a Roma. Él es muy amable. Me imaginé que quizá vinieras aquí para festejar. Hace siete noches que estoy aquí. Me habría quedado diez.

—¿Y después?

—Y después me habría ido. —Miró de soslayo a Critón, que se puso de pie—. Dime dónde se aloja y yo lo llevaré. No está a salvo solo. Se embriaga. Dentro de una

hora estará haciendo trampa con los dados y se liará en una gresca. No sabe cuidarse.

Critón pensó en Manisa.

—Quizá tengas razón, Pero —dijo, y le dio la dirección que ella pedía.

La muchacha se sentó.

—Tuviste éxito, y me alegro por ti. Te darán un buen empleo y ascenderás en el mundo.

—Lo dudo. —Curcio Rufo pensó en las últimas palabras que le había dicho Lucio Egio. Bien, aunque lo mereciera, era improbable que le dieran el anillo de oro de la nobleza menor. Rió—. Con suerte conseguiré un empleo en el circo, pero el puesto principal suele ir para un oficial del orden ecuestre. Lo dudo. Tendría que haber una vacante, y tengo problemas por haber abusado de mi autoridad. Tengo muy poco dinero. Estoy de vuelta donde estaba antes.

—Ya me lo contarás cuando estés menos cansado. Quiero oírlo todo.

—Os veré después —dijo Critón—. Siento un raptó de inspiración.

Caminó tambaleándose hacia la puerta.

Curcio Rufo pensó en Urraca y todo lo que había ocurrido y supo que había cosas que jamás le contaría a nadie, cosas que él mismo no entendía ni entendería nunca.

—Tengo un pequeño regalo para ti. Tómallo. Es muy antiguo, y si te dijera de dónde vino jamás me creerías.

Ella abrió el zurrón y miró la triple sortija que relucía bajo la luz. Cada anillo tenía una esmeralda ovalada incrustada en oro.

—Es hermoso —dijo Pero, ofreciéndole una sonrisa que le causó una punzada de dolor. La muchacha nunca sabría que él había pensado en dar ese regalo a otra persona.

La muchacha dejó de sonreír.

—No me pidas que me vaya —murmuró—. No lo soportaría.

Se miraron, y Curcio Rufo sonrió.

—No haré eso. —Le cogió ambas manos—. No soy buena elección. Te haré infeliz, tal como dijiste.

Ella sonrió.

—¿Qué pasó con tu brazalete? ¿Lo perdiste o lo regalaste? No importa. Te compraré uno nuevo cuando haya ahorrado algún dinero y sea rica.

—Así es. Cuando seamos ricos.

Se cogieron la mano largo tiempo y luego él pagó la cuenta y dejaron atrás el ruido y el humo y el olor del vino, y caminaron por las calles oscuras hasta la pequeña casa del Quirinal donde Critón, escribiendo poesía a la luz de una sola lámpara, los aguardaba en su habitación.

**Fin**

## Nota del autor

En el año 31 a. C. la batalla naval de Accio destruyó el poderío de Marco Antonio y Cleopatra de Egipto, y Octavio quedó como amo indiscutido del mundo romano.

Siguieron años de consolidación en que las cicatrices de la guerra sanaban lentamente y se realizaban ingentes esfuerzos para revivir las tradiciones y virtudes que habían dado grandeza a Roma. En la superficie reinaba la calma: al parecer se había restaurado la república. Las legiones y la gente del común —la *plebs*— apoyaban a Octavio, pero la oposición callaba. Apasionados republicanos de la aristocracia, que se resistían a un estado monopartidista, soportaban la impotencia política con rostro sonriente, pero ocultaban sus pensamientos.

Octavio gobernó durante más de cuarenta años, pero en ningún momento fue considerado emperador en el sentido en que Napoleón fue emperador de los franceses. En el 27 a. C. recibió el título honorífico de Augusto, un título que sugiere una veneración para la cual no hay equivalente moderno. Por su parte, él escogió un título que comunicaba satisfactoriamente su propia visión de su posición institucional, *Princeps*, que bien podríamos traducir por «gran jefe». Deseaba que lo considerasen el primer ciudadano y, en sus relaciones con el Senado, el primero entre iguales. Al limitar así su propio poder, prolongaba la farsa y evitaba el bochorno de que lo nombraran dictador. En verdad, su puesto era bastante parecido al del presidente de los Estados Unidos de América, aunque no conviene llevar muy lejos esta comparación.

Augusto no tuvo hijos con Livia, su segunda esposa. Tenía una hija de su primer matrimonio, Julia, y Livia tenía dos hijos varones de su primer matrimonio, Tiberio (a quien Augusto detestaba) y Druso. El problema de la sucesión política se agudizó en el 24 a. C., cuando Augusto regresó a Roma con problemas de salud tras pasar tres años en las provincias. Quizá Augusto pensara que había resuelto el conflicto el año anterior, cuando entregó la mano de su hija al primo de ésta, Marcelo, sugiriendo que el joven gozaba de su favor. Pero no todos coincidían con esta elección.

En la época del retorno de Augusto, Marco Primo, un senador de orientación política desconocida, era procónsul de Macedonia; Marco Elio Galo, prefecto de Egipto, acababa de concluir una malhadada invasión de Arabia; Terencio Varrón Murena, senador y soldado de éxito que el año entrante compartiría el consulado con Augusto, se hallaba en Roma. También se hallaban en Roma los dos principales lugartenientes de Augusto, Marco Agripa, soldado, y Cayo Mecenas, diplomático; el segundo compartía con Murena lazos familiares, y quizá la ambición. En Roma también estaba Fanio Cepio, un ferviente republicano de quien se sabe muy poco. Al otro lado del mar, Juba II ocupaba el trono de Mauretania, donde Augusto lo había puesto dos años antes. Juba estaba casado con un exótico lazo con el pasado:

Cleopatra Selene, única hija superviviente de los amores entre Marco Antonio y Cleopatra de Egipto.

La salud de Augusto empeoró y el periodo 24-23 a. C. fue un año de gran crisis para el partido de Augusto y el estado romano, pero la cronología de los sucesos es difícil de seguir (Dion Casio, que nos brinda la crónica completa, se equivoca al fechar ciertos acontecimientos) y los detalles, si se conocían, fueron eliminados deliberadamente. Sólo dos hechos quedan inequívocamente claros: la enfermedad de Augusto y su posible muerte inminente, que precipitaría una crisis institucional; y la aparente denuncia de una conspiración contra su vida por parte de dos hombres, en uno de los cuales él confiaba ciegamente.

Los novelistas pueden especular sobre asuntos en que los historiadores deben llamarse a silencio. Este relato, pues, narra los acontecimientos de aquel año.

# Personajes históricos

Esta lista incluye a todos los personajes históricos que se mencionan en la novela y que estaban vivos en 24-23 a. C.

**Agripa (Marco Vipsanio)** senador, estadista y amigo de Augusto

**Amonio Musa** médico de Augusto

**Augusto (Cayo Octavio, luego Cayo Julio César Octaviano)** primer ciudadano de roma

**Bacilo** célebre mimo

**Calpurnio Pisón** senador

**Casio** médico

**Cepio (Fanio)** patricio

**Cleopatra Selene** hija de Cleopatra VII de Egipto y del triunviro Marco Antonio, esposa de Juba II

**Estrabón (Lucio Seyo)** tribuno pretoriano

**Galita** esposa de Lucio Seyo Estrabón

**Galo (Marco Elio)** prefecto de Egipto

**Higinio (Julio)** bibliotecario de la biblioteca del Palatino

**Juba II** rey de Mauretania

**Julia** hija del primer matrimonio de Augusto, esposa de su primo Marcelo

**Labieno (Tito)** orador

**Livia (Livila) Drusa** segunda esposa de Augusto, su segundo esposo; madre de Tiberio por el primero

**Marcelo (Marco Claudio)** hijo del primer matrimonio de Octavia y sobrino de Augusto

**Mecenas (Cayo)** consejero diplomático y amigo de Augusto

**Melisio (Lucio)** bibliotecario

**Mesala (Marco Valerio)** senador, ex cónsul y distinguido estadista

**Murena (Aulo Terencio Varrón)** senador y cónsul electo de Roma

**Octavia** hermana de Augusto, viuda de Marco Antonio, madre de Marcelo

**Pilades** célebre mimo

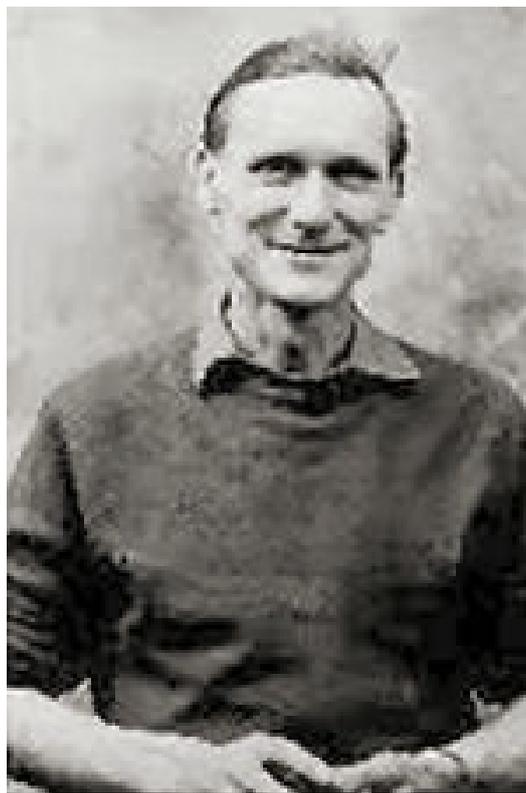
**Polio (Publio Vedio)** acaudalado hijo de un liberto

**Proculeyo (Cayo)** amigo de Augusto

**Sestio (Lucio)** senador

**Terencia** hermana de Murena y esposa de Mecenas

**Tiberio** hijo del primer matrimonio de Livia



WALLACE BREEM (1926-1990), fue un escritor y bibliotecario inglés de la *Inner Temple Library*. A los 18 años Breem ingreso en la academia de oficiales del ejército en la India y en 1945 fue destinado como oficial al Cuerpo de Guías, un unidad de élite de la caballería destacada en la frontera noroeste de la India. Tras licenciarse en 1947 Breem volvió a Inglaterra, ocupándose en una gran variedad de empleos como el de trabajador de curtidos, ayudante de veterinario, etc. En 1950 pasaría a trabajar de bibliotecario en la *Inner Temple de Londres*.

Fue miembro fundador de la *British and Irish Association of Law Librarians* obteniendo los cargos de secretario, tesorero, vicepresidente y presidente. Es conocido principalmente por haber cultivado durante su vida la novela histórica, escribiendo en el género clásicos en la literatura inglesa como *El águila en la nieve* y *El enviado de Roma*.